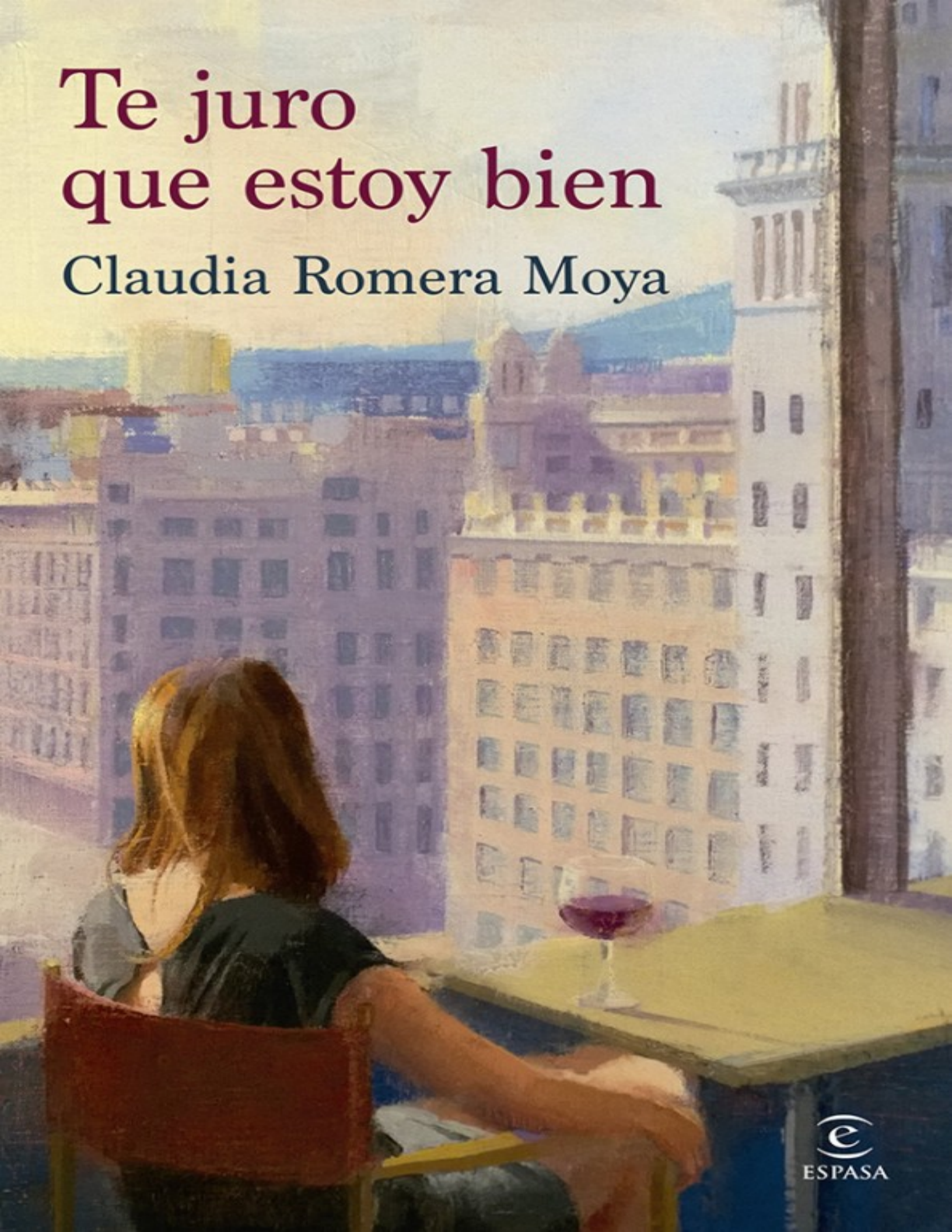
Te juro que estoy bien

Claudia Romera Moya



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

TE JURO QUE ESTOY BIEN

Claudia Romera Moya



A mi gran amiga Rosa Ana,
que me obligó a regresar a mi tiempo
y escribir lo que mi alma necesitaba contar

PRÓLOGO

REUNIDOS

De una parte,

el padre y **la madre**, mayores de edad, aunque no así de entendimiento, lastrados por su propia historia y arrastrando sus propias cargas, miedos, frustraciones, incompetencias e inseguridades;

y de otra parte,

la hija, sin edad suficiente para entender lo que pasa, libre de cargas emocionales, confiada, deseosa de encajar en la familia y dispuesta a hacer lo necesario para conseguirlo,

DECLARAN

I. Que **la madre** cree firmemente que todos los hombres son unos traidores en los que nunca se debe confiar; que los hijos son una carga que impide tomar decisiones libremente y que una mujer no debería nunca depender de un hombre económica o emocionalmente, pues eso conlleva sacrificar la propia libertad.

II. Que **el padre** cree firmemente que la vida es muy difícil; que si uno quiere triunfar, siempre deberá sacrificar algo; que todo cuesta mucho esfuerzo y que las cosas nunca salen como uno espera porque hay gente mala que se aprovecha de los demás y en la que no se puede confiar.

III. Que **la hija** ha venido a esta familia a hacer caso a sus padres, a cumplir con lo que esperan de ella, a ser una buena hija y a manifestar la vida que sus padres creen como cierta.

Las partes, en virtud de lo anteriormente expuesto,

ACUERDAN

1. Que **la hija** se quedará sola, porque asumirá que no se puede confiar en los hombres ni mucho menos depender de ellos.

2. Que **la hija** nunca conseguirá tener suficiente éxito, porque siempre habrá alguien dispuesto a engañarla y a quitarle lo que le pertenece.

3. Que **la hija** no tendrá descendencia, pues eso le impediría dedicarse al trabajo y huir de cualquier hombre con el que ya no quisiera estar.

4. Que este contrato durará toda la vida.

Y para que así conste, las partes firman el presente contrato por triplicado y a un solo efecto, en el momento de la concepción.

El padre La madre La hija

1

La herida es el lugar
por donde entra la luz.

Con cada movimiento siento cómo el cuerpo que tengo debajo se retuerce entre mis piernas. Es grande y poderoso. Me aferro a sus flancos, como el que se agarra a la vida ante la atrayente tentación de saltar al vacío al borde de un precipicio. Da igual las horas que hayamos pasado juntos. Sigo sin fiarme de él, por la misma razón que no me fío de nada ni de nadie. Porque a pesar de mis esfuerzos por controlarlo, lo siento impredecible, errático, volátil.

Le dejo marcar el ritmo y yo me voy adaptando a su vaivén, pero hoy las cosas no acaban de encajar. Me siento incómoda y una parte de mí no disfruta porque permanece alerta, como si algo fuera a suceder en cualquier momento. Sigo moviéndome, aunque tengo ganas de terminar, y casi al final se empeña en desobedecerme. Ahora debo abrir otro duelo de voluntades para volver a demostrarle quién manda aquí, porque no puedo dejar que haga lo que quiera o todo el esfuerzo de hoy no habrá tenido ningún sentido.

¡No te pares, maldito seas! ¡Muévete y mantén el ritmo! Me dejo caer y le clavo los talones con rabia para demostrarle que aquí mando yo, pero en el fondo de mi cerebro se dispara una alarma porque algo no va bien. De repente todo queda suspendido. Siento cómo su cuerpo se revuelve con un brusco movimiento en un salto hacia delante. Se agudizan todos mis sentidos y el tiempo realmente deja de pasar. Noto que pierdo fuerza, me deslumbra el sol de la tarde en la cara, el largo pelo negro se agita delante de mí con la

violencia del salto y me separo de su cuerpo sin poder evitarlo. Mis piernas se sueltan y tengo la certeza de que me hundo sin remedio.

Ante la inefabilidad de lo que viene, renuncio a luchar, me suelto y caigo. Me abismo lentamente y por un instante creo que jamás tocaré el suelo. Pero lo hago, y el chasquido que oigo en mi interior me dice que algo se acaba de quebrar incluso antes de que me lo confirme el dolor sordo, agudo e intenso que me recorre la espalda como una descarga eléctrica y que se apodera de todo mi cuerpo, mientras el caballo huye al galope, dejándome tirada en el suelo del picadero con la espalda rota.

Las sirenas de la ambulancia se abren camino en esta noche de sábado. Entramos en urgencias a todo correr generando un torbellino de olor a hospital, ese que odio desde niña porque me recuerda el día que, con cuatro años, me llevaron a ver a mi padre ingresado por un grave accidente de coche. Y aquí estoy yo ahora. Se me revuelven las tripas. Veo las luces del techo pasar una tras otra, como en una película de los ochenta, y se me llena la cabeza de sombríos pensamientos. Las lágrimas se desparraman a ambos lados de la cara y van a morir a la espuma del inmovilizador de cuello. Intento moverme, pero no puedo. Las correas me sujetan la barbilla y la frente y la espuma me abraza las orejas para protegerme de cualquier movimiento que pudiera perjudicar, aún más, mi ya maltrecha columna.

De repente, las náuseas me invaden y con ellas el miedo inconsciente a ahogarme en mi propio vómito. Te puede parecer estúpido, pero cuando no puedes mover la cabeza y has tenido una hermana que se ahogó en la cuna con su emesis, morir así se te antoja algo más que una simple posibilidad. Aviso y, sin pararse, uno

de los camilleros me acerca una pequeña palangana gris. No creo que pueda acertar el tiro, le digo, y me la cambia por una bolsa de basura negra que huele a petróleo mientras me aparca en mi cubículo.

Cuando mi marido entra en el box veo en su cara el peso de mi futuro incierto. Lo conozco, y aunque intenta parecer tranquilo, la forma que tiene de mordisquearse el labio inferior lo delata. Está nervioso. Parece desesperado incluso. Se sienta a mi lado, me coge la mano y no cruzamos palabra. No hace falta añadir más incógnitas. Esperamos juntos al juez de blanca toga que vendrá a anunciar su veredicto. Llegado el momento, plantado ante los pies de la camilla, habla despacio mientras consulta sus papeles, y se me antoja una figura de cierta solemnidad, aunque su sentencia no sorprenda a nadie: se han roto varias vértebras, pero el jefe de cirugía ortopédica del hospital está especializado en columna y entra de guardia en unas horas, así que revisará mi caso. Se supone que debo alegrarme.

Me trasladan a una habitación donde el dolor se apodera de nuevo de mí cuando dos enfermeros me trasladan de la camilla a la cama. A la de una, a la de dos y a la de tres. Tumbada bocarriba, mirando el que va a ser el paisaje habitual de los próximos meses, años, o tal vez del resto de mi vida, empiezo a caer en la cuenta de lo atroz de esta nueva realidad. Y el dolor da paso a la angustia y esta, al miedo. Muchísimo miedo. ¿Dónde está mi marido?

Sola, mirando el desconchado techo blanco en esta aséptica habitación de hospital, de paredes que piden a gritos mayores subvenciones para una buena mano de pintura, perdida y vulnerable como nunca en toda mi vida, me sumo en un pozo que no tiene fondo y que rezuma desesperación y desesperanza. Un pozo negro, profundo, viscoso y teñido de conmiseración, al que me dejo

arrastrar por un torbellino de llanto y cientos de «porqueamí» sin respuesta, demonios personales que me llevan aún más abajo y más profundo, a un lugar desconocido y oscuro.

¿Qué voy a decirle a mi jefe mañana cuando le llame? Seguro que me despiden... ¡Qué mala suerte tengo, joder! ¿Cómo me ha podido pasar esto? Y justo ahora, que todo empezaba a irme tan bien...

En esta vorágine, todo el control que mi madre se empeñó en inculcarme, que yo me afané en construir, que creí haber conseguido a mis cuarenta y dos años, y del que me sentía profundamente orgullosa, de pronto se me antoja absurdo y sin ningún sentido. La realidad ha decidido abofetearme la cara sin piedad, con la mano bien abierta, tal vez solo por el placer de reírse de mí y mostrarme que uno no controla absolutamente nada más allá de lo que decide hacer con todas las pruebas que se le van poniendo delante.

La noche avanza y me voy desvaneciendo, acunada por los lánguidos brazos de los calmantes, en un intranquilo duermevela cargado de sobresaltos, iluminado por las luces de emergencia del pasillo y salpicado por las inoportunas entradas y salidas de las enfermeras. Veo a mi marido vencido por el sueño, descabezándose en un viejo sillón parduzco a los pies de la cama. Insisto en cerrar los ojos porque así todo se me antoja irreal, una pesadilla llena de estrambóticas visiones de la que tal vez no valga la pena despertar.

La luz del domingo me trae al cirujano que, junto a la cabecera de la cama, intenta explicarme lo que ocurre y cuáles son mis opciones con una retahíla de tecnicismos que no acabo de entender y la empatía de una lechuga. Me parece bien. No quiero un amigo, quiero al mejor profesional en su campo. Me explica que mi caso está en el límite de la cirugía, así que tengo dos alternativas: llevar un corsé durante seis meses u operarme para colocar una estructura que repare la fractura y separe las vértebras comprimidas. ¿Y usted

qué haría, doctor?, le pregunto. Yo no me operaría, contesta él, porque no puedo operarme a mí mismo, pero operándote yo, estate tranquila. Y no es un chiste. Lo dice totalmente en serio... ¡Pues me opero! Sí, eso es, resuelvo. Me voy a operar. Lo decido sin consultarlo con mi marido, que me mira entre asustado y sorprendido mientras le doy el sí quiero al doctor repollo, un poco por esa absurda confianza en sus autoproclamadas habilidades quirúrgicas, y otro poco porque no me seduce demasiado la idea de vivir dentro de una coraza, sin ninguna garantía de que no acabaré operándome igualmente dentro de medio año.

A las doce del mediodía vienen a buscarme para llevarme al quirófano. Otro paseíllo en camilla por interminables corredores vacíos, pero esta vez, mientras las luces del techo vuelven a emprender su habitual desfile ante mis ojos, se me aparecen los preciosos Louboutin de ante negro que mi marido me regaló en Bolonia por mi cumpleaños, hace apenas dos meses, y que siguen sin estrenar aunque estamos en octubre. ¡Maldito cambio climático! ¿Y si no puedo ponérmelos nunca? Sí, ya sé que mi mente tiene una frívola manera de evadirse de la realidad. ¿Podré volver a andar con tacones, doctor? Le agarro del brazo, suplicante, mientras camina a mi lado, y por el rabillo del ojo veo que me mira con esa mirada de *qué coño dice esta loca*, pero es que no entiende lo importante que es para mí, aquí y ahora, saber que un día podré estrenar esas joyas de brillante suela encarnada.

Entro en la sala de preoperatorio y varios enfermeros se distribuyen a mi alrededor colocándome vías y midiendo mis constantes. En ese caótico baile todos parecen saber qué hacer y yo los veo revolotear parloteando entre ellos como si no ocurriera nada, mientras el doctor hortaliza va a prepararse y el simpático anestesista me da conversación sobre caballos, a la vez que me

inyecta una dosis de calor que se encarama por mi brazo para alcanzar mi centro de control, y desconectarme de todo ese ajetreo.

Abro los ojos. ¿Dónde estoy? Entre brumas, lo primero que distingo son las cuatro y diez en la enorme esfera blanca del reloj redondo que cuelga de la pared, justo en frente de mí. Me arde la garganta. Toso y siento que se me desgarra el cuello. Instintivamente hago el gesto de incorporarme. Un enfermero se acerca y me pone la mano en el hombro para impedir que me mueva, aunque la descarga eléctrica que me recorre la espalda y me deja inmóvil, tratando de recobrar el aliento, resulta más que convincente. Miro hacia el dueño de la mano y su cara, coronada por un ridículo gorrito verde azulado, la veo deformada con efecto de ojo de pez, por gentileza de lo que sea que me inyectaron y que aún me flota en el cerebro. ¡Parece Dori, qué gracioso! Me rio a carcajadas, y esa risa que no puedo contener me hace toser de nuevo, con la misma tos seca, ronca y extremadamente dolorosa.

Cierro los ojos y todo me da vueltas. Quiero volverme a dormir. Dormida nada me duele, pero cara rape me susurra que me mantenga despierta. Tengo sed. Quiero agua. Dame agua, por favor, pido. No puedes beber aún, contesta. Pero es que tengo la garganta seca y me duele el cuello. Ya lo sé, es por el tubo de respiración que te han puesto en el quirófano. De verdad que tengo mucha sed, insisto. Espera, te mojaré un poco los labios. Y tengo que contentarme con la humedad que mamo de la gasa mojada que el enfermero me aplica cuidadosamente en los labios.

La conciencia poco a poco vuelve a reclamar su reino arrebatado y con ella regresan la incomodidad, el miedo y la incertidumbre. Me pregunto cuándo me llevarán de nuevo a la habitación. Nunca me ha

gustado estar demasiado tiempo aislada con mis pensamientos y, mucho menos, a solas con mi dolor. Tengo frío. Me estremezco y mil agujas se me clavan en la espalda.

Bocarriba, rodeada de blanco y esterilidad, aislada entre dos cortinas blancas, tapada solo con una sábana blanca, iluminada por unos fluorescentes blancos y sintiendo el peso del enorme testigo del tiempo de blanca esfera que cuelga de la blanca pared, la soledad hace que mane de nuevo la angustia profunda que por contraste es oscura, una vieja visita incómoda que me atenaza el estómago y de la que siempre me escapo ocupándome con algo. ¿Qué voy a hacer ahora si no puedo moverme?

Qué cínico el universo, sometiéndome a la terrible condena de verme atrapada en un cuerpo impedido, a solas con mis pensamientos y sin poder hacer nada. Siento de nuevo el ardor de las lágrimas descolgarse por las sienes. Aprieto los párpados y me trago el llanto porque no vale la pena lamentarse más. ¿Acaso llorar me va a hacer mejorar más rápido, andar antes, recuperarme más deprisa? Me estrujo los labios resecos mientras me prometo a mí misma, más aterrada que convencida, que voy a darle la vuelta a esto. Cueste lo que cueste.

Ha pasado un mes desde que me trajeron a casa. Ha sido un mes lleno de frustraciones, humillaciones y desesperación. Cuatro semanas de absoluta dependencia de la buena voluntad de los demás. Treinta días de dejarme acostar, levantar, alimentar y hasta limpiar el culo. Setecientas veinte horas de tragarme el miedo a no recuperarme nunca, la culpa por tratar mal a veces a los que se están esforzando en cuidarme, y la rabia de verme así de indefensa. Cuarenta y tres mil doscientos minutos de intentos casi siempre

fallidos, de mínimos avances e ínfimas conquistas. No sé qué me jode más, lo poco que mejoro o que todos me vendan cualquier pequeño logro como si fuera un gran éxito, tratándome como a una niña pequeña que necesita que le celebren cualquier monería sin mérito. ¿Es que no entienden que no quiero aplausos? Lo que quiero es poder valerme por mí misma de nuevo.

Son las ocho de la mañana y hoy, por primera vez desde que salí del hospital, estoy completamente sola en casa porque mi marido ha tenido que irse a trabajar y mi madre aún no ha llegado. Normalmente se turnan para atenderme y la una llega antes de que se marche el otro, pero hoy mi madre se retrasa por alguna razón, y esa demora vuelve a enfrentarme a lo desvalida que estoy aquí, tumbada en mi cama, esperando que alguien venga a levantarme. ¿Qué pasaría si se declarara un incendio ahora? Me encontrarían calcinada sin haber podido hacer nada para salvarme. Este súbito arranque de fobia pirómana azuza mi sensación de impotencia y me impulsa a intentar moverme yo sola.

¿Quién me mandaría a mí retomar las clases de equitación? ¡Maldita sea! ¡Qué malísima idea tuve! Si pudiera volver atrás, borraría aquella noche de un plumazo. Pero, por aquel entonces, me sentía culpable por trabajar tanto. Recuerdo la noche en que lo decidí. Serían casi las doce cuando apagué el ordenador y salí del despacho. Un día más iba a llegar a casa después de medianoche. Es curioso cómo la mente puede llegar a recordar cosas triviales. Hacía poco más de un año y medio que había aceptado aquel trabajo, y es cierto que las horas se habían multiplicado sustancialmente. Pero es que había tanto por hacer y era una oportunidad tan buena para mi carrera que no podía sino cumplir y trabajar mucho. Era mi primer puesto directivo y diecisiete personas a mi cargo eran mucha responsabilidad. Además, mi jefe había

apostado muy fuerte por mí, así que bien estaban algunas, o incluso muchas, horas extra, para demostrarle que valía la pena su confianza.

Cuando abrí la puerta de casa, me recibió la oscuridad. El silencio, roto intermitentemente por el sonido de la profunda respiración de mi marido, llegaba desde el cuarto al fondo del pasillo. Me quité los zapatos de tacón y entré en el comedor. Sin encender la luz, dejé el bolso sobre la mesa y seguí andando hasta la cocina, abrí la nevera y saqué el plato con una porción de lasaña que me había dejado envuelto en *film*. Lo calenté en el microondas, no sin ciertos remordimientos por el inminente festín nocturno de carbohidratos. No importa, mañana hago media hora más en el gimnasio, me dije para tranquilizar mi conciencia. De vuelta al comedor, cogí mantel individual, cubiertos y servilleta de la pequeña cómoda isabelina bajo el estante. Me fijé en que estaba algo combado hacia delante. Le tengo dicho que no ponga tantos libros. Me senté en el sofá, encendí la pequeña luz sobre la mesa *art déco* de la esquina, lo puse todo sobre el cristal de la mesa de centro y me dispuse a cenar sola una noche más.

Aquella noche la lasaña me supo a desencanto. ¿Qué le estaba pasando a nuestro matrimonio? Era consciente de que estaba muy ocupada últimamente, pero ¿no lo habíamos hablado antes de aceptar el trabajo? ¿Para qué tantas conversaciones, tantas previsiones, tantos acuerdos, si al final los reproches iban a ser los mismos?

Ahora, con perspectiva, me resulta evidente que, llegado el momento de plantearse cambios importantes en la vida, uno tiende a sentirse más capaz de afrontar las novedades de lo que en realidad acaba siendo. Pero entonces no lo veía así.

Mi marido y yo nos conocíamos desde siempre. Fuimos compañeros de colegio desde cuarto curso, delegado y subdelegada en el BUP, y amigos de adolescentes teorías conspiratorias antes de la universidad. Luego el destino, la vida y los *numerus clausus* acabaron con nuestro sueño de estudiar juntos periodismo. Nuestros caminos se separaron durante años. En 2003, un grupo de antiguos alumnos del colegio, de esos cargados de melancolía por la juventud perdida, organizó una de esas nostálgicas cenas, a la que acudí buscando consuelo en tiempos pasados, que recordaba mejores. Allí, desde el otro lado de la sala, lo vi de nuevo. Quince años más adulto, pero lo reconocí enseguida, como si el tiempo no hubiera pasado, como si todos esos años solo hubieran sido un entrenamiento para llevarnos a ese momento. No volvimos a separarnos desde esa noche.

Por desgracia, nueve años de convivencia más tarde, las cosas se habían enfriado mucho. Ahora me faltaba tiempo para todo. Lo único que hacía era trabajar y la rutina se había instalado en nuestra casa y no parecía tener demasiadas intenciones de marcharse. Yo lo notaba cada vez más distante, así que pensé que urgía recuperar un poco de chispa o aquello se iría a la mierda. Podríamos hacer algo juntos, eso seguro, pero ¿qué? Cortando un trozo de lasaña, volví a evaluar la propuesta de una compañera de trabajo, exprofesora de equitación, de tomar clases de doma los sábados. Yo había montado alguna vez, pero de eso hacía media vida, y no es que mi marido fuera un hombre que pudiera definirse como intrépido, así que tampoco tenía muy claro que quisiera apuntarse a una actividad así. No sé... Pero a mí me apetece un montón, así que yo se lo digo y él que haga lo que quiera, pensé.

Así que, decidida, me levanté y volví a la cocina, donde escribí en la pizarra Vileda pegada a la puerta de la nevera: ¿Te apetecería que

fuéramos a aprender a montar a caballo los sábados?, enmarcado entre dos pequeños corazones. Esa era nuestra analógica y particular versión del WhatsApp porque él no tenía, ni quería tener, un teléfono móvil. Volví al sofá y acabé mi cena. Tal vez él dijera que no, pero al menos yo sentía la conciencia más tranquila porque estaba haciendo algo por salvar mi matrimonio.

¡Qué ilusa! Me agarro fuerte a los irregulares barrotes de hierro forjado del cabecero para intentar ponerme de lado en la cama. Respiro hondo y me impulso con los brazos, pero los músculos tiran de la herida, que aún está demasiado blanda, provocándome un dolor tan agudo como gratuito, pues no consigo moverme. Nada, no me he girado ni un milímetro. Así que grito. Grito de frustración tan fuerte como puedo porque al menos para eso no necesito a nadie.

2

Mamá, ¿qué es rendirse?
No lo sé, hija mía,
nosotras somos mujeres.

¡Se me están llevando los demonios! Llego tarde. ¡Ay, qué angustia, por Dios! ¡Y encima todos los semáforos en rojo! ¡Hay que ver! ¿Por qué no corre más este hombre? Míralo, tan tranquilo, qué cuajo..., y cuando por fin llega mi parada, casi salto a la acera de la pura ansiedad. Aún cargada como una burra con la compra y la comida que preparé anoche, vuelo y maldigo mis viejas y cansadas piernas, que ya no dan de sí, tras recorrer las dos calles que separan la parada de la casa de mi hija. ¡Cuánto tarda el ascensor! ¿Y si subo andando? ¡Calla! ¿Cómo voy a subir dos pisos con tanta bolsa? Por fin llego sin aliento a abrir la puerta de su casa.

¡Ay, perdóname, hija mía! Se me ha escapado por un pelo el autobús de siempre. Yo creo que ha pasado antes, me excuso. Qué nerviosa vengo sabiendo que estarías aquí sola... Los dos segundos de silencio desde la habitación me caen encima como una losa. No pasa nada, mamá. No me voy a mover de aquí.

No se me escapa la amargura del comentario y se me rompe el alma. Mi hija. Mi exitosa y prometedora hija, que vive la vida que siempre soñé para mí. La que viaja, tiene un trabajo importante, habla idiomas, es independiente, no necesita a ningún marido para mantenerse... Y que ahora está atada a una cama.

Desde la entrada, por la puerta abierta de su cuarto, veo sus pies bajo las sábanas y el corazón me salta agitado y se me hace un

nudo en la garganta, al pensar que no tenga solución. Voy al comedor a dejar mis cosas y darme tiempo para recomponerme antes de entrar a verla. Me arden los ojos, pero no voy a llorar. No sirve de nada. Dejo las bolsas en la cocina. Veo que los platos de la cena están limpios. Este yerno mío, de verdad que es una joya. Respiro hondo, me bebo un vaso de agua y me trago la pena como el que se traga una pastilla. Mejor así.

Más compuesta entro en la habitación y me acerco a la cama. Ella no me mira directamente, pero veo que tiene los ojos rojos. Parece que ha llorado. No le quiero preguntar, que sé que no le gusta que me preocupe. Cuando me siento en el borde de la cama, a su lado, ella tuerce el gesto, pues el simple cambio de nivel del colchón por mi peso le produce dolor. Hoy parece nerviosa. Le acaricio el pelo. ¿Quieres levantarte? Sí, tengo pipí. Miro alrededor buscando la bata y las zapatillas para dejarlas a mano, no me vaya a coger frío, que debe tener las defensas por los suelos y no quiero que se me constipe, que solo le faltaba ya tener que toser con esa espalda... Que no se me olvide que esta noche me tengo que llevar la bata para lavarla.

Me acerco a mi hija y la giro hacia mí, cogiéndola por el hombro y la cadera. Ya de lado, le paso una mano bajo el cuello, apoyo su cabeza en mi antebrazo, a la altura del codo, y pongo la otra detrás de las rodillas. A la de tres subo el brazo sobre el que ella apoya la cabeza a la vez que, con el otro, le muevo las piernas fuera de la cama, como me enseñaron en el hospital. Ella se deja hacer. ¡Qué poquito pesa! Se me ha quedado en los huesos. ¡Si es que no me come nada esta niña!, pienso. ¡Ay, hija!, si no engordas un poco no vas a poder levantarte sola, le digo. Anoche hice potaje de acelgas, que le gusta mucho, a ver si hoy tiene más hambre. Ya sentada en

el borde de la cama se agarra a mi cuello con resignación y yo la levanto.

Me acuerdo de cuando era pequeña y se cogía de mi cuello para que la sacara de la cama, igual que hace ahora. Esta hija mía, qué cuidada ha estado siempre. Después de que la mayor muriera, todo se llenó de un vacío tan hondo, de tanto dolor, que me quise morir con ella. ¿Qué madre supera la muerte de un hijo? Qué tiempos tan horribles. La sensación de fracaso, de haber hecho algo mal, de haberle fallado. Lloré tanto, me desesperé tanto que también me quedé atada a una cama, como esta hija ahora, sin querer andar, incapaz de encontrar un sentido para seguir adelante.

Solo quedarme embarazada de nuevo me devolvió las ganas de vivir. Es extraño, pero recuerdo las náuseas con alegría. Notar de nuevo la vida crecer en mi vientre me hizo recuperar las fuerzas y la salud, y desde entonces no he dejado de cuidar de esta hija mía ni de ocuparme de ella, aunque a veces haya tenido que hacerlo a escondidas, porque menudo carácter me ha sacado la niña... Pero uno no deja nunca de preocuparse por los hijos, ¿verdad? Da igual la edad que tengan o lo independientes que sean. Y eso que esta no me deja que le haga nada. ¡Qué descastada es a veces la jodida! Si no la llamo yo, pueden pasar días y no se le ocurre ni meter el dedillo para llamarme... La llevo al lavabo y la siento en la taza. Pero mira, al final aquí estoy ahora, cuidándola otra vez como cuando era pequeña, siéndole útil de nuevo. El gemido de dolor que se le escapa al sentarse en el váter me provoca una punzada de culpa que se me clava en la barriga. ¡Pobrecita mía! ¿Será posible? ¿Cómo puedo ni tan siquiera pensar estas cosas?

Te preparo el desayuno y te limpio la herida, ¿vale? Se queja de que le duelen los talones. Los miro y están enrojecidos. No es nada, le digo, es del roce de la cama, de estar tanto rato tumbada. Te voy

a dar con alcohol de romero y verás cómo se te pasa. Recuerdo que a mi madre le pasó igual cuando, al final, estaba tan débil que ya no podía levantarse y le dábamos friegas por todo el cuerpo para que no se llagara, pero no se lo digo a mi hija para que no se imagine que a ella también le va a pasar.

La llevo al comedor y la siento en el sillón de piel blanca que le ha comprado su marido para que pueda estar cómoda fuera de la cama. Qué bien se está portando con ella. Reconozco que mi hija ha tenido suerte con este hombre. Al principio me pareció un poco redicho y, desde luego, a mí no me parece muy guapo, pero mira, para gustos los colores... Además, los hombres guapos solo traen problemas... Él está mucho por ella, eso se nota. Y se llevan muy bien, nunca se pelean. Eso sí, ella vale mucho más que él, aunque me esté mal el decirlo. Pero bueno, mejor así. Por lo menos, él no le dará el salto con otra. Aunque nunca sabe una... ¡Que me lo digan a mí! Y es que de los hombres no te puedes fiar. Todos cortados por el mismo patrón. Pero al mío le salió rana el invento. Se creía que me iba a callar cuando me enteré de lo suyo. ¡Iba listo! No sé cómo no lo maté ese día.

Recuerdo el cuchillo en mi mano cuando me encaré con él. Me ardía la cara. Estaba roja de ira. ¿Cómo coño has podido engañarme a mí con esa puta? ¡¡A mí!! Él vio el cuchillo y se quedó blanco. Me conoce, y no dudó ni por un momento que en aquellas condiciones habría sido capaz de usar el arma sin pestañear. Siempre ha sabido que tengo un carácter de mil demonios. Dio un paso atrás y adelantó un poco las manos hacia mí, enseñándome las palmas como para apaciguarme. Cálmate, por favor. Hablemos como personas, me pidió. ¿Como personas? ¡Tú no te mereces que yo te trate como una persona! ¡Eres un cerdo de mierda! Él tragó saliva, asustado.

Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Estaba esperándolo para comer y me asomé al balcón para ver si venía. Vi llegar su coche, aparcar frente a la puerta de casa y salir de él a aquella mujer que le dio un beso antes de despedirse.

Y ahí estábamos, en la pequeña cocina de casa, en pleno estallido de celos. Aunque él empezó negándolo todo, al final confesó su pecado. ¡Como si eso pudiera cambiar algo! Yo no podía dejar de llorar, no sé si de tristeza o de rabia. Eso sí, seguía manteniendo el puño aferrado con saña al cuchillo con el que lo amenazaba.

Nunca conseguí comprender por qué aquel cabrito me puso los cuernos con una guarra que no valía nada. ¿Qué hice mal? Me lo he preguntado muchas veces. Fui una buena esposa. Cuidé de él, estuve a su lado, apoyándolo en todo momento, dándole el ánimo y el valor que necesitaba para emprender todos sus negocios, aguantando los momentos bajos, viviendo sin un solo reproche en aquel viejo piso de mierda con el que me tuve que conformar porque él había sido tan imbécil como para no ver a tiempo la traición de su último socio, que acabó echándonos de nuestra propia fábrica, dejándonos con una mano delante y otra detrás, después de todo el tiempo y el esfuerzo que nos había costado levantarla. ¡Cabronazo!

Y cuando parecía que las cosas empezaban a remontar, me venía con esas. ¿Qué coño se había creído? Engañarme con una secretaria... ¡Qué poco original! Sentía cómo el orgullo herido azuzaba aún más mi rabia y me hervía la sangre. Intentó disculparse torpemente. ¡Cállate!, le grité ¡No quiero escuchar ni una sola palabra más! ¡Eres un embustero de mierda y te odio! ¡¡Te odio, te odio, te odio!! Esto no te lo voy a perdonar nunca, ¿me oyes? ¡Nunca!

Recuerdo que temblaba de pura rabia y quién sabe de lo que habría sido capaz en ese instante si de repente no hubiera visto asomar a mi pequeña por la puerta de la cocina. La miré fijamente. ¡Dios mío! Me había olvidado de que estaba en su cuarto. No se movía, vi el pánico en sus ojos, fijos en el cuchillo en mi mano. Bajé la mirada hasta el arma y la solté de golpe. Recuerdo verla caer, irreal, como a cámara lenta, hasta que el estruendo del metal chocando contra las baldosas blancas del suelo de la cocina hizo que mi hija gritara y se echara a llorar.

Fue como si me hubieran dado una patada en el culo y salí corriendo para abrazarla, mientras mi marido le decía que no pasaba nada, que papá y mamá solo estaban discutiendo por una tontería. ¡Embustero! ¡Márchate, no quiero verte!, le grité, y me llevé de allí a mi pequeña. Ninguna de las dos volvió la vista atrás cuando entramos en el comedor, ni tan siquiera cuando cerré la puerta, dejándolo solo en el pasillo y abriendo un pozo entre nosotros.

Sacudo la cabeza como para espantar los recuerdos. Da igual el tiempo que pase. Siguen doliendo. ¿Qué hora debe ser? Los ojos se me van hacia el reloj de la cocina. Son las cinco de la tarde. Puntual como un torero, la suegra de mi hija llama a la puerta. Delgada, pequeña, vestida con pantalón, cara de revenida y el cabello recogido con el mismo moño que le he visto toda la vida, ya desde que nuestros hijos iban juntos al colegio. Estoy segura de que es un postizo. No me faltan ganas de darle un tirón para comprobarlo. Como cada día, se sienta en el sofá y yo le preparo un té de menta, porque ella no toma café, que es veneno para el hígado. Te juro que un día le escupiré en la taza. Pues yo me hago un café. La verdad es que no suelo tomarlo por la tarde, pero confieso que me da cierto gusto hacérmelo cuando ella viene, porque, por la manera en que

tuerce el morro cuando me ve salir con la taza, sé perfectamente que le molesta.

Saco dulces para ver si mi hija come un poco, y el plato de pastas le da pie para soltarnos su habitual arenga sobre lo malos que son el azúcar y las grasas, y cómo un amigo de su marido se ha puesto malo por comer azúcar y cómo otro sufre de esto y la otra de aquello por no comer alpiste y no caminar cada día veinte kilómetros como si fueran el mismísimo Fermín Cacho.

Esta mujer está enferma, ya te lo digo yo. Juraría que se alegra de que los que no comen como si fueran un caracol sufran horribles tormentos divinos en forma de cáncer, gota, diabetes o cualquier otro desastre terminal. Y, como de costumbre, de la alimentación pasamos a la importancia de sacrificarse y de hacer esfuerzos, porque claro, en la vida hay momentos de todo tipo y ahora los jóvenes no saben apreciar lo que tienen, ¿verdad? Y me mira, esperando el beneplácito generacional... Cojo mi taza y bebo un poco a la vez que emito una especie de gruñido que no significa ni que sí ni que no, pero que tampoco es el silencio, que sería muy descortés por mi parte. Ella da un sorbo a su bebida antes de dejarla en la mesita de centro y removerse, impaciente, en el sofá, para que me quede patente su mal disimulada reprobación.

Ahí sentadas en el salón, en este inútil ritual diario de la merienda sin merendar, debo reconocer que esta mujer, que con esos aires de superioridad se las da de haber tenido una vida dura, me saca de quicio. ¿Qué sabrá ella lo que es tener una vida difícil? Esta señoritinga de casa bien y colegio de monjas francesas, que no ha dado un palo al agua en su puta vida, me habla de coser y bordar como si se tratara de trabajos forzados. ¡Menudo sufrimiento, comerse los canelones de mamá los domingos y los pastelitos que compraba su papá! Que digo yo que debían de ser de régimen,

porque el azúcar también sería veneno en los cincuenta, ¿o no? Aprieto los labios hasta que los noto como una línea fina y me concentro en remover el café con la esperanza de que así lo que estoy pensando no se me escape por la boca, que me conozco... Y aunque no digo nada, lo que no consigo es impedir que su verborrea sobre otros tiempos me traiga a la cabeza mis propios recuerdos de la infancia.

Acababa de cumplir los seis años cuando mi padre murió, dejando a mi madre sola para criarnos a todos. Tenía tres hermanos mayores, dos varones que estaban haciendo el servicio militar lejos de casa, y la tercera, que casi no podía ver. La pobre apenas era capaz de valerse por sí misma con soltura. Por debajo de mí, una pequeña de tres años y un bebé de apenas seis meses componían el total de miembros de la familia.

En aquel pequeño pueblo de la Andalucía profunda nunca nos apoyaron, porque mi madre había cometido el grave pecado de casarse con un minero de La Unión, que había aparecido por el pueblo con la esperanza de labrarse un futuro lejos de las entrañas de la tierra. La presencia de aquel forastero siempre provocó el recelo de los lugareños y se alimentó durante años de la desconfianza que la ignorancia provoca en lo que no se ha conocido desde siempre. Pero, aunque él nunca fuera realmente aceptado y el matrimonio no pudiera vivir libre de los comentarios más o menos velados de sus vecinos, se fueron manteniendo las apariencias hasta que la guerra dio manga ancha a la bestia del resentimiento que, liberado al fin, resurgió con toda su fuerza permitiendo que afloraran sin ningún pudor las más bajas miserias humanas.

Primero de un bando y luego del otro, mi padre tuvo que comerse el plato de los mezquinos ajustes de cuentas que se habían ido cociendo a fuego lento durante quince años. Nadie le dio trabajo en el pueblo. Primero por no ser lo bastante marxista y luego por ser demasiado rojo. Daba igual la razón, cualquier excusa era buena para hacerle purgar al forastero el pecado de estar allí, en su pueblo. Aquellas miserables revanchas culminaron con mi padre en prisión tras la guerra y con mi madre implorando clemencia por la vida de su marido a su propio primo hermano, convertido en gerifalte local del Régimen, que consintió en ayudar a liberarlo con la condición de que se fuera del pueblo. Así, disfrazada de compasión, se firmó la cruel condena de quitarle a mi padre toda esperanza de una vida alejado de las minas, a las que tuvo que regresar para cumplir con la obligación de alimentar a su familia. Se marchó prometiéndole a mi madre que nos mandaría llamar cuando consiguiera reunir suficiente dinero para llevarnos a Cartagena. Pero antes de que pudiera cumplir su promesa, la misma tierra que le dejó escapar una vez le clavó bien fuerte los dientes, enfermándolo hasta matarlo, inexorable y rápida, para asegurarse de que no volviera a escapar jamás de su vientre oscuro.

Nunca pude olvidar el momento en el que mi madre recibió el telegrama. Yo estaba frente a la puerta de la casa jugando a las maestras con mis dos hermanas y el pequeñajo, que se dejaban mangonear porque, naturalmente, la maestra era yo. Vi acercarse a contraluz la silueta del cartero, recortada contra el sol bajo de los atardeceres de otoño, y algo se me removió en el estómago. Se me quedó grabada la imagen de mi madre, que había salido al zaguán al verlo llegar, secándose las manos con el delantal antes de coger el papel doblado y sostenerlo un rato con la mano izquierda, sin atreverse a abrirlo. No hacía falta. Por aquel entonces recibir un

telegrama no significaba nada bueno. Cuando por fin se armó de valor para leerlo, no alcancé a imaginar que aquellas noticias no solo iban a hacer real la muerte de mi padre, sino que también iban a arrancar de cuajo mis opciones de seguir siendo despreocupada, alegre y de tener un futuro. Aquella ráfaga de palabras me arrebató cualquier posibilidad de volver a ser solo una niña.

Habría sido de esperar que muerto el perro, muerta la rabia, pero nadie le echó una mano a mi madre incluso después de fallecer mi padre. Al fin y al cabo, ya nos habían ayudado más de lo que merecíamos librando al forastero de un casi seguro fusilamiento. Mi madre descubrió en sus propias carnes que el resentimiento es una sustancia viscosa, que se pega sin remedio a los que conviven con la causa que lo originó. Gracias a Dios existe un límite a las humillaciones que alguien puede soportar antes de que su voluntad se quiebre sin remedio.

Una mañana, antes de ir al colegio, andaba yo trasteando con mi hermana pequeña cuando escuché unos murmullos que parecían venir del cuarto de mi madre. Me acerqué sigilosa y por la puerta entreabierta pude verla de espaldas, sentada en el lado de la cama en el que se acostaba mi padre, sosteniendo la única fotografía que teníamos de él. ¿Por qué me has dejado sola? ¡Maldito seas! Me asustó mucho oír a mi madre decir esto. Pensé en salir corriendo, pero no me moví. Algo me mantuvo ahí, fascinada, espiándola. Se levantó y se giró hacia donde yo estaba. Di un paso atrás por miedo a que me hubiera descubierto, pero no pareció notar mi presencia. Lloraba, aunque por alguna razón supe que era más de rabia que de dolor. Dejó la foto en la mesita de noche y se sacó un pañuelo de la manga para enjugarse los ojos. Decidida, fue hasta el arcón que había a los pies de la cama, sacó su preciosa colcha de novia y la empaquetó con cuidado en un pañuelo fardero.

Aquel día aprendí que se puede convertir la frustración en voluntad y que una mujer puede salir adelante sola, a cualquier precio. Y esa lección empezó cuando me dejó a cargo de los dos pequeños y de mi pobre hermana mayor para recorrer más ligera los cinco kilómetros que la separaban del cortijo en el que vendió la colcha por menos de lo que valía, pero aun así, regresando a casa con más dinero del que yo había visto junto en mi corta vida. Guardó una pequeña parte para comida y con el resto compró jabones, puntillas y otros menesteres que ella dijo que serían bien recibidos por las señoritas de los cortijos de la zona, sin problemas de hambre y deseosas de cambiar aquellos pequeños lujos por aceite, grano, o incluso por algo de dinero si había suerte.

Y así, las circunstancias me colocaron como responsable de ayudar a mi madre a sacar adelante a sus seis hijos. Lamenté tener que dejar el colegio y no solo porque se me diera bien estudiar, sino porque me gustaba la sensación que alimentaba mi orgullo en secreto cuando la maestra me llamaba la *cum laude*. Me hubiera gustado ser médico, pero con mi padre muerto y en plena posguerra, no había tiempo ni para sueños ni para demasiadas lamentaciones. Había que sobrevivir.

El negocio fue creciendo y pronto mi madre tuvo que dejar el cuidado de mis hermanos a cargo de la menor, para que yo pudiera ir con ella y ayudarla a llevar y traer las cada vez más abundantes mercancías de intercambio. Recuerdo que ella me cargaba a la espalda mi pañuelo lleno de tesoros subiéndolo a un bancal, porque yo aún era demasiado bajita para levantarlo desde el suelo. Todavía hoy sigo pensando que me quedé en metro y medio por culpa de tanto peso que llegué a cargar... ¡Cómo me dolía la espalda por el esfuerzo! Pero ¿de qué iba a servir quejarse? Los caminos eran largos y el tiempo escaso. Recorrí junto a mi madre todos los cortijos

de la zona y cambié el estudio de los ríos de España por aprender a negociar precios, a evaluar un buen intercambio y a guardarme bien de las parejas de la Guardia Civil, que patrullaban los caminos intentando controlar el ya desbocado estraperlo. Así, poco a poco, ahorramos cada perra chica, cada real y cada peseta ganados en el polvo de los caminos y ocho años después, cuando conseguimos reunir lo suficiente, nos escapamos a Barcelona para empezar de nuevo, lejos de aquel pueblo de cobardes.

Son las nueve y media de la noche cuando el marido de mi hija llega por fin a casa. Ella ya se ha acostado, aunque no duerme, pero es que aún le cuesta demasiado esfuerzo estar mucho rato sentada. No ha cenado mucho, apenas una tortilla francesa y dos croquetas. Le he dejado unas a él en la nevera. ¿Te las caliento, hijo? Vendrás cansado a estas horas. Le sirvo la cena mientras él pasa por el cuarto a verla. Está muy preocupado. Es un buen hombre. Responsable y trabajador. Ha salido a su padre, eso está claro... Le dejo la mesa puesta y la comida en el plato. Entro en la habitación a avisarle, para que no se le enfríe. Con él cenando y mi hija acostada, yo ya me voy. Cojo mis cosas del vestidor y me acerco a la cama para darle un beso en la frente. Que descanses, cariño, hasta mañana. Tú también, mamá, gracias. ¿Gracias de qué, hija? Soy tu madre.

3

Nada ocupa más espacio
que el vacío.

Mientras me paseo entre los pupitres, mi cabeza aprovecha el silencio reverencial que reina durante la hora del examen sorpresa para divagar un poco. Con las manos unidas a la espalda y el paso errante de quien no va a ningún lado, deambulo por ese rincón de mis recuerdos en el que mi mujer anda, baila y carga con su bolsa del gimnasio renegando porque hoy le toca tonificación y le da mucho palo.

Echo de menos su energía, la misma que algunas veces tanto me agobiaba antes del accidente. Siempre supe que éramos muy distintos, ya desde que compartíamos pupitre en este mismo colegio, en el que hoy soy yo el profesor. Ella era bastante popular y yo más bien callado, ella defendía sus ideas con vehemencia mientras yo intentaba no llamar demasiado la atención, pero siempre pillaba mis bromas a la primera y leía mucho, casi tanto como yo. Me gustaba. Mucho. Además, era muy distinta del resto de las chicas, demasiado preocupadas por la ropa y por pavonearse ante los guaperas altos que jugaban al baloncesto en el equipo del cole, y desde luego yo no era ni especialmente alto ni especialmente diestro en cualquier actividad que no implicara a mi cerebro.

Nos hicimos muy amigos, y creo que me enamoré perdidamente de ella la tarde en que, tras dos copas de moscatel robadas del mueble bar de mi padre, me atreví a exponerle mis locas teorías sobre el origen extraterrestre de Jesucristo y no solo no salió

corriendo, sino que le brillaron los ojos y se lanzó con aquel entusiasmo tan suyo a buscar en la Biblia de mi madre la prueba escrita de mis teorías conspiratorias.

No acierto a entender cómo después de la alegría de reencontrarnos hemos dejado que el tiempo nos haya separado tanto, de forma tan lenta e implacable. Pensar en eso, con la que nos ha caído encima, me oprime el pecho y me quita el aire. Es casi mediodía y aunque es febrero, hoy hace sol, así que abro un poco uno de los grandes ventanales de la pared lateral del aula, para que el aire limpio del exterior corte la atmósfera pastosa creada por la efervescencia hormonal de veinte chavales de diecisiete años encerrados juntos durante demasiado tiempo.

Han pasado cuatro meses desde el accidente, pero todavía necesita ayuda para casi todo y aunque su madre viene cada día a cuidarla mientras yo no estoy, sé que gran parte de la responsabilidad de lo que tenga que venir recaerá sobre mis hombros y me siento profundamente abrumado. Todo esto no podría haber llegado en peor momento, si es que hay un buen momento para que ocurran estas cosas.

Consulto mi reloj. Es casi la hora. ¡Cinco minutos! Mi anuncio acelera la velocidad de los puños y remueve los culos en los asientos. A la altura de la tercera fila, sin detener mi paseo, doy dos rápidos golpes secos con los nudillos en uno de los pupitres a modo de aviso preventivo para el chico flaco y desaliñado que se sienta un pupitre más allá, a mi izquierda. Ni se te ocurra, chaval.

Pillado *in fraganti*, insecto palo detiene en seco el viaje sospechoso de su mano derecha hacia el bolsillo lateral de sus pantalones, mirándome con ojos culpables por debajo de su flequillo demasiado largo. Parece entre sorprendido por el alcance de mi visión periférica y asustado por mi reacción. Se le enrojecen hasta

las orejas. Me sigue resultando gracioso ver cómo la experiencia que nos da la edad a los jóvenes se les antoja superpoderes de profe. Los demás ni levantan la vista de su examen. Estás solo, tío. Así de cruel es la tribu adolescente cuando uno de los suyos cae y queda atrás.

Acabada la clase, el timbre vomita a la escalera una marea de jóvenes que suben y bajan en caótico orden, en la que me sumerjo al salir del aula para encaminarme hacia el primer piso, aunque al ver cómo se apartan a mi paso yo me siento como Moisés cruzando el mar Rojo. Cuando llego por fin a la sala de profesores, mis ojos la buscan entre mis colegas, que charlan, leen y toman café en el único reducto seguro de la escuela, fuera del alcance de alumnos y padres. La descubro sentada al fondo, en la esquina de la enorme mesa de madera oscura, a la que el tiempo ha ido quitando lustre y que siempre me ha parecido demasiado grande para esta sala. Aunque parece concentrada ante un montón de exámenes, de repente levanta la vista y cuando sus ojos verdes me encuentran sé que, a pesar de todo, se alegra de verme como yo de verla a ella. Por un momento me siento como si todo siguiera igual entre nosotros, pero ese pequeño atisbo de esperanza se desvanece en el mismo instante en que la imagen de mi mujer, inmóvil en la cama, vuelve a alcanzarme de lleno, con más precisión que un disparo de Häyhä en la Guerra de Invierno. Como diría el mal poeta que fui en mi juventud, una nube se me instala en los ojos y noto cómo empieza a llover en mi corazón.

Extraño las miradas, que ya no serán secretas y cómplices, cuando coincidamos en la sala de profesores. Mi alma ya no tiene ilusión y me sigo sintiendo muy solo. Pero me digo de nuevo que hice lo correcto, que acabar con lo nuestro era lo que debía hacer y, una vez más, acallo mi pena y me abrazo a la responsabilidad como uno

se abraza a esos amigos de hace tanto tiempo que ya es imposible recordar qué fue lo que los unió. Y así, sintiéndome doblemente culpable, bajo la mirada, se me escapa un pequeño suspiro y me quedo sentado aquí, lejos del fuego de su pelo, en el lado seguro de la mesa, dejando que los recuerdos de un pasado no muy lejano bailen en mi cabeza.

Nunca planeé que pasara nada entre nosotros. De verdad. Pero a veces la vida te pone trampas de las que es difícil escapar. Fue en un viaje a Madrid. El autocar llegó por la tarde después de algo más de siete horas de viaje desde Barcelona. Serían las seis. Llevábamos a treinta y tres jóvenes y nosotros dos éramos los únicos guardianes del rebaño adolescente. La escuela organizaba una salida anual de cuatro días para el área de Humanidades y Ciencias Sociales de primero y segundo de bachillerato, y en el programa cultural había incluidas visitas al Museo del Prado, el Thyssen-Bornemisza y el Reina Sofía.

Aquel era el primer año que yo, como profesor de historia del arte, me había ofrecido para viajar con el grupo. Por norma general solía declinar esa responsabilidad, pero esta vez había sentido la necesidad de salir de casa y darme un tiempo para pensar, alejado de mi mujer. Las cosas habían empezado a torcerse entre nosotros desde que aceptó ese puesto directivo hacía cuatro meses. No es que antes nuestra relación fuera perfecta. Llevábamos mucho tiempo juntos y debía reconocer que la rutina había ido ganando terreno, pero es que ya apenas nos veíamos y solo nos comunicábamos a través de notas en la nevera porque ella llegaba siempre tardísimo, tenía que trabajar muchos fines de semana y cuando estaba en casa, o se pasaba el día pegada al ordenador o no tenía ganas de hacer nada, como si la hubieran desenchufado de la corriente. Por eso, cuando me ofrecieron ser uno de los

coordinadores del viaje del departamento dije que sí. Al menos podría pasar el fin de semana haciendo algo diferente, en vez de estar solo en casa, como era la costumbre.

Me debatía entre la culpa y el enfado. Sabía lo que aquel puesto significaba para ella. Era una gran oportunidad, un gran paso en su carrera. Además, me consultó antes de aceptar la oferta advirtiéndome que le tocaría trabajar mucho, sobre todo al principio, porque tendría que hacer méritos. Pero, a pesar de haberlo hablado en profundidad y de que me comprometiera a aceptarlo, no podía evitar sentirme relegado y muy solo, y eso me estaba molestando más de lo que fui capaz de imaginar cuando le dije que sí.

Y lo peor de todo era que no me creía con derecho a protestar porque ella había insistido en que valoráramos juntos la oferta antes de aceptarla, y si ahora le venía con dudas, se iba a cabrear, porque si algo odiaba era a la gente poco consecuente. Aun así, no podía evitar sentirme como me sentía. ¡A la mierda con los acuerdos, los pactos y la lógica! Siempre supe que era muy ambiciosa en lo laboral, eso no era una novedad. Para ella era importante ser alguien en su profesión, tenía grandes objetivos y había renunciado a muchas cosas para labrarse una carrera. Por mi parte, siempre he sido mucho más modesto. Soy feliz siendo profesor, pero me engañaría si no me reconociera a mí mismo que su éxito, la notoriedad y, sobre todo, el hecho de que cobre casi tres veces más que yo están empezando a minarme la moral. ¡Qué egoísta soy, joder! Estoy muy orgulloso de mi mujer. La admiro, de verdad. Tiene una fuerza de voluntad inquebrantable para perseguir sus sueños. Pero no sé, el papel de paciente y amantísimo esposo no me encaja para nada.

Tras registrarnos en el hotel, la organización de parejas entre los chicos, las consecuentes decepciones, risitas y codazos por el

resultado, el reparto de llaves, el obligado sermón sobre las normas que había que cumplir y las poco veladas represalias que conllevarían las innecesarias correrías por los pasillos y los cambios no autorizados de compañeros de cuarto, llegué por fin a la soledad de mi habitación, ubicada en el cuarto piso. No estaba mal. Funcional pero elegante, con moqueta clara y una gran cama doble que me pareció un desperdicio. Había un pequeño escritorio encarado hacia la gran ventana que ocupaba la pared frontal, con vistas al paseo del Prado, y por la que a aquella hora entraba una preciosa luz. Me acerqué y aparté un poco la cortina para mirar por encima de los árboles. ¡Qué bonito se pone Madrid en primavera! Disponía de hora y media antes de bajar a cenar con el grupo. Miré la cama al pasar por su lado y me dieron ganas de aprovecharla en soledad, pero me ocupé deshaciendo la maleta, dándome una rápida ducha fría y leyendo un rato.

Me vestí y bajé a las ocho al comedor. Siempre me ha gustado llegar con tiempo a los sitios. Solía bromear diciendo que se debía a mi estricta educación británica, y algo de cierto había porque durante mis años de universidad pasé seis meses en Inglaterra perfeccionando el inglés. Suelo ser el primero en llegar, pero vi que la otra coordinadora del viaje ya estaba allí. Dejó de ser la profesora de literatura para convertirse en una mujer de unos cuarenta y pocos años, pelirroja, no muy alta y de voz suave. Me fijé en que había cambiado los tejanos del viaje por un bonito vestido azul de escote en pico, que se había dejado el pelo suelto y pintado los labios. Era bastante bonita. ¿Se habría arreglado por mí?

Me senté con ella y charlamos animadamente mientras esperábamos la llegada del grupo. Era espontánea, muy graciosa y no parecía tener demasiados problemas en decir lo que pensaba. El goteo de chicos y chicas fue irregular y se prolongó durante casi

media hora hasta que llegaron todos. El pozo sin fondo de un estómago juvenil siempre es más efectivo que cualquier norma de puntualidad. A las diez de la noche todos estaban en sus habitaciones y convocados para el desayuno a las ocho en punto de la mañana, pero era demasiado pronto para nosotros los adultos, así que, con la excusa de asegurarnos de que no había ningún prófugo de última hora, nos quedamos un rato más en el bar del hotel tomando una copa.

Aún hoy, al rememorar aquel momento, no podría explicar qué pasó exactamente, pero sí reconozco que me resultó más que agradable tener la atención de una mujer atractiva, sentirme escuchado y ser el centro de la conversación. Hacía mucho que no me sentía así. Con mi mujer, ella era la intrépida, la que siempre tenía algo interesante que contar. El mundo académico nunca ha podido competir con el vertiginoso ritmo de la vida real. Sin embargo, allí, en aquel bar de Madrid, lejos de casa y hablando con mi colega, nuestra vida de tizas, exámenes y padres demasiado indulgentes con sus hijos volvía a ser interesante y me sentí revivir, a salvo y orgulloso de mí mismo.

Ella estaba divorciada y tenía dos hijas, una de once años y otra de siete. Me enseñó las fotos. Muy guapas, se parecen a ti. Me gustó que se sonrojara ante el velado cumplido. ¿Tú no tienes hijos? No, mi mujer trabaja mucho. Para ella es lo primero y tampoco ha sido nunca muy maternal, así que no los hemos tenido. ¡Vaya! Es una lástima. No, no, está bien... contesté. Con nuestros horarios, no podríamos cuidarlos como es debido, así que mejor no habernos metido en ese follón. Además, ¡sería como llevarse el trabajo a casa! Ella se rio con mi broma y a mí me gustó mucho su risa.

Y así, como ocurren las cosas que no tienen demasiada lógica, pasamos los siguientes días entre pinturas y esculturas, y las noches

entregados al descubrimiento de otro tipo de arte en aquella cama enorme que al final resultó aprovechable. Cuando volvimos a casa, seguimos viéndonos una vez cada quince días, cuando sus hijas se iban con el padre y la agenda de mi mujer me permitía no tener que dar demasiadas explicaciones.

Llegó el verano, pasó el invierno, y para cuando acabó la siguiente primavera, la relación entre ambos estaba tan afianzada que empezamos a atrevernos a hablar de un posible futuro juntos. Total, a mi mujer solo le importaba su trabajo y no teníamos hijos que complicaran demasiado las cosas. Decidimos dejar pasar agosto y le prometí que hablaría con mi mujer después de las vacaciones. Habiendo empezado el nuevo curso y con ella metida de nuevo en la vorágine del trabajo, los cambios resultarían más llevaderos para todos. Al fin y al cabo, yo tampoco quería hacerle demasiado daño ni ponerme las cosas demasiado difíciles.

Aquel viernes de principios de octubre, antes de despedirme para un fin de semana que pasaríamos sin vernos, la cogí de las manos y le juré que hablaría con mi mujer el sábado por la noche cuando volviéramos de aquellas estúpidas clases de equitación a las que se había empeñado en arrastrarme desde principios de septiembre. Decía Séneca que una desgracia imprevista nos hiere más fuertemente. Cómo iba a imaginar que el destino y un caballo llamado Goloso habían hecho otros planes para todos nosotros.

Salgo del ascensor y me quedo un momento en el rellano, parado ante la puerta de casa en silencio. No me quito de la cabeza sus ojos verdes, su melena pelirroja. Verla hoy en la sala de profesores me ha movido. Me dolió mucho tomar la decisión de romper con ella cuando mi mujer tuvo el accidente. No puedo negar lo que pasó, ni

tampoco lo que aún siento cuando coincidimos en la escuela, pero sería un completo canalla si hubiera dejado a mi mujer en la estacada y no hubiera decidido hacer lo que debía para ayudarla.

Miro la llave en mi mano y me repito que mi *affaire* estuvo justificado, que entre nosotros ya no había ninguna pasión, pero no puedo evitar que la culpa me corroa al recordar a mi mujer tirada en el suelo del picadero gritando de dolor o muerta de miedo en la camilla de urgencias del hospital, sin tener ni idea de que iba a dejarla aquella misma noche.

¿Qué va a pasar ahora? No puedo imaginar cómo será nuestro futuro y me da miedo lo que pueda venir. ¿Y si nunca vuelve a andar? Se está convirtiendo en una persona amargada y aunque entiendo sus arranques de mal humor, cada vez son más frecuentes. ¿Volverá a ser alguna vez la que era? Probablemente no, y aunque lo fuera, ¿realmente quiero volver a la vida de antes del accidente? Me preocupa. Pero siendo sincero, después de todo lo que nos ha pasado, tampoco estoy muy seguro de que podamos ser de nuevo los que éramos. Todo esto tiene que servir para algo, ¿no? Debe tener algún sentido.

Meto la llave en la cerradura y mientras abro la puerta me repito que hay que intentarlo. Porque es mi deber, soy un hombre de palabra y sé que lo mejor sería que volviera a enamorarme de mi mujer.

4

Si el sentimiento de culpa
fuera un bicho, sería un pulpo,
viscoso y envolvente.

Hoy, después de seis meses de encierro voy a ir a la oficina. Bueno, en realidad me llevará mi padre porque aún no puedo conducir. Me siento entre feliz y asustada. Llevo mucho soñando con este momento, pero ¿qué pasará si descubro que no puedo retomar mi vida donde la dejé? Estaré apenas unas horas. Aún me duele la espalda si estoy sentada demasiado tiempo, pero al menos iré. Eso tranquiliza mi conciencia, pero también me enfrenta al pánico por la incertidumbre de no saber lo que pasará en el futuro.

Llevo tanto tiempo de baja que necesito aparecer por el despacho. Las horas de reuniones telefónicas con mi jefe y las videoconferencias que he estado haciendo desde que pude mantenerme durante una hora entera sentada en una silla no me quitan la mezcla de impotencia y culpa por haberle fallado a la empresa, por no haber podido estar allí en persona durante todo este tiempo. Llevo meses esforzándome mucho en la rehabilitación y aunque sea solo por un ratito, la idea de regresar a la que era mi vida antes de la reclusión física y mental a la que me he visto condenada, calma la angustia que continuamente siento en la boca del estómago.

Aunque todavía me falta mucho por recuperar, reconozco que he mejorado bastante desde que empecé la rehabilitación. Recuerdo el primer día. ¡Madre mía! Apenas pude dormir aquella noche. En mi

cabeza se mezclaban la habitual incomodidad de no poder moverme, el ya familiar y continuo dolor sordo de la espalda y el miedo a la idea de tener que enfrentarme al proceso que empezaba al día siguiente. Mi experiencia se reducía a un fisioterapeuta al que no se le ocurrió otra cosa, cuando me quitó la escayola de la rodilla que me rompí a los catorce años, que tirar varias veces de la pierna, tiesa como un palo tras dos meses de inmovilización, como si se tratara de la palanca de una tragaperras. Recordar aquel dolor aún me producía pánico y pensar en lo que algo así supondría para mi espalda al día siguiente no me estaba dejando pegar ojo.

Así que, cuando me presentaron a mi fisioterapeuta, lo primero que le solté fue que no confiaba en ellos porque había tenido una mala experiencia hacía mucho tiempo y le pedí que, por favor, fuera con cuidado y con mucha calma en mi caso. La chica, realmente joven, me miró con sus grandes ojos verde piscina sin dejar de sonreír durante la perorata, y con toda la calma del mundo y su dulce acento canario, me explicó que las cosas habían evolucionado mucho en los últimos tiempos, que no debía tener miedo porque allí no querían provocarme ningún dolor y me pidió un poco de confianza.

La miré con recelo. Por un lado, pensé que alguien con una mirada tan limpia no parecía capaz de albergar ningún nivel de sadismo, aunque claro, una nunca sabe lo que puede esconder la gente tras una cara de ángel. Por el otro, tampoco quería ponerla en mi contra el primer día desconfiando abiertamente de sus capacidades, así que me callé y sin demasiado convencimiento, crucé la puerta que ella me abrió hacia la gran sala de ejercicios del centro de rehabilitación, dejando a mi madre pertrechada con sus revistas en la sala de espera.

Entré arrastrando los pies en aquel gran taller de reparaciones pintado de blanco e iluminado con grandes fluorescentes, salpicado de camillas y estaciones de trabajo, con paredes cubiertas de espejos y espalderas, rincones con barras de madera y pelotas de todo tipo, tamaño y condición, circuitos de suelo irregular y tramos de escaleras imposibles. Jóvenes mecánicos de blanco uniforme manipulaban carcasas con más o menos kilómetros recorridos, reparando brazos, dedos, piernas, cuellos y, como en mi caso, espaldas, mientras otros chasis permanecían aparcados al fondo de la sala enchufados a máquinas que les daban calor, radiofrecuencia o ultrasonidos.

La seguí hasta una de las camillas donde me dijo que me quitara las zapatillas y me tumbara. La miré incrédula. ¿Y cómo coño cree esta que voy a hacer eso yo sola? Sin moverme, sentí que el pánico se apoderaba de mí. ¡Ya lo sabía yo! ¡Si es que son todos iguales! Al no notar movimiento alguno, la fisio levantó los ojos del expediente y me preguntó qué ocurría. No puedo hacerlo. No puedo. Veo que ya han pasado cinco meses desde que te operaron. Deberías poder tumbarte. ¡Pues no puedo! ¿Y cómo te manejas en tu casa? Mi madre me ayuda. ¿En todo? Sí, claro. Ya entiendo...

¿Qué coño es lo que entiende? ¿Acaso es que se había roto la espalda alguna vez? ¿Tenía la más remota idea de lo que es vivir con seis tornillos y cuatro barras metálicas incrustadas en la columna vertebral? ¿Quién narices se cree esta puñetera cría para decidir lo que debo o no debo estar haciendo a estas alturas? Me sentí tan injustamente juzgada que se me humedecieron los ojos de pura frustración. ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡No pienso llorar delante de este mal bicho! Tragué saliva, apoyé ambas manos en la camilla, apreté los dientes y coloqué la punta del pie derecho tras el talón izquierdo, sujetando el tacón de mi deportiva mientras tiraba hacia arriba del

talón liberando el pie del calzado. Aunque el esfuerzo me provocó un pinchazo agudo, fue menos intenso de lo que esperaba, así que me animé a probar la misma operación con la otra pierna. El zapato también cedió y el pie salió. ¡Sí! Descalza sobre el suelo, separé las manos de la camilla y miré a la sadoterapeuta saboreando mi pequeña gran victoria. Ella me devolvió la mirada con una sonrisa. ¿Lo ves? No era tan difícil, ¿verdad? Tuve que reconocer que no, pero, naturalmente, no iba a darle la razón. Ven, te enseñaré cómo tumbarte y otro día cómo levantarte. Hoy te ayudo yo, pero tendrás que aprender a hacerlo tú sola, ¿vale? Y en casa también, sentenció.

Me enseñó los movimientos que debía hacer para acostarme de lado, controlando la caída hacia la posición horizontal, y me ayudó a ponerme bocarriba en la camilla. Noté su superficie dura, incómoda, porque se me clavaban las cabezas de los tornillos en la piel. Aguanté la respiración en previsión de escuchar el inevitable ruido sordo que soltaban las vértebras cuando cedían y se ajustaban al cambio de presión. Aunque me pasaba cada vez que me acostaba, ese sonido en mi interior me asustaba y me hacía llorar, pero como esta vez no quería parecer una niña malcriada delante de la pequeña tirana, me aguanté el miedo cuando oí el clonc resonarme por dentro y, mirando hacia el techo, cogí una buena bocanada de aire para serenarme. La fisio estuvo conmigo una media hora, en la que intentó movilizarme las piernas hacia el pecho y los brazos hacia arriba. Apenas pudo, porque me tironeaba la espalda cada vez como si se me fuera a abrir la herida en cualquier momento. Aun así, insistió en hacer varias series de cada ejercicio y luego me masajeó la base del cráneo, el cuello y los hombros para relajar la tensión. Cuando me levantó de la camilla y me dijo que ya habíamos acabado por ese día, miré las deportivas en el suelo y deseé que mi madre estuviera allí para ponérmelas. En ese mismo instante comprendí

que dejarme envolver por los algodones de sus cuidados me estaba volviendo dependiente. Tal vez la fisioterapeuta no era tan sádica y tenía razón en que estaba yendo demasiado lento por eso.

Desde entonces, intento hacer yo más cosas por mí misma, pero mi madre no me lo pone muy fácil, la verdad. No sé cómo lo hace, pero siempre parece reaccionar un segundo antes que yo. Da igual lo que le diga. Ella sale con su ay, hija, pero si a mí no me cuesta nada, y se adelanta.

Me planto ante el armario del vestidor tratando de escoger qué voy a ponerme. Siempre he ido con tacones a trabajar, así que mi ropa de oficina no se adapta demasiado bien al calzado plano y práctico que debo llevar ahora, ni tampoco creo que mis faldas lápiz vayan a encajar del todo sobre el corsé ortopédico que tengo que llevar para salir a la calle, y que, con dos vasos de plástico en las tetas, me haría parecer la protagonista de un anuncio de Jean Paul Gaultier.

Me decido por una camisola blanca con puntillas en los puños y en el cuello, lo bastante ancha para que no se note que llevo el corsé, y lo bastante larga para llevarla por encima de unos *leggins* negros que no me aprietan ni en las piernas a pesar de ser elásticos. Me los pondré por dentro de unas botas negras de montar. No te vayas a creer que se me escapa la ironía de la elección.

Intento alcanzar la barra superior del armario, pero tardo un poco en hacer el movimiento, pues aún no tengo suficiente fuerza para levantar los brazos hasta allí, así que supermamá se me adelanta. Deja, hija, que te vas a hacer daño. Descuelga la camisa y me saca el calzado una vez más. ¡Qué paciencia hay que tener! Cuando ya lo tengo todo dispuesto sobre la cama, me acompaña al baño para que pueda arreglarme e iniciamos la rutina diaria que hemos seguido los

últimos meses. Al principio, el ritual me hacía saltar lágrimas de impotencia y aún no me he acostumbrado. Verme así, incapaz de asearme yo sola es muy frustrante. Mi madre me ducha, me seca y me unta el cuerpo con crema. Todo lo que hago es separar los brazos y girar sobre mí misma con mucho cuidado de no resbalar.

De cara al espejo, desnuda, me cuesta reconocer a la mujer que veo ante mí. A pesar de que no me muevo mucho me he quedado muy delgada, pero la falta de tono de la casi inexistente musculatura me da un aspecto fofo, sobre todo en la zona de la cintura y las caderas, a la altura donde en la espalda tengo la herida. Mi madre me gira un cuarto de vuelta y me quedo de perfil hacia el espejo. Veo la extraña protuberancia que me sobresale en el dorso, a la altura del pecho, una pequeña joroba que parece haberse adherido como un parásito a la curva de mi espalda. Los ojos se me llenan de lágrimas y giro la cara para mirar a la pared. No quiero ver este cuerpo tullido. Lo odio.

Mi madre me aplica aceite de rosa mosqueta en la herida y durante unos minutos masajea concienzudamente la cicatriz para que se suelte y no se formen adherencias, tal como le enseñó a hacer la enfermera el día que me quitaron los puntos. Me duele mucho, pero aprieto los dientes y me aguanto porque, si me quejo, me miente descaradamente sobre lo poco que se me nota ya la cicatriz. Sé que no es cierto, que lo hace con la intención de animarme, pero ahora mismo mi autocontrol está bajo mínimos y no quiero escuchar sus mentiras, aunque sean piadosas, así que me callo y la dejo hacer.

¡Qué pálida estoy! Salgo tan poco a la calle que mi piel ha dejado de ser blanca para adquirir un tono macilento que grita a los cuatro vientos que estoy enferma, que no me encuentro bien. No quiero que me vean demacrada y débil, así que hago el gesto de ir a coger

mi bolsa de maquillaje del armario de debajo del lavamanos, pero mi madre ya se ha vuelto a anticipar. Poco a poco, me voy añadiendo el color que he perdido, construyendo la máscara que le mostrará al mundo que no pasa nada, que esto es solo un contratiempo.

Me tuve que cortar la melena. Con lo que me gusta a mí el pelo largo..., pero, no sé si por el trauma o por la medicación, se me cayó tanto el pelo que incluso se me hicieron algunas calvas, así que el dermatólogo me infló a lociones, vitaminas, champús anticaída, y me aconsejó un buen corte para sanearlo bien. Naturalmente, le hice caso, ¡qué remedio! Lisiada y calva, ¡imagínate el panorama! Pero no me acostumbro a esta nueva medida. Siento que me falta algo. ¿También tuvo que arrebatarme esto aquel maldito caballo?

Mi madre está acabando de vestirme cuando mi padre nos avisa de que ya tiene el coche en la puerta y el corazón me da un vuelco. Llevo una semana ensayando cómo meterme en el asiento del copiloto, así que hoy la operación no se alargará demasiado. Mi papá conduce despacio, en parte porque está ya mayor y se siente inseguro cuando se enfrenta a un trayecto que no conoce bien, y en parte porque tiene más miedo que yo a los sobresaltos que pudieran obligarlo a hacer una maniobra brusca que me cause dolor. Le agradezco la preocupación. Mi madre va en el asiento de atrás y noto su tensión contenida cada vez que mi padre frena, que adelanta y, en general, cada vez que realiza cualquier maniobra.

Aun yendo despacio, cruza demasiado deprisa un paso de cebra sobreelevado que no ha visto y a mí se me escapa un grito de dolor por el golpe. ¿Es que no puedes ir con más cuidado?, oigo desde atrás. No lo he visto, mujer. A ver si te crees que lo he hecho queriendo, se defiende él. Queriendo no sé, pero haz el favor de fijarte, que le has hecho daño a tu hija, insiste mi madre. Ya, bueno..., ha sido sin querer. Pues a ver si estás más por lo que

tienes que estar. Y dale... ¡Que no lo he hecho queriendo! Sé por experiencia que estas discusiones pueden alargarse hasta la saciedad. Siempre con la misma dinámica, ella criticándole porque ha hecho algo mal y él haciéndose la víctima porque ella no le entiende y encima no le deja explicarse.

Cuando discuten así se me revuelve el estómago. Los habré escuchado mil veces, pero siempre me invade la misma desazón que cuando era pequeña. Solo que ahora ya no soy esa niña que se asusta, y cuando me harto de oírlos, les doy un grito para que se callen. ¿Queréis hacer el favor de parar? A la que le duele es a mí y no he dicho nada, ¿no? Ninguno me replica y se hace el silencio. Incómodo pero tranquilo.

Cuando llegamos, le pido a mi padre que no pare delante de la puerta del edificio, sino más adelante, en la esquina de Diagonal con Gran Vía de Carlos III. No quiero que nadie vea que necesito la ayuda de mi madre para salir del coche. Tengo la sensación de que más de uno de mis colegas se alegra de que me vea en esta situación, así que no quiero darles una satisfacción extra tan gratuitamente.

Bien recompuesta, echo a andar hacia la recepción, despacio pero más tiesa que una vela, con toda la dignidad que me confiere el bendito corsé. Me sigue un paso por detrás mi madre, que se empeña en protegerme y que, por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, cree que podría cogerme al vuelo si me cayera. Llego a la puerta y doy gracias a Dios de que la entrada al edificio no tenga escalones, para no verme obligada a subirlos de uno en uno en público.

Cuando entro en la recepción, veo a mi jefe hablando con una de las secretarias. Me dirijo hacia él con mi paso lento, pero apenas he cubierto la mitad de la distancia cuando él advierte mi presencia y se

me acerca con los brazos abiertos. ¡Querida!, me suelta sonriente. Su alarde de entusiasmo me conmueve y a la vez me da pavor. Es un hombre alto, de cuarenta y muchos años, un poco entrado en carnes y muy fuerte, así que me aterra que vaya a darme un abrazo de oso. Creo que lee el miedo en mi cara porque se para y pone los brazos en jarras cuando se me planta delante.

¡Cómo me alegro de verlo! Se ha portado muy bien conmigo durante estos meses. Ha sido paciente, no me ha reclamado nada y siempre se ha preocupado por cómo me encuentro. No podía por menos que reincorporarme al trabajo lo antes posible y empezar a ir por el despacho en cuanto fuera viable estar algunas horas sentada sin demasiados problemas. No es mucho, lo sé, pero ¡menos da una piedra!

Saluda a mi madre educadamente y yo me despido de ella hasta dentro de dos horas. Me acompaña a los ascensores para ir a mi despacho en la tercera planta, mientras me pregunta por la rehabilitación, pero el camino hasta allí se convierte en un peregrinaje, porque cada persona que nos cruzamos se para a saludarme y me pregunta cómo estoy. Para cuando por fin entramos en mi departamento, ya he explicado unas doce veces cómo me encuentro, he escuchado sendas veces, con mayor o menor credibilidad, lo mucho que se me ha echado en falta, y el número se ha elevado a catorce cuando consigo llegar a mi oficina. Me recibe mi secretaria, que me ha comprado una caja de bombones belgas, sabe bien lo que me gustan. ¡Qué mona! El aire de mi despacho me abraza cuando entro y me siento en casa. Todo está igual que lo dejé. Los muebles blancos y negros, el color burdeos de las paredes y las lámparas metálicas de estilo industrial, en contraste con el cristal que separa mi despacho del *pool* de mi equipo.

Rodeo la mesa y veo que mi secretaria ha cuidado de mi planta en mi ausencia porque sigue viva sobre el mueble bajo la ventana. Me siento en mi silla de brazos. Tienes que decirme si te resulta cómoda esta o la cambiamos por otra que te vaya mejor, me dice mi jefe. Le sonrío. No, no, gracias. Está perfecta, contesto. Sin embargo, el respaldo es un poco rígido y anoto mentalmente que mejor me traigo un cojín de casa, como me aconsejan los tornillos cuando se me clavan al apoyarme.

Él se sienta frente a mí en una de las sillas de cortesía al otro lado del escritorio, le pide a mi secretaria que nos traigan café y me va poniendo al día de las últimas novedades, esas con las que dice que no me ha querido molestar durante mi ausencia, a pesar de que hemos hablado una o dos veces por semana.

Le digo que quiero reunirme con mi equipo para que me informen de todo, y él me comenta que va a organizar una reunión esta semana con la directora comercial, quien al parecer ha estado coordinando el departamento en mi ausencia. Se me cae el alma a los pies y parpadeo varias veces por la noticia. Disculpa, ¿cómo dices?, pregunto asombrada. Sí, responde él, necesitábamos que alguien se ocupara del equipo en el día a día, pero no te preocupes. Las decisiones importantes las he tomado yo.

No doy crédito a lo que estoy oyendo. Miro a mi jefe y se transforma de oso amoroso en hiena rastrera en un instante. Durante seis meses ha puesto al mando a la hija de puta que ha estado haciéndome la vida imposible desde que me incorporé a la empresa, tratando de minar mi autoridad a la menor ocasión. Levanto los ojos y, con disimulo, miro por el cristal hacia el departamento de ventas. Veo sobresalir su cabeza de falsa rubia L'Oréal número nueve por encima del respaldo del sillón de su despacho. Gesticula, como si así lo que dice fuera el doble de

importante. Es la única que no ha dejado sus cosas para salir a recibirme. ¿En qué coño estabas pensando?, me dan ganas de gritarle a mi jefe. En cambio, contesto con un moderado ¿cómo no me habías dicho nada?, y una sonrisa que hasta yo noto falsa sin verla. Estoy furiosa. Me siento traicionada y me dan ganas de mandarlos a todos a la mierda. Respiro. Menos mal que he vuelto. Si me descuido y llego a hacer caso a los que me decían que debía esperar a estar más fuerte para reincorporarme, me encuentro con que no tengo un trabajo al que regresar. No tiene ninguna importancia, intenta tranquilizarme, ha sido solo algo operativo y, desde luego temporal, hasta tu regreso. Perfecto, le contesto, con toda la dignidad que me permite la ira que se me encarama por la boca del estómago. Pues si la reunión puede ser para mañana, ideal, que cuanto antes retome mis funciones mejor para todos. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí, ¿verdad?

5

Lo que los padres construyen,
los hijos están llamados
a derrumbarlo.

Estoy sentado en el coche en silencio junto a mi mujer. He aparcado en la calle de arriba del trabajo de mi hija, donde nos ha dicho que la esperemos a que salga. Hemos buscado un bar para tomar un café pero ya llevábamos mucho rato allí, así que decidimos esperarla en el coche. Ya han pasado las dos horas que dijo que iba a quedarse hoy, así que debería salir dentro de poco, pero cuando se pone a trabajar se le va el santo al cielo. En eso ha salido a mí, desde luego. ¡Cuánto he trabajado en mi vida! Todo lo que he hecho ha sido para que a ella no le faltara nada, pero no he tenido suerte. ¡Maldita sea! No es que siempre lo hayamos pasado mal. He tenido momentos muy buenos, pero también las he pasado canutas. Quise hacerlo a mi manera, trabajando para mí y no para otro. Monté mi primera empresa con un amigo del barrio cuando me casé. Era un taller de reparaciones de aparatos de radio y televisión y eso que no había estudiado electrónica. De hecho, nunca estudié demasiado para nada, pero soy muy manitas y en los sesenta los aparatos eran mucho más sencillos que ahora. Tenían válvulas, lámparas y un tubo de rayos catódicos. Se podía entender cómo iban, no como ahora con todas esas placas de circuitos integrados que no hay quien las entienda.

Mi socio era el que sabía de televisores y yo me encargaba de las radios. No nos iba mal, la verdad. También era murciano, muy

espabilado y nos llevábamos bien antes de montar el negocio. La lástima es que resultó ser un cantamañanas para el trabajo. Llegaba tarde, era muy informal y tenía malas maneras con los clientes. Les timaba diciéndoles que la reparación era más difícil de lo que en realidad era para cobrarles más de lo que tocaba y a mí aquello no me parecía bien. No me sentía nada a gusto con sus tejemanejes, y aunque lo hablamos varias veces él era así y terminé vendiéndole mi parte por cuatro chavos al cabo de un par de años, cuando me convencí de que no iba a cambiar nunca. El negocio de las cabras, hice... Aún existe la tienda, y está en el mismo sitio con el mismo nombre. La veo cuando alguna vez paso por allí, aunque intento no pasar mucho porque me da pena. Está claro que en los negocios solo triunfan los que no tienen escrúpulos.

Miro el reloj y ya han pasado dos horas y veinte. Le digo a mi mujer que la llame para ver si le falta mucho. ¡Ay, no seas pesado! ¡Déjala tranquila, que ya saldrá cuando acabe!, me responde. De verdad que falta que yo diga blanco para que esta diga negro. Es que no hay manera, es más dura que el Alcoyano. Me callo y salgo del coche para no acabar discutiendo. Me apoyo en el capó y espero algo preocupado porque mi hija se está alargando y no tiene la espalda para muchos excesos. Me vibra el móvil y es un mensaje suyo que dice que ya sale, y que ahora viene. Pasan diez minutos y cuando la veo girar la esquina, parece cansada, pero sé que es muy fuerte. Siempre lo ha sido.

Si algo he intentado enseñarle desde pequeña es que las cosas no son fáciles, que cuestan mucho trabajo y que hay que esforzarse mucho en la vida. Y ahí está, parece que le va bien en lo suyo. A mí me habría gustado más que fuera abogada, pero decidió dedicarse a eso que hace de publicidad y que yo no entiendo muy bien. Me dice que es como lo de los anuncios de la tele pero de otra forma,

siempre para vender más. No lo comprendo del todo, pero si a ella le gusta y le va bien, pues eso es lo que interesa.

La ayudo a entrar en el coche y nos vamos para casa. Su madre le pregunta y ella cuenta, aunque no mucho. Parece preocupada por algo. Es que tiene mucha responsabilidad. Gana bien, pero eso no es gratis, claro. Para mí, lo más importante es que no haya querido arriesgarse como hice yo. Es más seguro trabajar para otros, eso lo he aprendido a base de disgustos.

Subo por General Mitre hasta la plaza Prat de la Riba y doy la vuelta para volver a coger Gran Vía de Carlos III hacia abajo. A estas horas mejor tomar la Ronda Litoral que cruzar Barcelona. Madre mía, cómo ha cambiado todo. Qué de tráfico y qué diferente de cuando yo llegué. Si mi padre pudiera ver cómo está la ciudad, se haría cruces, ¡con lo que le gustó siempre Barcelona! Hizo el servicio militar aquí y se encandiló con la grandeza de la ciudad. Normal. Era un joven de pueblo, nacido y criado en una pequeña pedanía de las tierras altas de Lorca, y como no tenía recursos suficientes para librarse de la quinta ni para pagar a un sustituto, tuvo que cumplir con su deber militar pero, como solía decir, por una vez su pobreza resultó ser una bendición.

La ciudad lo deslumbró y se le grabó a fuego en el alma para siempre. Los grandes paseos, la vida de sus calles, las tiendas elegantes. ¡Si hasta se veía algún automóvil de vez en cuando! Todo era tan moderno... Hasta la convulsión social de aquella primera década del siglo xx y las protestas en las calles, en vez de asustarle, le parecían excitantes. ¡Qué valiente era la gente allí! Barcelona le pareció El Dorado, la tierra de las oportunidades y siempre soñó con regresar para quedarse.

Pero acabó el servicio militar y se tuvo que volver al pueblo. Se había prometido con mi madre antes de venirse. Así que se casó y

tuvo once hijos, diez muchachas y el último, yo, un zagal, por fin. Se les habían muerto cuatro de las diez mujeres. Una pena, ¿qué se le va a hacer? En el pueblo muchos niños no pasaban de los primeros años y mi padre solo le pedía a Dios que yo fuera adelante. En cambio, mi madre sí que lo pasó muy mal cada vez que perdieron a una hija. Pero, como decía mi padre, es que las mujeres, ya se sabe, son más de esas cosas.

A principios de los cuarenta, cuando yo acababa de cumplir los cinco años, me diagnosticaron una hernia. Cuando los médicos no le dieron garantías de que quedara bien si me operaban en Murcia, lo entendió como una señal para probar suerte en Barcelona. Había llegado, por fin, la oportunidad que había estado esperando casi treinta años. Mi madre intentó convencerlo sin éxito, que no era una buena idea irse a una ciudad grande en plena posguerra. En el pueblo se oían tantas cosas. Allí estaban bien. No había mucho trabajo, pero podían comer de la tierra y tenían unas pocas gallinas. ¡Para qué irse a la ciudad donde vete a saber qué se iban a encontrar! Mi padre no estaba dispuesto a dejar escapar el sueño de su vida y mi madre, preocupada por mi salud, acabó cediendo, no sin antes hacerle prometer que se volverían al pueblo en cuanto me recuperara de la operación.

¡Madre mía! Cuánto tráfico hay en la Ronda... No esperaba que estuviera tan llena a estas horas, la verdad. Vamos a llegar a las mil y se va a hacer tarde para comer.

Creo que mi padre nunca tuvo la intención de cumplir esa promesa. Estaba convencido de que las cosas nos irían muy bien en Barcelona. Con los ahorros que tenían realquilaron un par de habitaciones con derecho a cocina en un pequeño piso en la parte alta de la calle Marina, donde nos instalamos con tres de mis

hermanas, las que me precedían en edad, porque las mayores ya se habían casado y tenían sus propias familias en el pueblo.

Barcelona no resultó ser tan amable y excitante como la recordaba mi padre. La ciudad trabajadora, llena de vida y alegría, había mudado tras la guerra en dejadez, en creciente malestar y en desencanto, el perfecto campo abonado para la inestabilidad y la pobreza. La guerra colapsó la economía y la población sufrió la angustia y la incertidumbre de las largas colas que el férreo racionamiento impuso para conseguir los productos más básicos.

A mí me operaron sin mayor dificultad y me fui recuperando bien, pero mi padre insistió en permanecer aquí, aunque apenas nos alcanzaba para nada con la miseria de jornal que le pagaban por trabajar doce horas en una fábrica del Buen Pastor, a la que iba y venía andando para poder ahorrarse el dinero del tranvía.

Yo era demasiado crío para recordar mucho de aquella época en la ciudad, pero sí se me pegó a la memoria la noche en que, sentado a la mesa de la pequeña cocina, mi madre se empeñaba en hacerme comer unas gachas que no me quería tragar. Mis hermanas ya se habían acostado y yo allí, castigado en la cocina, bajo la mortecina luz del techo, remoloneando con mi cena. Eran ya las nueve y allí seguíamos mi madre batallando conmigo y yo girando la cabeza cada vez que ella me acercaba la cuchara a la boca. Mi padre llegó de trabajar y sin decir nada se sentó a la mesa. Entonces mi madre decretó la tregua y se levantó para ponerle delante un plato con una escasa ración de las mismas tristes gachas, que él devoró en un santiamén, antes siquiera de que ella pudiera volver a la carga conmigo. ¡Déjalo ya mujer!, exclamó. Si no quiere comer más es que no tendrá hambre. ¡Mejor para él! Ella, creo que cansada de pelearse conmigo, dejó la cuchara en el plato y se rindió. Me cogió en brazos y me llevó a la habitación para acostarme. Con la cabeza

apoyada en el hombro de mi madre, saliendo de la cocina, aún alcancé a ver cómo mi padre cogía la cena que yo había despreciado y lamía los restos del plato para no dejarse nada. A pesar de ser tan pequeño, fue tanta la impresión que me dio verlo terminar los restos con aquella ansia que nunca más volví a dejar nada en el plato.

Habían pasado ya diez meses desde que llegamos a Barcelona cuando una mañana mi madre llegó a casa sin poder contener las lágrimas. Aquel día mi padre tenía turno de noche, así que estaba en la casa cuando ella llegó del colmado. ¿Qué pasa, mujer?, preguntó asustado al ver que venía de vacío. ¿Es que te han robado la comida? Ella no podía hablar, tal era su desconsuelo. Mi padre la llevó a la cocina, la sentó a la mesa y yo los seguí y me escondí en el rincón de la alacena. Sentí mucho miedo al ver así a mi madre. Y es que un niño nunca debería ver llorar a una madre. No..., no me han robado, le contestó ella entre sollozos. No me han dado nada en la tienda... No había nada. Volvió a llorar. He estado cuatro horas haciendo cola y no me han dado nada... ¡Nada! ¿Qué vamos a comer hoy? Ya no puedo más... Vi a mi padre bajar la cabeza primero y levantarse después para caminar de un lado a otro de aquella minúscula cocina, acorralado. Nos tenemos que volver al pueblo, ¿es que no lo ves?, preguntó ella. Mi padre no dijo una palabra. Aquí no hay nada que comer, siguió ella. ¿Es que quieres matar de hambre a tus hijos? A cada reproche veía a mi padre encogerse un poco más. ¡Me lo prometiste!, ella insistió.

Oí a mi padre resistirse sin demasiada convicción, pedirle algo más de tiempo, pero la realidad era tan abrumadora y su sueño estaba ya tan hecho pedazos que acabó cediendo y regresamos. Crecí con mis hermanas en el pueblo sin pasar hambre pero viendo a mi padre apagarse, enterrando su derrota en el molino y purgando la osadía de tener sueños entre el polvo de la harina, que se le fue pegando

un poco cada día a los pulmones hasta acabar negándole el aire, como el fracaso le negó la alegría a su corazón.

Pocos años después, estando mi padre ya muy enfermo y confinado en la cama, de la que no se levantaría más, una tarde, al regresar del colegio, entré en la alcoba para verlo. La habitación estaba en penumbra y los muebles de madera oscura, demasiado grandes y pesados para aquel cuarto, se me antojaron amenazadores entre las sombras. El ambiente se respiraba denso. Olía a cerrado y al aroma rancio que desprenden los enfermos. Un estrecho haz de luz que había conseguido penetrar entre los porticones de la ventana se posaba sobre la mesita iluminando como un foco el pequeño tapete redondo de ganchillo, un grueso vaso de cristal, varios tubos con píldoras y el frasco color ámbar de jarabe, figurantes inútiles en una historia con un final ya escrito.

Me acerqué a la cama con miedo porque con aquella luz mi padre se parecía al esqueleto que el maestro usaba en la escuela para enseñarnos los nombres de los huesos del cuerpo. Llegué a la cabecera y me paré allí, angustiado por los sonidos que hacía al tratar de coger aire con los pulmones totalmente obstruidos. Buenas tardes tenga usted, padre, lo saludé. ¿Se encuentra mejor hoy? Por toda respuesta, giró la cabeza hacia mí y me sonrió con una mueca moviendo una mano consumida para que me acercara. Me quité los zapatos para no manchar las sábanas y me subí a la cama, acercando el oído a la cara de mi padre para escuchar, porque al pobre apenas si le salía ya un hilo de voz cuando intentaba hablar. No te quedes aquí, hijo..., me pidió. Que no te convenza tu madre... Hizo unos terribles ruidos por el esfuerzo. Vete a Barcelona... Allí sí vale la pena vivir... Tosió de nuevo y me angustié por el sonido que aquel cuerpo consumido era capaz de sacar desde las entrañas. Esto es miseria..., hijo... Vete..., vete... a Barcelona... Cogió aire con ansia

y me agarró el brazo con fuerza. ¡Prométemelo! Sí, padre, le dije cada vez más asustado. Se lo prometo.

¿Me vas a contestar o qué?, me sobresalta mi mujer. ¡Estás en las nubes! ¿El qué? No te he oído, le respondo. Que si te vas a quedar a comer con nosotras. Nunca me quedo en casa de mi hija, ¿para qué? Mi mujer ya se encarga de todo y yo solo estorbaría. No, no, me iré a casa, le contesto. Quiero ver el tenis. Vale, dice ella. Te he dejado potaje en la nevera y si quieres hacerte carne he descongelado unos filetes. Asiento.

Mi padre murió cuando yo tenía diez años, y aún tuve que esperar ocho más para cumplir la promesa que le hice aquel día. Al principio, mi madre no quiso ni oír hablar de volver a Barcelona. Se negó en redondo, pero yo podía ser muy persistente cuando quería y sabía que no sería capaz de negarme nada que le pidiera durante el suficiente tiempo. Era el niño de sus ojos. Las noticias sobre las oportunidades en las capitales eran cada vez más alentadoras. Atrás habían quedado las hambrunas y los racionamientos. Las grandes ciudades como Barcelona, Madrid o Bilbao crecían a pasos agigantados. Se habían girado las tornas y ahora las urbes absorbían toda la mano de obra que desde cualquier rincón de España llegara en busca de oportunidades de una vida mejor. Yo le calentaba la cabeza con que en Barcelona había más trabajo para todos que en el pueblo. Insistí, insistí y volví a insistir, hasta que mi madre, harta de oír la misma cantinela cada santo día, consintió en escribirle a su prima que vivía en Badalona para preguntarle cómo estaban realmente las cosas.

Las noticias que llegaron en la carta de respuesta eran esperanzadoras y me dieron nuevas fuerzas para volver al ataque. No hace falta que se venga usted si no quiere, madre, le dije. Me voy yo solo a casa de su prima. Tienes la cabeza llena de pájaros,

como tu padre. ¡Me tienes frita! Pero es que yo no quiero trabajar en el molino como padre. ¿Y qué tiene de malo el molino? ¡Pijo!, me reprochó. ¡Bien que te ha dado de comer toda la vida, desagradecido! No es eso, madre... Es que quiero hacer algo más y aquí no se puede... ¡Además, se lo prometí a padre!, añadí. ¡Maldito tu padre y sus promesas! Escupió en el suelo del corral y las gallinas revolotearon a su alrededor. No se enfade, madre... Yo me voy, me coloco y luego, si la cosa está bien, ya se vienen usted y mis hermanas, si es que se quieren venir. ¡Que a Barcelona no te vas a ir tú solo, zagal!, me gritó. ¡Estaría bueno! Si es que hay que ir, me vengo yo contigo, y luego ya veremos lo que hacen tus hermanas, que ellas ya tienen su vida hecha y eso lo tendrán que decidir sus maridos. No te pongas tú a disponer por todos. Vale, pues nos vamos usted y yo, me rendí. Bueno, contestó ella más tranquila. Podría escribirle a la prima y nos quedaríamos en su casa hasta que encontremos algo. A ver..., porque ella con sus hijas no tendrá mucho sitio...

Ahí supe que ya estaba hecho. Seis meses después llegaba con mi madre a la estación de Francia de Barcelona con dieciocho años recién cumplidos, una maleta en la mano y, en la otra, los mismos sueños que hasta en sus momentos más oscuros iluminaron los ojos de mi padre. Era otro tiempo, pero yo tenía su misma ilusión por triunfar.

Me coloqué enseguida como aprendiz de estampador en una fábrica textil de La Verneda. El sueldo era algo justo, pero cuando trabajaba a destajo la semanada me quedaba mucho mejor. Mi oficial, un hombre viudo de unos cincuenta años, catalán de pura cepa, me cogió cariño y me enseñó bien. Yo le correspondía obedeciéndole siempre y llevándole de vez en cuando algún plato de potaje, de esos que a mi madre le salían tan ricos y que mi oficial

recibía con grandes fiestas y muchos halagos para la cocinera. Ya podían aprender algo de tu madre en la pensión en la que vivo, me decía festejando la comida. Si es que se tenía usted que volver a casar, le insinuaba yo. *I ara!* Casarme yo... *Mira que en dius de tonteries, au*... Y riendo por lo bajo se encendía otro cigarro sin filtro, meneando la cabeza mientras yo le seguía la broma y le cargaba los moldes en la mesa de estampar.

Las cosas empezaron a irme muy bien. Tanto que al poco pudimos coger un piso pequeño en el mismo barrio donde vivía la prima de mi madre. No era gran cosa, pero era para nosotros solos. Tenía cocina, un aseo y dos habitaciones, así que pudimos traernos a una de mis hermanas, la que venía antes que yo, con su marido y su hija de cuatro años. Aquí nos iría mejor a todos. Padre tenía razón, ¿lo ve, madre?, le decía. Ella bajaba la cabeza, suspiraba y asentía en silencio.

Conocí a mi mujer en la fábrica. Ella me abrió la puerta el día que fui a pedir trabajo. Apenas tenía dieciséis años y me pareció la chica más bonita del mundo, con el pelo negro, los ojos azules y los calcetines blancos. Nos hicimos novios al poco, y como a mí me ascendieron a oficial gracias a la recomendación de mi maestro, empecé a ganar más, así que me compré una moto de segunda mano con la que la llevaba a la playa y empezamos a ahorrar para casarnos, con piso puesto, al cabo de cuatro años. No tuvimos viaje de novios, pero sí que hicimos banquete en un buen restaurante y ella se casó con un bonito vestido largo de una tela blanca que brillaba... ¡Tafetán! Se lo compró con el dinero que pudo ahorrar de lo que le pagaba mi suegra por ayudarla a repasar pantalones por la noche cuando llegaba de la fábrica.

Al casarnos mi mujer dejó el trabajo porque yo podía mantenerla y no habría estado bien que siguiera trabajando. Teníamos cierta

holgura, pero al poco, a mí ser oficial empezó a no parecerme suficiente. Tenía sueños, como mi padre, y esos sueños nunca se iban a cumplir trabajando para otro. Eso seguro. Lo hablamos y ella estuvo de acuerdo conmigo en arriesgarnos. Y así monté mi primer negocio, la tienda de reparaciones de aparatos de radio y televisión.

Un año después de abrir el taller, mi mujer se quedó embarazada y dio a luz a una niña preciosa en abril. Ojalá mi padre viviera para verme ahora en Barcelona, casado, con mi propio negocio y mi primera hija en brazos. Sentí que había cumplido la promesa que le hice, y también reconocí una punzada de orgullo por haber triunfado donde él fracasó, aunque eso me hizo sentir culpable y me arrepentí enseguida porque no estaba bien. ¡Que me perdone mi padre, que en gloria esté! Como si ese pequeño arranque de vanidad hubiera atraído la ira de Dios, mi hija se ahogó una noche en su propio vómito cuando apenas tenía una semana de vida. Mi mujer quedó destrozada, hasta el punto de que no pudo volver a caminar.

Recordar a mi mujer en una silla de ruedas me hace mirar a mi hija de reojo, sentada en el asiento del copiloto. Hay que ver cómo es la vida. Parece que en esta familia tengamos el gafe con eso de andar...

El médico nos dijo que no sabía qué le pasaba porque no tenía nada físico, pero es que, en aquel entonces, las cosas de la mente no se tenían tanto en consideración. Y por si eso fuera poco, el negocio empezó a no irme muy bien. Tal vez porque no estuve muy pendiente, pero mi socio, puesto al frente y solo, empezó a hacer cosas que a mí no me gustaban. Engañaba a los clientes, no cumplía con los plazos... De pronto todo se derrumbaba a mi alrededor.

Mi suegra tuvo que instalarse en nuestra casa para cuidar de mi mujer, que no podía valerse por sí misma. Pasaron los meses y recorrimos todos los médicos de Barcelona buscando remedio para

ese desconocido mal, hasta que encontramos a uno que nos aconsejó tener otro bebé como solución a nuestros problemas. ¿Cómo voy a hacerle un hijo a mi mujer en este estado?, pregunté alarmado. Usted mismo, me contestó el doctor sin inmutarse. Su mujer no tiene nada en el cuerpo. Lo que le impide caminar es el trauma de haber perdido a su hija y si vuelve a ser madre recuperará las ganas de andar. Así que la dejé embarazada de nuevo y el médico tuvo razón porque ella recuperó las fuerzas para volver a levantarse.

Me sobresalta el bocinazo del coche de atrás y compruebo que el semáforo se ha puesto verde antes de arrancar. Ya estamos llegando a casa de mi hija. Aparco con cuidado en un vado que hay delante de su puerta y la ayudo a bajar. Al menos ahora puedo hacer algo útil llevándola al trabajo. Ya me gustaría poder hacer más, pero esta mujer mía no me deja ni acercarme, y yo es que ya no tengo ganas de entrar en peleas porque siempre está igual. ¡Qué pesada es cuando quiere! Con los años, ya he aprendido que es mejor no discutir con ella. Que haga lo que quiera porque, al fin y al cabo, siempre acaba haciéndolo igual y encima con el berrinche en el cuerpo. Así que yo mejor me voy a casa a ver el tenis. Pongo la radio a ver si dicen a qué hora juega hoy Nadal en Montecarlo, que no me acuerdo.

6

La única forma
de controlar nuestra vida
es empequeñecerla.

Tumbada en la cama oigo a mi madre trajinar en la cocina con la cena y no dejo de mirar el reloj, impaciente. Son casi las nueve y media y faltan apenas quince minutos para que mi marido llegue de trabajar, pero el tiempo parece descolgarse por las manecillas, perezoso, cachazudo. Al fin escucho el ruido del ascensor al pararse en el rellano. ¡Ya está aquí! ¡¡Cariño, ven, corre!!, lo llamo en cuanto oigo que abre la puerta de la calle. Entra en la habitación algo asustado. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? A modo de respuesta me giro hacia el lado izquierdo dejando el codo bajo el cuerpo, pongo la mano derecha sobre el colchón, tenso los abdominales y, aunque todavía me da miedo hacerme daño, me apoyo con todas mis fuerzas sobre el brazo derecho mientras con el izquierdo hago palanca y me incorporo. Acompaño el movimiento llevando las piernas juntas fuera de la cama, me quedo sentada y con el último impulso me pongo en pie. ¡Yo sola!

Me giro hacia la puerta, donde él se ha quedado parado, y llevo en la cara una sonrisa de oreja a oreja. ¿Has visto? Sin decir una palabra rodea la cama para acercarse y me abraza. Con cuidado, como lo hace desde que me caí. Lo siento llorar. Y lloro con él.

Así nos encuentra mi madre, que se ha asomado sin ningún pudor a este momento de intimidad conyugal. Qué te parece, le pregunta a mi marido. Él toma aire antes de responder. ¿Pues qué me va a

parecer?, contesta soltando el abrazo pero sin girarse hacia ella. ¡Que es una campeona! Lo dice sin quitarme los ojos de encima. Y sonrío orgullosa, porque llevo probando a levantarme sin ayuda desde que la fisio me enseñó cómo no hacerme daño hace ya casi un mes y hoy, por fin, ¡lo he conseguido!

Mi madre nos dice que la cena está en la mesa y que se marcha. Mi marido me coge de la mano y me lleva al comedor, donde me acomodo en mi sillón giratorio blanco. Apoyo la cabeza en sus mullidas orejeras de piel albina y me siento tan poderosa que pienso que solo me haría falta un gato negro para dominar el mundo.

Empezamos a cenar. El subidón me ha despertado el apetito. Mi marido me pregunta qué tal me ha ido en la oficina. ¡Qué mano tiene mi madre para el pollo rebozado!, me digo echándome a la boca un buen bocado. Le cuento que me está costando ponerme al día, que tengo mucho trabajo, que no me da la vida... Y hablo de mi jefe y del presidente y de este y del otro y de aquella. Cotorreo y cotorreo, dejando que mi propio discurso me envuelva en una burbuja que me aísla de lo que me rodea, hasta que de pronto, por el rabillo de la mente, algo se cuela. Un punto discordante que aún no sé identificar pero que explota mi pompa de jabón devolviéndome a una realidad que me desubica. Me paro en seco, intentando identificar lo que llama mi atención y caigo en la cuenta de que mi marido no parece percatarse de que he dejado de hablar. Eso es... Míralo, sigue con la vista fija en su bandeja absorto en sus propios pensamientos... Noto que mi ceja derecha se levanta un poco más a cada segundo de un silencio que él no parece percibir. Y por eso han decidido despedirme, pruebo a ver si reacciona. Nada. Un nuevo trozo de pollo viaja del plato a su boca. ¿En serio?, me digo. Si no te interesa lo que te cuento no hace falta que me preguntes, le suelto a mayor volumen del normal.

Parece que el cambio de decibelios tiene su efecto, pues levanta los ojos y me mira como si acabara de aterrizar de una dimensión desconocida. ¿Qué?, pregunta. ¡Que estabas pasando de mí!, contesto. Pillado *in fraganti*, titubea. Si no me vas a prestar atención no me preguntes, le repito. No es eso, replica. ¿Y entonces qué es?, insisto. Coge aire y deja la bandeja a su lado en el asiento vacío del sofá. Me mira y aún se toma un momento para contestar. No es que no me interese, es que parece que no comprendas que has tenido un accidente muy grave, me suelta. No entiendo qué me quiere decir. Me hablas del trabajo como si no hubiera pasado nada, continúa. Estás quedándote en la oficina un montón de horas, te estás cargando de trabajo otra vez y vuelves a estar estresada... Parece que no quieras asumir lo que te ha ocurrido. ¿No te das cuenta de que has estado a punto de quedarte en una silla de ruedas?

Noto el calor de la indignación trepando por mi cara. ¿Que no me doy cuenta? Estoy chillando, pero es que no me creo que diga algo así. ¡Perdona, pero la espalda rota la tengo yo! Es a mí a quien le duele todo el rato y soy yo la que está hasta el coño de llevar esta vida de mierda. Pues no parece que le hagas mucho caso a tu espalda, insiste, porque por la forma en que hablas de tu trabajo te crees que no te ha pasado nada. ¿Tú de qué vas?, lo interrumpo. ¡No voy de nada!, contesta. Ahora es él quien grita. Solo te digo que te estás pasando y que debes tener cuidado. ¡Nada más!

Me sorprende su agresividad. Nosotros nunca nos peleamos, y no entiendo por qué está tan enfadado conmigo en vez de sentirse orgulloso de mí. Me parece tan injusto que me riña por intentar recuperar mi vida que al final me suelto y dejo que la rabia tome definitivamente el control. ¡Estoy harta de depender de todo el mundo porque no puedo hacer nada sola!, le grito. En el trabajo, al

menos, no me siento como una lisiada, así que, si te molesta que intente hacer lo posible para volver a ser normal, ¡pues lo siento! Que no es eso, me repite impaciente. Lo que digo es que aún no puedes llevar la vida de antes, ¿es que no lo ves? Te has roto la espalda y si no te cuidas, te vas a quedar jodida para siempre, ¿tanto te cuesta entenderlo?, insiste. ¿A ti qué coño te pasa?, le grito de nuevo. Parece que te moleste que quiera volver a trabajar. ¿Es eso? ¿Que ya te va bien que me tenga que quedar aquí porque así me puedes tener más controladita? ¡Pues te jodes! No pienso comportarme como una puta inválida, así que, si eso es lo que estás esperando, ¡te equivocas de público!

¡Será egoísta!, me digo. Siento tanta rabia que las lágrimas se me agarran al cuello. Quiero salir de allí porque en este momento me molesta estar en la misma habitación que él, pero estoy atrapada. Ni tan siquiera puedo quitarme de encima sin ayuda la maldita bandeja de la cena, así que la frustración de verme encadenada al sillón y a su presencia me provoca más ganas de llorar aún. Me quiero ir a la cama, le pido señalando la bandeja. Espera, me ruega. Esto tenemos que hablarlo. Me quiero ir a la cama, repito enfatizando cada palabra. No hagas lo de siempre, me pide. Hablemos. ¡Que me quiero ir a la cama!, le chillo. Me mira fijamente, aprieta los labios, se levanta y me quita la cena de encima.

Libre de impedimentos, me levanto del sillón tan rápido que me hago daño. Me lo trago porque lo último que quiero es darle la razón. Me voy a mi cuarto con toda la prisa y la dignidad de las que soy capaz que, la verdad, no son muchas. Entro y doy un portazo, para dejar bien claro que estoy muy enfadada, en un arranque de orgullo que también pago con un fuerte pinchazo en la espalda.

La casa retumba con el golpe que acaba de dar. No es propio de ella. Estoy sentado en el sofá donde me ha dejado plantado, con la pelea bailándome en el cuerpo. Me sobresalto por el ruido y me sorprende que haya podido cerrar la puerta tan fuerte. Miro la bandeja de la cena. He perdido el apetito, así que la llevo a la cocina. Al volver veo la suya sobre la mesa de centro, pero la dejo ahí. ¡No soy su criado!, me indigno. ¿No dice que quiere ser normal? ¡Pues que recoja ella sus cosas! Me siento de nuevo y retomo la biografía que acabo de empezar. Con la historia siempre se puede contar. Ya está escrita. Es concreta, predecible.

«*Sí diré, en tono de síntesis, que la historia de la dinastía Trastámara es, en su conjunto, algo dramática. Al fin y al cabo, sus orígenes se enraízan en la familia bastarda*»... No sé qué coño estoy haciendo aquí. Debería haber seguido con mis planes y ahora estaría con una mujer que me escucha de verdad, en vez de con esta cabezona*;* «*... más cercana al propio padre progenitor, que fue Alfonso XI de Castilla, que a la legítima de Pedro el Cruel*»... ¿Qué?

«*Sí diré, en tono de síntesis, que la historia de la dinastía Trastámara es, en su conjunto, algo dramática*»... Qué imbécil soy... Nunca va a hacerme caso... Estoy perdiendo el tiempo y acabaré tan solo como estaba antes... ¡o peor!, porque podría haberme quedado con alguien a quien sí le importa mi opinión... «... *Al fin y al cabo, sus orígenes se enraízan en la familia bastarda, más cercana al propio padre*»... ¡Pues que se vaya a cagar!... No pienso ser yo el único que se sacrifique para que esto funcione... «*que fue Alfonso XI de Castilla, que a la legítima de Pedro el Cruel*»... Si ella no va a poner de su parte, pues yo a lo mío... «... *Pero para que esta bastardía*»... Espera, ¿la bastardía de quién?

«*Sí diré, en tono de síntesis, que la historia de la dinastía Trastámara...*». ¿Sabes qué? ¡A la mierda con todo! ¡Me largo! Cierro

el libro de golpe y lo lanzo al otro lado del sofá. Me levanto con la firme intención de marcharme, pero al pasar por delante de la habitación la realidad de dejarla sola me provoca una repentina ola de tristeza y noto cómo se va ahogando mi enfado. ¿Habrá podido acostarse? Aguzo el oído para distinguir algún ruido que me dé una pista de que todo va bien al otro lado de la puerta, esa que ahora me parece más infranqueable que las de los castillos medievales de mis libros. Es lo único que se me ocurre para acallar la culpa.

A oscuras en la habitación, despacio para no hacerme más daño, voy hasta mi lado de la cama en el que me siento con cuidado. Respiro profundamente para relajar la tensión que me bloquea las lumbares. ¿Qué coño les pasa a los hombres? Estoy algo mareada. Intento serenarme concentrándome en la respiración como me ha enseñado mi fisio. ¿Por qué se creen todos con derecho a decirme cómo debo vivir mi vida? ¡Dios! ¡Cómo me duele la espalda!

Del otro lado de la puerta lo escucho ir a la cocina y dejar algo con muy poca delicadeza. ¿Qué estoy haciendo mal? A veces pienso que nunca me han querido por lo que soy, sino por la versión en la que querían convertirme, y me pregunto si solo he tenido mala suerte o hay algo en mí que permite que eso pase. Rita Hayworth decía que los hombres de su vida se acostaban con Gilda y se despertaban con ella. Yo creo que los míos se enamoran de mi independencia con la única intención de someterla. Siempre he intentado que mis relaciones sean tranquilas porque sé que me desencanto rápidamente ante las dificultades y no me gustan las discusiones. Toda mi vida he huido de las relaciones tormentosas, las mismas que arrastraban en su torbellino de apasionadas broncas y ardientes reconciliaciones a mis amigas en la adolescencia, y que

siguieron llenando tardes enteras de lágrimas y confidencias durante mi juventud. A mí me parece incomprensible esa necesidad de sufrir tanto por culpa de un hombre. Eso es que nunca te has enamorado de verdad, me decían, pero yo dudo que el número de peleas defina el nivel de amor de una pareja. Ya verás cuando te pase a ti, me auguraban convencidas.

Pero no. Para mí las peleas son el principio del fin, no la excusa para disfrutar de la reconciliación. Es lo que pasó en mi casa y es lo que me pasó la primera vez que me casé. Era muy joven. Demasiado, en realidad, porque a principios de los noventa si una mujer quería salir de casa de sus padres lo normal era casarse. Y yo lo hice para escapar de mi madre, que me asfixiaba con su control. No me dejaba salir nunca y yo me ahogaba en aquella casa. Y mírame ahora. Qué irónico, ¿verdad? Puta vida...

A mi madre no le gustaba mi novio, pero mi padre lo adoraba. Ni en eso conseguían ponerse de acuerdo. A mí me parecía muy guapo y bastante listo. Aunque no tenía estudios superiores, trabajaba de comercial en una buena empresa y su jefe le tenía en mucha consideración. Sus padres le habían regalado un piso y conducía un buen coche. Que no le gustara a mi madre era un plus, lo reconozco. Siendo completamente honesta, siempre supe que era bastante egocéntrico y posesivo, y eso me hacía dudar a veces pero, como dice mi madre, los hombres son todos unos egoístas, así que consideré normal que un cierto nivel de avaricia emocional viniera de la mano de la testosterona. Supongo que por eso no le di importancia entonces.

Me levanto despacio y me acerco al ventanal que da al balcón. A través de las cortinas las luces de los edificios en la noche parecen luciérnagas. ¿Por qué me case con él?, me pregunto. No lo sé... Supongo que al final, en los platillos de mi balanza pesó más el

deseo de escapar del férreo control de mi madre que la prudencia de esperar a conocerlo mejor. Fuera por lo que fuese, una tarde de mediados de junio, en la iglesia de nuestro barrio, la misma en la que se casaron mis padres, vestida de blanco riguroso, le di el *sí quiero* ante ciento cuarenta invitados. Nos fuimos de viaje de novios a Austria, y durante varios días nos comportamos como los amantes de la canción de Víctor Manuel.

Cómo era el vals que bailábamos en Viena;
era un bar, en el centro una orquestra;
el corazón, a la luz de las velas,
se derramó dando vueltas y vueltas.

Callejeamos por la ciudad, paseamos cogidos de la mano por los jardines del palacio de Schönbrunn, e imaginamos a Sissi emperatriz en la Gran Galería, rodeada de oro, de impresionantes frescos y enormes espejos. La típica y tópica fantasía cursi rodeada de ópera, catedrales góticas, palacios, café vienés y tarta Sacher. El clisé completo.

Una noche, tras pasar el día en el palacio Belvedere, fuimos a cenar a Griechenbeisl, una de las posadas más antiguas de Viena, para no ser menos que Beethoven, Schubert o Strauss. El folleto del hotel anunciaba música en vivo y eso para él, que hacía sus pinitos tocando en una banda, era toda una tentación.

Nos recibieron con la pompa que uno solo encuentra en los países germánicos: reverencias, toques de talón y golpes de cabeza. Nos pusieron en una sala abarrotada de autógrafos enmarcados. Debía haber cientos de firmas en las paredes. Creo que se llamaba la Sala Mark Twain, pero no estoy segura. Estábamos cenando cuando él empezó una pelea. ¿Por qué? Solo porque uno de los camareros fue especialmente amable. Era muy guapo. Alto, rubio y de ojos azules.

El prototipo germánico, que me imagino que lo hizo sentir amenazado. El chico hacía su trabajo, pero mi marido era tan celoso que veía fantasmas por doquier. Me echó en cara que yo había provocado al chico, que me gustaba demasiado sentirme el centro de atención, que él era mi marido y que le estaba faltando al respeto en público. Recuerdo sentirme muy ofendida pero, naturalmente, intenté apaciguarlo para no llamar más la atención. Todo el mundo nos miraba. Allí, donde la gente se habla en susurros por exceso de discreción. ¡Qué vergüenza! Yo solo quería irme de allí para dejar de dar el espectáculo, así que pedí la cuenta sin haber pedido el postre y nos fuimos al hotel.

Continuamos discutiendo en el taxi, en el ascensor hasta la quinta planta y por el largo pasillo hasta nuestra habitación. Frente a la puerta, mientras yo intentaba abrir, seguía escuchándolo tras de mí, machacón, volver una y otra vez sobre las mismas estupideces neuróticas. Confieso que me dieron ganas de darle en la boca con la pesada bola que hacía las veces de llavero. Empujé la puerta con todas mis fuerzas, y entré deprisa con el secreto deseo de que el retroceso le diera en las narices. Sin detenerme, fui hacia el fondo de la habitación tirando con rabia el bolso y la llave al pasar junto a la gran cama *king size*, de esas que les ponen a los recién casados presuponiendo que van a necesitar mucho espacio para sus apoteósicos revolcones. Llegué al pequeño balcón y separé las cortinas bruscamente. Salí, necesitaba librarme de él, dejar de escucharlo por un instante. No quería seguir peleando. ¡Dios, cómo aborrezco las discusiones! Pero él no tenía la menor intención de dejarlo correr. Era como un perro que ladra y ladra, y no suelta a su presa. Me apoyé en la baranda de piedra y recuerdo los escasos segundos de agradable silencio antes de que él saliera también. Me giré para pedirle que me dejara en paz, pero no me dio tiempo. ¡A

mí no me dejes con la palabra en la boca!, me gritó, agarrándome del brazo con fuerza de más. Traté de zafarme, y solo conseguí sentirme impotente ante la fuerza de su ira. Me zarandeó y allí, forcejeando por escaparme, sentí miedo de cruzar una delgada línea que ya no tendría vuelta atrás. En ese instante, tuve la certeza de que mi primer matrimonio se había ido a la mierda apenas una semana después de empezar.

He salido para respirar aire fresco, pero recordar aquel otro balcón me hace estremecer y vuelvo a entrar en la habitación. Frente a mí, la puerta cerrada del cuarto marca los límites del espacio que estoy dispuesta a recorrer. A oscuras, me acerco a la mesita y alargo la mano para encender la pequeña lámpara de noche, y en el camino tropiezo con el despertador, que cae a mis pies y se rompe. Viéndolo ahí desparramado, me echo a llorar porque soy incapaz de agacharme a recogerlo y por mi miedo a que esta pelea sea otra vez el principio del fin. Me acuesto yo sola, porque me niego a pedirle ayuda. Estoy exhausta, pero no consigo dormir.

Ojalá no hubiéramos discutido.

Ojalá entendiera que no debe trabajar tanto.

¿Por qué ha sido tan injusto conmigo?

¿Por qué es tan cabezona?

Parece que le disguste que quiera recuperar mi vida.

Parece que no entienda que así no vamos bien.

Necesito centrarme en mi recuperación.

Necesito que empiece a pensar en nosotros.

No entiendo que ahora mi trabajo sea un problema.

No entiende que su trabajo es un problema.

Ahora tengo que pensar en mí.

Ahora tenemos que hacer esto juntos.

Estoy agotada, pero quiero esperar a que venga a acostarse.

Estoy agotado, y mañana será un día largo.
¡Vaya mierda! Ojalá no tarde en venir a la cama.
¡Vaya mierda! Creo que esta noche dormiré en el sofá.

7

Los altos puestos son como los riscos.
Solo pueden acceder a ellos
las águilas y los reptiles.

Son las nueve y media. Aún faltan treinta minutos para que empiece la reunión, pero yo ya me dirijo a la sala de juntas que está en la última planta del edificio. Quiero ser la primera, para estar sentada cuando lleguen los demás, y eso me va a llevar su tiempo.

Desde mi despacho voy hasta el final del pasillo, hacia los ascensores que me llevarán a la sexta planta. Introduzco la llave que me da acceso a la zona noble, de uso restringido al equipo directivo y a los miembros de la familia que conforman el consejo de administración. Ya en la sexta, la asistenta de planta me acompaña para abrirme la puerta de la gran sala de reuniones. Entro y me dejo envolver por el aroma del lujo, con notas de madera noble, cuero natural y moqueta de pura lana virgen. Sobre la gran mesa ovalada ya están dispuestas las carpetas de piel negra con el logotipo de Hoteles NewStar, el nombre y el cargo de cada invitado grabado en plata. Sigo a la asistenta hasta mi puesto y ella me separa la silla para que me siente. Insiste en ayudarme, pero rechazo su ofrecimiento. No es necesario, gracias, le sonrío. No quiero parecer soberbia, pero tampoco débil. Me quedo de pie detrás de la silla con las manos apoyadas en el respaldo mientras se va, y la sigo con la mirada a través de las paredes de cristal de la sala hasta que desaparece de mi vista. Solo entonces giro la silla para sentarme con mucho cuidado.

Frente a mí, la carpeta se me ofrece como la prueba de que he llegado al lugar que siempre deseé. Acaricio lentamente las palabras grabadas, como para asegurarme de que no van a desvanecerse. Directora de *marketing*. Todavía me cuesta creer que soy digna de estar aquí y, por un instante, vuelve el miedo a no estar a la altura y a perder todo esto. ¡Qué estupidez!, me digo para acallar la angustia. ¿Cómo no vas a merecerte este puesto? Tienes los conocimientos, la experiencia y los ovarios para estar aquí. Respiro hondo y abro la carpeta para asegurarme de que está toda la documentación. Mucho mejor. En estos casos, me resulta más fácil cuando dejo a mi mente tomar el control.

Poco a poco van entrando los asistentes. Mi jefe, junto al director financiero y el de operaciones, viene comentando detalles de los informes para la reunión. El primer representante de la familia en llegar es el hijo mayor, el consejero delegado. Viene con su hija, también miembro del consejo. No los veo desde el accidente, así que se acercan a saludarme y me preguntan por mi estado de esa forma educada que tienen los ricos de hacerte saber que no esperan recibir demasiadas explicaciones. Yo me disculpo por no levantarme, les agradezco el interés y el precioso ramo de flores que me enviaron al hospital.

La llegada en bloque del director de servicios corporativos, el de patrimonio y la directora comercial me activa una alerta, aunque reconozco que cualquier cosa que tenga que ver con ese zorrón de comercial me pone en guardia al instante. Se sienta frente a mí. Se ha puesto un traje chaqueta negro y una blusa de seda color champán, con demasiado escote para mi gusto. Lleva suelta la melena. Se nota que es de las que creen que el físico lo arregla todo. Fijo la vista en mis papeles para no verme en la obligación de saludarla.

Por fin, a las diez en punto, entra el presidente y fundador de la cadena, con su mujer del brazo y sus otros dos hijos detrás. Por la mirada del mayor diría que no le hace mucha gracia el alarde de espíritu familiar de sus hermanos, aunque a mí el viejo siempre me ha parecido demasiado listo como para dejarse embaucar por la continua adulación de sus dos hijos menores. Sigo a la comitiva en su camino hacia la cabecera de la mesa con la mirada y me fijo en que mientras ayuda a su mujer a sentarse en su lugar de la mesa, le pregunta al menor por encima del hombro ¿Aún no ha llegado tu hijo? Sonrío por lo bajo. No se le escapa una.

Gracias a todos por venir, dice el viejo en voz alta cuando llega a la cabecera. Se hace el silencio. Como sabéis, estamos en un momento histórico para los Hoteles NewStar. El proyecto de Fiyi nos va a permitir poner al fin un pie en el Pacífico Sur y también entrar en la categoría de las siete estrellas.

Se abre la puerta de la sala y entra el secretario del consejo apenas un minuto tarde, lo que resulta suficiente agravio para que su abuelo interrumpa su discurso bruscamente. Todos nos giramos hacia la entrada. El joven enrojece hasta las orejas y murmura una disculpa por el retraso mientras su abuelo, que continúa callado, lo sigue con una mirada furibunda y él se escurre discretamente a su asiento al lado del de su padre, que lo regaña por lo bajini con gesto de impaciencia.

Como iba diciendo, continúa, Fiyi puede significar un salto cualitativo para nosotros. Es entrar en otra liga, convertirnos en una cadena que ofrece hoteles de lujo con mayúsculas. Hoteles donde los clientes podrán pedir cualquier cosa que sean capaces de imaginar. ¡De todo! Helicópteros, coches deportivos, cenas exclusivas, islas privadas... ¡Todo lo que se pueda pagar con una tarjeta titanio!

La familia empieza a aplaudir y nosotros los secundamos. El presidente levanta la mano derecha pidiendo silencio. Hemos creado esta cadena desde cero, continúa, y hoy tenemos hoteles en cuarenta países, vendemos más de ochenta mil habitaciones cada día y damos trabajo a más de cuarenta y cinco mil personas en todo el mundo. ¿Cuánto hemos facturado el año pasado?, pregunta señalando al director financiero. Casi tres mil millones de euros, señor, responde el director inmediatamente. El patriarca asiente en silencio haciendo una pequeña pausa. Tres mil millones de euros, repite lentamente. No está mal, ¿verdad?, se regocija y abre los brazos. Tengo la impresión de que, a pesar de llevar cincuenta años en el negocio, aún sigue sorprendiéndole su éxito en el mercado hotelero. Más aplausos. Vuelve a pedir silencio. Ahora tenemos que ir un paso más allá, insiste. Nuestro objetivo debe ser alcanzar un nuevo público, crear espacios para clientes ultraexclusivos, para multimillonarios acostumbrados a que cualquier capricho se cumpla al momento. Chasquea los dedos.

¡Qué energía tiene este hombre!, pienso. Me admira su entusiasmo, tan poco común a una edad que, desde luego, no aparenta. Con setenta y dos años y la capacidad para poner en marcha este proyectazo. ¡Qué carisma! Recorro la mesa con la mirada. Nos tiene a todos en la sala atrapados. Bueno, a todos no. El hijo mayor tiene la vista fija en sus papeles, las manos cruzadas sobre el estómago y el ceño fruncido, con rabia mal contenida. ¡Este proyecto nos llevará a la ruina, padre!, explota al fin. Todos se remueven en sus sillas, incómodos. Las discusiones entre el padre y su primogénito son legendarias. Es un mercado que no conocemos, argumenta el mayor, en un territorio en el que no tenemos experiencia. ¡Todo son incógnitas!

El silencio espesa el ambiente. El viejo mira a su hijo mayor y, cuando habla, su voz es una barrena capaz de demoler lo que se interponga en su camino. No creo que haga falta recordarte que el proyecto ya se presentó en junta, fue votado y aprobado, ¿verdad?, le dice. Os he hecho venir hoy para planear sus fases, no para discutir su viabilidad otra vez. Estás poniendo en riesgo a la empresa con esta aventura, insiste el mayor. ¡Su empleo!, casi grita señalando hacia nuestro lado de la mesa. ¡Y nuestro patrimonio!, añade, dando varios golpes con el dedo índice sobre los papeles que tiene en la mesa.

¡Acabáramos! El presidente se recuesta en su silla y lanza unas carcajadas que no tienen nada de alegres. Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad?, le pregunta a su hijo. Tu dinero. ¡Por fin algo de sinceridad!, dice abriendo los brazos con las palmas hacia arriba. ¡Por supuesto que me preocupan las finanzas de la empresa!, responde el mayor indignado. Soy el consejero delegado y mi obligación es velar por nuestro futuro. Llevamos trabajando bien muchos años, prosigue, estamos consiguiendo resultados sólidos, crecemos a buen ritmo y nuestra rentabilidad está por encima de la media del sector. ¿Y tú quieres arriesgar todo eso por un hotel para la *jet set* al otro lado del mundo? ¡Es ridículo!

Te repito que el proyecto seguirá adelante y no es momento de volver sobre el tema, zanja el padre. ¡Me da igual que ya esté decidido!, insiste el mayor! ¡Es una locura y te lo repetiré mil veces si hace falta! La boca del padre es ahora una fina línea. Si hubiera hecho caso de los que me han dicho que mis ideas eran una locura, no estarías aquí hoy cobrando el dineral que te pago, se burla el padre.

¿Sabes qué, papá?, responde el hijo con peligrosa calma. A la gente a la que quieres impresionar le da igual el dinero que tengas.

Por mucho lujo con el que construyas ese absurdo hotel que has planeado, nunca te van a considerar como a un igual. Para ellos siempre serás el hijo de un donnadie. Su voz, como su comentario, está cargada de veneno. ¡No le hables así a tu padre!, interviene la madre desde el otro lado de la mesa.

La burbuja de falsa moderación nos estalla en plena cara. Me pongo en tensión y la espalda me da un pinchazo. No puedo con las discusiones familiares. Tomo un sorbo de agua y giro la cabeza ligeramente a mi izquierda buscando con los ojos a mi jefe, que tiene el mentón apretado y se aferra con fuerza al bolígrafo con el que garabatea figuras inconexas en su bloc de notas. ¡Es la verdad, mamá!, vuelve a estallar el mayor, poniéndose de pie porque la silla es incapaz de contener su ira por más tiempo. Apoya los puños sobre la mesa y echa el cuerpo hacia delante. ¡No te pongas de su parte!, le grita a su madre. Quiere arriesgar más de mil millones para encajar en un ambiente que no le va a aceptar nunca. Es un suicidio, ¿es que no lo veis?, pregunta mirando a sus dos hermanos, lívidos junto a la madre.

Parece que temen que su hermano vaya a saltar en cualquier momento sobre la mesa como una bestia rabiosa. Siempre han sido unos pusilánimes a la sombra del mayor, mucho más brillante y decidido. Es igual que su padre. Será por eso que se llevan tan mal. ¡Basta!, grita el padre de repente, dando un puñetazo en la mesa y poniéndose de pie. Todos damos un brinco. Otro pinchazo en la espalda. ¡Basta ya!, repite. El silencio queda suspendido sobre nuestras cabezas. Sal ahora mismo de la sala, le ordena el padre arrastrando las palabras con voz peligrosamente baja. El hijo lo mira con tanto odio que aseguraría que veo el deseo de abofetearle cruzar ante sus ojos. Nadie dice nada. Me sorprende reconocer en mí un punto de envidia por el coraje que demuestra al decirle lo que

piensa a su padre, pero no ha debido hacerlo ante extraños. Hay ciertas cosas que deben arreglarse en familia.

Cierra la carpeta de un golpe, se da media vuelta y sale de la sala sin mediar una palabra más, dejando tras de sí un halo de terrible tensión flotando en el aire. Me fijo en su hija y sé que se debate entre seguir a su padre o quedarse. Decide permanecer allí, seguramente más por la convicción de que él preferirá saber qué ha pasado tras su marcha que por fidelidad a su abuelo.

El presidente vuelve a sentarse y se gira hacia el ventanal, dando la espalda a la silla que su hijo ha dejado vacía. Nadie se atreve a abrir la boca y, tras unos interminables segundos, que son pocos en realidad, mi jefe empieza a hablar. Señor, si me lo permite, comienza mi jefe, hemos preparado una primera propuesta para la imagen y el plan de comunicación previo a la apertura, que nos gustaría presentarle. Me mira y yo abro mi carpeta con rapidez para sacar el informe al que se refiere.

Mi jefe lleva toda la vida en la empresa. Empezó con dieciséis años como botones en uno de los primeros hoteles y fue ascendiendo hasta convertirse en director general. Es el hombre de confianza del presidente, al que tiene un profundo respeto, un sincero aprecio y al que me consta que considera un amigo, y creo que incluso un padre. Él le sonríe desde la otra punta de la mesa. Se nota que le agradece que coja las riendas de la situación tras el desafortunado espectáculo.

Como ahora veremos, explica mi jefe, se han preparado unos primeros bocetos para el logotipo y una planificación de las acciones de marca y comunicación que deberíamos iniciar unos nueve meses antes de la apertura, incluida la fiesta de presentación a prensa y turoperadores del sector del lujo. ¿Quieres explicarlo tú, por favor?, me pide. El corazón me da un vuelco y la espalda su consecuente

latigazo, al que intento no hacer caso. He trabajado mucho en el plan, pero no esperaba tener que presentarlo en un ambiente tan tenso, la verdad. Doy otro trago de agua, carraspeo y me remuevo en la silla. ¡Uf!

Si miran en sus carpetas, digo en voz alta, encontrarán el informe que me gustaría que revisáramos. Guardo silencio para no competir con el murmullo que se levanta cuando todos abren sus portafolios y sacan el dosier. Tenemos que olvidar lo que hemos hecho hasta ahora, prosigo. Estamos ante un mercado totalmente nuevo, con reglas totalmente distintas. ¡Mierda! Necesito el mando a distancia para encender la gran pantalla que hay en la pared tras el asiento de mi jefe. Lo veo sobre el bufé que hay debajo. Sin pensármelo dos veces, intento levantarme, pero no puedo hacerlo. ¡Dios, qué dolor! Mi jefe se da cuenta y se levanta a buscarlo, a la vez que echa su silla hacia un lado para no taparle la visión de la pantalla al presidente. Enciendo el monitor y selecciono la presentación que mi secretaria cargó esta mañana en un USB que ha conectado a la pantalla antes de la reunión.

Presento gráficos, calendarios, planes, presupuestos, diseños para el logotipo y colores para la decoración. Hablo de marca, de arquetipos, de estrategia de posicionamiento y de público objetivo. Muestro las primeras ideas para la fiesta de presentación. He hecho un buen trabajo, concienzudo. No he dejado nada al azar. No quiero que mi labor parezca irrelevante, ni siquiera para los de esta mesa que no están familiarizados con el pensamiento estratégico. Tuve una vez un jefe que al departamento de *marketing* nos llamaba «los de los dibujos». ¡Cómo lo odiaba! Miro al presidente. Le hablo a él, pero por el rabillo del ojo veo a la directora comercial y su sonrisa maliciosa me preocupa. ¿De qué te ríes, puta?, pienso. La veo echar la cabeza hacia un lado y dar un ligero golpe hacia atrás para que la

melena se le vaya tras el hombro. Odio ese gesto. Me pone los pelos de punta, no anticipa nada bueno. Y entonces dispara con esa vocecita suya, cargada de maldad. No acabo de entender ese presupuesto. ¿Puedes volver a poner la *slide* con los números, por favor? ¡Lo sabía!, me digo. Quiere ponerme en evidencia la muy perra.

Agarrada a la barandilla, miro hacia la puerta metálica pintada de gris que me reta desde allí arriba, al final del último tramo de las escaleras de emergencia que dan acceso a la azotea. Respiro hondo y me pincha la espalda. Me agarro más fuerte. Sigo subiendo uno a uno los escalones. Diez, once, doce... Ojalá el ascensor llegara hasta el terrado. Paro de nuevo y me reajusto la pequeña bolsa de tela que me he colgado al hombro, de esas que te dan en las tiendas de comida ecológica. Trece, catorce, quince, dieciséis... Vuelvo a parar. Huele a mezcla de yeso y pintura. Ya era hora de que arreglaran las escaleras, que con el rollo de que no las usa nadie. ¡Qué falta les hacía! Venga va, ¡últimas cuatro! Diecisiete, dieciocho, diecinueve y... ¡veinte!

¡Ajá! ¿Qué te creías, que no iba a llegar? Me agarro a la manilla de la puerta mientras recupero el aliento, como para asegurarme de que no se va a ir a ningún lado y para demostrarle que sí, que he podido. Meto la llave en la cerradura haciendo caso omiso a los letreros de PROHIBIDO EL PASO y SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Al fin y al cabo, haber convencido al de mantenimiento para que me hiciera una copia me convierte en autorizada, ¿no? Tiro de la puerta. Pesa. Es de esas de seguridad. ¿Cómo las llaman? ¡Ah, sí! Cortafuegos. Y si es de seguridad, ¿por qué está cerrada con llave? Estas cosas tan absurdas no las entenderé nunca... El suelo de la azotea está más

elevado. Subo el último escalón y salgo. El muelle de retroceso hace que la puerta dé un golpe tras de mí. ¡Me cago en...! ¡Qué ganas tengo de que deje de darme pinchazos cada vez que me asusto, joder! Echo la llave. No quiero que nadie me sorprenda aquí. Este es mi lugar secreto.

Son casi las dos y el sol está alto. Cierro los ojos y levanto la cara para sentirlo un momento. Cómo calienta ya. No me quiero ni imaginar lo que va a ser en agosto. Me acerco a la pared de enfrente y me asomo al murete apoyando ambas manos con cuidado. No es tan alto como a mí me gustaría, las alturas me dan algo de vértigo. La ciudad se extiende ahí abajo. ¡Menudas vistas! Las de la sala de juntas molan, pero estas... ¡Estas son cojonudas! La Diagonal se extiende a ambos lados y delante del edificio, por detrás del Corte Inglés, la ciudad baja siguiendo la Gran Vía de Carlos III, que serpentea sumergiéndose bajo los túneles y apareciendo de nuevo hasta la plaza de Ildefonso Cerdá. Desde esta altura, en los días muy despejados puede verse hasta el mar. Hoy no. Hace mucho que no llueve. Y mejor, porque en los días de lluvia me duele la espalda que te pasas. Desde el accidente parezco un puto higrómetro con patas. Como aquel que tenía mi abuela en el patio. ¿Sabes cuál te digo? El del fraile que marcaba con una varita si iba a llover o no. Era muy hortera, pero acertaba bastante. O al menos mi abuela le tenía mucha fe. ¿Dónde estará?

Voy hacia la parte de atrás, la que da al Tibidabo. Desde que descubrí este sitio me escapo aquí cada vez que necesito estar sola. Y vaya si hoy lo necesito después de la reunión. Llego hasta la parte que está al otro lado de la puerta de acceso. ¡Menudo chiringuito se ha montado aquí el de mantenimiento! Mesa, sillas y hasta una neverita de esas de *camping* tiene el tío. ¡Es el puto amo! Lo ha puesto todo debajo del tejadito, contra la torreta del hueco de la

escalera y lo ha orientado al oeste, así que a estas horas queda en sombra. ¡Cómo sabe!

Supongo que mi copia de la llave es el pago por guardarle el secreto. Aunque lo habría hecho igual. Me cae bien. Es majo. Hay que llevarse bien con todo el mundo. Y mejor tenerlo de cara que de culo para los montajes. Pero no es solo eso. Es un buen tío. ¡No como esa perra de directora comercial! ¡Qué hija de puta! Con esa cara de mosquita muerta que le estamparía de un puñetazo. Me descuelgo la bolsa del hombro y hago volquete sobre la mesa de *camping* provocando una lluvia de Bonys, Tigretones y Bucaneros que he cogido del alijo secreto que guardo para emergencias bajo llave, en el cajón de las inexistentes carpetas colgantes de mi mesa. Odio las carpetas colgantes. Y las Panteras Rosas. Nada de Panteras Rosas. Son *too much* hasta para mis arranques de yonqui de la bollería industrial. Miro mi tesoro y recuerdo perfectamente estos pastelitos como parte de mi infancia. Tiro la bolsa sobre una de las sillas de loneta y me apoyo en los brazos de la otra para sentarme. Enseguida me doy cuenta de mi error. ¡Huy no, quita, qué blandas! Rectifico, pero claro, no sin hacerme daño. Grito. ¡Coño, qué gusto da poder gritar cuando a una le duele algo!

Cojo un Bony y rompo el envoltorio. Muerdo la mitad de un bocado. ¡Dios, qué bueno está! Ya sé que es todo plástico, pero qué plástico más rico, ¡leches! La mermelada de fresa, si es que es mermelada, la falsa nata, todo azúcar y grasa, el bizcocho tierno, el chocolate crujiente. Segundo bocado y adiós Bony. De repente me asalta la duda. ¿Estarán caducados? Busco la fecha en un pastelito al azar, con la boca llena y sin dejar de masticar. ¡Qué va! Son eternos. Como Madonna. Trago y abro un Tigretón, que corre la misma suerte que su primo. ¡Qué ganas tengo de irme a casa! Qué mierda de día. Otro bocado al pastelito. ¡Cómo se puede ser tan

zorra! No me quito de la cabeza que sea tan mala persona. ¿Qué le he hecho yo a esta tía? La indignación hace que se me salten las lágrimas. Cojo otro pastelito. Mejor un Bony que un Kleenex. Necesito andar para poder pensar, así que me pongo a caminar de un lado a otro frente a la mesa. ¿Qué habrá pensado el presidente? ¿Le habrá gustado la propuesta? Parecía estar de acuerdo, pero claro, eso antes de que la muy puta se pusiera estupenda con sus preguntitas sobre el plan de comunicación. Ando y muerdo. Mastico rápido y camino lento. Sigo escuchando su vocecilla en mi cabeza. Vaya, ¡cuántas cosas has pensado! Qué habilidad tiene la cabrona para hacer que un cumplido suene insultante. ¿Seguro que podrás hacerte cargo de todo en tu situación? Y la sigo oyendo suave, pérfida, venenosa. Yo lo digo por ti, insistía la muy perra. Sí, seguro... Anda, que le ha faltado tiempo para recordarles que ella se ha encargado de todo mientras yo estaba de baja. ¿Cómo se le ocurrió a mi jefe contar con ella? Parece que no la conozca.

Si necesitas que te ayude, dímelo. Ya sabes que cuentas conmigo para lo que necesites. Me doy cuenta de que estoy haciendo muecas, imitándola. ¡Pedazo de hipócrita! Acabo el tercer pastelito. Me acerco a la mesa a por el cuarto. Y, claro, yo sin otra opción que agradecerle el gesto. Encima, no voy a quedar como la cabrona desagradecida. Así que a sonreír con todo y las ganas de mandarla a la mierda, como poco. Vamos, no le dejo meter mano en mi plan ni que me maten. Si es lo que está deseando, quedarse con mi puesto, la muy trepa... ¡Ay, Dios, espero que al presi no se le ocurra hacerle caso! Bocado al Bucanero. Tengo que hablar con mi jefe sin falta. Esto hay que cortarlo, ¡pero ya! ¿Qué hora es? ¡Mierda! Ya no estará, que hoy tenía una comida y no va a volver. Bueno, el lunes sin falta. Saco el móvil y le mando un WhatsApp para quedar.

Y venga a interrumpirme haciendo preguntas sobre el presupuesto. Parecía que estuviera haciéndome una auditoría. Y el financiero aplaudiéndola y riéndole las gracias. Yo creo que le mola. Con esos taconazos, el pedazo de escote y esa melena rubia. Que no es mi tipo, pero, a ver, hay que reconocer que la tía es resultona. Miro la mitad del Bucanero que tengo en la mano y de pronto me siento muy desgraciada. Y, claro, la otra sabe que está buena y se aprovecha. ¡Zorra! Si no hay más que ver cómo le sonríe y se echa la melena hacia atrás cuando el otro le da la razón. Me zampo el resto del pastelito. ¿Es que los tíos son todos idiotas? ¿No se da cuenta de que solo le pone ojitos para sacarle hasta las tripas? ¡Qué imbécil!

Vuelvo a la mesa. Cojo otro bollo. ¿Cuántos llevo ya? ¡Yo qué sé! ¿Qué más da? Desenfundo, cargo y ¡adentro! Me acerco hasta el murete, apoyo los antebrazos y dejo caer la cabeza en las manos. ¿Por qué me pasa esto a mí? De repente estoy cansada, muy cansada. Cierro los ojos y lloro. Lloro de rabia, de impotencia y de culpa por el atracón. Sobre todo, lloro porque tengo miedo. Esta es mi gran oportunidad y no quiero desaprovecharla. No puedo. Y encima toda esta mierda del accidente, como si las cosas no fueran ya difíciles sin echarles más salsa. Tengo la sensación de que estoy en peligro. No. Sé que estoy en peligro. He estado mucho tiempo fuera y estoy segura de que esa mala pécora no está tramando nada bueno. ¡No pienso dejar que se salga con la suya! ¡Por mí se puede ir a la mierda! ¿Quiere guerra? ¡Pues tendrá guerra! Me giro demasiado rápido y los ojos se me llenan de estrellitas. Me enjugo las lágrimas y acabo con el último trozo de bollo, que ahora me sabe algo salado. Cojo el móvil y le mando un mensaje a mi fisio: *Podrías venir esta tarde a mi casa, pls? He tenido muy mal día.* Emoji de caquita sonriente. ¿Por qué sonreirá la caca? *Necesitaría masaje*

antes del fin de semana. Icono de manitas rezando, manitas rezando, manitas rezando. En pocos segundos responde: Pulgar arriba y *18.30 h?* La adoro. *Perfecto! Eres un sol. Gracias!* Tres emojis de besitos con corazón.

Meto en la bolsa los supervivientes del festín y los envoltorios de los caídos, que me pesan en el estómago. Entro en el edificio y bajo con cuidado hasta la planta sexta para coger el ascensor y volver a mi despacho. Mi padre me recogerá a las seis, así que me quedan unas buenas horitas para acabar unas cosas. Los viernes por la tarde no se trabaja, pero a mí me gusta quedarme en el despacho cuando no hay nadie. Se está de maravilla y puedo adelantar mucho. Entro en el ascensor y marco el botón de la tercera planta, pero cuando las puertas están a punto de cerrarse una mano se cuela de repente sobresaltándome, y abriendo de nuevo las puertas. El presidente entra en el ascensor. Me pongo tensa. Aprieta el botón de la cero, se coloca a mi lado y yo pido a Dios que no vea la bolsa de tela con los restos de bollería que cuelga de mi hombro. Me mira más fijamente de lo que cabría esperar. Le sonrío algo incómoda. Tienes algo..., dice señalándose la comisura derecha del labio y tendiéndome un pañuelo de tela, de los de antes. ¡Mierda! Me limpio rápidamente y veo que es chocolate. ¡Mierda, mierda, mierda! Yo... No sé qué decirle, creo que se me han puesto rojas hasta las raíces del pelo. Me muero de vergüenza. Le tiendo de vuelta el pañuelo. No, quédatelo, me dice levantando la mano. ¡Vaya, gracias! ¿Vaya, gracias?, pienso. Debe creer que soy totalmente gilipollas.

En ese instante, el ascensor para en mi planta y se abren las puertas. ¡Menos mal! Buenas tardes, señor, digo mientras me escabullo con toda la rapidez que puedo. Que tenga un feliz fin de semana. Inclina la cabeza educadamente mientras salgo. Querida, me llama de repente adelantándose hasta las puertas y poniendo la

mano sobre la célula fotoeléctrica para evitar que se cierren. Me giro hacia él. ¿Sí, señor? Mira, sé que lo que te ha pasado es muy grave, y siento tener que preguntarte esto, créeme, pero ya has visto que son momentos muy complicados para la empresa. Sí, señor, admito con el corazón encogido, temiéndome que todas las preguntas de esa pájara durante la reunión le hayan comido el coco. Voy a necesitar que estés al doscientos por cien. Tu trabajo es primordial para mí en estos momentos, porque sin ti no podremos triunfar. Hace una pequeña pausa y me mira a los ojos. ¿Puedo contar contigo? Siento cómo el alivio disuelve el festival colesterólico de mi estómago mejor que el *Fairy* la grasa de un plato. ¡Por supuesto, señor! ¡Claro que puede contar conmigo! ¡No lo defraudaré! ¿No lo defraudaré? ¿Quién habla así? ¡Ni que fuera la recluta Benjamín! Tengo que dejar de ver películas yanquis... ¡Di algo inteligente, por el amor de Dios! Este es un gran proyecto, señor. Es un desafío que nos tiene entusiasmados. Mi equipo y yo haremos todo lo que esté en nuestra mano para que sea un éxito, no tenga la menor duda.

Mi respuesta parece satisfacerle. Da un paso atrás mientras asiente con la cabeza liberando la fotocélula al regresar a la cabina. Le sonrío de oreja a oreja mientras se cierran las puertas. ¡Sí! Aprieto el puño y los dientes, como un tenista que ha conseguido un *ace.* ¡Te salió rana el intento, cabrona! ¡Jódete!

8

Hay una historia detrás de cada persona.
¿Tenemos el derecho de juzgarla?

Sigo con los ojos a la camarera en su camino por la sala entre el mobiliario *art déco* y las rotundas columnas de piedra rugosa. Va vestida con camisa blanca de manga larga, chaleco negro y mandil blanco hasta los pies. Lleva la bandeja en alto con dos tazas de chocolate caliente para las dos señoras de aspecto alemán que hay sentadas en una de las mesas, junto a los grandes ventanales abiertos al paseo de Gracia. Faltan cinco minutos para las cuatro. Me revuelvo un tanto inquieto en mi silla, me aliso la camisa, estiro los puños para que sobresalgan un poco de la americana y acerco la silla a la mesa. Levanto la tapa de la tetera. Es de esas pesadas, de hierro colado, pintada de rojo, y me invade el aroma de la bergamota de mi *Earl Grey*. Lleno la taza, echo un par de terrones de azúcar moreno y revuelvo hasta que se disuelven. Doy un sorbo. ¡Joder, cómo quema!

Con la desagradable sensación de lengua de gato en la boca dejo la taza en el plato y miro hacia la entrada, esperando verla aparecer en cualquier momento. Me rasco la lengua con el paladar. Es muy puntual. Eso me gusta. Entretengo los últimos minutos paseando la mirada por el precioso local modernista ubicado en el entresuelo de la Casa Milà, divagando por las blancas y sinuosas molduras gaudinianas del techo, que se extienden desde las columnas como ondas de una piedra lanzada al agua.

He escogido una mesa al fondo de la amplia sala, alejada de las ventanas a la calle, contra la pared y bajo la gran lámpara de pie de metal dorado que parece un ramillete de globos de cristal blanco. A las cuatro en punto veo asomar su cabeza pelirroja por el murete que hace las veces de barandilla para las escaleras de acceso al café desde la planta baja. Cuando llega arriba se para y duda, escaneando la sala en mi busca. Levanto la mano derecha para llamar su atención y, al verme, echa a andar sin dejar de sonreír hasta llegar a la mesa. Mientras se acerca, no me pasa desapercibido que se ha arreglado para nuestro encuentro. Se ha puesto el bonito vestido en tonos anaranjados, ese que sabe que me gusta porque resalta su piel blanca y enciende un poco más el color de su pelo. Me levanto para recibirla y el familiar olor dulce y almizclado de su piel es el ariete con el que penetra el intenso recuerdo de nuestra intimidad. Me pilla un poco desprevenido. Nos damos dos castos besos en las mejillas que me queman en la piel durante un rato.

¿Nunca voy a poder llegar antes que tú?, me dice medio riendo. ¡Jamás!, bromeo. Mi educación británica, ya sabes, le guiño un ojo. Nos sentamos. ¿Qué te apetece tomar?, le pregunto mientras levanto la mano para llamar la atención de la camarera. Mmm... Mira mi taza y sonríe. Un carajillo de Bailey's, decide al fin. ¿Quieres algún dulce? Aquí tienen muy buena repostería, añado. Huy no, que con el azúcar me pongo muy tonta, ya lo sabes, dice riendo.

La inesperada naturalidad de ese comentario es como una bofetada. Le hago el pedido a la camarera, que se retira diligente dejándonos solos. No hay nadie en las mesas de al lado, así que gozamos de cierta privacidad.

Cojo mi taza y doy un sorbo. Ya no está tan caliente, pero mi lengua se resiente del exceso anterior. ¿Cómo estás?, pregunto

mientras devuelvo la taza al plato. Bien, contesta ella con rapidez. ¿Y tú? Bien, sí, gracias, respondo de forma automática. Silencio. Incómodo silencio. Vuelvo a tomar otro sorbo de té. Esta vez me demoro un poco en posar la taza, mientras mi cabeza se afana por dar con algo que decir que no resulte banal. A lo lejos, en la barra, veo con alivio cómo la camarera carga su bandeja con la taza y la botella de Bailey's y deduzco que es para nuestra mesa, así que me aferro agradecido a ese momento de tregua. Callamos mientras se acerca. Callamos mientras deja el café en la mesa. Callamos mientras le añade el licor. Callamos cuando se retira, dejándonos solos otra vez. ¿Qué tal las niñas?, pregunto. Me mira y se toma unos segundos antes de contestar. Bien, muy bien. Me preguntan por ti. ¡Mierda! Otra bofetada. Me la merezco. Qué imbécil soy. ¿Cómo se me ocurre? Dales un beso de mi parte, contesto. Ya la he cagado, así que, ¿qué otra cosa puedo decirle? De nuevo el silencio, cada vez más ridículo, cada vez más incómodo. Bueno, me suelta de repente, ¿qué es lo que quieres? ¿Ha pasado algo? ¿Por qué me has pedido que nos viéramos? Sus preguntas, aunque predecibles, me alcanzan en el pecho como disparos a bocajarro. A mi mente acuden las imágenes de la pelea con mi mujer de hace unos días. Los gritos, la rabia, la impotencia, la soledad. Pero no es por la bronca. Lo que me ha hecho llamarla es la innegable evidencia de lo poco que compartimos ya. La certeza de que la responsabilidad no puede mantenerme unido a ella. Quisiera decirle cuánto me arrepiento de haber acabado lo nuestro, que fui un idiota al poner por delante mi estúpido sentido del deber, que sigo deseando abrazarla cada vez que la veo en la sala de profes, que no consigo quitármela de la cabeza, que me muero por tocarla cuando nos cruzamos por el pasillo en algún cambio de clase. Quisiera contarle que me siento terriblemente frustrado, que me siento atrapado en la realidad de mi

vida de mierda, que, aunque sé que hice lo correcto, también sé que me equivoqué, y que me siento inmensamente culpable por haber tenido la debilidad de llamarla para pedirle que nos viéramos una vez más.

¿Que qué es lo que quiero? A ti, me gustaría poder decirle. A ti. Cada vez que mi mujer me ignora, cada vez que me desespero porque su incapacidad física no mejora. Pienso en ti cada vez que mi mujer se pone en riesgo de empeorar por no tener cuidado, cada vez que se obsesiona con su puto trabajo, cada vez que se excede en sus esfuerzos. Te miro y desearía decirte que es a ti, y no a mi mujer, a quien me gustaría tener a mi lado cada vez que me acuesto. Que es a ti a quien querría acariciar y hacer el amor. Que es a ti a quien echo de menos cuando me siento solo. Que eres la primera persona a la que me gustaría contarle lo bueno que me pasa y la única en quien quiero refugiarme cuando me siento triste. Que contigo me siento yo mismo, que sé que tú me comprendes. Que tú eres lo primero que me viene a la cabeza y lo último en lo que pienso cada día.

Pero nada de eso sale por mi boca porque, en realidad, sigo sintiendo el peso de la culpa, la enorme carga de la responsabilidad, y sé que llamarla tras la pelea con mi mujer ha sido un impulso egoísta, un arranque mezquino, porque todavía no me siento capaz de cambiar las cosas. Se me hace un nudo en la garganta. Un nudo inmenso que me ahoga, como la situación que estoy viviendo y de la que no sé cómo escapar. Y lo único que me veo capaz de hacer es poner una mano sobre la suya, sintiendo un enorme alivio al comprobar que ella no la retira. Veo cómo me mira, con esos ojos verdes que ahora me parecen más esperanzadores que nunca. Lo hace con intensidad, y tengo la certeza de que sabe exactamente lo que me pasa, que es capaz de leer en mi interior como en sus libros

de literatura. No dice nada. Solo mueve su mano bajo la mía para darle la vuelta y me abraza con sus dedos. Así nos quedamos unos instantes, unos segundos, o puede que unos minutos. No lo sé, pero tampoco me importa. Todo está dicho ya.

No puedo dejar a mi mujer, lo digo bajito, apenas en un susurro. Bajo los ojos hasta nuestras manos. Ojalá pudiera, pero no. Todavía no. No consigo levantar la mirada. Pero es que te echo tanto de menos... Sigo hablando muy bajo. Sé que estoy siendo muy egoísta... Lo siento, de verdad. Lo siento mucho. No puedo seguir, sin riesgo de perder la compostura, así que me callo. Ella no dice nada. Solo me aprieta la mano con fuerza.

Es normal que no puedas dejarla hasta que se recupere, dice al fin, muy suave, despacio. Alzo la mirada. Lo entendí cuando pasó y lo sigo entendiendo ahora. Serías un cabronazo si la dejaras con lo que le está pasando, y nunca he pensado que tú seas ese tipo de persona. Ya... Pero yo me siento muy avergonzado por haberte llamado, le confieso. Es muy injusto para ti y no debería. Soy mayorcita, me interrumpe. Puedo tomar mis propias decisiones. Me callo. Ahora parece enfadada. ¿Sabes?, dice ella. Lo que más me duele de toda esta historia es que no me has dejado opinar en ningún momento. Tomaste la decisión tú solo y luego me informaste. No pude decir nada y también se trata de mi vida. ¿Lo entiendes? Hace una pausa. Que te quede claro que no te estoy culpando porque te hayas quedado con ella. Ya te dije que lo entendía. Lo que me mata es que no lo hablaras conmigo, que no lo decidiéramos juntos. Nosotros no hacíamos las cosas así. Eso sí que fue injusto. Se le quiebra la voz. Esta mujer es increíble. Perdóname, le pido. Me ha costado mucho tomar la decisión, lo sabes, ¿verdad? Yo... pensé que hacía lo correcto. Ya lo sé. Está llorando. No lo cuestiono. Solo es que no me gusta que no hayas contado conmigo. Lo siento,

repito. Lo siento mucho. Ojalá pudiera volver atrás. ¿Y qué harías si pudieras? Me mira de nuevo, sonriendo con los ojos húmedos, y siento que una extraña mezcla de calor y alivio me recorre el cuerpo. No puedo más. Tiro de su mano para atraerla hacia mí. Lo hago despacio, disfrutando de ver su cara acercarse. Ella se deja hacer sin resistencia, y cuando entreabre un poco los labios, invitándome, me apresuro a recorrer la poca distancia que nos separa para besarla con urgencia, ávido, sin más pensamiento que sentir su boca de nuevo en la mía. No quiero alejarme de ella. Me da miedo separar los labios. La beso una vez más, otra vez, otra y otra. Quisiera absorberla allí mismo, bebérmela a tragos largos y rápidos. Estoy sediento. Muy sediento. Vámonos a mi casa, me susurra. Las niñas van a pasar el fin de semana con su padre. Y sin dudarlo ni un instante levanto la mano y chasqueo los dedos para pedir la cuenta. La quiero de vuelta en mi vida y la quiero ya. Me da igual la responsabilidad, mi deber, la situación, mi mujer o lo que pueda pasar mañana. Con ella me siento un hombre, me siento libre, capaz de cualquier cosa. Puedo ser yo mismo. No tengo ni idea de cómo vamos a gestionar todo esto, pero si algo tengo claro es que no voy a dejar que se me escape esta nueva oportunidad con ella de ninguna de las maneras.

Pongo en la cinta de la caja el sistema de riego automático que he comprado para la terraza de mi hija. Ahora que no puede subir a regar tan a menudo, mejor ponerlo antes del verano o se le van a morir todas las plantas con el calor. Pago, lo meto en una bolsa y salgo del Servicio Estación. Aquí es que tienen de todo. Son las cinco. ¿Dónde he puesto el tiquet del *parking*? Rebusco en el bolsillo

de la camisa hasta que lo encuentro, entre el número de los ciegos y la quiniela. ¡Aquí está!

El tráfico de la calle Aragón ya se va cargando. Voy a pillar toda la salida del fin de semana. ¡Qué poco me gusta venir a Barcelona! Pero mi mujer se ha puesto muy pesada con que le instale el riego a la niña mañana. Se ve que subió a la azotea a regar hace poco y estaban las plantas muy pochas. Voy hacia el *parking* del paseo de Gracia. Quiero cruzar al otro lado, pero el semáforo se pone rojo, así que me espero. ¡Cuánta gente, madre mía! A mi lado, una chica asiática casi se cae al asfalto por hacerle una foto a la Casa Batlló. ¡Muchacha, ten cuidado!, le aviso, pero como no me entiende, se pega un susto. ¿Será posible la de chinos que hay? Bueno, chinos o lo que sean, que es que a mí me parecen todos iguales... Están locos con el Gaudí este... Cuando cambia el semáforo, cruzo y giro a la derecha por paseo de Gracia, para bajar hasta Consejo de Ciento, donde está la entrada de peatones del aparcamiento.

Voy buscando las escaleras cuando, tres o cuatro personas más adelante, me parece ver a mi yerno entre la gente. ¡Calla! ¿Cómo va a ser mi yerno? No puede ser, ¿cómo va a estar en Barcelona un viernes por la tarde? ¿Será que hoy no tiene clase? Acelero un poco el paso para acercarme. Pero es que sí que parece él. Adelanto un poco más y le oigo hablar. ¡Claro que es él! Estoy ya casi detrás, y cuando voy a llamarle, me paro en seco, como si me hubiera caído un rayo. ¿Qué coño hace de la mano de una pelirroja?

Los veo alejarse, pero no me puedo mover. Alguien me golpea por detrás en el hombro derecho al intentar esquivarme. Murmura sin pararse una excusa, que ni entiendo ni me importa. No me lo puedo creer. No puede ser verdad lo que he visto. Me aparto del centro de la acera. Necesito sentarme un momento. Me dejo caer en uno de los bancos de madera del paseo. No me quito la imagen de la

cabeza. ¿Ese cabrón está engañando a mi hija? No puede ser... Tiene que haber una explicación lógica. Seguro que me he equivocado. No puede ser que fuera mi yerno... Pero es que era él... Yo juraría que era él... Mi cabeza va del sí al no, entre lo que he visto y lo que me gustaría no saber. ¿Cómo puede ser posible? Muevo la cabeza de un lado a otro, como si así pudiera borrarlo de mi memoria.

¡Qué hijo de puta! ¿Cómo puede estar haciéndole esto a mi hija? Siento la indignación subirme al cuello desde el estómago. La imagen de sus manos entrelazadas me quema en los ojos. ¡Lo voy a matar! Con lo que le está pasando a mi niña y este malnacido de picos pardos con una pelandrusca. ¿Está agilipollado o qué? Se me vienen de repente a la memoria todas las veces que no he podido proteger a mi hija. Cuando se cayó de la bicicleta a los siete años, cuando se abrió la barbilla a los once, cuando le robaron el reloj cerca de casa a los doce... Si es que no puede ir uno tranquilo por la calle, con tanta gentuza...

¡Qué impotente me siento! ¡Me cago en la puta que lo parió! Me doy cuenta de que estoy apretando la caja del riego. Dejo la bolsa a mi lado en el banco, que aún soy capaz de romperlo. ¿Cómo puede ser tan idiota este hombre? Así no se solucionan los problemas... ¡Me cago en san Benito! Con lo listo que es y no sabe que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo. Si lo sabré yo. Tres meses tardó mi mujer en enterarse de lo mío. ¡Tres meses! Y mira que fui con cuidado. No como este, que va por paseo de Gracia como si no hubiera gente. Que mira tú, que la casualidad también... Si me entretengo con algo, no lo pillo. ¡Ni a cosa hecha, tú! Si es que las mentiras tienen las patas muy cortas...

Tiene gracia. No me acuerdo de lo que comí ayer, pero recuerdo perfectamente su cara, cómo se apartaba el pelo de los ojos y se lo

ponía detrás de la oreja. ¿Cuánto hace ya? Treinta años. ¡Qué va, más! Madre mía, cómo pasa el tiempo. Se reía de mis bromas. Eso es lo que más me gustaba. A mi mujer nunca le han hecho ni puñetera gracia. Fíjate, yo debía tener la misma edad que mi hija ahora. Sí, más o menos. Qué cosas tiene la vida. ¿Será eso del karma?

Bueno, pero lo de mi yerno no es lo mismo. Lo mío fue porque estaba muy jodido. Y a este no le ha quitado el socio la fábrica. Que parece una tontería, pero eso hay que pasarlo. Dile tú a tu mujer que tienes que dejar el casoplón de Mataró y meterte en un pisucho de alquiler en Badalona. O peor: que hay que sacar a la niña del colegio de pago y llevarla al del barrio. Madre mía, eso sí que le sentó a cuerno quemado. Que tuviéramos que sacar a la niña del colegio privado. Hasta cuando no decía nada me echaba la culpa. ¡Como si a mí me gustara aquella situación! Si es que siempre ha sido así de dura esta mujer. No perdona una. Como cuando se murió la primera, que parecía que era culpa mía. Como si a mí me diera igual, ¿sabes? Pues también era mi hija, ¡coño! Se me hace un nudo en la garganta. Mierda de vida, ¡joder!

Cuánta gente hay por la calle. Mira ese hombre con la cría encima de los hombros. ¡Ojalá no crecieran tan deprisa! Cómo se complica todo luego. Si es que trabaja uno tanto para que no les falte de nada. Ya me lo decía mi padre, pero es que es verdad. Toda la vida trabajando para que lo tengan todo fácil. Y eso que mira que he tenido mala suerte yo con los negocios. Venga a intentarlo. Una vez y otra y otra, pero al final siempre venía alguien, lo jodía todo, se iba de rositas y yo a cargar con las consecuencias. Que cómo se puede tener tan mala suerte, ¡coño! A ver si me toca un día la lotería. ¡Les van a dar a todos por saco! Y encima culpa mía, ¿sabes?, que

parece que yo fuera la mula de carga, para trabajar, traer dinero y ni las gracias.

Que no estoy diciendo que estuviera bien lo que hice. Que vale, la cagué, pero, al fin y al cabo, soy un hombre, ¿no? Además, cumplí con mi obligación. Me quedé en casa. Dejé a la otra. ¿Es que eso no cuenta? Lo hice por mi hija, esa es la verdad, porque ya sabía yo que a mi mujer le iba a costar perdonarme, ¡pues menuda! ¡Más dura que una piedra! Pero, la verdad, no me imaginaba que tanto. Si me lo llegan a decir... ¿Qué habría pasado si me hubiera ido con la otra? Mira que lo he pensado veces... ¡Vete tú a saber! Igual ahora tendría más hijos, pero seguro que a la primera no la hubiera vuelto a ver nunca más. Ya se habría encargado mi mujer. ¡Menudo problemón! Desde luego, yo hice lo que tenía que hacer. Sí, fue lo mejor.

¿Y qué va a hacer mi yerno? ¡Vete a saber! Si no sé nada de su vida. ¡Qué triste! Es verdad que mi hija no es como su madre, por mucho que mi mujer haya intentado siempre ponerla en mi contra, que ya sé yo que lo ha hecho, pero sí que trabaja mucho. Demasiado. No tienen hijos, claro, pero ella se pasa la vida en el despacho y mi yerno está demasiado tiempo solo. Bueno, ahora con el accidente no tanto, pero no es lo mismo, tiene que mirar por ella, así que es como si no estuviera. Seguro que desde el accidente ni... Vamos, ¡segurísimo! A lo mejor es por eso. ¡Claro! Seguro que es por eso. Bueno, y que la pelirroja está muy buena, la verdad. ¡Menudo culo tiene la tía! ¡Ay, Dios! Como mi hija se entere, se va a liar bien gorda. Tiene buen fondo, pero ya sé yo que hay cosas que a una mujer le cuesta perdonar. Y lo más seguro es que lo deje en cuanto se entere. En eso es igual de orgullosa que su madre.

Y si no lo hace, la que sí que le va a hacer cruz y raya a mi yerno para los restos es mi mujer. De eso no tengo la menor duda. No se

lo va a perdonar nunca. ¡Menuda es ella con estos temas! Imagínate las comidas familiares, ¡vaya panorama! Seguro que le come la cabeza a mi hija con sus tonterías y al final se acaban separando. ¡Como si no la conociera! Solo le faltaba pasar por otro divorcio ahora mismo. Como si no tuviera ya bastante con el accidente.

Madre mía, no sé qué hacer... No puedo hablar con mi hija, ¡qué vergüenza! Y claro, hablar con mi mujer ¡ni pensarlo! Encima me iba a caer a mí la del pulpo y seguro que no se lo callaría, se lo diría y estaríamos en las mismas. ¡Qué follón! ¿Y con mi yerno? De hombre a hombre, para decirle que deje a la pelirroja y que se comporte, como hice yo. Mejor que la deje ahora, que mi hija aún no sabe nada, que no luego, cuando se entere, porque estas cosas siempre se acaban sabiendo y entonces, por mucho que él se arrepienta, por mucho que decida dejar a la otra, y por mucho que haga después para que mi hija le perdone, eso siempre estará ahí por muchos años que pasen.

¿Por qué tienen que ser las cosas tan jodidas? ¿Cómo le digo yo a mi yerno que sé que tiene un lío y que tiene que dejarla? Ay, no sé yo... Si lo más que hablamos es del tiempo, de animales y de plantas, cuando vienen de veraneo a la casa de Ulldecona, que ni los deportes le gustan a este hombre. No me veo capaz... Creo que no es una buena idea meterme en medio... Cada matrimonio es un mundo y, por ayudar, aún la voy a liar y a salir escaldado. Mejor me callo de momento y me lo pienso. Sí, eso es lo que voy a hacer. ¡Que no se entere mi mujer, por favor, que entonces sí que vamos a estar todos jodidos!

Espera, el móvil. ¡Coño, mi mujer! ¿Será bruja? ¡Huy, no! Ahora no puedo hablar con ella. A ver si deja de sonar ya, ¡joder! ¡Por fin! ¿Sabes qué? Voy a ponerle también unas luces en la azotea. Ahora que empieza el buen tiempo, podrá estar más rato arriba, que falta

le hace que le dé el aire, todo el día encerrada en casa o en el despacho. Ya que estoy aquí, aprovecho para comprarlas. ¿Qué hora es? Si me doy prisa, me da tiempo antes de ir a buscar a mi hija. Además, no saldrá puntual, ya verás. Voy a acercarme otra vez al Servicio Estación. Seguro que tienen de esas que llevan placas solares y no gastan. ¿Quién grita? ¿Eh? ¿A mí? ¡Ay, que me dejaba el riego! Menos mal... ¡Gracias!

9

No está mal caerse de vez en cuando.
El mundo se ve distinto desde el suelo.

Me concentro en cómo sus manos recorren mi espalda. Está a la cabecera de la camilla, la portátil, esa de color granate con la que carga en las visitas a domicilio. Se va deslizando desde los hombros hasta la zona lumbar, recorriendo con los pulgares ambos lados de la columna, dejando caer el peso de su cuerpo sobre las palmas para ejercer presión. Es liberador, salvo cuando pasa cerca de la herida, donde la presión me provoca un pinchazo sordo que me tensa y hace que aguante la respiración involuntariamente. Es un acto reflejo. Respira, me dice la fisio. No retengas el aire. Duele un poco, me justifico. Lo sé, pero te dolerá más si te aguantas.

Se detiene un instante cuando llega a la altura de los riñones, y aprieta hasta que suelto todo el aire. Vuelve a empezar. Con cada exhalación, noto que la tensión del día se va deshaciendo. Cierro los ojos, la cara embutida en el hueco de la camilla. Vuelve a pasar los pulgares, dejo ir un poco de aire y otra vez el dolor. Sigue hasta abajo y de nuevo el alivio. Regresa a los hombros para descender de nuevo y esta vez, cuando toca junto a la herida, no me resisto y la columna cruje bajo la fuerza de sus manos. De nuevo ese sonido rotundo, metálico, resuena en mi interior, familiar, aunque no por ello menos angustioso, y me recuerda lo frágil que soy.

No se sí es por eso o por la tensión acumulada, pero me echo a llorar. En silencio, para que no lo note, aunque sea absurdo intentar esconder el llanto a alguien que está controlando el ritmo de tu

respiración. Manteniendo una mano sobre mi espalda, rodea la camilla hacia la derecha y desde ahí inicia una serie de movimientos de torsión a la altura de la cintura, alternando las manos de abajo arriba, desde el abdomen hacia la columna. Duele.

¿Todo bien?, pregunta. Sí, claro, contesto. Ella sabe. Yo sé que ella sabe. Mejor así. Tienes la espalda muy enganchada. Estás sobrecargándote. Callo. ¡Joder, todo el mundo con lo mismo! No, ¡qué va!, le digo. Te juro que estoy bien. Sonrío, aunque no pueda verme la cara. Sí, ya sé que estás bien, pero recuerda que no te conviene pasarte de rosca. ¿Te estás pasando? pregunta. Vuelvo a callar. Ya sé que sí, pero ¿qué alternativa tengo? No, no me estoy pasando, le miento. Hago los ejercicios y en el trabajo estoy sentada todo el rato, apenas me muevo. Me lleva y me trae mi padre, así que no, de verdad, no te preocupes. Vale, vale, lo que tú digas, dice sin ningún convencimiento mientras empieza a hurgar con el pulgar para soltar algo que parece un nudo de tensión cerca del omóplato izquierdo: una dolorosa confirmación de mi mentira. Ya eres mayorcita, así que haz lo que te dé la gana. Solo insisto en que tengas cuidado, ¿vale? Lo tuyo no es cosa de broma.

¡Cómo duele! No puedo más y rompo a llorar esta vez sin esconderme. No logro parar. Ella no dice nada y me deja desahogarme. Solo mantiene la mano izquierda sobre mi lumbar, y yo sé que lo hace para que note que sigue ahí, conmigo. Oye, me dice al cabo de unos instantes, ¿podríamos subir a la terraza? Eh..., sí, claro, contesto, sorbiéndome los mocos. Pues entonces vístete, me ordena dándome un cachete en la nalga.

Mi casa tiene un espacio arriba, una azotea que el constructor dividió en cuatro partes, una para cada vecino, todas con acceso independiente, y que yo utilizo a modo de terraza. Me pongo un chándal y, aunque solo es un piso, subimos en el ascensor. Hoy ya

llevo demasiadas escaleras y mi fisio se siente indulgente, así que me permite la licencia. Hace mucho que no subía. Las plantas están algo descuidadas, pero sobreviven. La naturaleza es así de persistente. Menos mal que mi padre me va a instalar el riego automático. Pasan de las siete de la tarde y el sol está ya bajo, empieza a esconderse tras las montañas que hay enfrente. El aire huele a jazmín y a azahar. Vamos a las tumbonas del fondo, junto al limonero. Están de cara a la puerta, contra el murete que hace las veces de barandilla. Les da la vuelta para ponerlas mirando al paisaje. Siéntate, anda, me dice. Obedezco. ¿Qué hacemos aquí?, pregunto. Nada, solo relajarnos, me contesta sonriendo. A veces está bien hacer las cosas por nada, ¿no te parece? Pone un pie sobre el otro y cruza las manos sobre su estómago. ¡Cho, qué vistas! ¡Qué suerte tienes! Miro el paisaje como si lo viera por primera vez. ¿Suerte? No está mal, pero tampoco le veo nada extraordinario, la verdad. Preferiría vivir en una casa con jardín, a las afueras, pero esa es una guerra que no consigo ganarle a mi marido, que no quiere moverse de la ciudad. ¡Cho! Si yo tuviera un sitio así en mi casa..., comenta en voz baja. Parece más un pensamiento que se le escapa.

La miro ahí tumbada, a mi izquierda. El sol le ilumina la cara dándole ese tono rojizo de los atardeceres mediterráneos. ¿Dónde vives? Comparto piso con dos colegas en el Barrio Gótico. Allí todo es viejo y ruidoso. Mi habitación da a un patio de luces. Es bastante oscura, pero no me quejo. Casi no paro la pata en casa. Deja caer la cabeza hacia mi lado y sonríe. ¡Y al menos es mía!

Miro de nuevo al frente y reconozco en mí una cierta nostalgia del conformismo de la juventud, cuando cualquier cosa conseguida, por pequeña que sea, es un logro del que sentirse orgulloso. ¿Cuánto hace que vives en Barcelona? Llegué hace dos años. ¿Y te has

acostumbrado bien? Porque esto es muy diferente de Tenerife, ¿verdad? ¡Ya te digo! Se ríe. ¡Al principio flipaba! Tanta gente en todas partes, todo tan grande, la peña que va a su bola... Pero ahora me mola cantidad. Aquí puedes hacer lo que te dé la gana sin que nadie se meta en tu vida. Llevo un año en mi casa y ni conozco a mis vecinos. ¡Agüita! ¡Es un flipe! Sí, es verdad, le reconozco. Las ciudades son muy anónimas. Para lo bueno y para lo malo, añado. Pues por ahora, ¡yo solo le veo lo bueno!, vuelve a reírse. ¿Qué tal la espalda? Duele un poco, pero mejor. Gracias por haber venido tan rápido, añado. Hoy la tenías agarrada que no veas, me dice. Deberías aflojar un poco, insiste. La miro. No hay nada recriminatorio en su tono. Tomo aire. Hago lo que puedo, digo al fin, pero mi trabajo es el que es, y ahora la empresa está en un momento muy delicado y yo... El curro solo es curro, me interrumpe. No te digo que pases de ir, pero tómatelo con calma. Por un momento me pregunto si tiene razón, porque lo cierto es que ya no aguanto como antes del accidente. Intento imaginar cómo podría hacer eso de «bajar el ritmo» que todo el mundo me pide, pero se me hace un nudo en el estómago solo de pensarlo. ¿Qué sabrán ellos? Como si pudiera decirle al presidente y a mi jefe que retrasen Fiyi porque yo tengo que cuidarme la espalda. ¡Lo que les faltaba! Y, ya puestos, le doy un hacha a la perra del departamento comercial para que me corte la cabeza directamente. El estrés no te hace ningún bien, me insiste desde su tumbona. Deberías aprender a relajarte un poco. Ya, contesto, es más fácil de decir que de hacer...

Calla y mete la mano en el bolsillo de su anchísima sudadera para sacar una especie de neceser que coloca en su regazo. La veo sacar papel de fumar, una bolsa con lo que parecen un millón de filtros y una pequeña bolsa con cierre zip que contiene lo que, desde luego, no es tabaco de liar. ¿Te importa?, me pregunta. No, claro que no,

digo rápidamente, con ese tono de indiferencia con el que confío parecer tolerante y natural. Saca un puñado de hierba y lo coloca sobre la palma de la mano, donde la desmenuza con los dedos hasta que queda satisfecha con la textura. Coge un papel, lo pone sobre la hierba, gira las manos y, con gran habilidad, limpia la palma con el pulgar para que los últimos restos caigan dentro del canuto. Elige un filtro, y con una alta dosis de precaución y delicadeza, lo coloca en su sitio justo antes de empezar a enrollar el papel con suavidad, hacia arriba y hacia abajo. Me fijo en cómo mantiene los dedos cerca de la boquilla y va dándole forma, hasta que se lo pasa por la lengua, como una armónica, y lo sella. Le da unos golpecitos en el brazo de la tumbona y enrolla el papel sobrante de la punta, a la cual le prende fuego. Parece una vela de cumpleaños.

Acabado el proceso, se lo lleva a los labios y lo enciende, dando un par de caladas intensas y rápidas que aguanta en el pecho antes de soltar el humo y ofrecerme el porro. No, gracias, le digo. Fuma un poco, anda, insiste. Te vendrá bien para el dolor. No, de verdad, repito. ¡No seas tonta, mujer! ¡Dale un par de caladas, que no te va a morder! Se ríe, acercándome el canuto un poco más. Dudo. No quiero parecer antigua. Bueno, ¿y por qué no?, pienso. Lo cojo, le doy una calada y el humo acre se me agarra al cuello y a los pulmones, haciéndome toser y quejarme del dolor, y haciéndola reír a ella. Dale otra, anda, que ya ha pasado lo peor, dice entre carcajadas. Se la doy y esta vez el humo ya no me pilla por sorpresa. Dudo si darle otra, y se lo devuelvo.

Me quedo mirando el anochecer y, de forma casi inmediata, los rojos del cielo se hacen más brillantes. Me invade una placentera sensación de relajamiento y creo que se me va aflojando la espalda. Acepto un par de caladas más. ¡Vaya! Parece que funciona. ¿Mejor?, me pregunta. Giro la cabeza, que mantengo apoyada en la tumbona.

Sí, mucho mejor. Te lo dije... Sonríe. Sonrío. Unos segundos, o tal vez unos minutos de silencio. No sé. Da igual. El sol sigue bajando. Oye, ¿y tu madre?, me pregunta. ¿Cómo es que no está hoy? Le dije que no viniera, contesto. ¡Uf! No veas lo que me costó convencerla. Sigue tratándote como si tuvieras dos años, ¿eh? Pongo los ojos en blanco. Se ríe. Bueno, es mi madre, se preocupa. Es normal, ¿no? Ella da una calada larga. Las madres son madres, añado. ¿La tuya también te agobia? ¡Chosss! La mía es una enterá de la caja el agua. Me da por reír. ¿Que quéééé? ¿Que la tuya es quéééé? Más risas. Me da la tos y me pincha la espalda. No me hagas reír, que me duele... Una enterá de la caja el agua, repite. Toma, anda. Y me devuelve el canuto. ¿Y eso qué es? Fumo. Que es una listilla, que lo sabe todo. Me río de nuevo. Pero es joven, ¿no? ¿Qué edad tiene? Cuarenta, me dice. ¡Joder, pero si es más joven que yo! Sigo con la risa tonta. ¡Ay, mería! ¿Qué coño tiene que ver la edad? Es mi madre y me come la oreja to el rato... Eso es verdad, pienso. ¿A qué se dedica?, pregunto. Es fisioterapeuta y mi padre, traumatólogo. ¡Anda! ¡Qué familia más especializada! Me río. ¡Ya te digo! Se ríe. Tienen una clínica en Santa Cruz y mi madre da clases en la universidad. ¿Y por qué no trabajas con ellos? Estuve un tiempo cuando acabé la carrera, pero me mandé a mudar a Barcelona para hacer mi vida. No quería meterme en la clínica y ya. Yo quiero hacer más cosas.

Entiendo lo que dice. Si no tienes sueños en tu juventud, cuándo los vas a tener. Yo también he querido siempre hacer más cosas. Recuerdo que me encantaba jugar al tenis. Y era buena. Muy buena en realidad. Tanto que, durante un torneo, un ojeador de la federación les propuso a mis padres que siguiera un programa de entrenamiento intensivo. Me veía muchas posibilidades, les dijo. Entonces yo tenía once años. Aquella noche los oí discutir sobre el tema. A mi padre, que también jugaba, le hacía gracia que lo

intentara. Mi madre se negó en redondo. ¡Déjate de gilipolleces! ¡Yo no he criado una hija para que corra detrás de una puta pelotita! ¡Irá a la universidad y punto! Y mi padre acabó cediendo, algo que, por aquel entonces, ya empezaba a convertirse en lo habitual, así que eso es lo más cerca que estuve de participar en un Grand Slam. Seguí jugando unos años más, pero acabé dejándolo al llegar a la adolescencia. ¿Qué gracia tenía si ya me habían puesto el límite?

Me invade la familiar sensación de que el tiempo se escapa sin remedio, ese agarre en el estómago, la desazón que me provoca la certeza de saber que no estoy ni en el lugar correcto, ni en el momento correcto ni en el camino correcto; la dolorosa esperanza de creer que lo mejor está por venir. Desde siempre. Incluso cuando era niña. Esa especie de angustia que nunca me ha dejado conformarme, la obsesión sin sentido de creer que he venido a hacer algo grande, y el miedo más que real de no conseguirlo. ¿Absurdo? Seguramente.

Al porro apenas le quedan un par de caladas. Se lo paso, pero no lo quiere. Mátalo tú, me dice. Doy la última y hundo la colilla en la tierra del limonero. ¿Y a tus padres les pareció bien que te vinieras a Barcelona sola?, le pregunto. Bueno, mi padre es más llevadero, dice, pero mi madre se encabronó un poco. ¿Por qué? ¡Imagínate, mi niña! Quiere que sea como ella, que me haga cargo de la clínica cuando se jubile, que dé clases... ¿Y tú no quieres eso? ¡Cho! No sé... Algún día a lo mejor, pero ahora ¡ni jarta de grifa! Pues no debe estar muy contenta. Bueno, ya te lo diré en un par de semanas. ¿Y eso? Porque la semana que viene estará en Barcelona, en un congreso. ¡Anda! ¿Y cuánto hace que no os veis? Pues desde que me vine. ¡Guau! ¿Y cuándo has quedado con ella? Se queda un día después del congreso para verme. ¡Guay! Vuelvo a sonreír. Ella no.

¿Qué pasa?, le pregunto. ¿No tienes ganas de ver a tu madre? No es eso, me dice, es que... Se calla. La veo morderse el labio inferior. Parece estar escogiendo las palabras. Venga, ¿qué pasa? Que tengo que contarle una cosa y me da mal rollo. ¿Mal rollo? ¿Qué quieres decir? ¡Cho, pues eso! Que me da mal rollo. ¿Por qué? Porque se va a enfadar. ¿Y por qué se enfadaría? Silencio. Es complicado, dice al fin. Con las madres siempre es complicado, admito en voz baja, pero al final son nuestras madres, y eso funciona para lo bueno y para lo malo, ¿no? Gira la cabeza hacia mi lado y me mira con uno de sus grandes ojos verdes. El otro se le queda detrás del flequillo, demasiado largo para su pelo corto.

Bueno, es que no sé si me va a entender y, claro, me estoy rayando mucho. Ahora ya me puede la curiosidad, y como el porro me ha dejado la vergüenza bajo mínimos, le lanzo el argumento definitivo. Pues no sé qué decirte, la verdad, porque si no me cuentas lo que pasa, no te puedo ayudar. Y funciona. A ver, me dice al fin, tú, que eres de otra generación... ¡Joder, tía, no seas cabrona!, protesto entre carcajadas. ¡Que nooo, mi niña! Más risas. Va, en serio, si tu hija te dijera que se ha enamorado de una tía, tú ¿qué le dirías? Vaya, así que se trataba de eso... Pues mira, en el fondo me lo imaginaba, no me preguntes por qué. A ver, querida, es tu madre, ¿qué crees que te va a decir? ¡Cho! ¡Pues mucha gracia no le va a hacer!, me contesta. No seas boba, ¿qué tendrá que ver con quién te acuestes? A ella lo único que le debería importar es que seas feliz, y si es con una mujer, ¡pues bueno! ¿Qué más dará? No sé, tía. Eso lo dices porque no soy tu hija. Sigue dudando. No, te lo digo porque es lo que tiene que ser. ¿Cómo crees que va a reaccionar tu madre? No sé, pero me acojona decírselo. Seguramente será más fácil de lo que te imaginas. Además, fijo que ella, de alguna forma, ya lo sabe. Las madres son brujas. Siempre se

dan cuenta de todo. Porque, perdona que te lo pregunte, pero ¿has salido con chicos o siempre te han gustado las chicas? De verdad que el canuto ha aniquilado cualquier tipo de filtro. ¡Qué va!, contesta. No tenía ni idea que me molaban las tías, pero es que ahora, hay una pava... Es colega de una del curro. ¡Cho, me tiene loca! Se pasa la mano por la cabeza y se alborota el flequillo aún más, si es que eso es posible. Y esa chica, ¿sabes si es lesbiana? ¡Ya te digo! Se ríe, y me queda clarísimo por qué no tiene la menor duda. ¡Ay, qué bien, nenita! Pues si a ti te gusta y tú le gustas a ella, no le des más vueltas. Y lo que diga tu madre, pues que te dé un poco igual. Además, seguro que no te va a poner problemas, ya lo verás. Igual le choca un poco al principio, pero ya eres mayorcita, así que no le quedará otra que aceptarlo y se acabará acostumbrando, y si al final no le gusta, pues oye, la tienes a mil setecientos kilómetros. Tampoco te agobies, ¿no? Eso es verdad, reconoce.

Nos quedamos mirando el cielo en silencio. Madres. ¡Menuda tribu! Dicen que su amor es incondicional; aun así, los hijos nos pasamos la vida temiendo decepcionarlas. Por mal que nos llevemos con ellas, por mucho que juremos «yo nunca seré como mi madre» con el puño en alto, como Escarlata O'Hara en la cima de la colina, al final, siempre acabamos haciendo aquello que creemos que las va a complacer. ¿No es incongruente? Me pregunto hasta qué punto dejamos de ser nosotras mismas para ser siempre las hijas de nuestras madres. Qué no seremos capaces de hacer para parecernos o alejarnos de la idea que ellas tienen de nosotras. ¿Y quiénes somos, en realidad? ¿Las hijas de nuestras madres, los personajes que creamos para hacer felices a nuestras madres o las personas que decidieron no ser como sus madres?

¿Hasta qué punto ellas nos definen? Porque incluso si decidimos ser diametralmente opuestas a lo que esperaban de nosotras, ¿no siguen influyendo en cómo somos? Como el ateo reconoce en su negación la existencia de Dios, querer ser totalmente diferentes de nuestra madre ¿no es seguir igual de atrapada, pero desde el lado contrario?

¡Joder!, qué profunda me pone la maría. Miro a mi fisio, que ha cerrado los ojos y sus palabras resuenan en mi cabeza. «Si tu hija te dijera que se ha enamorado de una tía, ¿tú qué le dirías?». Y pienso: ¿qué habría dicho mi madre si le hubiera ido con una noticia así? Pues mira, creo que en su interior hasta lo habría celebrado, porque con la imagen que tiene de los hombres, no creo que haya uno solo en la capa de la Tierra que pudiera salvarse de la quema. Pero, eso sí, habría puesto el grito en el cielo. Con lo preocupada que ha estado siempre por lo que diga la gente. Como cuando se enteró de que salía con un chico del club de tenis.

Yo tenía catorce años y él diecisiete. ¡Cómo me gustaba! ¡Y era un chico mayor! Se me escapa una sonrisa al recordarlo. Como aquel que dice, pasé de jugar con muñecas a jugar con él. Fue mi primer beso y mis primeros escarceos. Nunca pasamos a mayores, entonces las chicas no éramos tan lanzadas, pero tampoco me dio tiempo de planteármelo siquiera, porque en cuanto mi madre se enteró, me prohibió seguir con él. ¿Y cómo? Pues encerrándome en casa. Tal cual. Iba de casa al cole y del cole a casa. Sin salir más allá de lo estrictamente necesario. Pero aferrada a mi rebeldía adolescente, me negaba a cortar con él.

¡Era todo tan romántico! Un amor prohibido, que luchaba contra viento y marea, aprovechando cualquier momento en que mi madre salía de casa para hacerle una llamada furtiva, en los tiempos sin móviles y con teléfonos góndola, escribiendo y recibiendo cartas, de

las que llevaban sello, que enviaba y recibía a través de mi mejor amiga del cole, cómplice de mis amoríos secretos. Pero incluso la capacidad de drama adolescente tiene un límite y el mío duró dos meses, hasta que al final claudiqué. Le llamé con mi madre delante para decirle que habíamos terminado. Y en ese momento no solo se rompió mi corazón, sino también la relación con mi madre. La odié por obligarme a dejarlo y desde entonces nunca he vuelto a confiar en ella.

No pongo en duda que las madres solo quieran lo mejor para sus hijos, y tal vez sea cierto que yo era demasiado joven para tener novio, o que él era un poco capullo, que, viéndolo desde ahora, lo era. Pero es igual de cierto que debió escucharme, aconsejarme y respetar mis decisiones, en vez de comportarse como la madrastra de Cenicienta imponiendo su voluntad solo porque «ese chico no me gusta para ti». Me resultó muy frustrante y, a partir de entonces, nuestra relación fue empeorando cada vez más, conmigo más rebelde cuanto más intentaba controlarme ella. Puro cliché adolescente.

El sol se ha escondido tras las montañas y, aunque todavía hay luz, siento un escalofrío nada agradable. Me sacudo los recuerdos de la cabeza. ¿Qué hora es?, le pregunto. Las ocho y cuarto, me dice. Tengo hambre, ¿tú no? ¡Síííí, el porro da mucha hambre!, reconoce. ¡Vaya, si da! ¿Te apetece comer algo?, le ofrezco. No, tranquila, no te molestes. ¡Huy, qué va a ser molestia! ¡Si me harías un favor! Mi madre me tiene la nevera que ríete tú de un convoy humanitario de la ONU. Y se ríe. Vamos abajo, le digo, ¡venga!

Me levanto de la tumbona con más ligereza de la que suelo. ¡El THC obra milagros! Ya en la cocina abro la nevera acompañando el gesto de un «¡tachán!» para mostrarle el Tetris de túperes que mi madre ha conseguido montar en mi nevera y ella se descojona, lo

que hace que yo también me muera de la risa otra vez. ¡Qué flojera llevamos! Rebusco y saco unas croquetas, unas empanadillas y unos huevos rellenos, que distribuyo sobre el mármol de la encimera, y allí mismo, de pie, somos poseídas por los espíritus de dos pirañas descontroladas y, con la guasa en el cuerpo, nos damos un festín delicioso con las manos, directamente de los envases. ¡Menudo día de atracones que llevo! Menos mal que tengo margen, pero me voy a tener que cortar un poco o, si no, voy a acabar tipo mesa camilla. Mañana verdurita y ¡basta!

Bueno, me voy a ir yendo, me dice una vez calmada la bestia. Recoge la camilla, le pago y la acompaño a la puerta. No sé cómo lo hace para cargar con ese mamotreto en su pequeña moto. Gracias de nuevo por venir hoy, le digo. ¡No, qué va! Gracias a ti por los consejos y por el banquete, me contesta desde el rellano, guiñándome un ojazo. Más risas. ¡Buen finde!, me grita mientras desaparece en el ascensor.

Cierro la puerta, miro la hora y faltan pocos minutos para las nueve. Mi marido no tardará en llegar. Me pongo el pijama y mientras me lavo los dientes, la resaca de la conversación viene y va. ¡Vaya tela con las madres! Espero que le vaya bien cuando le suelte la bomba, aunque no me gustaría estar en su pellejo, eso seguro. Yo no se lo diría a la mía ni loca. Qué difícil se me hace entender la relación que tengo con mi madre. Hablar de mi adolescencia me ha hecho recordar cuánto la odiaba entonces. Cómo detestaba sus absurdas imposiciones, la impotencia de no poder rebelarme contra su poder absoluto e irracional. Escupo con rabia la pasta de dientes. Me miro al espejo y no sé si son los coletazos del porro, pero de pronto me resulta evidente que ese odio no ha desaparecido del todo. Y sentirlo así, tan real, me asusta, porque estoy siendo injusta, con todo lo que me cuida ahora. Me

enjuago la boca y me mojo la cara, como para limpiar esos oscuros pensamientos.

Me meto en la habitación, cierro la puerta y me doy toda la prisa que puedo en acostarme, con el firme propósito de estar dormida, o al menos parecerlo, cuando mi marido vuelva a casa.

10

Me pregunto si la vida
es un teatro con máscaras,
o una perrera con bozales.

Definitivamente, no me gustan los lunes. Como en la canción. ¿De quién era? ¿Cómo se llamaba el cantante? Bob algo. El que montó los conciertos de *Live Aid* para África. Yo estuve en el de Amnistía Internacional en Barcelona. ¡Qué bueno! Creo que fue la primera vez que pisé el Camp Nou. Ahora ya no dejan hacer conciertos allí. Hace siglos que no voy a uno. Tecleo en Google *I don't like Mondays* y aparece el *thumbnail* del vídeo oficial, con la cara de Bob Geldof luciendo un cardado defendible solo en los ochenta. ¡Eso es! The Boomtown Rats. Me entretengo un rato leyendo la letra de la canción que aparece bajo el enlace al vídeo, mientras la melodía resuena en mi memoria a cada estrofa. *I want to shoot the whole day down*. Confieso que a mí también me gustaría liarme a tiros a veces, aunque fuera en miércoles.

Ha sido un día muy largo. He llegado temprano para hablar con mi jefe. Falta poco para las siete y aquí sigo. Tenía un montón de cosas que hacer, pero muy pocas ganas de hacerlas, así que me he ido arrastrando de una a otra sin acabar ninguna. No es que esta mañana me haya ido mal con mi jefe, pero, no sé, no me he quedado con buen sabor de boca. Creo que esperaba más apoyo por su parte, la verdad es que no se ha mojado mucho. O, al menos, no como a mí me hubiera gustado. Debemos ser muy cuidadosos en estos momentos, me ha dicho. El presidente está muy molesto con

su hijo y conociéndole, no va a dejar pasar la pelea fácilmente. Y su hijo tampoco va a dejarlo correr, en eso son iguales, así que me temo que vienen tiempos complicados.

Tiene razón. No sabría decir cuál de los dos es más testarudo. ¿Qué vamos a hacer entonces?, pregunto. Nada. Nosotros seguiremos trabajando como está definido en el plan, que es lo que tenemos que hacer, pero deberemos ser también muy políticos. Va a haber que nadar y guardar la ropa. Los problemas familiares que tengan entre ellos son cosa de la familia. No nos meteremos ahí, que eso es terreno muy pantanoso. Nosotros a lo nuestro, más profesionales que nunca, pero con los ojos bien abiertos, ¿entiendes? Sí, de acuerdo. No te fíes ni un pelo del consejero delegado, me advierte, porque estoy convencido de que está tramando algo, y no va a ser nada bueno, eso te lo aseguro. Ya, pero ¿cómo lo hago? Es el hijo del presidente, no puedo pasar de él si me pide algo. No te estoy diciendo eso, me explica. Es el hijo del presidente, es cierto, pero después de la reunión del viernes, ha quedado muy claro que está en contra de su padre, y su padre ES el presidente. No olvides que es a él a quien debemos lealtad, porque a día de hoy esta es su empresa. Y si la empresa ha apostado por el proyecto de Fiyi, nuestro trabajo es llevarlo a cabo en los tiempos previstos. Punto. A cualquier cosa que te pida el consejero, intenta darle largas y dímelo inmediatamente, ¿de acuerdo? Por supuesto, me he apresurado a decir.

¡Hay que joderse! Como si lanzar un hotel en un mercado nuevo no fuera ya difícil por sí solo, encima vamos a tener al enemigo en casa. Y algo me dice que no está solo. Será muchas cosas, pero desde luego no es estúpido. Si se ha enfrentado a su padre, debe tener un plan en mente y las espaldas cubiertas. Pero ¿quién puede estar apoyándolo? He dudado de si compartir mis temores con mi

jefe. Sé que adora al presidente, pero su reacción con la directora comercial me ha molestado. Además, si algo se está cociendo, me juego el cuello a que esa está en el ajo. ¡Menuda es! Así que no le he dicho nada. Voy a intentar averiguar algo más. No he querido que me acuse de conspiranoica.

Oye, comercial no va a meterse en el plan de *marketing*, ¿verdad? Al final se lo he dicho. Sé que, si se dedican a marear la perdiz y a intentar decidir sobre *marketing*, vamos a tener un problema. Y gordo. Eso es lo que más me preocupa. Porque ya se sabe, con los de comercial, siempre pasa lo mismo: si se vende es porque ellos son muy buenos y si no, es porque la campaña de *marketing* era una mierda. El caso es caer de pie.

Los necesitamos, ya lo sabes, me contesta. Confieso que su respuesta me ha dolido. ¿Por qué no se ha puesto de mi parte? No he dejado que se me note. Sí, ya lo sé, añado, pero no quiero que mi trabajo se retrase con interminables reuniones para discutir sobre lo divino y lo humano. No veo por qué va a ser así, me ha contestado. Comercial quiere lo mejor para la empresa, como todos nosotros. Sí, ya, seguro que es por eso. ¿De verdad se lo cree? Además, el viernes se ofreció a ayudarte en lo que necesitaras, añade. ¿En serio? ¿Es que no ve que lo único que quiere es hacerme la cama? Calma, respira...

Ya, ya, acepto a medias. Y se lo agradezco, por supuesto, pero la especialista en *marketing* soy yo, y debería tener la última palabra, ¿no? Sí, claro, me ha reconocido, pero ellos van a tener que vender, así que sería mejor que estuvieran de acuerdo con tu plan, ¿no te parece? Sí, desde luego que sí. No me puedo creer que me obligue a tragar con ella. Pero, si llegado el caso no nos pusiéramos de acuerdo, entiendo que vas a decidir tú y que puedo contar con tu apoyo, ¿no?, le pregunto. Bueno, tú intenta llevarte bien y llegado el

caso, ya veremos, me responde. Recuerda que se atrapan más moscas con miel que con vinagre. ¡Y así, señores, se consigue la cuadratura del círculo! Estoy flipando. ¿Que me lleve bien con la directora comercial? Aunque le presentara a esa la mejor estrategia del mundo, le encontraría pegas. Me esperaba más apoyo de mi jefe, la verdad. Me siento traicionada. Pero no he querido insistir. Lo conozco. Hoy no tenía el día y es mejor no apretarlo. Ya probaré en otro momento. Seguro que acabará dándome la razón, sobre todo si consigo probar que esa zorra tiene algo que ver con el consejero.

¡Joder, qué mierda! Ojalá la reunión de esta mañana hubiera ido mejor. Tener que andar a estas alturas con estos jueguecitos... La injusticia hace que me hierva la sangre. Me dejo caer hacia atrás en mi sillón, con cuidado, apoyo los codos en los brazos, junto las manos a la altura del pecho y me balanceo ligeramente hacia los lados, mientras a través de las paredes de cristal, veo el *pool* de mesas en las que se distribuye mi gente. No es un mal equipo, aunque hasta ahora han vivido muy cómodos y van a tener que espabilar un poco, pero en general, funcionan bien. Veo al relaciones públicas levantarse para ir a la impresora. Este es un mal bicho. Siempre a bien con todos, nunca una mala palabra, pero tampoco una buena acción. No me fío de él. Es demasiado ambicioso. Es amigo de la nieta, y me temo que para echarlo, tendría que pillarlo poco más que metiendo mano a la caja. Como se descuide la niña, este pega el braguetazo de la vida. Me juego lo que quieras. Voy a tener que atarlo en corto. Que seguro que, si le sirve para quedar bien, le va a ir con el cuento al «suegro» sin pensárselo dos veces. Tengo que apretarle las tuercas con el plan de prensa. Está un poco flojo y no me acaban de cuadrar los números. Se van de madre. Será un hotel de siete estrellas, pero no voy a dejar que se descontrolen los gastos de promoción, que con dinero cualquiera

puede hacer un plan. Como si notara mi mirada, al regresar a su mesa desde la impresora levanta la vista hacia mí y me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa. ¡Falso! Abro la agenda del ordenador y busco hueco para convocarle a una reunión. ¡Por Dios! Esta agenda mía parece un Tetris. Descuelgo el teléfono y marco el cinco. Mi asistenta descuelga antes del segundo tono. ¿Puedes venir un momento, por favor?, pido. Enseguida, contesta. La veo levantarse, coger su iPad y dirigirse a mi despacho. Me gusta. Es bajita, parece poca cosa, pero tiene mucho carácter. Es eficiente y muy profesional. La rescaté de recursos humanos al poco de llegar. El anterior director de *marketing* la había desterrado allí cuando se negó a reírle más las gracias. ¡Menudo cabrón! Mi jefe me dio carta blanca para escoger a mi asistenta, así que antes de buscar fuera, quise entrevistarla y me pareció una mujer con las ideas muy claras. Trabajadora, honesta y sincera. Yo también fui secretaria durante mis años de universidad. Fue mi primer trabajo serio. Recuerdo a mi jefe de aquella época. Un metro noventa de especialista en impuestos, con serios problemas de interacción social. «El yuyu», le llamaban todos. Y sí que daba miedo, sí. Sobre todo, porque no tenía ningún tipo de filtro cuando se enfadaba. No sé, tal vez fuera la inconsciencia de mi juventud o ese complejo de Nuestra Señora de los Desamparados que me sale de vez en cuando, pero yo conseguí llevarme bien con él. Aunque tampoco me sirviera de mucho cuando lo reubicaron en la oficina de Madrid, la verdad sea dicha. ¡Desagradecido!

En fin, el caso es que empaticé con ella desde el minuto uno. En mi carrera he tenido que lidiar con muchos capullos con el ego del tamaño de Japón. Sé lo que es ser una mujer con ambiciones en un mundo empresarial liderado por hombres que creen que la testosterona los convierte en la quintaesencia de la civilización. Y,

por lo que he oído, mi predecesor era bastante hormonal. Así que pensé que la chica se merecía otra oportunidad y me la quedé. Me consta que me está agradecida por haberla rescatado de las catacumbas de nóminas y contratos. Eso me garantiza su fidelidad dentro de lo razonable, claro. No soy idiota. También sé que me dirá la verdad de lo que pasa, porque ella es así. Y eso es justo lo que necesito, sobre todo ahora.

Le hago señal con la mano de que pase antes de que llame a la puerta. Se queda de pie frente a mi mesa mientras le explico que necesito liberar una hora esta semana para un *update* con prensa. Abre mi calendario en su tableta. Puedo mover la reunión de presentación de esa agencia nueva del jueves a la semana que viene, me propone. Sí, buena idea. No es urgente, le confirmo. No tengo previsto cambiar de agencia ahora, así que puede esperar. Les llamaré para proponer otra fecha, me dice mientras anota en su iPad. Vale, elige tú misma, pero no les des más de media hora, que ya sabes que solo los veo por compromiso. Sí, no te preocupes. Cuando lo tengas, ¿convocas a prensa para el jueves, por favor?, le pido. Aquí, en mi despacho. No hace falta que reserves una sala. Claro, contesta. Genial, gracias. Y cuando acabes con eso vete a casa, le propongo. No voy a necesitarte más por hoy y ya son casi las siete. Aprovecha para salir puntual ahora, que en breve vendrán días muy largos. Gracias, me sonríe. De nada, le sonrío. Media vuelta y listo. Lo dicho, muy eficiente.

Abro el plan de prensa y anoto algunas de las cosas que quiero que trabajemos el jueves. Luego entro en el plan general de lanzamiento que presenté el viernes para incorporar algunas de las cosas que se hablaron en la reunión. Miro el *retrotiming*: queda apenas un año para presentar Fiyi. Puede parecer mucho, pero no vamos sobrados. Lo más urgente ahora es acabar con la imagen

corporativa. Las primeras ideas para el logotipo y la paleta de colores gustaron, pero no eran definitivas. Hay que darle alguna vuelta más. He tenido reunión de *contrabriefing* con diseño esta mañana, y llevo todo el día con eso en la cabeza, sin acabar de ver por dónde debemos tirar; y sin el logo ni los colores aprobados, en tres semanas los decoradores no podrán avanzar. ¡Solo faltaría que el interiorismo se retrasara por mi culpa!

Mi asistenta recoge y se marcha, y esa es la señal no escrita para el inicio del éxodo global. En pocos minutos, veo cómo las mesas del departamento se van vaciando. No soy estricta con los horarios porque en nuestro trabajo necesitamos ser flexibles. Igual que se van puntuales hoy, mañana hay alguna urgencia en uno de los hoteles, y todos a pringar hasta las mil. Así que yo creo que esto debe ser un toma y daca. Mientras el trabajo salga bien, no tengo problemas, dentro de lo razonable. Además, conforme nos vayamos acercando a la fecha de la presentación los días serán cada vez más largos, así que déjalos que se vayan ahora que aún pueden llegar a casa a una hora decente.

El único que sigue en su sitio es el jefe de diseño. Estará trabajando en el logo, seguro. Me gusta este chico. Regordete, afable, simpático y responsable. Muy fino y elegante diseñando. No es el típico divo que se cree artista. Gracias a Dios, porque los de esa calaña me resultan insufribles. Cuando llegué me senté a charlar con cada uno de los miembros del equipo personalmente. Con los diecisiete. Uno por uno. Me presenté, les expliqué mis ideas para el departamento y les pregunté por sus funciones hasta entonces y sus expectativas para el futuro. Recuerdo la conversación con él. Me pareció algo frustrado con los enfoques del anterior director. Incluso me insinuó que había pensado en marcharse, pero que cuando supo

que se iba y que llegaba alguien nuevo decidió esperar a ver qué pasaba. Darse una nueva oportunidad. Me pregunto si a él o a mí.

Me levanto para salir al *pool*, pero antes me estiro con cuidado porque la espalda me recuerda con un pinchazo que llevo demasiado rato sentada. Voy hasta su mesa y tardo tanto en llegar que el chico podría haber estado viendo porno; le hubiera dado tiempo hasta de eliminar el historial de búsquedas. Me coloco detrás de él y en la enorme pantalla de su Mac veo el logo del nuevo hotel. Nada de porno, como era de esperar.

¿Qué tal va?, le pregunto apoyando ligeramente mi mano izquierda sobre su hombro derecho. No sé, contesta. Estoy probando con las siete estrellas, pero no me convence. Sí, ya entiendo. ¿Y si pruebas a poner la estrella central algo más grande?, le digo señalando la pantalla sin tocarla pues sé que eso le revienta. Algún TOC había de tener. Te quedarían tres a cada lado y tal vez te ayudaría a que no se vea tan monótono. ¿Qué opinas? Mmm... Probaré. Podría funcionar. ¡Estupendo! Pero hazlo mañana, va, que llevas todo el día con esto. Se echa hacia atrás en su sillón y se frota los ojos. Sí, pero es que quiero acabarlo, insiste. Ya lo sé, pero necesitas algo de perspectiva. Vete a casa, descansa y seguro que mañana lo ves más claro. ¡Es una orden!, le digo riendo y señalándole con el índice. ¡Vaaale!, concede. ¡Así me gusta!, digo, dándole dos palmaditas en el hombro, antes de empezar a volver a mi despacho a paso de tortuga reumática. ¡Hasta mañana!, añado levantando una mano sin girarme.

Ya en el despacho, antes de volver a mi silla veo a través de los cristales la zona de comercial, dos islas más hacia el centro de la planta. Zorrón sigue en su despacho hablando por teléfono, y compruebo que aún tiene a toda su gente currando, aunque ya sea la hora de salir. Menuda tirana. De repente, viendo mi departamento

vacío me asalta la duda de si no estaré siendo demasiado benévola. ¿Y si pasa el presi y cree que no trabajamos suficiente? Se me hace un nudo en el estómago. Venga, cálmate. El trabajo está saliendo bien. Si ella prefiere que su equipo le tenga miedo es su problema. Tú haces las cosas de otra manera.

De repente, el corazón me da un vuelco. Mi relaciones públicas está de pie, junto a una mesa, hablando con una de comercial. ¿Qué coño...? ¿Tengo un topo en el departamento? ¡La madre que lo parió! Cálmate, me digo. Lleva la mochila al hombro así que se ha parado de camino hacia la salida. ¿De qué estarán hablando? De verdad que tengo que vigilar mucho a ese tío. Sin querer, los ojos se me escapan al cajón de las carpetas. ¡Ni hablar!, me riño. ¡Nada de atracón de dulces! Mejor me tomo un té. Sí, eso es. Voy al *office* a hacerme un té.

Salgo del despacho camino de los ascensores, no sin antes encender la lámpara de escritorio de mi mesa para que, si alguien pasa por mi departamento, sepa que sigo allí. Te aseguro que si algo he aprendido es que en el trabajo funciona lo de la mujer del César. No solo hay que ser honrada, hay que parecerlo. Me decido por los ascensores de servicio en vez de ir a los principales. Aunque están un poco más lejos de mi despacho prefiero no pasar por delante del departamento comercial. No quiero que el traidor sepa que lo he visto, ni tampoco pasar a dos por hora por delante del despacho de la rubia de bote. Prefiero ahorrarme esa cara condescendiente de «ay, pobre» con la que me mira cuando me ve andar a esta trepidante velocidad.

El *office* está en la cuarta planta, con las salas de reuniones. Es un espacio cuadrado, amplio y agradable, decorado en tonos azules y tostados. Frente a la puerta, que se abre en el centro de una de las

pocas paredes que no es de cristal, una gran ventana se extiende todo el ancho de la habitación, con vistas a la Diagonal.

Me encanta este *office*. Todo está impecable. Huele a una curiosa mezcla de café y productos de limpieza. Es muy peculiar, pero por alguna razón me reconforta. Está bien que no dejen que se utilice como comedor, aunque en el centro haya una gran mesa redonda con seis sillas. Así el olor a comida no llega a las salas. Para eso está el comedor de empleados de la planta uno. Una señora del equipo de servicio se encarga de preparar las bebidas para las continuas reuniones que hay durante el día y de mantener el *office* siempre ordenado y limpio, pero ya se ha ido, así que me preparo yo el té. Está bien poder hacer algo por una misma.

Enciendo uno de los calentadores de agua que hay en la encimera y, no sin esfuerzo, saco un *mug* de uno de los armarios superiores que recorren la pared izquierda de la sala. Toda la vajilla tiene el logotipo de Hoteles NewStar. Abro otro de los armarios, esta vez de la hilera de abajo, donde está la surtida despensa de café y té. Que el armario no esté en alto no hace la tarea más sencilla ni menos dolorosa, pero me animo cuando veo las deliciosas galletitas de mantequilla que se sirven con las bebidas. Me juro a mí misma que no las voy a probar. Bueno, solo un par, venga. Me decido por un Chai. ¡Qué rico! Con un poco de leche. Desnatada, claro.

Meto el saquito en la taza, saco una cucharilla y voy a la nevera, que está en la pared de enfrente, para buscar la leche mientras el agua sigue calentándose. Para cuando vaya y vuelva a mi velocidad supersónica, ya estará más que lista. Llego a la meta, saco la leche y cuando cierro la puerta del frigorífico, me sobresalta un grito que viene del pasillo. Me giro, agarrada al tirador de la nevera, y a través de la puerta de cristal veo al presidente y a su mujer en la sala de

enfrente. Su hijo mayor se ha quedado bajo el dintel, sin llegar a entrar en la sala. Está vociferando, fuera de sí.

Dadas las horas imagino que creen que no hay nadie en la planta, así que me siento tan incómoda de estar allí que instintivamente me aparto de la nevera y me pego a la pared para que no me vean. ¡Joder, qué daño! Es el precio de reaccionar sin pensar. Allí, con el brik de leche desnatada en la mano y la espalda contra el muro, no puedo evitar escuchar, con toda claridad, la voz gélida y dura del presidente amenazando a su hijo. ¡Como vuelvas a montar un numerito como el de la semana pasada delante de los empleados, te juro por tu madre que te vas a arrepentir!

11

Me pregunto si la vida merece
que se preocupe uno tanto.

Lavo los platos de la comida a mano. Nunca he querido un lavavajillas. Me parece un electrodoméstico innecesario. Total, para nosotros dos solos... Cuatro platos y una olla, ya ves tú. Si se tarda menos en fregarlos que en meterlos en el trasto ese. Me seco las manos. Qué ásperas las tengo. Voy a echarme crema. Esta tarde no voy a casa de mi hija. Ha llamado diciendo que no hace falta porque se tiene que quedar en la oficina. ¿Será posible? Está echando muchas horas. No ha querido que vaya su padre a buscarla, que se cogerá un taxi, dice. Menudo dineral, un taxi. Dice que se lo paga la empresa, pero igualmente... Total, qué nos costaría irla a buscar, si no tenemos nada más que hacer.

Mientras me pongo crema en el baño, con todo recogido, la perspectiva de toda la tarde por delante sin ninguna ocupación se me hace rara. Tantos meses en casa de mi hija que ahora no sé qué hacer. Aún queda una hora hasta que empiece la novela. Está buena. A ver si se casan ya de una vez, que no hay manera. Diez capítulos llevan dale que te pego y nada. Cuando no es por ajo, es por cebolla. ¡Qué pesados que son! ¿Y si me pongo a coser? ¡Ay! No se me antoja, pero no me quiero apoltronar en el sofá. ¡Qué aburrimiento! Mi marido está en casa de mi hija para instalarle el riego. Yo no he ido. ¿Para qué? Si es que ya no me necesita, pues me quedo aquí. Guardo la crema en el armario del baño. ¡Huy! Qué sucio está esto. Le voy a pasar un trapo. ¿Sabes qué? Voy a llamar a

mi vecina para ver si quiere que vayamos a pasear y al café del mercado. La llamo pero comunica, y a esta cuando se cuelga al teléfono, le dan las uvas. Le voy a poner un mensaje como me ha enseñado mi hija. *Nos banos a dar una vuekta esta tarde?* ¡Ay, qué pequeñas son las teclas! ¿Cómo se borra? Uf, mira, da igual, ya me entenderá. Hace meses que no vamos a pasear. ¿Cómo iba a ir? Lo primero era ocuparme de mi hija. Pero mira, si hoy no quiere que vaya a su casa, pues mejor. Así me distraigo un poco yo también, que falta me hace.

Al poco mi vecina me contesta que sí. Pasará a recogerme a las seis. La conozco de toda la vida. Yo la llamo «mi vecina» porque vivíamos puerta con puerta cuando nuestro primer piso de recién casados, antes de irnos a Mataró. Ha visto nacer a mi hija y la tenía en su casa cada dos por tres. A ella le encantaba ponerse sus zapatos de tacón y pasear arriba y abajo. Yo no sé cómo no se mató. Siempre lo teníamos todo abierto. Entonces no pasaba nada. Eran tiempos más seguros. Un día no nos dimos cuenta y la niña se salió al rellano con los tacones. Casi se descalabra escaleras abajo. ¡Qué susto, madre mía! Ella sigue viviendo en el mismo sitio, sin embargo, nosotros, cuando volvimos al barrio compramos un piso unas calles más abajo. Aun así, nunca hemos perdido el contacto. Madre mía, pues no hemos pasado de todo juntas... No sé qué hubiera sido de mí sin ella, cuando mi marido tuvo el accidente de coche. Cómo habría podido estar cada día en el hospital los tres meses que lo tuvieron ingresado, si ella no se hubiera hecho cargo de mi pequeña.

Acabo de vestirme y me pongo un fular de Loewe que me trajo mi hija de uno de sus viajes. Lo tengo como oro en paño. Desde luego, cómo se nota cuando las cosas son buenas... Cuando mi vecina llega a recogerme no me parece que hayan pasado siete meses. ¡Jofú, mi

arma!, me grita en cuanto me ve salir de la portería. Sevillana, del mismísimo Triana, los más de cuarenta años que lleva en Barcelona no han conseguido quitarle el acento ni a palos. ¡Cuánto tiempo zin verte, me cago en la leshe! Se me echa encima y me da un abrazo fuerte, intenso, como ella. Somos igual de altas, bueno, lo de «altas» es un decir, porque ninguna pasa del metro cincuenta y poco, pero que muy poco.

Hace unos años empezamos a quedar para andar y tomar café por las tardes después de la novela. Lo de andar es la excusa para pegarnos la merendola, la verdad, pero esos cafés se convirtieron en una costumbre, que hemos ido manteniendo siempre que hemos podido. ¿Cómo está la niña?, pregunta. ¿Ya l'han dao el arta? ¿Está bien der tó? Se abre el interrogatorio. Echamos a andar cogidas del brazo. ¡Huy no, qué va! Aún le queda para un buen rato. Lo suyo ha sido muy grave, explico. ¿Y cómo que no has ío a zu caza esta tarde? Pues hoy me he podido escapar, porque está en el despacho. ¡La madre que la parió, a la joía! ¿Quién zería? Me río. ¿Es que ya está trabahando? Sí, desde hace un par de meses. De momento ha empezado a ir unas horas cada día a la oficina. Mu pronto, ¿no? Bueno, es que como es directora tiene mucha responsabilidad, ya sabes... y claro, no puede dejarlo así, todo de golpe. ¡Jofú, pos claro! ¡Zi es que t'ha salío mu lista, la niña! No digo nada porque estaría feo por mi parte, pero una punzada de orgullo me recorre el cuerpo. Tiene razón, es muy lista mi hija. Sí que lo es.

Giramos hacia la carretera en dirección a San Adrián. ¡Qué buena tarde se ha quedado! Los árboles están bien cargados de color lila. Se nota que ha hecho calor este invierno porque, normalmente, las jacarandas no dan flores hasta finales de mayo, pero estas incluso ya las están empezando a soltar sobre la acera, y en días como hoy,

que hace sol, esa especie de alfombra morada se calienta y huele raro, como a fruta madura que está a punto de pudrirse.

¿Y tú cómo está, mi arma?, pregunta. Porque menudo zusto, ¿no? Susto, dice... ¡Susto es poco!, contesto. Cuando me llamó mi yerno para decirme que estaban en el hospital y me contó lo que había pasado, pensé que me iba a dar un infarto. Eso solo lo sabe el que lo pasa. Yo es que me imaginé lo peor. Ya me la veía toda la vida en una silla. ¡Ay, Dios mío! Se me hace un nudo en la garganta solo de pensarlo. Ahora ya estoy algo mejor, añado, pero los primeros meses han sido muy duros. Me he tenido que hacer cargo de todo.

¿Er marío no hace ná? ¡Ay que vé como zon los jombre! ¡Otro que tar baila! Sí, mujer, claro que hace el pobre, pero tiene que trabajar. Se va de casa a las ocho de la mañana y no llega hasta las nueve y media de la noche. ¿Qué iba a hacer mi hija sola todo el día sin poderse mover? ¡Ave María Purízima, angelico mío! dice persignándose. ¡Qué zusto más grande, por Dió!

A mi vecina solo le dio tiempo a tener un hijo antes de divorciarse. Una niña también, un poco mayor que la mía. Trabaja en Telefónica. En las oficinas. Desde que tuvo a su hija hace jornada reducida, así que acaba a las cuatro. Es un buen horario si tienes críos. Está fija y gana bien, pero claro, no al nivel de mi hija. Se casó hace cinco años con un chico de Badalona. A mi vecina no le gusta su yerno. Dice que es un flojo y que su hija, además de trabajar, se tiene que hacer cargo de la casa y de la niña que tienen. Ese es un tema que mi vecina nunca ha llevado bien. Ni de jóvenes. Y mira que es una madraza. Lo ha sido siempre, pero a su exmarido lo ponía a lavar los platos desde que se casaron. Mi marido decía que era un calzonazos. En fin, no sé. Yo he visto a su hija y al marido algunas veces después de la boda y me parece un chico muy normalito. Un poco soso, eso es verdad, pero le tiene que gustar a ella. Pero sí que una

madre se da cuenta de esas cosas aunque luego resulten difíciles de explicar a los demás.

Pos t'alegrará de que ya esté trabajando, ¿no?, opina. Ezo es que está mejó. ¡Sí, claro que me alegro!, digo en piloto automático mientras cruzamos la carretera para enfilar la avenida de Catalunya. Siempre hacemos el mismo recorrido. Desde la nacional, bajamos por la avenida. Vamos por ahí porque está llena de tiendas y nos gusta pararnos para mirar los escaparates, hasta que llegamos a la plaza del ayuntamiento de San Adrián y desde allí, media vuelta y subimos por la calle de Bogatell hasta el mercado, donde está el Café del Sol. Por la mañana, esa calle parece una feria con tanta gente, pero por la tarde está muy tranquila. Por eso subimos por ahí, que si no, con lo estrechas que son las aceras en ese trozo, no se podría ni pasar.

La verdad es que me preocupa que mi hija esté corriendo mucho, pero no quiero sonar alarmista, así que me lo guardo para mí. Creo que debería haberse quedado en casa, mínimo tres meses más, le digo, hasta estar más fuerte. Pero como es tan cabezona, a ella se le ha metido que se iba a trabajar ya y no ha habido forma de convencerla de lo contrario. ¡Zi es que no hacen cazo de nadie, estas niñas! Toa la vía matándoze una por ellas y luego, ni pa llamarte tienen tiempo las desgraciás! ¡Qué razón tiene! Con todo lo que yo hago siempre por mi hija. Bueno, le digo, la mía es que no tiene tiempo de nada con el trabajo. Si es que nunca deja una de preocuparse por los hijos, tengan la edad que tengan. Y da igual lo que hagan. Son tus hijos y los perdonas. ¿Y cómo va hasta er trabajo? ¿Ya pué conducí? Ella siempre tan práctica. No, aún no, contesto. La llevamos su padre y yo y luego la vamos a recoger. ¡Jofú, qué trajín, mi arma! ¡No, qué va! Si a nosotros nos sirve de distracción. Si no, qué, ¿en casa todo el día con mi marido,

enchobaos en el sofá, los dos solos como dos momios? Pongo los ojos en blanco y mi amiga se ríe. ¡Qué joía! ¿Cómo ze nota que no tiés nieto!, me dice.

¡Huy, nietos!, le digo. ¡Quita, quita, lo que me faltaba! Déjate, que mi hija ya está muy bien como está. ¡Zi los nieto zon l'alegría de viví! ¡Ea! ¡Que no te iba a hazé gracia a ti zer agüela, ni ná! Pues la verdad es que no, pienso, pero mejor me lo guardo que ella está con su nieta que no caga. Cuida de ella cada día hasta que su hija vuelve de trabajar. A ver, no te digo yo que algún día... pero como comprenderás, ahora... le explico. ¡Pos claro que ahora no, mujé! Pero no vaya a tardá mucho... ¿Qué años tiene tu niña? Ha hecho cuarenta y dos. ¡Quilla! Pos como ze descuide, ise le va a pasá el arró!

¿Qué arroz ni qué niño muerto?, protesto. ¡Con lo moderna que tú eres no me seas antigua con lo de los hijos! Me da rabia que me diga eso. A mi hija no le hace falta ningún crío. Ella, que se ponga buena, que es lo único que importa. Además, está muy por su trabajo, tiene muchas cosas en la cabeza y no tiene tiempo para tonterías. ¡Ay qué lástima, hija! Tanto trabajá ¿pa qué? ¡A vé zi va a zé la más rica der cementerio! ¡Que no quiere niños! ¿Qué quieres que te diga?, insisto. Que con un hijo las cosas se complican mucho y ella no tiene ninguna necesidad. Con lo que trabaja y tantos viajes, ¿qué iba a hacer con un crío? ¡Lo que le faltaba! Me estoy empezando a cabrear un poco, joder, qué manía con los putos hijos. Bueno, zupongo que tié que haber de tó en la viña der zeñó... Hago como que no la he oído, que no me quiero tener que pelear con ella.

Llegamos al café y nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Mi vecina se pide un café con hielo en vaso, con un chorrito de Torres 10. ¡Cargaíto, arme er favó!, le dice a la camarera. Yo me pido un cortado, pero sobre todo que sea descafeinado de máquina, por

favor, que si no luego no duermo. Ella nos tienta con la tarta del día y, claro, no nos podemos resistir. Son pasteles caseros y la dueña tiene una mano con los dulces que no se puede aguantar. Hoy ha hecho tarta de zanahoria. Con azúcar integral, que digo yo que engordará menos que la otra, ¿no? Seguro que mi consuegra diría que sí, aunque torciendo el morro y sin perder la ocasión de recordarme que el azúcar, integral o no, es la bicha.

Pos la mía va a tener er zegundo, que no te lo he dicho, me suelta, de repente. ¿Qué me dices? ¡Pues felicidades! Zí, ya está de cinco meze. Nacerá p'agosto, con toa la caló. Mira, como la mía, le digo. Z'ha puesto de gorda mi hija... Se lleva las manos a la cabeza ¡Madre mía! Tié una barriga que paece un pandero. Yo no sé pa cuando esté de nueve meze... ¡va a explotá! Me tengo que reír con esta mujer ¡Qué exagerada que eres! Seguro que no está tan gorda, le digo. ¡Que zí! ¡Que está inflá como un globo!, dice abriendo los brazos a los lados del cuerpo, a la vez que hincha los carrillos. Pero no me estraña, zi eh que no para de comé. Tá tor día tragando, la joía... Que zi mama harme croncretas, que zi mama harme una miahica de potaje, que zi mama harme una tortillica de patata pa cená... Tá tor día d'antojo... ¿Pos cómo no ze va a engordá? Ya, pero a ti te encanta hacerle cocinillas, no te quejes, me río. ¡Jofú, ezo es verdá, mi arma! ¡Lo que mi niña me pía, ze lo hago yo en meno que tarda en zantiguarze un cura loco! ¡Vamo! ¡Que no me da la calle pa zalí a comprarle las patatas pa la tortilla! Me vuelvo a reír. Qué loca está esta mujer. Pero, con todo lo que parece, bebe los vientos por su hija. Es de esas mujeres que han nacido para ser madres. Yo no. Nunca quise tener hijos. O al menos desde que me acuerdo, que es desde bien pequeña. ¿Para qué? ¿Para acabar trabajando como una burra como hizo mi madre para sacarnos adelante a todos? No, gracias, yo ya crie a mis hermanos. Fui madre antes de tiempo y se

me quitaron las ganas. Por su culpa no pude estudiar ni hacer lo que quise. Los críos son un lastre para una mujer. Eso lo aprendí muy pronto.

Pero, claro, luego una se casa y se supone que tener hijos es ley de vida. Eran otros tiempos. Anda que si hubiera nacido yo en esta época... te juro por Dios que no hubiera tenido hijos ni loca. Vamos, eso lo saben hasta los ratones de armario. Ahora todo es diferente, las mujeres lo tienen más fácil si no quieren ser madres. Nadie se extraña.

En mi época, si te casabas y no tenías al menos uno es que estabas tarada. Porque ellos nunca tenían la culpa de nada, claro, el problema siempre era tuyo. ¡Qué asco de hombres, de verdad! Y cuando se me murió la primera, no sé, parecía que Dios me castigaba por no haber querido hijos. Me sentí tan mal que no quise volver a sufrir así nunca más. Pero llegó esta y qué le vas a hacer. A ver, no es que me arrepienta, pero si al final no hubiese venido, pues tampoco me habría pasado nada, ya me entiendes.

La camarera nos deja la merienda en la mesa. Le pongo sacarina al cortado y le doy un trago. Pellizco un trozo de tarta de mi plato. ¡Qué rica está! ¡Dezeandito que estoy de tené a mi nietecillo! Se ríe mientras se mete un trozo de tarta en la boca. Parece muy feliz. ¿Es un niño?, ¿Ya lo sabes? ¡Zí!, me contesta con la boca llena. ¡Una pichilla que va a tené! ¿Has visto? ¡La parejica! Si es que eres una abuelaza, le digo. ¡Ea!, me contesta riendo. Y tu exmarido ¿qué dice?, pregunto cuando ella le da un buen trago a su carajillo. ¿Está contento de volver a ser abuelo? ¡Malaje!, casi se atraganta. ¡Por mí, como zi ze la pica un pollo!, me suelta sin pensárselo dos veces. Me río. No tuvieron un divorcio fácil. Llevaban mal mucho tiempo, como todos, pero al final acabaron separándose hace siete años. Bueno, en realidad lo decidió ella al poco de casarse su hija. Que ya no le

aguantaba más, me explicó. Que digo yo, tan mayores..., porque ella es de mi quinta, bueno, un poco más mayor, en realidad. No sé yo si me acostumbraría. Total, más vale malo conocido que bueno por conocer. Y para estar sola... Pero, mira, cada uno es como es y esta los tiene bien puestos, de eso no hay duda. Desde luego, desde que lo dejó está encantada. Va a bailar, al cine, viaja, se apunta a cursos. ¡No para quieta! Ella siempre dice que su divorcio fue como un indulto. Y en su caso me lo creo. ¡Si hasta está más guapa y todo! Yo creo que tiene algún lío con alguno de los vejetes del baile, mira lo que te digo...

¿Y se encuentra bien tu hija?, le pregunto. Zí, zí, está mu lustroza, ya te digo. Dice que se va a cogé la baja er mes que viene, que en er trabajo tiene mucho estré. ¿Sigue de secretaria en Telefónica?, pregunto. Zí, ahí está. Ziete año lleva ya. Pues si puede, mejor. Así no tiene que andar con el trajín del trabajo en los últimos meses con todo el calor encima, que ya te digo yo que se pasa fatal en verano. ¡Calla, calla! Que m'acuerdo de que ze te ponían las piernas como dos globo. Sí que es verdad, le doy la razón. ¡Qué mal lo pasé, por favor! Mi hija pesó casi cuatro kilos al nacer. Imagínate la tripa que tenía yo, le recuerdo. ¡Pos azí está mi niña! ¡Lo mismito! Qué horror, pobrecita. No sé cómo hay mujeres que dicen que les gusta estar preñadas. Con lo que yo lo odiaba.

Entonces este verano no vas a ir a Salou, ¿verdad?, le pregunto. En los setenta se compraron un apartamento frente al mar y han veraneado allí toda la vida. Ella se lo quedó en el reparto de bienes tras el divorcio. ¡Pos claro que zí! Me iré yo con mi nieta tó er mes de julio. Azí mi hija está más tranquila pa cuando ze ponga de parto. Pues vaya vacaciones, ¿no? ¡Yo estoy encantá! Tené a mi nieta pa mi zola to er mé. Iremo a la playa, a comer helao y un día iguá me la llevo ar Poraventura. ¿Cómo te la vas a llevar a Port Aventura si solo

tiene tres años? ¡No seas bruta!, digo. ¿Y por qué no me la viá llevá? ¡Pos aunque zea pa montarla en los caballito! ¡Azí echamo er día, mujé! ¡Ay, qué ganas tengo de que zea verano!

Y cuando tu hija vuelva a trabajar, ¿te harás cargo tú de los dos? ¡Pos claro! No va a dejá ar crío en la guardería tan chico teniendo a zu agüela. No lo tengo yo tan claro, la verdad. Solo de pensarlo se me ponen los pelos como escarpias. Mi hermana pequeña tiene cinco nietos y no le da la vida. Todo el día cocinando, limpiando mierda y sacando mocos porque mis dos sobrinas y la nuera trabajan. No sé. Yo no me imagino con nietos, la verdad. Ya tuve bastante con criar a la mía y no me dan ganas de repetir con un nieto. Menos mal que a mi hija nunca se le ha pasado por la cabeza. Desde luego, siempre se lo he dicho muy clarito: ten mucho cuidado, que los hijos atan. Y es que cuando los tienes todo es diferente. Te olvidas hasta de ti, lo único que importa son ellos. Y es para siempre, no cambia cuando crecen.

Aún me queda tarta en el plato, pero ya no tengo bebida. Levanto la mano para llamar a la camarera. Voy a pedir otro cortado, ¿quieres tú también?, le ofrezco. Pozí, venga, que no ze m'atragante er pasté, contesta mientras pincha otro trozo de su plato.

Si no hubiera sido por mi hija, anda que no lo habría mandado todo a la mierda cuando lo de la secretaria... Pero no, me lo tuve que tragar y quedarme, ¿porque adónde iba yo sola, sin oficio ni beneficio, con una cría de nueve años? Y más en aquel entonces, que lo de divorciarse estaba muy mal visto, no como ahora. ¡Ay! Si es que nací demasiado pronto, siempre lo he dicho.

¿Y si mi hija hubiera tenido hijos con su primer marido? Divorciada y cargando con los niños, que no sé yo qué es peor. Ni trabajo ni leches. No habría llegado donde está y a mí me hubiera tocado cargar con el muerto, que, claro, no la iba a dejar sola. Menos mal

que siempre ha tenido estas cosas muy claras y nunca ha dicho que quisiera tener niños. Si ni le gustaba jugar con muñecas de pequeña y yo, por supuesto no la iba a obligar, ¡Dios me libre!

Ya son casi las ocho. ¡Se me ha pasado la tarde volando! Oye, yo me voy a tener que ir yendo, le digo. ¡Uuuhhh, qué tarde s'ha hecho, madre mía!, dice cuando ve la hora que es. Pagamos y salimos cogidas del brazo, como en los viejos tiempos, cuando éramos jóvenes, aunque ya no vayamos tan ligeras como entonces.

Llegamos a la puerta de mi casa y nos besamos para despedirnos. ¿Te recojo mañana?, me pregunta. No, mañana no voy a poder. ¿La va a llevá a la recuperación? No, no. A rehabilitación ahora va por las mañanas y ya no tiene que ir todos los días, digo sonriendo. Se la cambiaron a los seis meses. Mañana vamos a la revisión con el cirujano, a ver qué le dicen. ¿Pos qué le van a decir, mujé? ¡Que tó va de perla! Me rio, pero en realidad, me preocupa mucho lo que le vayan a decir. La revisión le tocaba hace un mes y la cambió porque ese día tenía no sé qué reunión que dijo que era muy importante. Parece que no hay nada más que el trabajo, ¡válgame Dios! Una cosa es que se entretenga yendo a trabajar y otra cosa es que sea lo único que le importe. Que parece que no tenga cabeza.

Dile a la chiquilla que m'alegro de que esté mejó!, se despide. De tu parte, gracias, respondo. Zí, a vé zi voy un día a verla a zu caza, que desde que zalió del hospitá no he ío. Claro que sí, cuando quieras. Seguro que se va a alegrar de verte. ¡Ea, pué! La zemana que viene me pazo un día. ¡A ver si es verdad!, insisto. Entro en mi portal y ella se va. En el ascensor voy dándole vueltas a lo de mañana. Estoy segura de que mi hija se ha olvidado de que tenemos que ir al hospital porque le toca la revisión, ¿qué te juegas? En cuanto llegue a casa la llamo para recordárselo. ¡Ay, Dios! ¡No sé yo qué haría esta niña sin mí!

12

Las mentiras jamás son piadosas,
la envidia nunca es sana,
ni la crítica es constructiva.

¿Me daría tiempo de ir a buscarme un café? Tengo tanto sueño... Bostezo y miro el reloj colgado de la pared frente a mí. Pasan ya veinte minutos de mi hora de visita y aquí sigo, en la sala de espera de la consulta del cirujano. ¿Para qué me citarán tan temprano por la mañana si luego me van a tener esperando una hora a que el médico se digne aparecer? ¡Con lo incómodas que son estas sillas, por favor! Me echo un poco hacia delante para apoyar los antebrazos en los muslos y descansar la espalda. Las cabezas de los seis tornillos que me sujetan la columna se me clavan en la piel cuando estoy demasiado rato apoyada en el duro respaldo de madera.

Mi madre ojea una revista la mar de tranquila. Se nota que no tiene ninguna prisa, pero yo sí. Y aunque no la tuviera, ¿en qué universo paralelo el tiempo del doctor lechuguino es más importante que el mío? Me molesta mucho esta falta de consideración. Voy a buscarme el café. ¿Dónde he visto yo una máquina? Me suena que hay una, pero, aunque me estrujo el cerebro, no consigo recordar dónde.

¿Has visto, nena? Tienes tu vestido gris de última moda, me dice mi madre abriendo la revista delante de mi cara para mostrarme a una actriz posando con una sonrisa llena de dientes, mano en cadera y pose de azafata de telecupón, en el *photocall* de no sé qué fiesta benéfica. Mi madre tiene una peculiar forma de encontrar

similitudes idénticas por nimiedades, como que dos cosas totalmente dispares compartan la misma gama cromática. Mamá, no se parece en nada al mío, contesto algo seca. Estoy de mal humor. Necesito ese puto café. ¿Cómo que no?, insiste. ¿No es como ese que te compraste para una Noche Vieja? Sí, mamá, igualitos. Como un huevo y una castaña. ¡Dice que no!, protesta. Se acerca la revista y vuelve a mirar la foto con más detenimiento, absolutamente convencida de que lleva razón.

Hace tiempo aprendí a no discutir con ella por esas cosas. ¿Para qué? El mundo no va a ser un lugar mejor ni peor porque el vestido gris de la actriz solidaria tenga tres palmos menos de tela que el mío. Supongo que ese detalle sin importancia mi madre lo achaca a que la juventud es patilarga y por eso le queda más corto. Será que ahora toman más calcio de pequeños.

El reloj sobre la cabina de atención al paciente vuelve a llamar mi atención. Impertinente. Las nueve menos diez. Por detrás del mostrador veo sobresalir las cabezas de los dos administrativos que gestionan las citas. ¡Menudo trabajo tendrán para cuadrar agendas si todos los médicos son igual de puntuales que el mío! ¿Colgarán el reloj para dejar claro que nos hacen esperar porque pueden? Entre el mostrador y nosotras, varias filas de sillas de tortura como la mía, atornilladas a unas barras de hierro. Una hilera detrás de la otra como en el colegio. No hay mucha gente, aunque se va llenando cuanto más nos acercamos a las nueve. En la pared de la derecha varias puertas numeradas del uno al seis: los despachos médicos. Algunas ya empiezan a abrirse. La mía no, por supuesto.

No me gustan los hospitales. Siempre pido la primera hora para las revisiones porque trato de no estar aquí más de lo necesario. Si así ya tengo que esperar, imagínate el retraso que se debe acumular después. Qué mal se organizan en la Seguridad Social, de verdad. A

ver qué me va a decir este hoy. Yo creo que voy bien. Repaso la excusa por haber faltado a la visita del mes pasado. Me remuevo en mi asiento. ¡Joder!, es que no puede ser más incómodo, de verdad. ¿Qué te pasa?, me pregunta mi madre. ¿Te duele? No, contesto algo brusca. Es que no sé por qué tardan tanto, añado. Se le habrá alargado la visita de antes, me contesta. Giro la cabeza hacia ella. Somos las primeras, mamá. Bueno hija, pues tendrá cosas que hacer. ¿En serio? Respiro. Nunca entenderé esa reverencia de la gente mayor hacia los médicos. Como si fueran semidioses. Seguro, contesto. Que se tome su tiempo, ¡faltaría más! Total, los demás solo tenemos que tocarnos las narices en todo el día.

Mi madre me ignora y vuelve a su revista. Ella también ha aprendido que cuando estoy nerviosa me pongo de mala leche, así que pasa de mí. Las nueve. Suma y sigue. Tengo que estar en el despacho a las diez y media. Mi jefe ha convocado una reunión y no puedo llegar tarde, que no está el horno para bollos. ¿Debería contarle lo de anoche?

¡Como vuelvas a montar un numerito como el de la semana pasada delante de los empleados, te juro por tu madre que te vas a arrepentir! En mi cabeza resuena la voz del presidente. ¡Qué miedo daba! ¡Si no te gusta que te diga las verdades, deja de jugar con la empresa como si fuera tu puto parque temático! Su hijo no se quedó atrás. Debían de estar en la sala de juntas frente al *office*. Por el volumen, el hijo estaba fuera y el padre dentro, porque sonaba algo más lejos, como amortiguado. Por favor, no discutáis. Esa era la madre. ¡Ay, por favor! Una bronca familiar y yo allí, rezando para que no me descubrieran, atrapada en una discusión que ni tan siquiera me atañía. No me atrevía ni a respirar, aunque de la tensión

me dolía tanto la espalda que por un momento creí que me iba a dar algo. Recuerdo que me aferré al brik de leche como si apretarlo lo suficiente pudiera hacerme desaparecer. Yo no debería estar escuchando todo aquello.

¿Qué verdades ni qué ocho cuartos?, le interpeló el padre. ¡Qué sabrás tú lo que es verdad! ¡Pues más que tú, que no quieres escuchar a nadie que te lleve la contraria!, se defendió el hijo. Hablaban a grito pelado. Debían pensar que estaban solos en toda la planta. Pero qué incómodo. ¿Ah, sí? ¿El señoritingo sabe de negocios más que su padre? La voz del presidente estaba llena de desprecio. No lo entiendo, su hijo hace un buen trabajo, o al menos eso he creído yo siempre. ¿Será que no? ¡Eres un cabrón!, le soltó el hijo de repente. No podía verlos, pero por el rencor que destilaba su voz tuve la certeza de que aquella no era una pelea nueva. De todas formas, ¿cómo le pudo decir eso a su padre? En todas las familias hay historias, pero yo dudo mucho que me atreviera a insultar así al mío por muy cabreada que estuviera.

El viejo se echó a reír y a mí se me puso la piel de gallina. Era una risa mezquina, cargada de desprecio, hasta abusiva. Me vino a la cabeza la imagen de un hombre que se sabe inalcanzable porque aguanta la cabeza de un niño con una mano para mantenerlo alejado de su cuerpo, mientras este intenta golpearle con todas sus fuerzas, una y otra vez, aunque sus cortos brazos solo consigan dar puñetazos al aire con frustración. ¡Ríete todo lo que quieras! Sabes que tengo razón. He vuelto a repasar los números. ¡Fiyi es una locura! Es un riesgo innecesario y gratuito. ¡Nos vas a llevar a la ruina!, insistió el hijo. Oí pasos acercarse a la puerta de la sala. Me apreté contra la pared. ¡Mierda, qué daño! A ver si te enteras de una vez, dijo el presidente muy lentamente. Debía haber salido al pasillo porque ahora le escuchaba más alto. Esta es mi empresa y la dirijo

como a mí me da la gana. Apretaba los dientes y arrastraba las sílabas. La levanté de la nada, con mi esfuerzo cada puto día mientras tú te limpiabas los mocos y pasabas por todos los colegios caros que yo te he pagado. Así que no necesito que tú ni nadie vengáis a decirme cómo llevar mis negocios. ¿Te va quedando claro?

Nena, mira qué mesa más elegante para tu terraza. ¿Por qué no te la compras? Mi madre me vuelve a sacudir la revista delante de las narices. ¿Qué? huy, sí que es mona, sí... Guárdate la página y luego lo vemos, mamá. Y ni corta ni perezosa, arranca la página y se la guarda en el bolso. Las nueve y diez y sin noticias del médico. ¡Joder, qué mierda de sanidad tenemos!

No entiendo por qué el presidente le habló así a su hijo. A mí siempre me ha parecido muy trabajador, sobre todo comparado con los inútiles de sus hermanos, que no valen ni para oír si llueve. Estudió en Estados Unidos, se preparó bien. Se casó, tuvo una hija, se puso a trabajar en el negocio. El perfecto delfín. Vale que es el hijo del dueño y que tampoco es que lo pusieran a hacer las camas, pero, al final, ¿no se supone que su destino es coger el relevo? Es el primogénito y lo han estado preparando toda la vida para eso, ¿no? Entonces, ¿por qué lo trata de esa manera? Parece que le joda que su hijo se preocupe por el negocio. No sé, no hay quien entienda a los padres. No me imagino al mío hablándome así. A mi madre, puede. Ella tiene muy mala leche cuando se enfada y se le calienta la boca que es un contento. Menudas broncas teníamos cuando de adolescente me atrevía a rebelarme y le plantaba cara. Pero a mi padre no me lo imagino con esa actitud, ¡qué va!

Aunque, bueno, tampoco me esperaba algo así del presidente, la verdad. Siempre tan educado, tan elegante. Duro pero justo, o al menos eso creía yo. Nunca pensé que tuviera esa vena cruel, y menos con su hijo... Que, a ver, a mí el hijo tampoco es que me caiga muy allá porque es como el padre, pero en rancio. No se anda con chiquitas y a veces es verdad que le falta un poco de la mano izquierda del presidente. Pero el hombre se esfuerza. Llega el primero y casi siempre se va el último.

Pero lo peor vino después, cuando empezaron los reproches. La caja de los truenos. El padre le volvió a recriminar que le hubiera faltado al respeto delante de los empleados. Reconozco que cada vez que usaba el término «empleados» se me revolvía el estómago. ¿No se supone que somos un equipo? Supongo que en *petit comité* no hace falta disimular que todavía hay clases. Su hijo lo acusó de humillarlo también en público continuamente, no escuchar sus consejos y ningunearlo delante de todos, un día tras otro. Le recriminó que nunca le hubiera reconocido nada, que daba igual las horas que dedicara y los buenos resultados. Nunca era mérito suyo.

Se echaron en cara una y otra vez mil cosas. Temas viejos, muy personales. Está claro que el dinero no nos hace impermeables a lo grotesco de las miserias humanas. La madre intentaba calmar los ánimos, pero desde luego defendía a su marido ciegamente. Me pareció curioso. En mi casa esta misma situación habría sido muy diferente. Miro a mi madre de reojo. Ella nunca ha apoyado a mi padre. Me he preguntado muchas veces si le valió la pena renunciar a empezar una nueva vida con tal de castigarle por su infidelidad. Ella siempre alardea de que se quedó por mí, para que no me faltara nada, pero llegados a ese punto, reconocer que no iba a poder perdonarlo nunca y marcharse habría sido más honesto que quedarse para recordarle su error cada santo día. Ella habría sido

más feliz. Mi padre hubiera mantenido sus cojones. Y, quién sabe, tal vez hasta yo confiaría más en los hombres.

Como no podía ser de otra manera, al final explotó la bomba. ¡Estoy hasta los huevos de ti y de tu puta empresa!, gritó el hijo. En un punto, me reconforta que los ricos puedan parecer camioneros, si se ponen. ¡Esa boca! La madre intentó poner orden, como si lo peor de todo aquello fueran las palabrotas. Las madres y las buenas maneras. ¿Sabes qué?, continuó el consejero, ignorándola por completo. Eres un egoísta. Te da igual lo que pase con la empresa, solo quieres seguir agarrado a tu puta presidencia. Me pareció que se le quebraba la voz. ¿Se iba a echar a llorar? No, fue solo un instante. Se te llena la boca con que te quieres retirar, continuó. Te quejas de que no te puedes ir porque no estamos a la altura, pero, en realidad lo que te pasa es que te da pánico dejar el negocio porque sin tu poltrona, solo serías un jodido viejo sin un pito que tocar.

Escuché algo de cristal romperse. ¡Joder, qué susto! ¿Cómo te atreves a hablarme así, hijo de puta? Casi no podía escucharlos de lo fuerte que me latía el corazón, pero juraría que oí forcejeos. ¡Basta!, gritó la madre. ¡Parad de una vez! ¡Parad!

Nadie dijo nada durante unos segundos. Yo solo escuchaba mi respiración y rezaba porque no se les ocurriera entrar en el *office*. Está bien, papá. Tú ganas. Sonó extrañamente calmado. Me voy. Sí, hijo, mejor vete, dijo la madre. Mañana, ya más tranquilos, lo hablamos, ¿vale, cariño? No, mamá. No me entiendes. Me marcho de la empresa. Lo dejo. El presidente seguía sin abrir la boca. ¿Cómo que te vas de la empresa?, repitió la madre. ¡Eso!, pensé yo, ¿cómo que se va de la empresa? ¡No puede abandonar! No aguanto más, mamá. Toda la vida igual. Estoy harto de discutir, harto de pelearme cada jodida vez que no estoy de acuerdo y no le digo amén. Estoy

harto. ¡Pues vete!, contestó su padre al fin. ¡No me jodas!, pensé. Dale cuartelillo, hombre... Eres un cobarde, machacó el padre. ¡Si no sirves para aguantar las críticas, no estás hecho para este negocio! ¡Márchate!

De repente el hijo se echó a reír. ¿Se puede saber qué coño te parece tan gracioso?, le preguntó el padre, indignado. El otro siguió riendo. Te crees intocable, ¿verdad?, dijo al fin. Estás convencido de que todos comen de la palma de tu mano... ¡Pues que sepas que estaba a un solo voto de quitarte la presidencia, viejo estúpido! Ahora era él quien sonaba peligrosamente cruel. ¡A un solo voto! ¿Me oyes? No eres tan insustituible como te crees, papá. ¿Qué te parece? Más de uno quiere verte en la puta calle. Pero sinceramente, ya me da igual. ¡Puedes meterte tu empresa por donde te quepa! No quiero nada tuyo, ¿me oyes? ¡Nada! Estoy hasta las pelotas de aguantar tus desprecios, tus insultos y tus excentricidades. ¡No te soporto más! Empezaré por mi cuenta. ¿Por tu cuenta? Eso quiero verlo, se burló el padre. ¿Crees que no va a haber hoteles que me quieran en su equipo? ¡No te necesito para nada!, añadió el hijo. No te atreverás, escuché decir a su padre. ¡Juégate algo!, le desafió. Adiós, papá. Espero no volver a verte en mi puta vida. Oí sus pasos alejarse por el pasillo y un silencio sepulcral en la sala de juntas.

Gritan mi nombre y me sobresalto. ¡Ay, joder! Por fin se ha abierto la puerta número cuatro y una enfermera gorda, papeles en mano y uniformada de blanco, color que desde luego no le hace ningún favor, es la fuente del bocinazo. Me levanto con cuidado y entro en el despacho despacio, ahora que espere él un poco. Me sigue mi madre, que deja muy claro que no está dispuesta a quedarse fuera bajo ningún concepto. No voy a discutir. A estas alturas solo quiero

que doctor tardón me visite y largarme del hospital cuanto antes. El despacho es pequeño: una mesa a la derecha de la entrada, dos sillas enfrente y una camilla al fondo. Él está sentado a la mesa, de espaldas a la puerta. No se levanta cuando entramos. Solo me tiende una mano floja a modo de saludo, que yo le estrecho, confiando en que la firmeza la esté reservando para cuando blanda el bisturí. Sentaos, nos invita señalando las sillas de cortesía.

Se concentra en su ordenador. No me mira a la cara. ¿Cómo estás?, me pregunta sin apartar la vista de la pantalla. Hasta las narices de esperarte, pienso. Bien, digo sonriendo. Tampoco es cuestión de ponerse de culo al buen doctor. ¿Cómo van los dolores? Mejor, miento. ¿Sigues tomando Enantium? A ver, han pasado siete meses desde la operación. ¡Claro que no sigo tomando calmantes! ¿Se cree que soy una yonqui de los analgésicos o qué? No, ¡qué va!, le contesto. Lo dejé de tomar al cabo de un mes de la operación. Parece que mi alarde de resignación al dolor lo sorprende, porque gira la cabeza hacia mí y me mira por primera vez por encima de sus gafas. Le sonrío de nuevo. Vuelve a su pantalla. ¿Te molestan las fijaciones? ¿Molestarme? ¡Me encanta parecer la prima de Robocop y pitar hasta en los arcos de seguridad del Mercadona! Bueno, un poco, le digo. Pero es normal, ¿no? Hummm. ¿Qué coño es Hummm? ¿Que sí, que no, que ninguna de las anteriores? ¿Estás practicando deporte? Sí, escalada libre, ¿no te jode? ¿Deporte? No, qué va. Voy a rehabilitación tres veces por semana, pero no sé si eso se puede considerar hacer deporte. Hummm. ¡Y dale! A este paso le dan el Príncipe de Asturias al orador del año. Te recomiendo que empieces a hacer ejercicio cuanto antes. Bueno, vale, ¿de qué tipo? Natación, pilates, sobre todo nada de impacto. ¡Estupendo! Natación y pilates, mis favoritos, ¿y por qué no me pega un tiro directamente y así aceleramos mi inevitable muerte por aburrimiento? Vale,

natación y pilates, repito en voz alta. Me vuelve a mirar, esta vez porque debe pensar que soy cortita y me cuesta entender algunos conceptos deportivos básicos. Vuelvo a sonreír. Él regresa a su ordenador. ¿Y tiene que ir a gimnasia todos los días, doctor?, interviene mi madre, con el tono de voz de quien consulta al oráculo de Delfos. ¿Para qué se mete? Tampoco hace falta que sea diariamente, contesta míster empatía, pero sí que haga ejercicio mínimo tres veces por semana, porque necesitamos reforzar mucho la musculatura dorsal y abdominal antes de la siguiente operación.

¡¡Epa, epa, epa!! Un momento, ¿quéééé? ¿Qué coño quiere decir con «antes de la siguiente operación»? Siento el corazón darme golpes en la garganta. Perdone, digo intentando aparentar toda la tranquilidad que puedo, pero noto cómo me tiembla la voz. ¿Qué siguiente operación?

Llegados a este punto, el doctor coliflor mustia se digna a dejar de aporrear el teclado y se gira hacia mí para hablarme con toda la calma del mundo, como el que se dirige a un niño con graves deficiencias mentales. Dentro de un tiempo tendremos que volver a operarte para retirar toda la estructura que te colocamos tras el accidente, dice sin emoción. ¡No me lo puedo creer! Un sudor frío me recorre la espalda, seguido de un pinchazo que no tiene nada de fresco. Por eso vamos a necesitar que refuerces mucho la espalda, para que, al retirar los tornillos, tu musculatura sostenga las vértebras que te separamos durante la primera intervención.

El corazón me sigue traqueteando, esta vez en las sienes. Otra operación... No puedo pensar en nada más. Otra operación. No puede ser. De nuevo el dolor, la impotencia, volver a necesitar ayuda para todo. ¡Ni hablar! ¡No pienso volver a pasar por eso, ni atada! ¿Y cuándo la van a volver a operar?, oigo que le pregunta mi madre. ¿Cómo que cuándo me van a operar? La miro y me dan ganas de

estrangularla. ¿Qué coño dice? ¿En qué momento hemos aceptado que voy a volver a hacerlo? Doctor empatía aprovecha esos segundos de silencio para seguir explicando. Lo normal es retirar todo el acero quirúrgico más o menos al año y medio de haberlo colocado, le contesta. Vuelve a consultar su adorada pantalla antes de proseguir. En su caso, esto será más o menos dentro de un año. ¿Un año? ¡Ni de coña, vamos! ¿Cómo me voy a operar dentro de un año? Para entonces estaremos inaugurando Fiyi y no pienso dejarlo todo colgado para ingresarme, ¡ni harta de Coca-Cola! Tendremos que programar la intervención con tiempo, añade. Pues, por mí, puedes ir programándola para dos mil nunca, ¡capullo!

Esto se está yendo de madre. Respiro hondo. A ver, a ver, un momento, digo intentando recuperar el control de la conversación. Usted no me dijo que habría una segunda intervención, así que entiendo que no es imprescindible hacerla, ¿verdad, doctor? Me mira como miraría Stephen Hawkin a un alumno que pusiera en duda que la velocidad es igual a la distancia dividida por el tiempo. No, no es imprescindible, me contesta con pragmatismo. Pero sí es muy recomendable. ¿Y eso por qué?, le pregunto. Dudo mucho que alguien pueda aceptar que resulte recomendable que le vuelvan a rajar la espalda como a un pescado antes de meterlo en el horno. Toma aire antes de contestar mientras se quita las gafas para mirarme. Le rezuma condescendencia hasta por los ojos.

La columna vertebral es como un muelle que funciona igual que un amortiguador para distribuir el impacto de un golpe por toda la espalda, me ilustra. Tú ahora tienes tres vértebras fijadas en la mitad de la columna. Pone las manos delante de su cara formando un paréntesis para enfatizar el concepto. Si por alguna razón tuvieras una caída, un accidente, o incluso un golpe fuerte, no podrías amortiguar el impacto y es muy probable que las fijaciones

te provocaran más daño que el propio trauma. Podrían incluso pulverizar las vértebras que ahora tienes bloqueadas. Cuando dejan de hacer su función, este tipo de estructuras es mejor quitarlas lo antes posible.

Genial. ¡Éramos pocos y parió la abuela! Ahora resulta que llevo en la espalda una bomba de relojería. Sin embargo, oigo que sigue hablando. No es algo que deba preocuparte de momento. Aún falta un año. ¿Un año? Un año pasa volando y con todo lo que tengo que hacer, madre mía. ¿Y si se retrasa la inauguración? Porque si al final decido operarme, desde luego no pienso hacerlo hasta que termine el proyecto, eso sí que lo tengo claro.

Vale, pues si no hay nada más, te veo dentro de tres meses. Pide cita en el mostrador antes de irte, ¿de acuerdo? Diles que te programen estas radiografías, dice mientras escribe en un formulario una serie de líneas con una caligrafía digna de su profesión. Arranca las hojas y me las tiende, pero mi madre se adelanta y las coge antes que yo. Y así, sin más contemplaciones, me larga con el notición encima y yo, que sigo en estado de shock, no acierto más que a estrecharle otra vez la misma mano fofa para despedirme, y a salir obediente, a reservar hora para la próxima revisión.

El golpe de la puerta que se cierra detrás de mí me devuelve a la realidad y noto cómo la rabia gana terreno. Es increíble. ¡Me cago en su puta madre! ¿Se puede saber por qué no me dijo en su momento que me tendría que volver a operar? Me siento estafada, como si me hubiera engañado. Me hubiera gustado saber que habría una segunda operación antes de decidirme por la primera.

Siento unas terribles ganas de llorar, no sé si de la indignación o del pánico que me provoca la idea de vivir todo esto una vez más. No voy a poder hacerlo. No voy a poder. ¿Sabes qué?, oigo que me dice mi madre. Esta vez, cuando te vuelvan a operar, me quedaré en

tu casa el tiempo que necesites para recuperarte. Así no tendré que andar yendo y viniendo como la primera vez. Díselo a tu marido, a ver qué le parece. Cierro los ojos. ¡Que alguien me mate de una vez! ¡Por compasión!

13

Callar la verdad
es mucho peor que mentir.

Se ha puesto a llover, con esa inconveniencia de las lluvias imprevistas de primavera. Es hora punta de salida, la Diagonal va petada y, por si fuera poco, en esta ciudad de secano, a la que caen cuatro gotas todo se colapsa. Miro por la ventana sin ver, dándole vueltas al día de mierda que por fin se acaba. No he podido concentrarme en el trabajo pensando en cómo me voy a organizar para la operación. ¡Por favor! ¡Si ni siquiera sé cómo voy a encajar en la agenda las malditas sesiones de natación y pilates!

Mi padre hace una maniobra algo brusca para meterse en el carril bus y girar a la derecha por Balmes, huyendo de esta trampa mortal en busca de mejor suerte con el tráfico. Hoy el consejero no ha aparecido por el despacho, pero mi jefe no me ha hecho ningún comentario y yo tampoco le he dicho nada. El presidente no ha dado aún la noticia de que su hijo se marcha de la empresa. Igual espera convencerlo para que vuelva. ¿Lo hará después de todo lo que se dijeron? No creo.

Llevamos ya un rato en la calle Balmes, pero el tráfico no está mucho mejor por aquí. ¿Por qué no giras por la siguiente a la izquierda?, le sugiero a mi padre. Quería ir hasta Gran Vía, dice él. Ya, pero vamos a tardar un año en llegar. Mejor gira por esta o por Consejo de Ciento. Vale. Hoy no está muy hablador. Mejor. Se me va la cabeza al ritmo del sonido de los limpiaparabrisas. Debería cambiar las escobillas. Las gomas no secan bien. ¿Y si el consejero

no vuelve? ¿Afectará en algo al proyecto de Fiyi? Igual debería hablar con mi jefe y avisarle, pero no sé qué hacer. Giramos a la izquierda por la calle Valencia y parece que ha sido una buena idea porque algo vamos tirando; al poco, vuelve a pararse el tráfico.

Hija... ¿Hummm? Creo que voy a esperar un poco a ver cómo se desarrollan las cosas durante la semana, pienso. Oye... Mejor calladita, que luego se arreglan, y yo quedo como una chismosa. ¿Me has dicho algo? No, nada... Vuelvo a mirar por la ventanilla. Si esos coches no se mueven, nos vamos a quedar en medio del paseo de Gracia cuando cambie el semáforo. El otro día me pareció ver a tu marido. ¿Ah, sí?, contesto sin mucho interés. Le podría preguntar a mi fisio dónde puedo hacer pilates. Seguro que ella sabe. Sí, estaba aquí, en Barcelona, sigue él. Yo prefiero clases particulares, que me trabaje bien la espalda. Tendrá que ser muy temprano, antes de ir al trabajo. ¡Un momento! ¿En Barcelona? Miro a mi padre. Está sudando, aunque la lluvia no ha traído calor precisamente. ¿Papá, tienes calor? ¿Estás malo? No, no, hija, estoy bien. ¿Seguro? Sí, claro. Las gomas de los limpias se enganchan, y producen ruidosos saltitos sobre la luna delantera que suenan como si agonizara. ¿Y qué te dijo? Nada. ¿Nada?, se calla. ¿Cómo que nada? Es que no iba solo. Qué manías tiene a veces mi padre. Qué mayor se ha hecho. ¿Y con quién ibas que no podías saludarlo? Vuelve a callar. Yo no, él. ¿Él, quién? Retuerce las manos sobre el volante. Pues que no iba solo. ¿Quién no iba solo? ¡Tu marido! ¿Qué quieres decir? Pues eso, hija, que no iba solo. ¡Ay, papá, no te entiendo! Pues que no iba solo, hija, que tu marido ¡no-iba-solo! Enfatiza las últimas palabras dando golpecitos con la mano derecha sobre el volante. De verdad que ya chochea. ¿Y con quién iba, a ver? Pues es que... Me está empezando a poner de los nervios, y

hoy no tengo el chirri para farolillos. ¿Papá, qué pasa? Ay, hija, es que iba de la mano con una pelirroja. ¡Hala, ya te lo he dicho!

El corazón me da un vuelco y siento el estómago en la boca por gentileza del chute de adrenalina con el que mi cuerpo recibe la noticia. ¿Qué dices? Es imposible... te equivocas. Ojalá, hija, pero no, no me equivoco. ¿Y cómo estás tan seguro? Pues porque le escuché hablar y era él. Intento asimilar la noticia. Mi marido con una pelirroja, cogido de la mano, en Barcelona. Y me lo cuenta mi padre. ¡Por favor! ¿No puede ser todo más humillante? No es cierto, me resisto. ¿Dónde los viste? Aquí mismo, en el paseo de Gracia. No puede ser. Si mi marido odia venir a Barcelona. O al menos eso dice siempre. ¿Y cuándo fue? ¿Qué más da, hija?, me contesta. ¿Cómo va a dar igual, papá? ¿Cuándo los viste?, insisto. El viernes de la semana pasada, confiesa. El viernes de la semana pasada. No doy crédito y siento cómo la adrenalina se va tornando en ira por momentos. ¿Lo sabes desde el viernes? ¡Increíble! ¿Lo viste hace cinco días y no me has dicho nada hasta ahora? Bueno, es que... Es que, ¿qué?, no lo dejo acabar. Sus excusas lo convierten en el blanco de mi rabia.

Soy su hija y ¿ha tardado cinco días en contarme que es posible que mi marido me esté engañando? Mi madre tiene razón. Todos los hombres son iguales. Unos embusteros de mierda. Nos hemos visto cada día desde el viernes, papá. ¿Se puede saber a qué estabas esperando para contármelo? No es eso, nena... ¡No me llames nena!, le grito, levantando el índice de la mano izquierda delante de su cara. Estoy tan enfadada que no sé ni para qué le pregunto nada. No me interesa la basura que tenga que contarme.

El semáforo se pone verde y mi padre arranca lentamente. No puedo con esto. Para el coche, le ordeno. Pero, hija, no puedo parar aquí, se excusa. ¡Que pares el coche!, le grito. Mi padre obedece, se

echa a un lado y aunque en la maniobra casi atropella a una ciclista que le lanza algún improperio ininteligible, consigue llegar a la esquina de enfrente. Apenas ha detenido el coche, abro la puerta para bajarme, pero mi cuerpo y mi mente no llevan la misma velocidad, así que no consigo que la salida sea ni tan fácil ni tan digna como la he imaginado. Además, en mi ansia por escapar, se me olvida soltarme el cinturón de seguridad, y el tirón me provoca un dolor en la espalda que me deja sin aliento unos segundos. ¿Qué haces? ¿Adónde vas?, pregunta angustiado. Me quedo aquí, le digo, ya volveré en taxi. Pero, hija, ¿cómo te vas a quedar aquí sola, lloviendo? ¡Que me quedo aquí, joder, que quiero estar sola! Se calla mientras yo me peleo con el cierre del cinturón. ¿Y qué le digo a tu madre cuando llegue solo a tu casa? ¡Me la sopla!, contesto batallando con el enganche. Invéntate lo que te dé la gana, o no le digas nada, que ya se ve que se te da de maravilla.

Por fin consigo soltarme y puedo salir del coche. Cierro la puerta de golpe y la espalda protesta con el habitual pinchazo seco y agudo que ahora mismo me importa una mierda. Empiezo a alejarme, pero, en realidad, la idea de tener que aguantar las histerias de mi madre con este temita me pone enferma, así que me lo pienso mejor y vuelvo. Doy unos golpes en el capó para avisarle que no arranque. Abro la puerta del copiloto y me agacho para mirarlo desde fuera. Parece derrotado. ¡Que se joda! ¡Ni una palabra de esto a nadie!, le exijo. ¿Me entiendes? ¡Sobre todo a mamá! Como le cuentes algo, te juro por lo que más quieras que no te vuelvo a hablar en la vida, ¿me oyes? Hija, lo siento, se disculpa. No te lo tenía que haber dicho... Con vosotras nunca acierto... ¿Va a tener la jeta de hacerse la víctima?¡Mira, vete a la mierda! Vaya, parece que yo también soy capaz de insultar a mi padre. Vuelvo a dar un portazo. ¡Ay!

Cruzo la calle que acabamos de pasar para asegurarme de que mi padre no pueda seguirme con el coche porque iría en contradirección. Me estoy mojando y decido refugiarme bajo los balcones del chaflán de enfrente. No intento ir deprisa, ¿para qué? En el mejor de los casos solo conseguiría que me doliera, y en el peor, resbalarme y con ello, según los pronósticos del doctor agorero, destrozarme la columna en el golpe. ¡Me cago en mi puta vida!

Me meto en el portal de la esquina y desde allí veo que mi padre se marcha. Necesito calmarme un poco y ordenar mis pensamientos. A salvo de la lluvia por un momento, siento el pelo mojado pegado a la cara. Me lo echo hacia atrás con las manos y lo recojo en un moñete bajo. Levanto la vista y miro a mi alrededor. ¿Dónde estoy? En la esquina opuesta reconozco el hotel Claris. Me ubico. Estoy en Valencia con Pau Claris. Cierro los ojos de nuevo. ¡Joder! ¿Cómo me puede estar pasando esto? Se me acumulan las lágrimas de la rabia y aprieto los dientes. Respira. No te pongas a llorar en la calle, haz el favor. Abro la boca para coger una gran bocanada de aire, que me lleva hasta el vientre la peste a desagüe de cloaca revuelta. ¡Qué metafórico es cuando quiere el puto universo! Suelto el aire con cara de asco, frunciendo los labios en una mueca. No me atrevo a repetir la operación. Piensa, me digo. Piensa. No puedes quedarte aquí. ¿Dónde voy? ¿Al hotel? Demasiada gente. Quiero algo más discreto. ¿Qué hay por aquí? Repaso en mi cabeza el mapa de la zona. Hummm... ¡Les Gens Que J'Aime! Eso está cerca, ¿no? Saco el móvil y busco en Google. ¡Exacto! En Valencia antes de llegar al paseo de Gracia, en esta misma acera. Solo a treinta metros. Lo recuerdo discreto, oscuro y tranquilo. Justo lo que necesito.

El local sigue donde siempre, en un sótano al que se accede por unas escaleras. La puerta está tras un primer escalón. ¡Mierda! No la

recordaba tan baja. Desde la calle me queda a la altura del pecho. Da igual, iré con cuidado. Me agacho un poco hacia delante, mientras salvo el desnivel poniéndome de lado y agarrándome a la pared para no resbalar. El doctor cenizo me ha vuelto paranoica. Abro la puerta y accedo al pequeño rellano de la escalera que desciende hasta el *pub*. Desde ese púlpito echo un vistazo. Hace muchos años que no venía, y sigue exactamente igual a como lo recordaba. Hasta el olor es el mismo, una mezcla de madera empapada en alcohol y desinfectante de discoteca, con notas de fresa. Estoy segura de que no han cambiado la decoración desde que abrieron en los sesenta: las paredes de madera atestadas de cuadros con dedicatorias y fotografías antiguas, lámparas de sobremesa de toda clase y condición que descansan sobre pequeñas mesitas rinconeras distribuidas aquí y allá, sin más lógica que la de caber en el espacio que hay entre los sillones y sofás de madera tapizados de terciopelo rojo. Una peculiar mezcla de modernismo y *kitsch*. La barra preside la zona desde el fondo, ocupando todo el ancho del local, coronada por adornos dorados y la tenue iluminación de una ristra de lámparas *déco* con formas de globo de cristal amarillo. Y, desde luego, el curioso reservado, una especie de gran cajón de obra hueco por dentro, construido al pie de las escaleras. Lo forraron de madera, le colgaron del bajo-techo una lamparita de lágrimas de cristal y le colocaron dentro un sofá rojo en forma de U. En ese rincón, el más privado del *pub*, si quieres te pueden echar las cartas del tarot. Algo en este sitio me reconforta. Es tan singular... Su ambiente anónimo y acogedor me resulta hoy más perfecto que nunca.

Me agarro bien fuerte a la barandilla y bajo los cinco peldaños de uno en uno. Suerte que a esta hora acaban de abrir y apenas un par de parejas son testigos de mi descenso a los infiernos, digno de una

Gloria Swanson venida muy a menos. Entre el remojón y el disgusto, no doy para más. Elijo uno de los sofás del fondo que queda medio en sombras desde el que ver sin que me vean. Le pido un Cosmopolitan a la camarera y cuando me lo deja en la mesa, le encargo el segundo.

El alcohol me quema la garganta, pero es reconfortante. Miro a una pareja en la barra. Él está de pie y le tiene puesta la mano en el muslo a ella mientras le dice algo al oído. Ella está sentada en un taburete y se agarra a su copa con ambas manos, ladeando ligeramente la cabeza para demostrarle su interés en lo que sea que le está diciendo. Los ojos se me van a la mano en la pierna para comprobar si lleva anillo. Seguro que está casado y, míralo, pelando la pava con esta tipa, en vez de irse a su casa a ayudar a su mujer a bañar a los putos niños. ¡Pedazo de cabrón! Doy otro trago a la copa. La camarera llega a la mesa con mi segunda dosis de analgésico. ¿Tienes algo de picar?, le pido. Te puedo traer unas *chips* y unas palomitas, me ofrece. Perfecto, gracias. Mejor, que solo son las siete y tengo el estómago vacío.

Tenía que habérmelo imaginado. ¡Qué estúpida soy! Vuelven las ganas de llorar. Las ahogo en Cosmopolitan. ¿Cómo no me he dado cuenta de que me estaba engañando? ¡Seré imbécil! Otro trago. ¡Cómo puede hacerme esto! No es justo. Llega el picoteo y me abalanzo sobre el bol de patatas como una urraca sobre un joyero de Swarovski. ¿Desde cuándo estará con ella? El muy hijo de puta. Apuro el final de la primera ronda, alejo la copa vacía y me acerco la segunda, mientras mi cabeza busca y rebusca en la memoria los indicios de esa aventura que se me han estado pasando por alto, vete tú a saber desde cuándo.

¿Cómo se atreve el muy canalla? No me puedo creer que me esté pasando esto a mí. No puede ser verdad. ¿Y si mi padre se ha

equivocado? ¿Y si no era mi marido? Esta noche, en cuanto llegue a casa hablo con él. Necesito poner las cartas sobre la mesa y averiguar la verdad. Doy otro trago. Sí, esto será lo mejor, hablarlo como personas civilizadas. No voy a hacer como mi madre y montar el numerito, cuchillo en mano. Me como una patata. Dejaré que se explique y lo gestionaremos como los adultos que somos. ¡Eso es! Solucionémoslo como adultos, con madurez. Se han acabado las patatas y ataco las palomitas. Pero, si se lo pregunto, ¿quién me dice que no lo negará todo? Y si afirma que no era él, ¿me lo voy a creer? Trago largo. ¡Ni de coña, vamos! Seguro que miente. ¡Embustero! ¡Me cago en todo! No sé qué hacer. Levanto la mano y cuando la camarera me mira, le enseño la copa, a la vez que giro el índice de la otra mano a su lado, en el signo internacional de «otra de lo mismo». La camarera asiente. Mensaje recibido.

Se abre la puerta y una pareja entra en tromba riendo por esa gracia estúpida que solo los enamorados le encuentran a mojarse como un pollo bajo la lluvia de una tarde de martes en mayo. Puto Hollywood, cuánto daño ha hecho. Doy un trago. Reconozco que me dan envidia. Echo de menos cuando nosotros también nos divertíamos con cosas idiotas. Cómo me hacía reír, con su humor ácido e inteligente, siempre tan ingenioso. Lo hemos pasado muy bien, pero de eso hace mucho tiempo, demasiado, me temo. ¿En qué momento nos perdimos? Bebo. Intento recordar la última vez que disfrutamos juntos de verdad. ¿Es culpa mía? ¿Lo he descuidado más de la cuenta? Se me hace un nudo en el estómago. Tal vez no haya prestado demasiada atención a nuestro matrimonio. He estado muy ocupada y sé que no le he hecho mucho caso, es verdad. Sobre todo desde el accidente, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Llega la tercera ronda, con patatas y cacahuetes. Soy alérgica, gracias, digo levantando la mano cuando va a dejar los frutos secos sobre la

mesa. ¡Ay, perdona! Pues te vuelvo a traer palomitas. Está bien, gracias.

Sé que la cosa iba floja, pero no tanto, ¡joder! Pensé que habíamos cogido velocidad de crucero. ¡Claro que no estamos como al principio! ¿Y quién lo está, después de nueve años de convivencia? Pero estábamos a gusto, nos llevábamos bien. Estamos de acuerdo en casi todo. Él hace sus cosas, yo las mías... Ya sé que no pasábamos por nuestro momento más apasionado y que toda esta mierda del accidente no ha ayudado mucho, pero yo intentaba hacer algo para pasar más tiempo juntos y recuperar algo de chispa. No creía que estuviéramos en ese punto. Pensaba que nuestro matrimonio estaba por encima de toda esa mierda de las infidelidades. No entiendo por qué no ha hablado conmigo, si se sentía tan mal. Ahora comprendo por qué se puso como una furia el otro día. Buscaba discutir. Tal vez era su forma de llamar mi atención. ¡Joder! Pero él ya sabe que yo odio las discusiones. Agotan tanto... Tarde o temprano se acaba faltando al respeto y lo dicho dicho queda, ya no se puede retirar por mucho perdón que se pida después, si es que se pide. Lo he visto en mi casa desde niña. Creo que he quedado saturada de broncas para tres vidas. Si algo he aprendido es que hay barreras que es mejor no traspasar.

El recuerdo del fracaso de mis padres hace que me vengan más lágrimas. Yo siempre he intentado evitar las peleas. No debí discutir con él por lo del trabajo. O, al menos, no tenía que haber dejado pasar tantos días sin arreglarlo. Bebo, pero esta vez el alcohol no consigue parar el llanto. ¡Qué tonta! Cojo una servilleta para limpiarme el moqueo. ¡No llores, qué vergüenza! Miro alrededor para asegurarme de que nadie me ha visto. No. Están todos a lo suyo. Respiro hondo para serenarme. La pareja de la barra ha pasado de los cuchicheos a los besos. El hombre sigue de pie y su mano ha

subido del muslo hasta la cadera de ella. Por la intensidad con la que le está comiendo la boca, debe tenerle metida la lengua hasta la laringe. ¡Menudo lote se están dando! Otro sorbo a mi tercer Cosmo. Hace calor aquí, ¿no? Debe ser el alcohol. Mejor freno un poco. Me noto húmeda la nariz y trato de sorberme los mocos. ¡Qué coño! Doy otro trago.

¿Cuándo fue la última vez que follamos? Intento recordarlo, pero no me viene. A ver, hace siete meses del accidente, así que mínimo eso, pero ¿y antes? Me esfuerzo en encontrar el momento, sin éxito, lo que me confirma, más allá de toda duda razonable, la mierda de vida sexual que teníamos incluso antes de mi caída. ¿Será por eso? ¡Seguro que es por eso! Es un tío y los tíos, ya se sabe, necesitan sexo como comer o cagar. No discriminan. La otra se le pondría a tiro y claro, él no es de piedra y ha caído. Tiene que ser eso. Porque él, quererme, me quiere, estoy convencida. Si no, con toda esta historia de la operación no se portaría tan bien conmigo. Se preocupa mucho. ¿O será la culpa? ¡No me jodas! ¿Hace todo esto porque se siente culpable de engañarme con la puta pelirroja esa? ¡Será cabrón! Acabo la tercera copa. Siempre he aguantado bien el alcohol, pero empiezo a sentirme algo mareada. Necesito más patatas. Voy a esperar un poco para pedir otra ronda a la camarera, no vaya a pensar que soy la típica borrachuza.

¿Por qué no tenemos más sexo? No lo sé. No es que no me guste mi marido, pero confieso que echar un polvo me da un poco de pereza. Nos hemos acostumbrado a una rutina y ya no hay sorpresas. Es siempre igual. Me acuerdo al principio. Todo el día enganchados como conejos. Sonrío. Estaba bien. No digo que tenga que ser siempre así, ya sé que eso es solo una fase y se acaba. Aunque, no sé, es una pena que no se pueda mantener ese nivel de atracción física durante mucho tiempo. Pero supongo que al final,

caviar todos los días también cansa. ¡Si hasta Angelina Jolie ha largado a Brad Pitt! Llegados a este punto, me temo que el resto de los mortales no tenemos nada que hacer.

Doy un trago de resignación ante la evidencia. Seamos realistas. ¿Estamos diseñados para pasar sesenta años siendo fieles a la misma persona? No te digo yo que antes, con una esperanza de vida de cuarenta años... pues bueno. Pero ahora... Oscar Wilde decía que el matrimonio es una carga tan pesada que hacen falta tres para sobrellevarla. Vale, Wilde era un pijo insufrible y un capullo misógino, al que le gustaba hacer pintadas en los templos clásicos griegos, pero y ¿si tenía razón? ¡Qué coño! Yo llevo el mismo tiempo casada con él y nunca le he puesto los cuernos. Bueno, estuve a punto con aquel compañero del gimnasio, pero ¡no lo hice! Y eso es lo que cuenta.

¡Ojalá mi padre no me lo hubiera contado! ¡Me cago en su estampa! ¡A buenas horas el ataque de sinceridad! La rabia contra el mensajero me anima a pedir el cuarto Cosmopolitan. ¿Qué voy a hacer? Si saco el tema me arriesgo a que todo se precipite. ¿Y si me deja? No quiero quedarme sola, y menos ahora. No, no puedo. Lisiada y abandonada, ¡menudo panorama! Pero tampoco sé si voy a ser capaz de hacerme la loca. No he nacido para ser de esas mujeres que consienten que sus maridos las engañen para mantener «el cargo» de esposas. Ni mi marido es una estrella del fútbol ni yo una botinera argentina. ¡Ay, no sé! Tengo que pensarlo bien, porque no voy a cometer el mismo error que mi madre. Si me quedo es porque voy a ser capaz de perdonarlo. Y si no, ¡pues a la mierda todo! ¡Que le den por culo a él y a la pelirroja de los cojones! Apoyo la frente en las manos. Por favor, no sé qué hacer...

¿Quieres que te eche las cartas? ¡Coño, qué susto! Levanto la cabeza y descubro frente a mí a una mujer de unos sesenta años,

bajita, rubia y tetona, llena de abalorios y pulseras como una zíngara de feria. ¿Qué? Que si te apetece que te haga una tiradita, repite enseñándome el mazo de cartas que lleva en la mano. Claro, es la tarotista titular. Llevan leyendo la mano y las cartas desde que abrieron. Dicen las malas lenguas que todo fue porque había una clienta que leía las manos, y lo que empezó como una rareza se convirtió con el tiempo en una de las singularidades del local. Aquella mujer ya murió, pero en Les Gens Que J'Aime nunca ha faltado una vidente que te adivine el futuro cuando lo necesitas. Y si en algún momento yo lo he necesitado es ahora. No es que yo sea muy de estas cosas, tampoco es que las niegue, claro, pero el alcohol te vuelve muy poco selectivo en el filtrado de señales cósmicas, así que acepto la propuesta.

¿Cómo funciona esto?, me intereso. Son quince euros por pregunta y si quieres una tirada completa, son cincuenta euros. Solo quiero preguntar una cosa, le digo. De acuerdo. Acompáñame, por favor. Me levanto y los tres Cosmopolitan y medio que están en mi estómago deciden que ha llegado el momento de darse una vuelta por mi cabeza. La sigo con mucha calma hasta el reservado esotérico, porque reconozco que tengo más dificultad de la que esperaba en mantener la línea recta. Una vez sentadas por fin una frente a la otra, empieza a barajar el mazo mientras me pregunta qué es lo que quiero saber. Doy un trago a mi copa, que se ha venido conmigo, antes de contestar. Como me da vergüenza preguntar directamente, decido apuntar a algo más genérico. Total, si es vidente, ya saldrá lo que tenga que salir, ¿no? Quiero saber cómo me va a ir en el amor. La mujer repite mi pregunta mientras baraja las cartas. Todo este ritual me fascina. Finalmente las deja sobre la mesa y me pide que corte con la mano izquierda, que haga tres montones y luego los vuelva a juntar como yo quiera.

Hago lo que me pide y le devuelvo la baraja. Observo cómo dispone tres cartas bocabajo, una al lado de la otra. Sin soltar el mazo las va destapando de izquierda a derecha, con una parsimonia que añade dramatismo al momento. Esta eres tú, me dice señalando la carta de la izquierda, que es la emperatriz. Mola. En estos momentos tienes pareja, me dice señalando al emperador, que es la carta de la derecha. Sí, le confirmo. Estoy casada. Entre vosotros hay amor, dice señalando la carta del centro, que es la de los enamorados. Pero ¿puede ser que no estéis pasando por un buen momento? ¡Joder! Pues sí que aciertan las cartas. Bueno, llevamos mucho tiempo juntos. Tampoco quiero dar más detalles. La carta de él ha salido del revés, lo que indica que tu marido no está centrado ahora mismo. Algo le está haciendo mirar a un lugar que no es el amor entre vosotros. ¡Madre mía, qué fuerte! Me voy interesando por momentos. Coge el mazo de nuevo. Vamos a ver qué le pasa, propone.

Destapa una carta que coloca a la derecha de la de mi marido. La fuerza. Y añade una más a la derecha de esta. El diablo. Mal rollo. Miro a la tarotista y su cara me confirma que no pinta bien. Me mira. Dime lo que sea, le pido. ¿Seguro? Seguro. Hay otra mujer. ¡Qué *heavy*! Tu marido ha tenido un momento de debilidad por sexo, dice señalando al diablo. ¡Ya sabía yo que tenía que ser por eso! Esa mujer lo ha seducido y han tenido relaciones. ¡Cerda rompehogares! Él lo necesitaba para sentirse reconocido. Lo siento, me dice. Bebo. La confirmación me duele, pero aguanto el tipo. ¿Y se puede hacer algo?, pregunto. Vamos a ver. Coloca una carta sobre mi marido. El carro. Y otra a su izquierda sobre los amantes. El sol. Tenéis que pasar más tiempo el uno con el otro, hacer algo juntos. Él necesita recordar su amor por ti. Vale, pero ¿cómo? ¿Tengo que hacer algo concreto?, pregunto. ¿Estás pensando en hacer un viaje? ¿Un viaje?

Ahora mismo no, la verdad. Pues yo veo un viaje pronto, insiste. Bueno, igual tengo que viajar por trabajo, aunque no creo que sea pronto, le digo. No, no. No es un viaje de trabajo, me explica. Es un viaje que puede arreglar algunas cosas, dice señalando el sol.

Un viaje... No estaría mal, pero no sé yo. ¿Y si no quiere? Creo que no podría soportar más humillaciones. Mira, me dice, aunque ahora todo lo que te pasa te parezca un castigo las cosas siempre ocurren por algo. Ten claro que, de algún modo, esto es una bendición y algún día te darás cuenta. Pues espero que sea pronto, bromeo, porque de momento... Bueno, me dice, a veces hay que tener paciencia en la vida. Paciencia, pienso. Menuda dosis que me ha tocado recibir a mí, últimamente. Porque las cosas pasan cuando tienen que pasar, prosigue la tarotista. Solo hay que estar atentos a las señales y aprovecharlas. ¡Ánimos!, concluye. Suspiro. Bueno, lo intentaré. Muchas gracias. De nada, cielo. ¿Te pago a ti? No, ya te lo cobrarán con las copas. Vale. Gracias, repito.

Vuelvo a mi mesa lentamente, dándole vueltas a lo del viaje. Se me ocurren un montón de ideas. ¿Dónde están mis cosas? ¡Hostia, si esta no es mi mesa! ¡Qué tonta! Me río sola mientras me encamino a la mesa correcta. ¿Y si no se lo pregunto y le doy una sorpresa? Podría organizarlo todo y dárselo como regalo de aniversario el mes que viene. ¡Claro, eso es lo que tengo que hacer! Me cojo un viernes y un lunes y nos vamos cuatro días a Florencia. Italia en junio es maravillosa. ¡Superromántica! Reservaré una *suite* en nuestro hotel de la piazza della Signoria. Pasearemos a orillas del Arno, le invitaré a cenar en el Borgo San Jacopo, que tiene una estrella Michelin. ¡Le va a encantar! Reservaré entradas para la Galleria degli Uffizi y le dejaré que me cuente las mil y una historias del Renacimiento. Viajaremos en primera. No pienso escatimar en gastos, que con mi espalda no quiero tampoco sentarme en cualquier sitio. Pediré un

transfer privado al llegar. Sí, un coche de lujo. Incluso lo arreglaré para que nos lleve un día a una bodega de Chianti y otro a visitar Siena. ¡Eso es! Le voy a montar un viaje a todo trapo. ¡Que se dé cuenta de lo que tiene en casa!

Solo quedan tres semanas y hay mucho que hacer. Cojo el teléfono y llamo a mi secretaria. ¡Hola, soy yo!, le digo. No, no pasa nada, ¿por qué? ¡Huy! ¡Lo siento! ¡No me di cuenta de que era tan tarde! No, no es urgente, perdona. Solo quería avisarte de que mañana tenemos que comentar una reserva para un viaje importante, ¿vale? Es solo para que no se me olvide. Se me escapa una risa tonta. Sí, sí, estoy bien, gracias. Te dejo cenar tranquila, no te preocupes. ¡Hasta mañana! Cuelgo y hago como que escribo en el aire hacia la camarera, para que me traiga la cuenta. Pago las copas, el consejo y salgo a la calle. Por fin ha dejado de llover. Ha refrescado y el aire me da en la cara. ¡Uf, qué mareo! Echo a andar hacia el paseo de Gracia, pero a la altura del segundo árbol, mi tripa decide que los Cosmopolitan son compañía *non grata.* Siento un sudor frío y me apoyo en el tronco con una mano. Creo que voy a potar. ¡Grrroaaa! ¡Ay! Con cada arcada, siento que se me abre la espalda. ¡Ahí viene otra! ¡Joderrrgggrrr! Esto debe ser lo más parecido a las contracciones del parto. De reojo, veo a una pareja que se aparta hacia la pared con cara de asco cuando pasa por mi lado. ¡Qué vergüenza, por favor! ¡Grrroaaa!

Tras echar los más de treinta euros de cócteles en el hueco del árbol, mi estómago parece calmarse. Respiro hondo un par de veces y cuando estoy segura de que no va a haber más descargas, me limpio la boca con un *kleenex*. Sigo mareada, pero me siento mejor. Me acerco a la acera y veo aproximarse una luz verde desde el paseo de Gracia. Levanto el brazo y paro el taxi. Me desparramo en el asiento de atrás intentando no cerrar los ojos porque si lo hago

todo me da vueltas. A pesar de todo, estoy más animada. Sé que me queda mucho por hacer, pero ahora tengo un plan. Noto el regusto del vómito en la boca, mientras pienso en que el universo escribe recto con renglones torcidos y que me voy a Florencia.

14

Si quieres conocer
a alguien de verdad,
dale poder y quédate mirando

Por favor, ¿puedes venir a mi despacho? Cuando mi asistenta entra, estoy escribiendo en mi ordenador. Siéntate y cierra la puerta, digo sin girarme. Quizá he sonado un poco brusca, ¡pobre! ¡Es que tengo tantísimo que hacer! Me giro hacia ella. ¿Cómo está el tema de las reservas? Casi todo confirmado, contesta. ¿Qué falta? La visita a las bodegas. La que tú querías está llena hasta julio. ¡Mierda! Pero he encontrado una opción en la zona de Radda in Chianti, en un pueblo que se llama Montemaggio. ¿Dónde está eso? A menos de media hora de Greve in Chianti, donde estaban las otras. ¿Tienes fotos? Sí, claro. Me muestra la web de la bodega en su iPad. ¡Huy, es divina! Más rústica que la otra, que es la típica moderna de diseño futurista. Me gusta mucho. Las fotos de viñedos con el atardecer al fondo, la pérgola del jardín rodeada de flores, el porche con sus mullidos sofás color tierra. Precioso. Me imagino con mi marido en esa pérgola, con una deliciosa copa de *vernaccia* de San Gimignano, leyendo o charlando, como hacíamos antes. Vaya, veo que han habilitado una de las casas de la hacienda como alojamiento de lujo. ¡Joder! ¡Qué buen gusto tienen los italianos decorando! Es precioso. Podríamos quedarnos a pasar la noche después de la cata. Por favor, pregunta si tendrían disponibilidad para quedarnos a dormir, le pido. De acuerdo, anota. Entonces, ¿cancelo esa noche de la reserva de Florencia? No, no. Déjala igual. No quiero andar trajinando con

maletas. Solo reserva una noche en la bodega y habla con la directora del Signoria para que te ajuste el precio de la noche que no dormiremos allí. Dile que es para mí. Entendido, sigue anotando en su iPad. ¿Todo lo demás está OK? Sí, todo arreglado. Vuelo, *transfer*, hotel, la cena. Todo confirmado. ¡Perfecto! Avísame en cuanto tengas cerrado lo de la bodega. Por supuesto, contesta. Nada más, gracias.

Quedan solo cuatro días para nuestro aniversario y prefiero tenerlo todo bien atado. ¡Menudo regalazo! ¡Va a flipar! Quiero que todo sea perfecto. Necesito que todo sea perfecto. Se me hace un nudo en el estómago. He estado mordiéndome la lengua dos semanas para no sacar el tema de la pelirroja. No. Mejor en Italia, los dos solos, sin el agobio del día a día. Cuando estemos tranquilos y podamos hablar como personas civilizadas. Sin reproches. No quiero dramas. Nada de broncas. Solo dos personas que se quieren, hablando del futuro, sin recriminaciones sobre el pasado. Eso es. Respiro hondo. Me siento orgullosa de cómo estoy llevando este asunto. Seguro que si mi madre hubiera sido menos visceral con mi padre, la cosa habría sido muy diferente. Hay que ser más lista, pienso. Saber hasta dónde puedes tensar la cuerda sin que se rompa. Sé que puedo recuperar a mi marido. Esto es solo un contratiempo. Demasiado tiempo sin sexo. Hablando de eso, se me olvidaba...

Cojo el móvil y le mando un mensaje a mi fisio. *Hola guapa! Qué tal estás?* Emoji de mujer saludando. *Necesito hablar contigo. Tengo una pregunta un poco rara.* Monito con los ojos tapados. *Tendrás 5 minutos esta tarde para hablar?* Besito corazón, besito corazón. Dejo el teléfono en la mesa. Es casi mediodía. Necesito estirar las piernas. Voy a hacerme un café. ¡Estoy en el *office*! Anuncio en voz alta para que mi asistenta sepa dónde voy. De camino a los ascensores paso

por el departamento comercial. Zorrón no está en su sitio. ¿Qué andará tramando? Mientras espero en el rellano, veo que mi responsable de eventos viene hacia mí a la carrera. ¡Perdona! ¡Necesito que me firmes esto antes de irte!, me dice tendiéndome un papel que parece una factura. No me estoy yendo, le digo un poco seca sin coger el papel. Solo voy a por un café. Lo vemos cuando baje. Se abren las puertas del ascensor y entro sin darle derecho a réplica. Me molesta que me aborden con prisas. ¿Es que la gente no tiene criterio para distinguir lo importante de lo urgente?

Cuando llego al *office*, me encuentro a la directora comercial. Está de espaldas a la puerta, de pie frente al ventanal, mirando hacia la calle. Me tenso nada más verla. Impecable, como siempre. La larguísima melena rubia ondulada suelta, el perfecto traje pantalón de raya diplomática azul noche, del que sobresalen los puños de gemelo de la camisa blanco nuclear, ¿cómo narices conseguirá ese blanco?, y los taconazos de vértigo, divinos, la verdad, exactamente del mismo color que el traje. Con la mano derecha en el bolsillo y la izquierda sosteniendo el teléfono, de medio perfil frente a la ventana, parece la imagen de portada del último número de *Ejecupijas*.

Sin querer los ojos se me van a mis zapatos planos de punta redonda. Son cómodos. Es lo que hay. Entonces, ¿no vas a venir? Ya... Bueno, yo te iré contando igualmente... Espera. Es todo lo que consigo escuchar antes de que se percate de mi presencia y salga del *office*, lanzándome una sonrisa de esas que dicen de todo menos me alegro de verte. Oigo cómo se ríe mientras se aleja por el pasillo e intento quitarme de la cabeza la incómoda sensación de que yo soy el motivo. ¡Qué asco de tía! ¿Con quién estaría hablando? De forma automática repaso mentalmente el *pool* de su equipo, que he visto desde el pasillo. No faltaba nadie. Estaban todos. Abro la

nevera para sacar la leche. ¡No! ¡Ay, coño! ¡No, no... no puede ser! Más que caerme la peseta, me cae toda la casa de moneda y timbre. ¡No me jodas! ¡Hablaba con el consejero! Sí, tenía que estar hablando con él. ¡Qué hija de perra!

Me siento un momento a la mesa redonda porque la emoción me ha dado un poco de flojera. ¡Qué fuerte! Bueno, calma, ¿y si no era él? ¿Y si me lo estoy imaginando? «¡Pues que sepas que estaba a un solo voto de quitarte la presidencia, viejo estúpido!». Aquellas palabras llenas de rabia resuenan de nuevo en mi cabeza. Estaba muy seguro. Conociéndolo, debía tener un plan que le cubriera las espaldas, y me juego lo que quieras a que la trepas está en el ajo. ¡Qué fuerte! Habiéndole destapado su propio hijo el complot, ¿qué diría si se enterara de que brujilda estaba apoyando a quien quería robarle el puesto? Al presidente no le hacen ninguna gracia los dobles juegos. La fidelidad lo es todo. ¡Madre mía! Si estoy en lo cierto, esto es oro puro. Me relamo ante la perspectiva como un gato ante un arenque.

Necesito pruebas. Aunque solo sea para tener la certeza. Porque, siendo sincera, ¿me atrevería a acusarla de conspirar contra el viejo? No lo sé. Primero tengo que estar muy segura de que no son imaginaciones mías, porque lo primero que van a decir es que estoy loca. Me hace falta encontrar algo sólido, irrefutable. Pero ¿cómo? Noto que la cabeza me va a mil por hora. Ojalá hubiera podido escuchar más.

A ver, piensa. Esto no es algo que hayan improvisado de ayer para hoy. Deben llevar tiempo preparándolo. ¡Joder, qué mierda haber estado fuera tanto tiempo! Si dijo que solo le faltaba un voto, la pregunta es ¿quién de la junta votaría contra el presidente? Su mujer y su hijo pequeño no, desde luego. Esos le son fieles al cien por cien. En cambio, la generación más joven seguro que está con el

consejero. La nieta porque es su padre y el nieto porque odia al viejo. Así que la cosa estaría en el voto del hermano mediano, y ese... Soltero, treinta y muchos. Bastante guapo y con un pastizal que atrae a las mujeres como la mierda a las moscas. Seguro que votaría a favor del consejero si así consiguiera trabajar menos, algo que el presidente no le permite ni de coña. Vaya tela. Desde luego, vista desde cerca, más que una familia parece un nido de víboras.

La entrada de la señora que atiende las salas y el *office* me saca de mis cavilaciones. Buenos días, ¿puedo prepararle algo?, dice señalando el brik de leche que tengo sobre la mesa. Últimamente, la leche y yo tenemos muy malos pensamientos juntas. Eh..., sí, ¡gracias! Un café con leche, grande, por favor. ¡Ah! Y dos galletitas de esas tan deliciosas, le guiño un ojo sonriendo. Claro, enseguida, me contesta, devolviéndome la sonrisa.

Estoy segura de que el consejero no daría el paso si no estuviera convencido de contar con el apoyo del comité de dirección. No es imbécil. Sabe que necesita que las cosas sigan funcionando después del golpe de Estado, así que debe haber tirado la caña a más de uno. ¿A quién? Repaso mentalmente a mis colegas. Zorrón desde luego que sí, menuda es. Mi jefe, desde luego que no traicionaría al presidente por nada, así que él está fuera, seguro. El café y las galletas me devuelven al ahora. Gracias. De nada. Sorbo y mordisco. ¡Qué delicia! En cuanto al resto, tendré que estar alerta a partir de ahora, porque todo el mundo tiene un precio, ¿no? ¡Qué horror! No quiero ni imaginarme el follón si esto llega a salir adelante. Se me acelera el corazón al pensarlo. Disculpe, ¿le importaría darme otra galleta? ¡Muchísimas gracias!

¿Y qué va a pasar ahora? Desde luego nadie ha comunicado que el consejero se haya ido de la empresa. La versión oficial es que está de viaje en Asia. Ha sido cosa del presidente, seguro. Supongo que

quiere disipar dudas después de la famosa reunión. ¿Lo sabrá mi jefe? Maléfica debe estar al tanto de todo si habla con el consejero, así que me da que esto no se ha acabado. ¿Qué estarán tramando?

¡Joder! ¡Llevo más de media hora aquí! Se me ha ido el santo al cielo. Me levanto mientras doy un último trago al café y me acerco al fregadero para dejar el *mug* y el plato de las deliciosas *cookies*. Deje, deje, ya lo hago yo, me dice la señora cuando me ve levantarme. No me gusta parecer estirada. Prefiero que se vea que no se me caen los anillos por fregar una taza. No, por favor, faltaría más, digo. Insiste. De acuerdo, cedo y ella coge la taza y el plato de mis manos como Gollum el anillo. No habrá pensado que menosprecio su trabajo. La gente es bien rara.

En el ascensor, de vuelta a mi planta, cavilo en cómo puedo conseguir las pruebas que necesito. No puedo dejarlo correr. Si lo que creo es cierto, debo asegurarme de lo que traman y del punto en el que está el plan, porque si pretenden seguir adelante hay que desmantelarlo de raíz. Vete a saber el futuro que nos esperaría si el complot se llevara a cabo y tuviera éxito. ¡Mi peor pesadilla! Por el pasillo, delante del área comercial, veo que lady Macbeth ha vuelto a su despacho. ¿Cómo puede ser tan perversa? Pero yo voy a darte tu merecido, ya lo verás. Noto que estoy sonriendo. Entro en mi departamento y paso junto al puesto del responsable de eventos. Vamos a ver ahora esa factura tan urgente, le digo tras dar dos pequeños golpes con el puño sobre su mesa sin detenerme. Lo oigo levantarse tras de mí, para seguirme a una distancia prudencial hasta mi despacho.

El día se me ha hecho interminable. Las horas no pasaban ni a patadas. Y aún me queda un buen rato. Hoy pienso quedarme hasta

que todos se marchen, así que, conociendo a los de comercial, me van a dar las mil. Mi secretaria entra en el despacho. ¿Me necesitas para algo más? Instintivamente, miro el reloj de muñeca. Las siete y veinte. Repaso mentalmente los temas que tengo sobre la mesa. Nada que sea imprescindible hacer ahora. No, gracias, vete a casa. ¿Tú no te marchas? No, quiero repasar unas cifras. Me concentro mejor cuando no hay nadie. Sonrío. De acuerdo, hasta mañana, entonces. Hasta mañana.

El goteo de salida se va dilatando a lo largo de la siguiente media hora y cuando el último de mi departamento se marcha, ya son casi las ocho. Aun así, me levanto a cerrar la puerta de mi despacho antes de coger el teléfono y llamar a mi fisio. Contesta al tercer tono. ¡Aló! ¿Cómo estás?, pregunta. ¡Hola, guapa!, la saludo. ¿Te pillo bien? Sí, contesta, voy en la guagua. ¿Y eso? Se me ha jodido la moto. ¡Qué putada! Sí, confiesa. Se me pasó hacerle la revisión y ahora no anda. ¡Cho! Qué racha llevo. Dejo unos segundos de comprensivo silencio solidario. Oye, ¿la semana que viene puedes venir a casa el jueves en vez del viernes? Espera. Debe estar mirando la agenda. ¿A la misma hora?, pregunta. Sí. ¡Vale! ¡Qué bien, gracias! Es que ese viernes no estaré porque me voy de viaje con mi marido a Italia. ¡Mírala, que se va a novelear! Se ríe. ¿Y cómo te ha dado por ahí? Pues mira, le cuento, este domingo es nuestro aniversario y me apetecía hacer algo especial, le miento, así que le regalo una escapada a Florencia. Nos iremos el viernes de la semana que viene y volveremos el lunes. ¡Bien hecho!, contesta. Bueno, estoy un poco acojonada, la verdad. ¡Ño! ¿Por qué? Pues, por el avión. Con lo que me duele normalmente la espalda, me dan un poco de miedo los traqueteos de las turbulencias y el golpe del aterrizaje. A ver, no me hagas dramas. Hace tiempo que te digo que hagas vida normal. Ya lo sé, me defiendo, pero es que me sigue

doliendo mucho. Y más te va a doler si no espabilas, me contesta. ¡No me riñas!, protesto. No te riño, pero es que te tienes que poner las pilas. ¿Estás yendo a natación y pilates? Cuando puedo, pienso. Sí, claro, le vuelvo a mentir. No lo dejes, insiste haciéndome sentir más culpable por engañarla, que ya te dijo el médico que en un año tienes que estar fuerte para volver a operarte. Me da un vuelco el corazón, como cada vez que pienso en la puta operación sorpresa. Sí, ya, me callo un momento. No quiero hablar de este tema.

Oye, otra cosa quería preguntarte. Dime. Durante el viaje ya podría... Joder, qué vergüenza. Bueno, quiero decir, mi marido y yo podemos... ¡Cho! ¡Cuánta vuelta! Respiro. Lo que quiero saber es si habría algún problema si ese fin de semana tengo relaciones con mi marido, digo al fin. Un momento de silencio al otro lado. A ver, dice al fin, si vas con cuidado, por supuesto. ¿Por qué no ibas a poder? Bueno, no es que tenga mucha movilidad en estos momentos. Noto que me pongo a la defensiva. Calla un instante. Juraría que la veo sonreír. Bueno, no estás para el *Kamasutra*, es verdad, pero te lo repito: haz-vi-da-nor-mal. Arrastra las sílabas. No hay más secreto. Hazlo al golpito, sin pasarte, pero poder, puedes. No es tan fácil, insisto. ¿Por qué no? Porque me duele. Otro pequeño silencio. Y entonces, ¿por qué quieres hacerlo? Esa es una buena pregunta. Me dan ganas de explicárselo, pero, por supuesto no lo hago. Si me paro a pensarlo, la idea de echar un polvo no es que me llame la atención precisamente. Me siento como la prima oxidada de Robocop, y menos sexi que el Fary en tanga, pero quiero recuperar a mi marido y necesito solucionar este tema por poco que me apetezca. Oye, el sexo forma parte de la normalidad, continúa, pero no es obligatorio ni contraproducente. Tú decides. Ya, pero ¿hay alguna postura que sea mejor que otra en estos casos?, insisto. Suspira. Mira, lo hablamos en la próxima sesión, no te preocupes.

Vale, gracias. Nos vemos el viernes, entonces. ¡Echa por la sombrita! Sonrío. Tú también. Cuelgo y anoto en mi agenda la sesión del jueves de la próxima semana, tratando de quitarme la molesta sensación de que la culpa de que mi marido folle con otra es mía. ¿Pasaría lo mismo entre mis padres? ¿Se sentiría él abandonado y por eso buscó importarle a alguien fuera de casa? Vete a saber. Cada pareja es un mundo, y en el mío mis problemas los soluciono yo.

Son casi las nueve cuando por fin se marcha el último del equipo de comercial. ¡Joder, cómo les cuesta irse! Los tiene bien ataditos en corto. Espero aún un cuarto de hora para asegurarme de que nadie va a volver. Cuando soy capaz de reunir el valor necesario, salgo de mi despacho y voy por el pasillo hasta el de dirección comercial, con el corazón bailándome una muñeira en el pecho. Por suerte, nunca cierra la puerta con llave. Es tan prepotente que cree que su alargada sombra la protege incluso cuando no está aquí. ¡Pues ya ves lo equivocada que estás!

Echo un vistazo rápido desde la puerta. Hace un tiempo que no venía. Intento prodigarme por aquí lo menos posible. Los muebles son como los míos, blancos y negros. La misma mesa, el mismo armario detrás, pero sin planta, las dos sillas de cortesía y, enfrente, la mesa redonda para pequeñas reuniones con el equipo. Voy hasta el escritorio y me acerco al ordenador lentamente arrastrando la mano por el respaldo de su asiento. Huele a ella. Su perfume de magnolia impregna el ambiente. ¡Qué pegajoso! Hago una mueca de asco. Sobre el armario que hay tras la mesa, varios marcos de fotos muestran sus trofeos personales. Ella con Armani, ella con Vargas Llosa, ella con Prince, que en paz descanse, y ella enfundada en un traje de esquí azul metalizado con unas gafas de esas que tienen la pantalla tan grande que parecen de soldador, y rodeada de nieve en lo que debe ser, como poco, una estación en los Alpes suizos. ¡Qué

menos! Las tiene a su espalda, de cara al que se sienta en las sillas de cortesía con el objetivo de intimidarle, sin lugar a dudas. Puta presumida. Me dan ganas de pintarle con rotulador negro una mella en esa sonrisa de hiena.

Miro hacia el pasillo, me aseguro de que no viene nadie y aparto el sillón para sentarme. No es más cómodo que el mío. A la derecha tiene el *book* y tiro del primer cajón. ¡Mierda, está cerrado! Busco en la mesa y cojo un clip metálico de un cestito que tiene bajo la pantalla del ordenador. Lo abro y lo moldeo en forma de U. Introduzco la parte curva en la cerradura y, con ambas manos, muevo el alambre de lado a lado con golpes secos, hasta que un clic me anuncia que la cerradura ha cedido. Tiro de la manilla y *voilà!* Cajón abierto. Alguna ventaja debía tener ser de Badalona.

En el primer cajón no encuentro nada interesante: tarjetas, una calculadora, bolígrafos y más material de oficina. En el segundo, un neceser con cosas de aseo, un cepillo de dientes, pasta con efecto blanqueador, ¡cómo no!, dos tampax y un frasco de esos pequeños de su pegajoso perfume. Destapo y huelo. ¡Arg! En el tercero hago un par de hallazgos mucho más interesantes. Al margen de varias carpetas con ofertas para clientes, al fondo descubro un buen surtido de botellitas de vodka, tamaño minibar. Vaya... Parece que Doña Perfecta tiene su propia forma de proveerse de azúcar. Bueno es saberlo. Al lado, una pequeña libreta tamaño A-6, de esas Moleskine, con las tapas negras y una gomita para cerrarla. ¡Su famosa agenda! Siempre dice que no se fía de las informáticas. Cuenta que una vez perdió los datos y desde entonces lo apunta todo en papel. ¡En este momento doy gracias al universo de que no confíe en las cacareadas ventajas de las copias de seguridad en la nube!

Paso las páginas desde el principio y me llama la atención que los viernes por la tarde llevan escrito HFGM. Desde enero. Todos los viernes. Sin fallar ni uno. HFGM. Reviso más páginas, y alguna visita al ginecólogo y varios actos sociales en fin de semana me confirman que se trata de una agenda personal. HFGM, ¿qué querrá decir eso? De repente, el estruendo del timbre del teléfono me dispara el corazón, los nervios y el pinchazo de mi vida en la espalda. ¡Joder, qué susto! Miro en la pantalla pero no reconozco el número. Prefijo internacional +1 212. Nueva York. Respiro un par de veces para serenarme. Fotografío rápidamente algunas páginas de la agenda, la dejo en su sitio y cierro el cajón. Un vistazo rápido al mueble de atrás me confirma que no tiene nada interesante. Catálogos de nuestros hoteles y de la competencia, cajas de archivo definitivo con más folletos y catálogos propios y ajenos. Nada de relevancia, pero sí tengo la impresión de que HFGM es algo importante.

Salgo del despacho y vuelvo al mío. Me siento y el corazón pide paso, con la seria intención de salir por la boca. Calma. Intento serenarme un momento. Tecleo HFGM en Google, pero lo único que aparece con esas siglas es una tienda en *aliexpress*, de esas que igual te venden una tabla para cortar verduras que una camita de gato con estampado de pizza, y no veo yo a la comercial en estos menesteres. ¿Qué coño será HFGM? Necesito más información, entrar en su correo, ver su móvil. ¡Eso sí sería un buen filón! Pero ¿cómo? No es que yo sea Bill Gates, precisamente.

Miro el reloj. Son las nueve y media. El turno de noche de informática ha empezado hace media hora. Dudo. ¿Y si no me ayuda? Tendrá que hacerlo. Pero es arriesgado. Si sale mal, me la juego. No va a salir mal. ¿Me estaré pasando? Abro el último cajón de mi *book* y saco un pastelito. El chute de azúcar me ayuda a pensar. Tengo que hacer algo, esto es muy grave y necesito saber lo

que están tramando. Respiro. ¿Voy a ser capaz? Respiro otra vez. Últimamente tengo la sensación de que todo está acelerado. De repente, ante los ojos, me pasan a toda velocidad las imágenes de mi marido, la pelirroja, mi madre, el doctor repollo, mi padre, la directora comercial. Me siento aturdida, algo mareada. Tengo ganas de llorar, pero me aguanto las lágrimas. ¡Estoy hasta el coño de que todo el mundo me tome por el pito del sereno, joder! Me levanto y voy a los ascensores. ¡Se van a enterar de quién soy yo, hostias!

Bajo al primer sótano para ir a IT, que funciona veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Tres turnos cada día. Sin interrupción. Por la noche solo hay un técnico, básicamente para dar servicio a las posibles incidencias, sobre todo en nuestros hoteles de Estados Unidos y América Latina. Supongo que cuando abramos en Asia, habrá que incorporar más personal, pero esta noche mi objetivo estará solo. Cuando llego, me paro un momento frente a la puerta con el estómago en un puño, y me doy un instante para tomar aire antes de entrar. Sabía que algún día me sería de ayuda no delatar al nuevo informático cuando su jefe me lo presentó como excolega de mi empresa anterior. No me sonaba de nada y yo conocía muy bien a todo el equipo de IT. Se puso blanco al darse cuenta de que yo podía descubrir que había mentido descaradamente en su currículum para conseguir el puesto. Me limité a sonreír y a darle la bienvenida, porque en aquel momento me supo mal delatarlo. Pues mira, las buenas acciones siempre acaban teniendo su premio, así que, ahora, saber que tiene pocos escrúpulos me viene de perlas, sobre todo porque él sabe que yo lo sé.

Empujo la puerta y entro en el despacho de los técnicos, que estoy segura de que recibe la calificación de despacho solo porque así lo exige la Convención de Ginebra. ¿Por qué a estos pobres *Oompa Loompa* de la tecnología los tienen siempre escondidos en

las catacumbas de los edificios corporativos? En un mundo tan dependiente de la informática es como si nos diera vergüenza reconocer cuánto los necesitamos. La sala es grande y destartalada, con un mobiliario que hace juego con la ubicación. Bajo la luz de unos fluorescentes espantosos, en el centro de la estancia destaca una gran mesa cuadrada, de esas de color marrón caca, que dejaron de estar de moda ya en los noventa. Hay cuatro sillas, una en cada lado del cuadrado, para los cuatro informáticos que trabajan a la vez en los turnos de mañana y tarde. En las paredes laterales, varios *racks* de servidores, separados aquí y allá por cajas llenas de cables de todos los colores. Al fondo, apoyada contra la pared bajo la única ventana, que da a una sala refrigerada con más servidores, una gran mesa rectangular en la que descansan varios ordenadores despanzurrados, a modo de matadero, digno de aterrorizar a cualquier pobre circuito integrado que tenga la desgracia de caer por allí.

En el lado izquierdo de la mesa, el chaval que he venido a buscar. Veintilargos, gordito, con cara de friki, camiseta de friki y camisa a cuadros de friki encima. El típico *nerd* de *sitcom*, vaya. Está concentrado en su pantalla, tecleando como un novelista en pleno arranque de furia creativa. Lleva puestos unos auriculares grandes, de esos que se usaban en los setenta y que se han vuelto a poner de moda, por esa especie de nostalgia retro que nos ha devuelto el vinilo y las polaroid. No me ha oído entrar, así que cuando me acerco a su mesa se sobresalta. Grita él, grito yo y grita mi espalda. Me cago en sus muelas, ¡qué daño! Empezamos mal.

Superado el primer susto, se baja los cascos dejándolos descansar a modo de collar alrededor del cuello. Sabe quién soy y no parece alegrarse de verme. Hace bien. ¿Qué quieres? Directo al grano, con las habilidades sociales de un erizo. Perfecto. Yo tampoco he venido

a hacer amigos. Necesito un favor, le suelto. No contesta, así que sigo. Quiero que me des acceso al correo de la directora comercial. ¡Ea, ya está dicho! Se deja caer hacia atrás sobre el respaldo de la silla y reposa la cabeza en las manos, que ha puesto sobre la nuca. ¡Sí, hombre, tú flipas! He dicho que quiero que me des acceso a su correo, repito, acercándome más a la mesa y poniéndole cara de perro. Parece que la amenaza física surte efecto, aunque el chico abulta dos veces lo que yo. ¿Para qué?, pregunta entornando los ojos. No es asunto tuyo. Se calla sin dejar de mirarme. Madre mía, en las películas esto suele ir más fluido. Escucha, no puedo contártelo, le concedo al chaval, pero esto es muy importante para la empresa. ¡Psé! Sí, claro, dice él. ¡Oye, no me vaciles!, lo corto, dando una palmada en la mesa. ¡Ay! Él da un pequeño brinco en la silla, me mira de reojo y vuelve a callarse. Necesito acceso total a cualquier cuenta de correo que tenga la directora. ¿Puedes dármelo? ¿Y por qué iba a hacerlo? Lo miro. ¡Allá vamos! Porque te pagaré, contesto. Se calla. Siento los golpes del corazón en las sienes. A este paso, hoy me da un infarto. ¿Cuánto?, dice al fin. ¡Bien! Los informáticos no cobran mucho. Sabía que el dinero sería un buen aliciente. Trescientos euros. Quinientos, replica. ¡Joder, no me puedo creer que esté regateando! Cuatrocientos, contraoferto. Me mira y le devuelvo la mirada levantando la ceja derecha con la esperanza de que transmita con claridad un «no me toques los cojones» autoritario. De acuerdo. Se me escapa un pequeño suspiro de alivio. Hazlo ahora, le ordeno. Sí, claro. ¿Tú te crees que soy gilipollas? Primero la pasta. ¿No la prefieres en efectivo? Se ríe. ¿Qué te crees, que estamos en el KGB? Hazme un bizum, contesta. Vale, digo sacando el móvil. Pues empieza a ganarte lo que te pago, añado mientras abro la aplicación del banco. Se incorpora en la silla y se acerca a la mesa. Se pone a teclear. No entiendo una mierda de lo

que hace, así que me concentro en la transferencia. Destinatario... Dame tu móvil, le digo. Lo canta y yo anoto en la aplicación los datos. Importe: cuatrocientos... Espero que valga la pena... Concepto... Mejor lo dejo en blanco. Confirmar. Levanto la vista. ¿Tardarás mucho? No, es un plis plas. ¿Ya has hecho la transfe? Pongo el móvil sobre la mesa para que vea la pantalla. Solo falta confirmarla, así que depende de ti. Él sigue tecleando. ¡Pues ya puedes darle!, dice al momento, acabando la frase con un fuerte golpe en el *enter*. ¡Ya tienes acceso! ¿En serio? Me sale un tono más sorprendido del que pretendía. ¿Y cómo puedo comprobarlo? Confirma la transferencia y te lo configuro en el móvil. Hago lo que me pide y le paso el teléfono. Le miro mientras teclea varias cosas, y en menos de un minuto me lo devuelve. Ya lo tienes. Puedes verlo como una cuenta más cuando abras el correo. Le doy al icono del sobre y, efectivamente, veo una cuenta nueva con el nombre de «comercial». ¡Joder! Accedo y se despliegan todos los correos y carpetas. ¡Alucinante! Muchas gracias, le digo sonriendo, aunque me arrepiento enseguida. No creo que los malotes debamos ser simpáticos durante las transacciones chungas. Me pongo seria de nuevo. Supongo que no hará falta que te recuerde lo que haré si cuentas algo de esto a alguien, ¿verdad? Me mira, no sé si con desprecio o miedo, pero me da igual. Sí, ya lo sé. ¡Estupendo!, concluyo. Porque estoy convencida de que al presidente no le gusta la gente mentirosa. Creo que una vez hasta denunció a uno que quiso ir de listo como tú. ¡Ya te he dicho que no diré nada! ¡Perfecto! Pues muchas gracias por tu ayuda. Me doy la vuelta y salgo del despacho con calma, aunque noto cómo me tiemblan las piernas.

En la seguridad de la cabina del ascensor, cuando se cierran las puertas, me dejo caer hacia delante con cuidado apoyando las

manos en los muslos. Me falta el aire. No me puedo creer que lo haya hecho. Me incorporo y me tapo la cara con las manos. Una mezcla de miedo, excitación y ganas de llorar me recorre el cuerpo. Supongo que es por la adrenalina. Me siento agradablemente poderosa. Me da la risa floja. Parece que no se me da mal el lado oscuro.

15

La responsabilidad
es la antesala de la culpa.

Entro impaciente, incluso algo torpe, por la prisa que me apremia. Ahí, en el familiar contacto que me rodea, de inmediato siento cómo toda esa ansiedad queda en suspensión. El tiempo se detiene cálido, húmedo, envolvente. Me quedo un instante quieto, como el niño que ha descubierto algo mágico y no se atreve a parpadear por miedo a que el milagro se desvanezca al menor movimiento.

Suspira cuando la penetro. Es un suspiro largo, de esos con los que se escapa la tensión de quien ha deseado algo y al fin lo tiene. Me besa. Con labios carnosos que abrazan los míos por completo. Abre la boca y deja paso a su lengua, que se afana en buscar la mía para enredarse en una espiral infinita. Anclado a sus labios me retiro para entrar en ella de nuevo, y a cada roce la siento más mojada, más suave, más dispuesta. Me rodea la cintura con sus piernas apretándome contra su cuerpo para que me hunda más adentro, para que llegue más profundo, para que la posea con más fuerza. Aumento el ritmo para acoplarme a sus gemidos, que se derraman diciéndome lo mucho que me ha echado de menos. Y yo a ti. No sabes cómo. Me calla con otro beso, mojado, intenso. Me bebe. Me reclama para ella y yo me doy. Me escurro por su boca y por su cuerpo, soy ella y ella es yo. Uno solo. Coloca las manos en mis nalgas y me hunde entre sus piernas. Más fuerte, me pide, más fuerte. Y yo obedezco, pasando las manos por debajo de sus brazos y agarrándome a sus hombros para meterme en ella una vez y otra,

con golpes más cortos, más secos, más urgentes, aumentando el ritmo, más rápido, más frenético. Su vientre viene al encuentro de cada una de mis embestidas con esa sincronía perfecta de los cuerpos que se reconocen. Me suplica varias veces que no pare y justo en el instante en que creo que no puedo resistir más, la noto contraerse en un orgasmo largo que me da el permiso para dejarme ir con ella, con un espasmo tan placentero que es casi doloroso. Me desmorono sobre su cuerpo y, aún dentro de ella, sumerjo la cara en la curva de su cuello. Trato de recuperar el aliento. Ella recorre mi espalda con las yemas de los dedos, provocando pequeñas réplicas del terremoto que me ha sacudido hace un momento. La miro. Está sonrojada y me sonríe. Te quiero, me dice. Le aparto el mechón pelirrojo que le cruza la cara para besarla. Y yo a ti, respondo. Salgo con cuidado de su cuerpo y voy hasta el baño mientras ella, libre de mi peso, se despereza en la cama como una remolona gata naranja. Bueno, ¿qué tal ha ido el finde en Italia? Lo pregunta como de pasada, desde la habitación. Me miro en el espejo. Supongo que es inevitable que quiera saberlo.

Mi mujer y yo llegamos a mediodía del viernes a Florencia. Nos esperaba un coche con chófer para llevarnos directamente del aeropuerto al hotel, en la piazza della Signoria, en pleno corazón de Florencia. Un edificio histórico de finales del siglo XIV según reza su catálogo, ubicado en el lado norte de la plaza. Lo habían reformado, claro, pero mientras mi mujer hacía el *check-in*, me fijé en que habían mantenido algunos frescos originales. Diría que abarcan del siglo XV hasta el XVIII, y anoto mentalmente informarme con más detalle. El hotel era precioso, desde luego. Vale que era de la cadena en la que trabaja; aun así, le debió costar una pasta... La verdad es

que para estas cosas, mi mujer es perfecta. Siempre ha tenido una querencia innata hacia el lujo. Ella es quien organiza nuestros viajes y nunca falta detalle. No me he quejado. A nadie le amarga un dulce. Y, gracias a eso, he disfrutado de lugares y experiencias que no hubiera podido permitirme con mi sueldo de profesor. Pero, estando como estamos, este viaje sorpresa me ha descolocado, y no acierto a comprender a qué hemos venido.

Nada más llegar a la *suite*, me puse a deshacer las maletas y ella se enchufó a la tableta para revisar su correo. Como siempre, pero ya ni me molesto en cabrearme. ¿Para eso ha querido volar ochocientos kilómetros en su estado? ¿Para ponerse a trabajar? Está mal de la cabeza. Por la tarde, salimos a dar un paseo rápido por la ciudad. Vimos la catedral de Santa Maria del Fiore y la piazza del Duomo. Por supuesto, callejeamos hasta la fontana del Porcellino en el mercado, cumpliendo con el ritual de tocarle el hocico y dejar caer una moneda desde allí para saber si el caprichoso destino nos permitirá regresar a Florencia en el futuro. Mientras mi moneda se deslizaba hacia las alcantarillas por el desagüe de la fuente, bendiciéndome con la promesa de volver, confieso que fue la imagen de una hermosa pelirroja con la que deseé compartir ese futuro.

Regresamos pronto al hotel porque mi mujer estaba cansada del viaje. No hace falta que te quedes conmigo, me dijo. Vete a dar una vuelta, no te preocupes, insistió. Me pareció bien. Me apetecía un tiempo a solas y me imagino que en su idea de descansar se incluiría trabajar un rato, pero no pregunté. ¿Para qué? Regresé a la hora de la cena, que había reservado en el mismo hotel. Quiso acostarse pronto.

Salgo del baño y rujo poniendo las manos como garras, imitando a un oso. Echo a correr para volver a su lado, salto sobre la cama y ella finge que se asusta y que intenta huir de mí, pero yo la cojo de la cintura para hacerle cosquillas, con la excusa de que no se escape. Nos revolcamos entre las sábanas como adolescentes. Hacía tanto que no me sentía así. Hubo un tiempo con mi mujer en que también fuimos divertidos, espontáneos. Se nos pasaban las horas hablando de todo, hacíamos el amor sin planificarlo, nos reíamos como dos tontos. Pero ya no. Ahora solo compartimos el espacio sin más objetivo que estar tranquilos. No te escaquees, protesta riéndose y dándome un pellizco en el brazo. Va, cuéntame cómo ha ido el viaje, insiste. Suspiro. Sé que tiene derecho a saberlo, pero no me siento cómodo hablando de mi mujer con ella. Todo lo que le cuento me da la impresión de que suena exagerado, falso, dibujado así para tranquilizar unos celos que nunca me ha demostrado, pero que yo imagino escondidos. Quisiera mantenernos en un paréntesis, aislados de lo que pasa fuera. ¿Qué puedo contarle para convencerla de que solo ella me importa, sin caer en el tópico de que mi matrimonio es una farsa? ¡Psé!, contesto encogiendo los hombros, intentando sonar convincente. Puedes imaginártelo. Se acurruca a mi lado. Yo paso el brazo por debajo de su cabeza para que se apoye en mi pecho. Ella pasa el suyo por encima de mi abdomen y se abraza a mi cintura ¿Te lo has pasado bien?, pregunta. No especialmente, contesto jugueteando con un mechón rojo. Y le estoy siendo sincero. No ha sido un viaje que me gustará recordar. ¿Qué habéis hecho? Lo típico, respondo. Quiero evitar entrar en demasiados detalles. Ni buenos ni malos. ¿Para qué voy a cargar las tintas?

Para el segundo día, el programa estaba decidido. Era sábado y había reservado una visita a la Galleria degli Uffizi, así que a las diez y media teníamos que estar en la entrada. La suerte es que, para llegar, solo necesitábamos cruzar la plaza. Durante el desayuno apenas hablamos. Mientras yo leía la prensa local, ella consultaba su iPad. Un clásico. La visita ha sido rara. Estar en uno de los museos más famosos del mundo para mí no tiene precio. Sin embargo, solo hemos podido hacer una mínima parte del recorrido. Subimos al segundo piso del palacio, donde empieza la visita, organizada de arriba a abajo en orden cronológico. Por supuesto, no esperaba que nos pateáramos los diecisiete mil metros cuadrados de exposición, pero apenas habíamos recorrido el corredor del Este, la parte más antigua del edificio, y ya quiso sentarse a descansar. Este paso de museo me mata la espalda, se quejó. Y qué otro paso vamos a llevar, pensé. Esto es un museo. Resignado, con esa sensación tan familiar de renunciar a algo que me importa, seleccioné las obras más relevantes de la colección y las vi con otros ojos. El retrato de los duques de Urbino, de Piero della Francesca, esa pareja de perfil, enfrentada, que se mira con cara de pocos amigos, perfecta alegoría de nuestro matrimonio. El *Baco* de Caravaggio, que me hizo desear que las bodegas que visitaríamos al día siguiente hicieran más llevadero el ambiente. *El nacimiento de Venus* de Botticelli, que por razones obvias, me hizo recordar a otra pelirroja, tan sensual como la que emerge de las aguas, y por último, *Judit decapitando a Holofernes*, de Artemisia Gentileschi, el único cuadro ante el que, curiosamente, mi mujer quiso quedarse un rato y pareció interesarse de verdad por mis explicaciones.

Tengo una sorpresa para ti, le digo. ¿En serio? Se incorpora, poniéndose de rodillas sobre la cama. ¿Qué es? Parece una niña en la mañana de Navidad. Me río. No sé si dártelo, bromeo. ¿Ya te has portado bien? Se me sienta encima, a horcajadas, y me mira con picardía. ¿Tiene usted alguna queja, profesor?, me susurra. ¿Cree que no he sido lo bastante buena? Se echa sobre mí, para besarme en el cuello. No sé yo, señorita, ¡joder, qué rico! Tal vez debería esforzarse un poquito más. ¿Ah, sí, señor profesor?, dice deslizando su boca por mi cuerpo, camino de mi entrepierna, que reacciona inmediatamente al contacto de su lengua. Si sigues por ahí, tardarás un buen rato en tener tu regalo. Se incorpora riendo, volviendo a quedarse de rodillas frente a mí. ¡Vale, vale! Pero queda pendiente la tarea, profe. ¡Téngalo por seguro, señorita! Me levanto de la cama de un salto y voy al salón, donde he dejado mi maletín. Regreso al dormitorio con una pequeña bolsa, que le entrego mientras me siento de nuevo en la cama. Apoyo la espalda en el cabecero, con las manos en la nuca, dispuesto a disfrutar del espectáculo. Cuando ve el emblema de la doble G en la bolsa, abre los ojos como platos. Sonrío y le indico con la mano que siga. La abre casi con veneración y saca la pequeña caja del tesoro, de un marrón tan oscuro que parece casi negro. No lleva lazo. El único adorno son las perfectas y redondas letras de la palabra GUCCI impresas en oro viejo sobre la tapa. Deja la bolsa a un lado con cuidado y despacio abre la caja, que contiene unos pendientes con el emblema de la marca en pequeñas circonitas engarzadas en oro, del que cuelga una perla perfecta. Se le abre la boca. Se la tapa con la mano, pasando de la caja a mi cara y de mi cara a la caja, sin articular palabra. La observo divertido. Pero, esto, esto es... Me río abiertamente. ¿Te gustan? ¿Estás de coña? ¡Son preciosos! El chico de la tienda me dijo que son de la nueva colección de verano. ¡Son divinos!,

exclama. Pero, es demasiado. Estás loco. ¿Cómo se te ocurre? Los compré la misma tarde que llegué. Salí a dar una vuelta y no podía dejar de pensar en ti, así que quise comprarte algo para que lo supieras. ¡Madre mía!, dice volviendo a mirar la caja. Te habrán costado un dineral. Sí, pienso, ha sido un exceso, la verdad, pero sé que a ella le chifla esta marca, así que ¿por qué no? No creerías que iba a ir a Florencia y no traerte algo de Gucci, ¿verdad?, le guiño un ojo. Pruébatelos. Los saca de la caja y se los pone. Me los enseña, feliz. Estás preciosa, le digo apartándole el pelo por detrás de la oreja. Me besa y salta de la cama para ir corriendo al baño a mirarse en el espejo, desde donde me llegan sus gritos de alegría cuando se ve con ellos puestos. Me río. Sale del baño y se queda agarrada al marco de la puerta, mirándome como un gran felino a punto de abalanzarse sobre una gacela. Se acerca a mí lentamente. Bueno, profesor, dice en un susurro ronco. Creo que nos quedó pendiente una tarea, dice volviendo a sentarse encima de mí. Noto su sexo caliente sobre el mío. ¡Dios, cómo me pone! Sonríe maliciosa al notar que me empalmo. Apoya los brazos a ambos lados de mis hombros y deja caer el cuerpo hacia mí, levantando las nalgas, para que yo pueda encontrar de inmediato la entrada que me conduce a su delicioso interior, arrancándole un gemido de placer cuando me abro paso en sus entrañas. La cojo de las caderas y ella, obediente, empieza a moverse despacio, adelante y atrás, al ritmo del delicioso balanceo de las perlas en sus orejas.

Esto ha sido un error, me repetí dejando que el agua de la ducha resbalara por mi espalda. No sé qué coño estamos haciendo aquí, la verdad. Se ha empeñado en este viaje absurdo, pero parece distraída, en otra parte. Como siempre. ¡Puto trabajo! Gana mucha

pasta, es verdad, pero ¿de qué le sirve? No sé si es capaz de disfrutar de estas maravillas. Cerré el agua y salí de la ducha para secarme. Me enrollé la toalla alrededor de la cintura y froté el espejo con el puño para retirar algo del vapor del agua caliente que se le había pegado como una segunda piel. ¡Qué ganas tengo de volver a Barcelona!

Me preparé para ir a cenar. Ponte guapo, me había dicho. Vamos a un sitio elegante. No quiso decirme dónde. Bueno, seguro que cenar, cenaríamos bien. De eso no tenía la menor duda. Otra cosa es que disfrutáramos de la cena. Pero en eso el chef no tiene tantas atribuciones.

Salí del baño y fui hacia la sala de la *suite*. Mi mujer estaba en albornoz, de brazos cruzados, mirando por la ventana. ¿Aún estás así? Se me van los ojos al iPad que está sobre el escritorio. ¿No vamos un poco justos? Se giró hacia mí, traspasándome con la mirada como si no me reconociera, como si estuviera en ese momento entre dos mundos, cuando se sale de un sueño pesado, intenso. Tenía los ojos enrojecidos. Parecía tan desvalida que me acerqué a ella, preocupado. ¿Estás bien?, quise saber. Se giró hacia la ventana. Sí, contestó. Todo bien. Pues no lo parece, insistí. ¿Qué te pasa? Me acerqué un poco más y la cogí del brazo por el codo. Tomó aire. Nada, de verdad. ¿Ha sucedido algo? Que no, repitió. ¿Ya te has duchado?, cambió de tema poniendo a su vez su mano sobre mi brazo. Voy a arreglarme. No la solté. Oye, ¿es que te duele? ¿Quieres que nos quedemos en el hotel? ¡Ay, que no! No me duele. Claro que no nos vamos a quedar aquí. He reservado en un sitio estupendo y no vamos a cancelarlo. Son cosas del trabajo, no te preocupes.

¡Cómo no! Cosas del trabajo. Se me escapó sin pensar. Me miró ofendida. Sí, cosas del trabajo, ¿qué pasa? Nada, ¿qué va a pasar?

Me oí decir con sarcasmo. Solo que si hemos venido a descansar no te veo muy descansada, la verdad. Tú no lo entiendes, me dijo soltándose de mi brazo. No, es cierto, no lo entiendo. ¿Y sabes qué? ¡No lo entiendo porque tú nunca me explicas nada!, le grité. ¿Y qué quieres que te explique?, me gritó ella a su vez. ¿Te crees que todos los trabajos son como en tu escuela, que tú dispones y los alumnos se callan? ¡Pues bienvenido al mundo real! Esto, dijo abriendo los brazos para señalar la habitación, no es gratis, ¿te enteras? No tienes ni idea de por lo que estoy pasando, así que ¡no me toques las narices, hazme el favor!

Me sentí ofendido en un grado que nunca creí que pudiera alcanzar. No sé por qué me sigo empeñando en preocuparme por ella. Cada vez que intento un acercarmiento, se empecina en apartarme. Voy a vestirme, me dijo. Te sugiero que hagas lo mismo. Tenemos reserva en media hora. De ese humor llegamos al restaurante, que resultó tener una estrella Michelin. Esa noche pude comprobar que la comida, incluso cuando es excelente, en buena compañía debe saber mucho mejor.

Llega de la cocina con dos copas de vino. Tengo hambre. ¿Puedes quedarte a cenar algo rápido?, pregunta dándome una de las copas. Cojo el móvil. ¡Al final he claudicado ante los nuevos tiempos! Son las ocho y media. Veo que mi mujer me ha enviado un mensaje. *Mucho curro. No me esperes a cenar. Sorry!* Emoji de manitas rezando. ¡Claro!, contesto. Dejo el móvil en la mesita y toco mi copa con la suya. ¿Qué propones? Deja el vino en la mesita, se pone una camiseta y las bragas. Mmm... Me ve las intenciones. Se acerca, me coge de la mano y tira de mí para que me levante. ¡Venga, remolón! Vamos a cocinar algo rico. ¡Tú sí que estás rica! Me levanto y la

atraigo para besarla. Se agarra de mi cuello para devolverme el beso. Podría hacer esto todos los días, pienso. Le doy un cachete en la nalga. Venga, vamos a la cocina, o no te prometo que vayamos a cenar.

El domingo a primera hora de la tarde, el chófer nos dejó en unas bodegas de Chianti. Teníamos una cata programada y, por lo que parecía, nos íbamos a quedar a pasar la noche allí. ¡Madre mía! El lugar era espectacular. A las afueras de Radda in Chianti, el chófer paró ante la verja de hierro forjado de una finca. Se bajó para llamar al interfono instalado en la columna de la izquierda. Cuando se abrió la puerta, entramos en un camino de tierra flanqueado por enormes cipreses a ambos lados, que nos condujo hasta la casa principal, una cuidada construcción en piedra color siena. Nos recibieron los propietarios, dos hermanos insultantemente jóvenes. Nos invitaron a pasar al porche trasero, a cuyo pie se extendían varias hectáreas de viñedos muy bien cuidados, a lo largo de las sinuosas lomas, conformando una típica postal toscana. Allí nos sirvieron unas copas de Chianti classico, mientras hacíamos el *check-in*.

Acabados los trámites, el hermano menor nos acompañó a nuestro apartamento, en una casita independiente de la principal para que pudiéramos instalarnos. Dentro de dos horas los recogeremos para iniciar la visita a la bodega, *va bene?* Sí, perfecto, gracias, contestó mi mujer. *Prego signora, benvenutti!*, dijo entregándole la llave y dejándonos solos. Bueno, ¿qué te parece?, me preguntó sonriendo. El sitio era precioso. Una casita independiente con paredes de piedra, amplio salón, comedor con cocina integrada, una habitación con baño completo y todo decorado de esa forma que justifica que los italianos sean mundialmente

conocidos por su buen gusto. Es una pasada, reconocí. ¿Cómo lo encontraste? Fue mi asistenta, contestó. Yo quería haber ido a las bodegas Antinori, son las más conocidas de Chianti, pero estas tienen más encanto y, además, aquí podíamos quedarnos a pasar la noche. Se me acercó para echarme las manos al cuello y besarme, de una forma que, tras diez años de convivencia, supe que anticipaba algo más. Me puse tenso sin poder evitarlo. Oye, siento haberme enfadado ayer, me dijo en tono conciliador. Estoy en un momento muy complicado. Me besó en el cuello. Sí, ya lo sé, le dije. No pasa nada, está bien. Volvió a besarme en los labios. Hace tiempo que no lo hacemos, cariño, me dijo en voz baja. Sí, es verdad, me estaba poniendo nervioso, pero es lógico, con todo lo que te ha pasado. Mi fisio dice que ya puedo hacer vida normal. ¿Te apetece intentarlo?, me preguntó sonriendo, mientras deslizaba las manos por mi espalda hasta llegar a mi culo. ¿Estás segura? ¿No es un poco pronto? Sonrió. Lo haremos despacito. Tú déjame a mí, cielo, me dijo. Eh... vale... pero necesito ir un momento al baño. Lo postergué sonriendo y separándome de ella. ¡Claro!

A solas y a salvo, me enfrenté a lo inevitable de la situación. Esto sí que no me lo esperaba. Me devané los sesos intentando encontrar una salida digna, pero no se me ocurrió nada que no acabara en otra bronca. ¿Va todo bien?, oí desde el otro lado de la puerta. ¡Sí, sí! ¡Dame un minuto!, grité. Abrí el agua del grifo, para que pareciera que estaba haciendo algo. ¡Joder! Me palpé la entrepierna. Allí no se levantaba ni el ánimo. ¡Mierda! Empecé a agobiarme. La idea de rechazarla me provocaba vergüenza. Me sentía un cabrón. Pero pensar en acostarme con mi mujer me resultaba difícil, como era evidente por mi reacción física, o más bien por su ausencia. Me miré al espejo. Tienes que hacerlo. Es tu mujer. Me mojé la cara con agua fría. Volví a mirarme al espejo. Ha montado este pedazo de

viaje y te quiere echar un polvo. Es normal. Me volví a lavar la cara y cerré el grifo. Te la follas y ya. ¿O prefieres explicarle por qué ya no te pone? Solo de pensarlo se me revolvió el estómago. Venga, ¡joder! Sal y cumple como un hombre.

Salí del lavabo y vi que se había quedado en ropa interior. ¡Qué delgada está!, pensé. Daba la sensación de que podía romperse y eso me estresó aún más. ¿Nos tomamos un vino?, le propuse. Tal vez el alcohol me ayudara a recobrar la libido. ¡Buena idea! Abre una botella de blanco, anda. Me besó. Ahora me toca a mí ir al baño, me dijo guiñándome un ojo y dándose la vuelta. Viéndola alejarse, los ojos se me clavaron en la cicatriz de su espalda, que me miraba acusadora. ¿Sabría lo que estaba pensando?

Descorché la botella, serví dos copas y me bebí la mía de un trago. Volví a llenarla. De repente sonó el móvil sobre la mesa del sofá. ¡Es tu móvil!, le grité. ¿Quién es?, contestó desde el lavabo. Miré la pantalla. ¡Tu madre! ¡Cógelo tú, cariño, que si no, no dejará de llamar, ya la conoces! Descolgué el teléfono, agradecido por esa pequeña tregua imprevista. ¡Hola, suegra! Tu hija está en el baño. ¡Hola, hijo!, contestó sorprendida de oír mi voz. ¿Cómo estáis? Muy bien, preparándonos para ir a una cata de vinos. ¡Anda, qué bien! No os entretengo, entonces. Solo quería saber que estabais bien. No, mujer, no nos entretienes. Aún falta un rato para salir. ¿Qué tal vosotros? Bien, aquí estamos, jugando un rato a las cartas. ¿Y quién gana?, le pregunté. ¡Pues quién va a ganar!, se rio. Tú, seguro. Volvió a reír. ¡No hay manera de ganarle!, oí gritar a mi suegro al fondo. Oye, hijo, me dice, ¿la niña está bien? Sí, le dije. Un poco cansada, pero bien. Si es que no sé yo si tanto tute... Bueno, le expliqué, la fisioterapeuta le ha dicho que ya puede hacer vida normal. Sí, sí, el médico también se lo dijo, pero es que un viaje

cansa mucho, y ahora se trata de que se ponga bien fuerte para la operación, no de que se canse más de la cuenta.

Por un momento me quedé en blanco. Perdona, ¿operación? ¿Qué operación? Pues la del año que viene, contestó como si yo me acabara de caer del guindo. ¿Es que la van a operar dentro de un año? Mi suegra se quedó callada, empezando a comprender que había dicho algo inconveniente. Intentó arreglarlo. ¿No te lo ha dicho? Pues no. Bueno, el médico dijo que a lo mejor... pero no es seguro. ¿A ver, la operan o no la operan? Estaba comenzando a perder la paciencia. Pues no lo sé, la verdad, pero, hijo, no te enfades. Si no te lo ha dicho seguro que es para no preocuparte porque aún no lo ha decidido. ¡Siempre igual!, pensé. ¿Lo normal no sería que tomáramos esa decisión juntos? Tras un momento de titubeo, la voz de mi suegra cambió. Hijo, tienes que convencerla. ¿De qué? De que se opere, musitó. Entonces me contó lo que había dicho el cirujano y los peligros que podría conllevar no hacerlo. A ti, que te portas tan bien con ella, siguió diciendo, te hará caso. A ti siempre te hace caso. Sí, seguro, pensé. No sé qué habría hecho ella sin tu apoyo, todo este tiempo. A mí no me escuchará, pero a ti sí. Tienes que conseguir que se opere. ¿Lo harás? Tardé en responder, intentando evaluar la situación. Me debatía entre el enfado de que no me lo hubiera dicho y la preocupación por la noticia.

En ese momento, mi mujer salió del baño. Se había recogido el pelo y desnudado por completo. Me hizo el signo de las tijeras con una mano, para indicarme que cortara la llamada, mientras se llevaba el índice de la otra a los labios, para que no delatara su presencia. Sí, lo haré. No te preocupes, respondí al fin. Ahora tengo que dejarte. Hablamos en otro momento, ¿vale? Sin dejar de mirarla, colgué el teléfono y me bebí de un trago la segunda copa de

vino. ¿Se puede saber cuándo pensabas contarme que vas a tener que operarte el año que viene?

Son las diez y cuarto de la noche cuando entro en casa. Está todo a oscuras. Mi mujer no ha llegado aún. Sigue en el trabajo, para variar. Las persianas de las ventanas que dan a la calle están levantadas y la luz anaranjada de las farolas ilumina el salón. Voy hasta el sofá sin encender ninguna lámpara. Me dejo caer en esa soledad, y saber que estoy dejando fuera lo que más deseo me hace sentir tan vacío como esta casa, pero el cansancio que siento en el cuerpo me trae su recuerdo y le sonrío a esta oscuridad naranja como su pelo.

Cuando mi suegra reveló la noticia, la cosa se puso muy tensa. Mi mujer empezó atacando, como siempre que se ve pillada en falta, algo que me pone de los nervios, porque pareciera que encima de tonto, apaleado. Pero esta vez, no sé por qué, hubo un punto de inflexión. De repente se derrumbó. Se echó a llorar, pero no por tristeza. Era más bien desesperación, casi histeria. Verla allí, desnuda, tan frágil, desbordada como nunca, ¡me dio tanta pena! La abracé para intentar calmarla y ella, incapaz de seguir peleando, se acurrucó en mis brazos. A partir de ahí, el resto del viaje al menos fue tranquilo, pero he podido comprobar que ya no la amo, y que, para ella, nunca volveré a ser una prioridad.

Si algo me ha confirmado este viaje es que nuestro matrimonio está herido de muerte. Y, también, que no voy a abandonarla en esta situación. No soy de esa clase de hijos de puta. Confieso que me gustaría poder pasar de todo, pero no me han educado así. Mis padres me han inculcado la importancia de ser responsable, de sacrificarse, y que el matrimonio conlleva el compromiso de ayudarse en los momentos difíciles. No puedo irme ahora. Me

quedaré con ella hasta que vuelva a operarse. Es lo correcto. Y con ese objetivo claro, espero que a partir de ahora las cosas resulten más sencillas. Para los tres. Me consuelo pensando que será solo por poco más de un año. Eso es lo que falta para que todos podamos empezar el resto de nuestras vidas.

16

Nuestras decisiones
son el más fiel reflejo
de nosotros mismos.

Apoyo ambas manos sobre la encimera del lavabo de ejecutivos de la oficina. El frío del mármol me relaja. Levanto la cabeza. Todo está bien, le digo en voz baja a mi reflejo. Todo-va-a-salir-bien. Remarco cada palabra. Me miro a los ojos. Tranquilízate. Con la mano derecha presiono el mecanismo del dispensador de jabón, mientras con la izquierda recojo la dosis de gel. Transparente, untuoso, suave. Huele a rosas. Abro el grifo y me humedezco la mano sin jabón bajo el chorro, concentrándome en notar cómo el agua se vuelve tibia mientras resbala entre los dedos. Acerco la otra y, despacio, empiezo a frotarlas, dejándolas bailar entre la espuma en la perfecta sincronía de una danza conocida.

Concentrarme en nimiedades me calma. Es como soltar un ancla al fondo de la realidad. Un punto de apoyo que me mantiene aquí y ahora, mientras mi cabeza se balancea en el oleaje de los pensamientos. Cierro el agua y cojo una toallita de las que están perfectamente enrolladas en la cesta a la izquierda del grifo. Blanca, esponjosa, con el logo de NewStar dibujado en relieve con el propio rizo. Me seco las manos y la dejo caer al cesto de mimbre que hay bajo el lavamanos.

Voy hasta el tocador del fondo del baño, en el que hay todo tipo de accesorios de belleza e higiene, *amenities* dispuestas en un orden perfecto sobre una bandeja, junto a un precioso ramillete de *liliums*

blancos frescos. Hidratante, *eau de toilette*, limas, discos de algodón, bastoncillos, pañuelos de papel. Es como si Sephora hubiera abierto un bufé libre. Me encanta. Me aplico crema de manos y un poco de colonia fresca detrás de las orejas.

Me giro para verme en el enorme espejo de cuerpo entero que forra la pared de la izquierda del tocador. Hoy voy a reunirme con el presidente. No sé a qué hora. Ayer domingo escribí a su asistenta para que me colocara en el primer hueco que tuviera libre hoy. Le advertí que era urgente y confidencial, para que no sonara raro que me estaba saltando a mi jefe. He pasado el fin de semana planificando hasta el más mínimo detalle de cómo voy a tirar de la manta.

Estoy nerviosa. Quiero tener buen aspecto. He escogido una falda tres cuartos recta, de lana fría de color marfil, con mucha caída, y una camisa de seda de color chocolate con péplum, lo que me permite disimular el corsé, aunque a costa de que la cintura no parezca de avispa precisamente. Me compré este conjunto la semana pasada en Italia. ¡Cómo echo de menos llevar tacones! Quedaría todo más glamuroso, pero las bailarinas, del mismo color que la falda, funcionan bien. También me corté el pelo en Florencia, una media melena muy estilosa. Necesitaba un cambio, algo más moderno. Por un momento hasta pensé en hacerme reflejos pelirrojos, pero se me pasó enseguida. Era excesivo, hasta para mí. Me retoco un poco el maquillaje y me pinto los labios: Rouge DIOR 434, avellana satinado. ¡Divino! Me gusta venir al baño de ejecutivos. Somos muy pocas las mujeres con cargo directivo en la empresa y, si todo sale como espero, aún seremos menos. Será como tener baño privado.

Me sobresalto cuando mi móvil vibra. Aprieto los dientes. Mi espalda sigue sin acostumbrarse a las sorpresas. Abro el mensaje. *El*

presidente la recibirá en diez minutos. ¡Joder! Última mirada al espejo. No llevaré taconazos, pero me veo muy profesional y eso es lo que cuenta. Me aliso la falda con las manos. ¡Venga, nena! ¡Tú puedes! ¡Recuerda que esa perra se merece lo que le pase! Salgo del baño con decisión hacia mi despacho, donde recojo el dosier que he estado preparando minuciosamente durante los últimos veinte días. Lo tengo todo controlado. Estoy preparada. Es mi momento.

Envuelta en el mullido albornoz, me senté al escritorio antiguo de la *suite* de estilo renacentista del NewStar Signoria. Qué hermosa pieza. Las antigüedades me han fascinado desde siempre. Imaginar quién antes que yo pudo acariciar la misma madera de nogal, qué cartas se habrán firmado o qué historias se habrán escrito en ella. Pasé los dedos por el delicado trabajo de talla, tan pulido que era casi tan suave como el cuero verde de la parte superior. Una preciosidad. Encendí el iPad y mientras se abría, la vista se distrajo más allá de los ventanales. Desde mi sillón se veía el Palazzo Vecchio y el famoso David en su despreocupado *contraposto*. Cómo me gusta esta ciudad. Es todo tan señorial. Lástima que esté siempre tan llena de turistas.

Aún faltaba un rato para salir a cenar al Borgo San Jacopo. No le había dicho a mi marido dónde íbamos. Quería que fuera una sorpresa. Con lo que le gusta la cocina, le iba a encantar. Reservé mesa en la terraza, a orillas del Arno, para que no faltara de nada. La experiencia gastronómica de una estrella Michelin, con vistas inolvidables al Ponte Vecchio. Mientras él estaba en la ducha, aproveché para seguir revisando los correos de la cuenta de la directora comercial. ¡Me quedaban aún muchísimos por leer!

Estaban resultando ser un verdadero filón y eso que al principio no conseguí dar con nada extraordinario.

Empecé con una búsqueda de los mails que se habían enviado ella y el consejero delegado desde enero. Los leí todos. Nada. Solo mensajes de lo más normalito, del día a día del trabajo. Incluso llegué a dudar de si la tirria que le tengo a zorrón me había hecho ver lo que no era. Durante los días previos al viaje revisé varias decenas sin sacar nada en claro. ¡Qué cantidad de correos, por Dios! Esta tía debe tener síndrome de Diógenes versión 2.0 ¿Es que no elimina nada? Pero ayer, en el rato que nos tomamos para descansar al llegar del aeropuerto, mientras mi marido deshacía las maletas, traté de abrir una carpeta llamada NewStart y, para mi sorpresa, me pidió una contraseña. ¡Imagínate! ¡Un archivo protegido! Se me hizo la boca agua. Acceder a esa carpeta me costó dos llamadas y un bizum adicional de ciento cincuenta euros a mi *hacker* de cabecera, pero valió la pena. ¡Ya lo creo que sí!

NewStart contenía más de cien correos. Definitivamente, esta chica más que una nube necesitaba una tormenta tropical para guardar todo aquello. Por lo que llevaba leído hasta entonces, eran conversaciones, planes y confidencias sobre el futuro del grupo hotelero. En un primer momento, la T final en el nombre de la carpeta me pasó inadvertida. Mi mente está demasiado acostumbrada al nombre de nuestra empresa. No me di cuenta. Pero la encriptación del archivo me hizo caer en que esa simple T convertía el nombre de la marca NewStar en un «nuevo principio». Literalmente. Fíjate tú, intrigante e ingeniosa. Si es que lo tiene todo.

Aún me quedaban un montón de mails por revisar. Ahora tenía pruebas de mis sospechas, pero también muchas preguntas sin respuesta, así que necesitaría leerlos absolutamente todos para

entender el alcance del complot. No quería ninguna sorpresa. Además, y esto fue lo mejor de todo, también encontré una importante cantidad de mails, digamos que de carácter más personal, que me descubrieron dos cosas: la primera, que zorrón es más puta de lo que pensaba y está liada con el consejero. ¡Qué poca clase! Aunque no sé de qué me sorprendo. ¡Otra que no le hace ascos a un hombre casado!

La segunda, el significado de las siglas HFGM. Casi me pongo a gritar en plena noche, cuando me di cuenta de que el consejero se despedía de ella con sus iniciales ¡GM!, en un mail en el que avisaba a su zorriamiga de que esa tarde, ¡VIERNES!, llegaría algo más tarde al hotel Florida ¡HF! ¡La madre que los parió! Así que tienen su picadero en el Tibidabo. Se van a follar a un hotel de la competencia. Reconozco que el escenario tiene su qué. No echan un polvete rápido en el coche, vaya. Me pregunté qué diría el presidente, con lo tradicional que es, si se enterara de que su hijo es un adúltero además de un traidor. Qué shakesperiano todo: *Bruto, ¿tú también, hijo mío?* Se me escapó la risa. Esto era mejor que un *reality*. Me concentré y abrí la última cadena de mails que quería ver antes de arreglarme para la cena.

Eran del día de la famosa reunión de la junta, el de la pelea. Fue un viernes. Seguro que iba a encontrar algo de temita suculento, porque estos dos no se cortan un pelo. ¡Qué asco de detalles! El primero se lo mandaba ella a él. Le preguntaba por qué se había ido y cómo estaba. Él le contestaba cagándose en el padre, que si era un capullo, que si era un déspota, blablablá. Ella le respondía que no se preocupara, que ya quedaba poco, que aguantara. Él, que ya no podía más, que tenía ganas de mandarlo todo a la mierda. ¡Qué poco aguante, hijo! Ella, que se tranquilizara, que la venganza es un plato que se sirve frío. ¡Qué original! ¡Menuda arpía! Entonces él le

pedía que esa tarde le llevara al Florida el informe de *marketing*. ¿Eh? ¿Mi informe? El corazón se me aceleró. Que quería que repasaran juntos los presupuestos de la campaña, que seguro que faltaban cosas. ¿Qué iba a faltar, gilipollas? Me puse tensa y mi espalda protestó. Que el lunes quería volver a hablar con su padre sobre Fiyi, que si era inviable, que si los costes, que si nos iba a llevar a la ruina... No, si ahora iba a resultar que Fiyi no es viable por mi culpa, ¿no te jode? Ella le contestaba que no se preocupara, que la abuelita no es muy buena en presupuestos y seguro que encontrarían fallos. ¿Qué? Se me cayó la mandíbula como a Jim Carrey en *La Máscara*. ¿Cómo que *la abuelita*? ¿Será hija de puta? El muy cabrón se rio e hizo el amago de *reñirla* con un *no seas mala*, que a ella le sirvió de acicate para abrir la veda porque, a partir de ahí, se intercambiaron varios mensajes en los que me insultaban y se burlaban de mí y de lo que ellos definían como zapatos de abuela, andares de abuela y ropa de abuela. Se me saltaron las lágrimas de la indignación, al leer toda esa mierda. ¿Cómo podían ser tan mezquinos? Pero lo peor es que me querían usar como arma arrojadiza contra mi jefe porque él apostó por mi contratación. Me llamaban «el eslabón débil», los muy cabrones. Y no solo se burlaban de mi aspecto, sino que se permitían criticarme poniendo en duda mi profesionalidad porque había estado seis meses sin ir al despacho, como si hubiera hecho un drama por nada y lo que me ha pasado fuera poco más que un simple resfriado.

Desconecté el iPad. No quería seguir leyendo. Me sentía inexplicablemente avergonzada y, sobre todo, muy dolida. No podía dejar de llorar. En silencio, no quería que me oyera mi marido. No me veía capaz de soportar verme obligada a confesar que estaba espiando a esa víbora, ni mucho menos tener que repetir esos

horribles comentarios en voz alta, hacerlos más reales, ni escuchar sus «ya te lo dije».

Me levanté despacio y fui hasta la ventana. Aparté la cortina y me apoyé en el marco. Me sentía agotada, como si no hubiera dejado de correr durante mucho tiempo, como los niños que veía jugar a pillar, gritando y correteando en círculos abajo en la plaza. De repente uno de ellos tropezó y se cayó de bruces contra el suelo. Se levantó berreando, llamando a gritos a su madre, que acudió rápida para realizar un eficaz control de daños. Tengo que llamar a mi madre para decirle a qué hora llegamos el domingo, pensé. Por alguna razón, esa escena de absoluta normalidad me serenó, permitiendo que poco a poco, toda la amalgama de humillación y tristeza que sentía se tornara primero en indignación y luego en rabia. Una rabia que fue ganando más y más terreno, azuzada por un odio intenso que me nacía de lo más profundo de las entrañas hasta invadirme por completo. Sentí que se había colmado el vaso, que algo se rompía. Y se me cortaron las lágrimas mientras los ojos, decididos, viajaban hasta el otro lado de la plaza, donde el Perseo de Cellini me ofrecía como trofeo la ensangrentada cabeza de Medusa bajo la protección de los arcos de la Loggia dei Lanzi.

Buenos días, señor. Gracias por recibirme, digo al entrar en el enorme despacho del presidente. Buenos días, responde. ¡Pasa, pasa!, dice mientras se levanta y sale de detrás de su mesa para recibirme. Ven, sentémonos aquí, dice señalando el enorme sofá de piel que hay a la izquierda de la entrada. Si no le importa, prefiero las sillas, me disculpo. Las superficies blandas aún me resultan bastante incómodas. ¡Oh! ¡Claro, claro!, rectifica. Vayamos a este lado entonces, me dice yendo a la mesa redonda con cuatro sillas

que hay a la derecha de la puerta. ¿Quieres un café? No, gracias. Pero un poco de agua sí que me vendría muy bien. Sonrío. Noto la boca seca. Vuelve a su escritorio mientras yo me acomodo en la mesa de reuniones y aprieta un botón de su teléfono. Un café y dos aguas, por favor. Enseguida, responde su asistenta.

¿Qué tal estás?, me pregunta de camino a la mesa. Bien, gracias. ¿Y usted? Me sale automático, no es que me interese especialmente. Tengo ganas de empezar, pero toca un poco de socialización hasta que traigan las bebidas. Es el protocolo. Me han dicho que has estado en nuestro hotel de Florencia, ¿es cierto? Sí, hace dos fines de semana. Le sonrío. Estuve con mi marido. Era nuestro aniversario de boda. ¡Caramba! ¡Felicidades! Muchas gracias, señor. ¿Cuántos años? Casados ocho, pero viviendo juntos, diez. ¡Vaya! Eso ya empieza a sonar serio, ¿verdad? Se ríe. ¡Aún os falta para pillarnos a mi mujer y a mí! Vuelve a reír. ¿Cuánto tiempo llevan casados ustedes?, me intereso. Cincuenta y tres años. ¡Madre mía! Es admirable, le digo. No me puedo imaginar cincuenta años casada. Eso es porque ahora los jóvenes no aguantáis nada, replica. Os casáis pensando si no me va bien, me divorcio, y a la primera de cambio, ¡zas! ¡Puerta!

Qué manera más simplista de ver el matrimonio, pienso. Tal vez sea verdad que ahora no tenemos demasiado aguante, pero es igual de cierto que si antes la gente se casaba «para toda la vida» era ¿a qué precio? Las mujeres se casaban y dejaban de trabajar para tener hijos y depender de sus maridos en todos los sentidos. Los hombres renunciaban a su libertad para ganar una criada con derechos, a cambio de proveer para la familia. ¿Valía la pena que los matrimonios funcionaran a costa de que las relaciones no se basaran en la libertad para decidir seguir juntos? Porque así, la sensación que tengo es que a lo más que se podía aspirar era a «tener suerte»

al casarse. Para las mujeres eso significaba dar con un marido trabajador que no bebiera de más, no fuera violento o no se fuera de putas con los amigotes. Para los hombres, que su mujer no engordara demasiado, no les amargara mucho la vida y no les pidiera demasiadas explicaciones llegado el caso. Sin una verdadera independencia social, económica o cultural que equilibrara las partes, ¿el matrimonio no era solo una lotería que uno ganaba o perdía de por vida? Sí, eran otros tiempos, es verdad, le admito sin entrar en polémicas. No me interesa ponérmelo de culo antes de empezar. ¡Solo faltaría!

La asistenta entra con una bandeja y deja el café, una jarra de agua y dos vasos, y sale tan discretamente como ha entrado. Y bien, ¿qué es lo que querías comentarme?, me pregunta el presidente, mientras me sirve un vaso de agua. Gracias, digo cogiendo el vaso para dar un buen trago, antes de empezar. Pues verá, señor. Dejo el vaso sobre la mesa. Quiero informarle sobre un asunto muy delicado que he descubierto. Pone cara de póker. Le pido de antemano que me perdone, porque sé que lo que voy a contarle no es agradable de escuchar, pero lo he investigado a fondo y, después de pensarlo mucho, creo que es mi obligación poner en su conocimiento algunas cosas que están ocurriendo en el equipo directivo. Sigue con cara de póker. Noto que empiezo a sudar. Me remuevo en la silla. Cojo el vaso y doy otro trago de agua. He podido comprobar en las últimas semanas que Fiyi sigue levantando polémica, porque... El proyecto de Fiyi se aprobó en junta y está en marcha, me interrumpe, tajante. ¡Joder, no me lo pone fácil! Noto que se me tensa la espalda más que las perdices al final de un cuento. Lo sé, señor. Es una gran idea. Como le dije, es un desafío que a mi equipo y a mí nos tiene entusiasmados pero, lamentablemente, me temo que no todo el mundo comparte nuestro deseo de que resulte un éxito, señor. Su

cara cambia un poco de expresión. Se echa hacia delante y apoya los antebrazos en la mesa. ¿Qué quieres decir? Quiero decir que hay una parte del comité de dirección, liderada por la directora comercial, que apoya la postura del consejero delegado de que la construcción del resort en Fiyi debería cancelarse. Veo cómo aprieta los labios. Ahí le duele. Me temo que no solo no están colaborando en el buen desarrollo de las obras, sino que incluso están remando a la contra, con el objetivo de que las cosas se retrasen y justificar su oposición al proyecto.

No dice nada, pero tiene el ceño fruncido y sé que he captado su atención. Es el momento de dar la puntilla, sin revelar lo que sé. Con total sinceridad, señor, decidí investigar por mi cuenta porque me dio miedo que pudieran estar tramando algo peor que retrasar la apertura. Por desgracia, lo que he encontrado me lo ha confirmado y por eso he querido venir a hablar con usted lo antes posible. ¿Algo peor? ¿A qué te refieres? ¿Qué has encontrado? ¡Bingo! Es el momento de sacar las pruebas. Abro el dosier que he traído y voy poniendo delante de él, uno a uno, en perfecto orden, los e-mails entre zorra pérfida y consejero maligno, mientras le explico lo que sé de sus planes para hacerse con el control de la compañía y echarle a él de la presidencia, cancelar Fiyi para siempre y reestructurar tanto el consejo, como el organigrama de la empresa. Una revolución total, vaya. Por supuestísimo, no le cuento que pretenden unificar, entre otros, los departamentos de comercial y *marketing* bajo la dirección de zorrón y echarme a mí a la calle. No quiero que parezca que me mueve algún interés personal. Cuando acabo mi exposición, guardo silencio. Estoy mucho más tranquila.

El presidente lee el primero de los mails. He tenido especial cuidado de escoger los más combativos y resaltar con rotulador fluorescente las partes en las que Bonnie & Clyde se ensañan en

lindezas contra el viejo. Un tanto manipulador, lo admito, pero, al fin y al cabo, yo solo lo destaco, porque escribirlo lo escribieron ellos, ¿no? Él va pasando de un correo a otro y, aunque intenta mantener la compostura, me temo que a estas alturas de la partida ya va perdiendo hasta la camisa. No vuelvo a hablar hasta que deja el último papel sobre la mesa. No sabe cuánto lamento tener que darle estas malas noticias, señor. Confío en haber hecho bien en venir a contárselo. Sí, sí, contesta, has hecho bien. Muy bien, de hecho. ¿Se lo has contado a alguien más? No, señor, por supuesto que no. Dadas las circunstancias y la naturaleza de la información, he creído que debía hablarlo solo con usted. Bien, bien. Has tomado la decisión correcta, muy bien.

Se levanta y empieza a caminar por el despacho. Noto cómo su cabeza da las mismas vueltas que sus pies, buscando una solución a todo este embrollo. Espero un poco a ver si se le ocurre a él solito, antes de dársela yo. Va hasta el teléfono y vuelve a pulsar el botón. No me pase llamadas y cancele mi próxima cita, por favor. Cuelga sin esperar respuesta.

No podemos tolerar este tipo de comportamientos, dice al fin. ¡Huy, querido! Pues cuando te cuente lo que falta... Me he esforzado mucho en crear un equipo unido. Sí, un equipo de *empleados*, ya lo dejaste muy claro, pienso. No puedo consentir que haya una manzana podrida en el cesto. ¿Podrida? Por lo que apesta, yo diría que está muerta, me digo. Tiene toda la razón, le confirmo. Si me lo permite, le diré que en mi opinión la actitud de la responsable de comercial es detestable y me resulta indignante que una *empleada* se atreva a hablar en esos términos de usted y de nuestra empresa. Gracias, contesta. Las neuronas espejo funcionan. ¡Qué útil fue aquel cursillo de PNL! Está claro que hay que aplicar una solución drástica para atajar todo esto de raíz. ¡Di que sí!, pienso. Estoy de

acuerdo, lo animo. ¡Venga, córtale la cabeza! Sin embargo, necesitamos asegurarnos de que no va a ser peor el remedio que la enfermedad. ¿Qué? ¡No me jodas! Intento mantener la calma. Lo entiendo, señor. No obstante, me temo que antes de tomar una decisión también debería saber otra cosa.

Vuelve a la mesa y se sienta. ¿Es que hay algo más? Ya no se molesta en disimular su perplejidad. Definitivamente, estoy a punto de ganar la mano. Sí, señor, así es. Abro la carpeta y le pongo delante tres fotos impresas en tamaño boda, qué irónico, en las que zorrón y el consejero se están dando besos de tornillo a la puerta del hotel Florida. No solo conspiran contra la empresa. Siento decirle que, como puede comprobar, también son amantes. Póker de ases. Le tiembla la mano al levantar una de las fotografías. ¿Cómo las has conseguido?, me pregunta en voz baja. No se preocupe, señor. Las hice yo misma.

En Italia decidí que, si de verdad quería joder a esa cabrona, tenía que demostrar, más allá de toda duda, que se está tirando al consejero. ¿Y no dicen que una imagen vale más que mil palabras? Pues a esta le he hecho yo un reportaje que ni la Preysler en sus mejores tiempos. Parapetada tras unas gafas de sol y con un pañuelo grande al cuello, por si había que disimular, al más puro estilo Audrey Hepburn en su época de espía de la resistencia, me planté el viernes pasado en el hotel Florida, en plan comando *paparazzi*, a la caza de un robado que me permitiera darle bien por el culo a zorrón. ¡Y vaya si la pillé en bragas!

El presidente no aparta la vista de las fotografías mientras se pasa la mano derecha por la barba. Sigue intentando asimilar lo que le he contado. Sé que es duro de digerir, y hasta me da lástima el pobre hombre, pero no puedo permitirme la compasión. Alguien tan tradicional como él no va a consentir quedarse con la barragana de

su hijo metida en casa, pagándole un sueldo millonario y encima sabiendo que yo lo sé todo, así que voy a darle un último empujoncito, a ver si consigo que la eche a la puta calle de una vez.

Señor, ¿puedo hacerle una pregunta? Me mira como si saliera de un sueño pesado. Sí, dime. Antes ha dicho que le da miedo que sea peor el remedio que la enfermedad. ¿A qué se refería exactamente? Seré sincero contigo, me dice. ¡Qué menos!, pienso yo. Nada me gustaría más que echar a la calle a esa... Se calla. Sigue siendo un señor. Pero el departamento comercial es clave para nuestra empresa y necesito sustituirla antes de poder prescindir de ella. Entiendo. ¿Y si le dijera que yo puedo hacerme cargo mientras usted encuentra un sustituto? Me mira algo sorprendido. ¡Qué lentitos son los hombres a veces, joder!

Así puede hacer lo que quiere sin que la empresa sufra por ello. Mire, conozco muy bien el negocio y el funcionamiento del departamento. Estoy al tanto de todas las operaciones porque desde *marketing* preparamos la documentación de apoyo comercial. Conozco bien al equipo de ventas. Ellos son los que hacen todo el trabajo en realidad. Son muy competentes. Yo los supervisaré para asegurarme de que todo sigue funcionando correctamente. Confíe en mí. Tengo experiencia en ventas y puedo hacerme cargo hasta que encuentre a alguien que me releve. No dice nada y a mí el corazón me va a toda leche. Esta es la mano definitiva y ahora sí que están todas las cartas sobre la mesa. Ya no hay vuelta atrás.

Mantengo la vista fija en el presidente, que ahora me observa en silencio, con esos ojos de husky gélidos, impenetrables. Noto que una gota de sudor se me escurre espalda abajo. El corsé me está matando, pero no muevo ni un músculo. Se está haciendo el duro. Es un farol. ¿O no? Sigue sin decir nada y empiezo a temerme lo peor. De repente se levanta y va a su mesa. Vuelve a apretar el

botón del teléfono. Dígale al director de recursos humanos que venga a mi despacho inmediatamente. Cuelga. ¡Ay, coño! ¡Me va a despedir! ¡Joder! Regresa a la mesa de reuniones y se queda de pie frente a mí. Me tiemblan las piernas. ¡Que no lo note, por favor! Me parece una idea excelente, dice al fin, y siento más alivio que cuando me inyectaban morfina en el postoperatorio. Me gustas, añade. Los tienes bien puestos. Gracias, señor, sonrío. No, gracias a ti. Has demostrado iniciativa, lealtad y rigor, y en esta empresa eso es lo que nos gusta. Sé que lo harás bien. Pero vas a tener que trabajar muy duro a partir de ahora, sonríe. Me estrecha la mano, con demasiada energía para el gusto de mi musculatura dorsal. No se preocupe por eso, lo tranquilizo.

¡Madre mía! Me tomo un momento para serenarme antes de continuar. ¡No pienso volver a jugar a las cartas en mi vida! Ahora solo me quedan un par de cabos sueltos por atar. ¿Qué cree que dirá su hijo, si me permite preguntar? Suelta una carcajada que no tiene nada de alegre. Supongo que ya debes saberlo por esos mails, afirma señalando con la cabeza la carpeta que contiene impresa la correspondencia envenenada. Mi hijo dejó la empresa hace más de un mes, así que poco va a poder decir. ¡Bueno, por fin algo de sinceridad! Lo siento mucho, señor. De verdad. Está bien, señala levantando la mano derecha, como quitándole importancia. Los padres debemos estar preparados para que los hijos nos decepcionen. Pongo cara de circunstancias, porque desde luego, en su caso, no hace falta que lo jure. De momento, prefiero que no se sepa, me advierte. No diré nada, le aseguro.

Vale, y ahora a por la última, me animo. Lo mejor para el final. Señor, ¿puedo pedirle un favor? Por supuesto. Dime. Le parecerá extraño, pero ¿me permitiría que fuera yo quien le diera la noticia a la directora comercial? No creo que usted deba rebajarse a eso, y el

director general no está al caso de los pormenores. Creo que sería mejor que me encargara yo para evitar que la información salga de este despacho y los rumores se propaguen. ¿Le importaría? Me parece muy bien, contesta. Lo harás mañana por la mañana. Te avisaré en cuanto tenga la documentación del despido preparada. Perfecto. Recojo los mails y las fotos y vuelvo a guardarlos en la carpeta. ¿Quiere que se la deje? No, gracias, ya he visto más que suficiente, dice negando con las manos. De acuerdo. Gracias por su confianza, señor. Le tiendo la mano. Que tenga un buen día, me despido. Salgo del despacho con cinco kilos menos. Estoy eufórica. Parece que las piernas vuelan y no me siento la espalda. ¡La venganza es el mejor analgésico del mundo!

Bajo a mi planta y, cuando se abren las puertas, desde el pasillo tengo un perfecto ángulo de visión de la directora comercial en su despacho, riéndose mientras habla por teléfono. Se me entornan los ojos y una sonrisa maliciosa se me dibuja en la cara sin poder evitarlo. Ríete mientras puedas, hija de la gran puta, porque voy a disfrutar de cada uno de los segundos que tarde en arrancarte esa cabeza hueca de los hombros.

Llego a mi departamento y llamo a mi asistenta para que entre conmigo en el despacho. Para mañana por la mañana bloquéame la agenda, le digo mientras guardo el dosier de pruebas en mi maletín. Me lo llevaré a casa. No pienso dejarlo en el despacho. Cancela cualquier cosa que tenga y estate atenta, porque en cualquier momento tendrás que convocar una reunión urgente. Llama a la cuarta y que te reserven una sala para toda la mañana. Quiero que esté disponible para cuando la necesite. ¿Lo tienes? Lo tengo. Sé muy discreta, le advierto. Es muy importante, ¿estamos? Sí, claro, no te preocupes. ¿Va todo bien? No, le respondo con una sonrisa de oreja a oreja, que ya no me molesto en disimular. ¡Va todo perfecto!

17

Tarde o temprano, uno debe reconocer
que lo único realmente valioso
es el tiempo.

En la pantalla de quince pulgadas que tengo frente a mí, un enorme avión, colocado sobre el mapa del sudeste asiático, indica que estamos sobrevolando Mumbai. Hemos salido de Doha hace dos horas y aún quedan doce más hasta el aeropuerto de Nadi, en la isla de Viti Levu. Estoy muerta. Son las diez de la mañana y han pasado casi once horas desde que salí ayer por la noche de Barcelona. Por suerte viajo en *business* y pude utilizar la sala VIP del aeropuerto internacional de Hamad durante las casi tres horas que duró el enlace con mi vuelo actual. Pude ducharme, comer algo y descansar entre mármoles exclusivos, muebles de autor, paredes de bronce con caligrafía tradicional y complejas ornamentaciones hechas a mano. Todo un escaparate de ese sentido del lujo tan exuberante que caracteriza a los pueblos árabes.

El avión no tiene nada que envidiar al aeropuerto. Las cabinas son de uso individual, tienen puerta corredera y pueden cerrarse del todo, lo que me ofrece una intimidad que agradezco. Me flipa que te den un pijama y un bonito neceser con *amenities* de marca de lujo. Un detalle muy chic. Tomo nota mental. Compruebo que el asiento pueda quedar totalmente horizontal. Aunque ha pasado ya un año desde el accidente y el dolor ha disminuido muchísimo, lo cierto es que casi treinta horas de viaje ponen a prueba cualquier espalda y la mía no llega ni al aprobado justito.

Llegaremos a Fiyi de madrugada. Me esperará un coche para llevarme al hotel, que está en Suva, la capital. Menos mal que la reunión de mañana con el director de la Oficina de Visitantes de Fiyi es a las doce del mediodía. Al menos podré descansar algo. Necesito ultimar los detalles de las licencias de apertura del nuevo hotel. Ese es un trabajo que desde hace seis meses forma parte de mis funciones como nueva directora de *marketing* y ventas. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa cuando lo pienso. Creo que nunca me apeteció tanto un «apellido» en el cargo, como el de «ventas», que adorna mi título desde que zorrón desapareció de mi paisaje.

Dame diez minutos, le dije aquella mañana a mi asistenta, y entonces la llamas para decirle que vaya a la sala de juntas con carácter de urgencia. Dile que el presidente quiere verla de inmediato, así no se hará la estupenda. Cogí el dosier con el papeleo del despido, mi particular arma del crimen, y me encaminé a los ascensores para subir a la planta tres. Al pasar por el departamento comercial intenté no mirarla, pero se me escapó un vistazo rápido por el rabillo del ojo junto a su despacho. Estaba escribiendo algo en su ordenador. ¡Qué poquito te queda, puta! Noté que se me aceleraba el pulso.

Llegué a la sala y escogí el sillón central, de cara a la puerta. Eso la obligaría a ella a sentarse de espaldas a la entrada, en posición subconsciente de desventaja. Napoleón afirmaba que nunca habría sido derrotado si siempre hubiera podido elegir el campo de batalla. Reglas básicas de negociación. Cogí una de las carpetas de piel negra con el logo de NewStar estampado en oro y coloqué el dosier dentro. La dejé frente a mí, cerrada. ¿Quiere tomar algo?, me

preguntó la señora al cargo de la sala. No, gracias, le sonreí. Bueno, espere, pensándolo mejor, sí. Tráigame un café con leche, por favor. Enseguida. Perdone, una cosa más, la interpelé. Dígame. No le ofrezca nada a la persona con la que me voy a reunir ni se lo traiga, aunque ella se lo pida. ¿Entendido? Pareció algo sorprendida por mi orden, pero asintió. En estas salas debía haber visto de todo. Por supuesto. Gracias, zanjé sin más explicaciones.

Me senté a la mesa. Todo a punto para el espectáculo. Un par de minutos más tarde, vi aparecer a zorrón por el pasillo desde el ascensor. Al verme en la sala titubeó un instante. No me esperaba a mí, claro, pero se rehízo rápido y siguió adelante. Entró como un miura y yo me preparé para recibirla a porta gayola. ¿Qué tal?, me saludó al entrar. ¿A ti también te ha convocado el presidente? El presidente no va a venir. Siéntate, le dije señalando la silla frente a mí. ¿Perdona?, preguntó, con una cara mezcla de sorpresa y asco digna de un *gif* de WhatsApp con la leyenda «What the f...k?». Siéntate, repetí. ¿Cómo que no va a venir?, se resistió. Seguía de pie, apoyando una mano en el sillón que tenía delante. Entonces, ¿no hay reunión? Te equivocas, dije. Siéntate, volví a repetir. Vi cómo su garra apretaba el respaldo. No sé de qué va esto, pero tengo mucho trabajo, así que mejor nos vemos cuando estemos todos, ¿te parece? Hizo el ademán de querer irse. No, no me parece. Esta reunión la vamos a tener ahora tú y yo. Así que siéntate-de-una-vez. Lo dije muy despacio, sin levantar la voz, sonando extrañamente tranquila.

Alguien me dijo una vez que, en una discusión, cuanto más tranquilo amenazas, más miedo das. Y tenía razón, porque pude ver cómo mi respuesta la descolocó unos segundos, aunque enseguida se revolvió echando el pelo hacia atrás y dedicándome una mirada de esas de «pero con quién te crees tú que estás hablando», que yo

le devolví con otra de «no me impresionas, chati». Tal vez quieras llamar al presidente, le propuse con una sonrisa. ¡Dios, cómo iba a disfrutar esto! Sin mediar palabra, fue hasta el teléfono del bufet y marcó la extensión del viejo, mientras me miraba con desprecio. Preguntó por él, pero su asistenta, por supuesto, no le pasó la llamada. Se giró de cara a la pared, dándome la espalda, supuse que para no mostrarme su cara de frustración. Bajó la voz para insistir en que quería confirmar si lo esperábamos para la reunión. Por su «ya veo, de acuerdo. Gracias» entendí que le había quedado claro que íbamos a estar solas ella y yo.

Volvió a la mesa y se sentó. El morlaco tenía la soberbia algo más baja, pero el cabreo mucho más alto. Buen trabajo del picador. En ese momento, entró la camarera a servirme el café. Tráigame un americano, por favor, le pidió ella. La señora me miró incómoda. No se moleste, la tranquilicé. No se va a quedar tanto rato. Primer par de banderillas. ¡Olé! Bien, continué aprovechando su sorpresa para no dejarle meter baza. El presidente me ha pedido que te pregunte cómo está el plan comercial de Fiyi. Parpadeó encajando la pregunta y guardando silencio. ¿Quieres volver a llamarle?, pregunté en un tono peligrosamente lento. Entró al trapo. Sin protestar empezó a explicarme los detalles. Yo iba tomando notas aquí y allí, pero sin demostrar demasiado ahínco, no porque no me interesara, desde luego, iba a necesitar toda la información que pudiera darme esa mala pécora, sino porque había puesto a grabar el móvil antes de que llegara. Primero porque no quería perder nada de información; segundo, porque hacerme la «me-importa-un-bledo-lo-que-me-cuentes» con ella me producía un morbo especial; y tercero, porque zorrón era como los malos de las pelis de serie B, que no se mueren por muchos tiros, cuchillos y hierros que les caigan encima, así que mejor prevenir que curar. Ya metidos en faena, la interrogué sobre

presupuestos, alianzas y personas de contacto en el Gobierno de Fiyi. Ella intentaba escaparse, pero supe mantenerla en el centro del ruedo. Acabados los quites, tocaba entrar a matar.

Te agradezco la información, le dije en un tono nada agradecido. Y ahora voy a necesitar que me firmes esto. Saqué un folio de la carpeta y lo deslicé sobre la mesa hacia ella. ¿Qué es?, preguntó alargando la mano para acercarse el papel. Tu carta de despido. Estocada en toda la cruz. No pudo evitar que se le abriera la boca y juraría que yo tampoco el sonreír. ¿Qué dices? Que estás despedida. ¡Estás loca!, casi gritó, dejándose caer hacia atrás en su asiento, riéndose con sarcasmo. Tal vez, señalé yo sonriendo sin levantar la voz, pero tú estás en la puta calle, concluí. Volví a abrir la carpeta y saqué los cálculos de su finiquito. Demasiado generoso para mi gusto. Cuando acabes de firmar la carta, firma también la liquidación. Cogió los papeles y fue pasando de uno a otro, con el desconcierto y la ira alternándosele en el rostro. ¿De qué vas?, bramó, levantándose y sacudiendo los papeles delante de mí. ¿Qué mierda es esta? No te pongas histérica, le recomendé con suavidad, dejándome caer hacia atrás con indiferencia. El alarde de chulería me costó un buen pinchazo, pero París bien vale una misa. No hagas una escena. Esto son negocios. La empresa ya no requiere de tus servicios, no es nada personal. Entornó los ojos y apretó los dientes. Estás disfrutando con esto, ¿verdad? Huy no, querida, le solté, acercándome de nuevo a la mesa para mirarla fijamente. Las abuelitas no tenemos mucho sentido del humor. Se descompuso un instante, pero volvió a embestir. ¡Esto no va a quedar así! ¿Me oyes? ¡No pienso firmarte nada! ¡Quiero hablar con el presidente! ¡A ver si tiene huevos para despedirme él, en vez de mandar a su perrito faldero, como el cobarde que es! Tú sigue así, me dije, que menudo podcast le estás grabando al presi, hija...

Si yo estuviera en tu lugar —saqué una foto de la carpeta dispuesta a darle la puntilla—, algo imposible porque a mí jamás se me ocurriría tirarme al hijo del jefe, añadí lanzándole la foto con desprecio, me lo pensaría dos veces antes de tocarle las narices al presidente. Palideció al reconocerse en la imagen. Agradécele su discreción por no querer airear tus tácticas comerciales en el sector. ¿O crees que te lloverán las ofertas si se sabe que tu valor añadido es lo rápido que te abres de piernas? Si las miradas mataran, en aquel momento yo hubiera pasado directamente a discutir con san Pedro por toda la eternidad. Pero se calló y yo me sentí como el torero que, sabiéndose vencedor, se acerca a la bestia para tocarle la testuz con la mano mientras el animal hinca la rodilla, humillado.

Me levanté con parsimonia y fui lentamente hacia el bufé. Descolgué el teléfono y llamé a seguridad. Por favor, vengan a la sala de juntas de la tercera planta ahora mismo. Necesito que acompañen a alguien a vaciar su despacho. Gracias. No volví a mi silla. Me quedé allí, disfrutando primero de verla firmar la documentación, y luego de cómo el mulillero en forma de segurata sacaba el cuerpo muerto del toro de la plaza, escoltándolo hasta los ascensores. Ya a solas, recogí con sumo placer los papeles firmados, mi personal versión de las dos orejas y el rabo. Lástima que no tuviera yo la espalda para mucha fiesta, porque aquella faena se merecía salir a hombros.

Tengo hambre. Cojo el menú. En esta clase se puede pedir comida a la carta y cuando quieras. He leído que la oferta gastronómica a bordo está diseñada por chefs de renombre, así que me cuesta decidirme. Me apetece cualquier cosa con huevos y pan caliente. Nada de dulces, al menos por ahora. Llamo a la azafata, que no

puede ser más amable y le pido la comida. Me pregunta si quiero algo de beber. No suelo beber por la mañana, pero con el descontrol horario que llevo, lo cierto es que me apetece algo de alcohol, así que me decido por una copa de *chardonnay*.

Mientras espero, cojo mi iPad para revisar la agenda. Pasado mañana volaré en hidroavión a la isla Nanukulevu. Doce acres de paraíso rodeados de arena blanca y aguas turquesa, que desde hace cinco meses hemos arrendado por el módico precio de tres millones de euros que el presidente desembolsó sin pestañear. Disponemos de una isla privada. ¡Cómo mola! Y, si no hay contratiempos, allí abriremos nuestro primer resort siete estrellas, en junio del año que viene. Las obras ya están muy adelantadas. En un par de días podré comprobar en directo cómo avanzan.

Echando la vista atrás, me resulta increíble todo lo que hemos conseguido. Parece que el consejero, como la paloma de la canción, se equivocaba. ¿Cómo le irá? El presidente nunca habla de él. Es como si hubiera muerto. O incluso peor. Estoy convencida de que hubiera preferido enterrarlo. Así, al menos podría llorarle. Ahora solo lo ignora, lo obvia como a un mal recuerdo. El hijo traidor. Como si nunca hubiera existido. Oí que se divorció y dejó el país. Ahora vive en el Reino Unido. Ya no está en el sector. Creo que, a pesar de sus amenazas, al final escogió no volver a enfrentarse a su padre, lo que me parece muy inteligente por su parte. En cierto modo, así también se ha liberado.

Me sirven el vino y un delicioso mini *bowl* de humus con pan de pita. ¡Qué rico! La comida no tardará en llegar, me anuncia la monísima azafata. Rodeada de todo este lujo, me siento en las nubes, literal y metafóricamente hablando. Quién iba a decir que una chica de barriada llegaría tan alto, valga la redundancia aérea.

Doy un trago a mi copa disfrutando del paisaje azul y el *It's good to be the King* de Mel Brooks resuena en mi cabeza.

Como una siempre acaba enterándose tanto de lo que quiere como de lo que no, supe que cuando el consejero se marchó a Londres, dejó a zorrón aquí. Normal. Su historia no tenía mucha base. La ambición y la calentura hacen extraños compañeros de cama, pero está claro que el encamamiento no dura para siempre. No compartían mucho más que el enemigo común que representaba el viejo y claro, muerto el perro, las pulgas abandonaron el barco. Aquello no era amor. Vamos, no me imagino a la sabandija rubia enamorada. Para eso habría que tener corazón. Cojo un poco de humus. Maravilloso. Un trago al vino. Ideal. Jugueteo con la copa. El sol me da en la cara y presiono el botón que oscurece la ventanilla ¿Le pediría su mujer el divorcio porque se enteró de su aventura? Lo dudo. ¿Para qué? Llevaban casi treinta años casados y me juego lo que quieras a que zorrón no era la primera con la que su marido echaba una cana al aire. Y si no había dicho nada hasta entonces, ¿para qué hacerlo a estas alturas? El estatus social exige ciertos sacrificios y tampoco es que sea tan difícil no darse por enterada. Mírame a mí. Siempre pensé que una infidelidad me resultaría inaceptable. Vi lo que les hizo a mis padres. Me acabo el vino y el humus. Pero, al final, el matrimonio no deja de ser un contrato y cada parte debe ganar algo. Es lo justo. Vale, mi marido tiene una amante. ¿Y? Mi padre no le ha dicho nada a nadie, me he asegurado bien. Tras la pelea cuando me lo contó hicimos las paces, claro, y le pedí que nunca volviéramos a hablar de ese tema. Con nadie. Bajo ninguna circunstancia. Supongo que se sentía culpable de habérmelo escondido, así que me lo prometió. Por mi parte, yo desde luego no tengo ninguna intención de alardear de cornamenta, así que el secreto está a salvo.

Cuando fuimos a Italia, tenía intención de solucionarlo, de que pudiéramos hablarlo como personas civilizadas, pero lo cierto es que no se dio. Ahora lo agradezco. Fue como una señal, porque después del viaje me di cuenta de que, en realidad, hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Creo que lo que causa el desastre no es el *affaire* en sí mismo, sino la exposición pública y gratuita de la verdad. Siendo realista, ¿qué hubiera ganado yo hablando del tema con mi marido en Florencia? Solo darle una excusa para dejarme o para ofenderme tanto que me viera obligada a dejarle yo. ¿Y de qué me iba a servir eso? En estos momentos de mi vida, lo último que necesito es pasar por un divorcio. No tengo tiempo, ni ánimos, ni me interesa. No quiero tener que escuchar las arengas de mi madre sobre lo malos que son los hombres, ni sentir la compasión de la gente, ni buscar un piso, ni repartir los muebles. ¡Qué pereza! No quiero tener que ir sola a las barbacoas familiares en casa del presidente, ni a las cenas de empresa ni a todos los actos sociales que me exige mi nuevo puesto. Trabajo en una empresa familiar, con valores tradicionales. Sé lo que me hago. Ni puedo ni quiero pasar por un divorcio ahora, y menos por adulterio, sobre todo después de haber destapado el lío del consejero con zorrón. ¡Qué vergüenza!

Así que, tras mucho pensarlo, decidí no menear el tema y no me arrepiento. He llegado a la conclusión de que diseccionar los hechos, airearlos, con la convicción de que la sinceridad *a posteriori* va a poder justificar el engaño o sanar aquello que lo provocó, es totalmente absurdo. En realidad, tirar de la manta lo único que provoca es extender la putrefacción, hasta que el hedor es tan insoportable que el orgullo nos obliga a hacer algo al respecto. Y la arrogancia nunca ha sido buena consejera cuando se trata de tomar decisiones.

Yo tengo muy claras mis prioridades ahora mismo. Quiero triunfar. Puedo conseguirlo, pero para hacerlo, necesito sacar adelante con éxito este proyecto, lo que supone dedicarme al mil por cien. Si el divorcio no es una opción, y desde luego no lo es ahora, la única alternativa que me quedaría es arreglar las cosas con mi marido. ¿Y a qué precio? No quiero tener que justificar constantemente si trabajo más o menos horas, discutir por si estoy más o menos cansada, o preocuparme por si hace más o menos tiempo que no follamos. No. No quiero distraerme ni estoy dispuesta a renunciar a mi sueño. Reconozco que a veces me molesta pensar en la pelirroja. Soy humana. Pero también soy consciente de que gracias a ella mi marido me deja tranquila y, ahora mismo, eso es una ventaja para mí. Lo que pase después está por verse. Porque cuando haya conseguido lo que quiero, ya me encargaré de poner las cosas en su sitio. Pero no será lo mismo que hacerlo ahora. Miro a mi alrededor. Los disgustos, con VISA oro, desde luego son mucho más llevaderos.

La comida interrumpe mis pensamientos. ¡Madre mía! Pero qué pinta tiene esto. Una tortilla con queso cheddar, salchicha de pollo a la brasa con guarnición de patatas asadas y setas portobello, acompañado de una cesta con tres tipos de pan caliente. Empiezo a salivar. La auxiliar me ofrece más vino tras dejar la bandeja sobre la amplia mesa de mi cabina. *Yes, please*. Sonrío. La mesa queda dispuesta como en un restaurante. La vajilla de cerámica, los cubiertos de metal, la mantelería de tela y hasta una velita, de esas de pila, claro. Nada de usar y tirar. ¡Hasta el salero es un minimolinillo con sal rosa del Himalaya! Sí. Este es el nivel al que quiero acostumbrarme. En la intimidad de mi cabina saco el móvil y hago unas fotos para mandárselas a mi madre. Se le va a caer la baba, con lo que le molan a ella estos lujos. Últimamente está un poco de culo, así que prefiero tenerla entretenida con estas cosas

para que no me dé la paliza. Se queja de que no le hago caso, de que no la llamo. ¡Qué pesada! ¿Entre qué y qué, si no tengo tiempo de nada? Desde que tengo uso de razón, la he oído decir que las cosas no son gratis. Pues chica, no se puede tener todo. En fin. ¡Madres! No hay quien las entienda.

Me traen el vino. ¡Qué fresquito está! Si todo sale como espero, mi posición al frente del departamento de ventas pasará a ser definitiva trayéndome todas las prerrogativas del cargo. Sé que el presidente está muy contento con mi trabajo, aunque no me ha resultado nada fácil. La marcha de la directora comercial y el consejero dejó la empresa en una situación delicada, pero mi jefe y yo hemos cubierto los huecos con total eficacia. Ambos asumimos las funciones de mano derecha del presidente, él en la junta y yo en lo operativo. El trabajo del último medio año ha sido abrumador, es cierto. Apenas tengo tiempo de nada que no sea trabajar, pero no me importa. Esta es una oportunidad única y no voy a dejar que se me escape. Solo quedan seis meses para el gran lanzamiento. Se me encoge el estómago de pensarlo. ¡Aún me queda tantísimo por hacer! La fiesta de presentación que estoy preparando en Barcelona va a ser el evento de este 2014 y no puede fallar nada. Los principales turoperadores del sector de los viajes de lujo estarán allí, y también asistirán personalidades, políticos, atletas famosos, estrellas de cine, gente guapa... Los traeremos de todo el mundo. Esto es otra liga y tiene que resultar impecable. Me juego mucho. Si sale bien, me consagraré como el nuevo talento del sector y afianzaré mi posición en la empresa. Estando al frente de los dos departamentos que generan ingresos, mi poder será prácticamente el de una subdirectora y, quién sabe, en el futuro hasta eso podría mejorarse. No es un mal recorrido en apenas dos años y medio. Y eso habiendo sufrido un accidente grave.

Estoy cansada y el vino empieza a hacer su efecto. Llamo a la azafata para que retire la bandeja. Necesito dormir un poco, así que le pido la ropa de cama. Cojo la bolsita con las zapatillas y el pijama que la compañía ofrece a cada pasajero y voy al baño a cambiarme. El lavabo es un espectáculo. Olvídate de los minúsculos habitáculos de los aviones. Aquí hay una zona de aseo, con un banquito y hasta orquídeas naturales. El inodoro está al fondo, en una zona aparte, con puerta independiente. Salvo para los acróbatas del Circo del Sol, el mito de echar un polvo en el excusado de un avión nació en los baños de la clase *business* de Qatar Airlines, dadlo por seguro.

Vuelvo a mi cabina y me han preparado la cama. No me extraña que esta tripulación tenga el premio a la mejor del mundo. ¡Menudo servicio! Cierro el compartimento, me pongo el antifaz y me tumbo, pero no consigo dormir ni con las dos copas de vino, así que pongo la tele a ver si me quedo frita. Zapeo un rato sin decidirme por nada. No quiero ver una peli. Me despejaría. Un documental estaría bien ¡Uf! Paso de National Geographic. Nada de bichos. Mira, una biografía de Ophra Winfrey. La vida y milagros de la presentadora más famosa de la televisión estadounidense, que nació de madre soltera entre la pobreza rural de Mississippi y conquistó el puesto catorce de la lista de las cien personas más influyentes del mundo de la revista *Forbes*. De los Estados Unidos profundos a la cima del Olimpo mediático. Me encantan las historias de éxito. Me motivan para conseguirlo yo algún día.

Me veo ahí, mano a mano con Ophra, contestando a sus preguntas. Siempre pensé que conseguiría hacer algo grande. ¿Hay gente predestinada a triunfar? ¿O esas cosas solo pasan en Estados Unidos? Europa es tan vieja que a veces creo que el entramado empresarial es endogámico a más no poder. Luego pienso en mi presidente, que ha levantado un imperio de la nada y recupero la

esperanza. Aunque lo hizo en otros tiempos, después de una guerra, cuando el mundo aún era enorme y todo estaba por hacer. Ahora, la maldita globalización machaca cualquier brote verde que pretenda sobresalir de la media. Las grandes corporaciones se apresuran en fagocitar cualquier proyecto que destaque, y lo peor es que lo hacen con la connivencia de los mismos emprendedores, que venden orgullosos de haber generado tanto interés en su proyecto, pues ese era su objetivo. Se compran sangre nueva con cantidades astronómicas para eliminar la competencia, como un vampiro que bebe de jóvenes vírgenes para garantizar su existencia por toda la eternidad.

Yo decidí muy pronto que no quería negocio propio. ¿Para qué? Demasiado riesgo, eso lo viví en mi casa. Prefiero trabajar para otro, pero es cierto que no puedo evitar tomarme el trabajo como si fuera mío. ¿Habré heredado el ADN emprendedor de mi padre? Tal vez algún día, cuando haya llegado a la cumbre de mi carrera, monte algo por mi cuenta, pero será algo en paralelo. No para dedicarme al cien por cien. Pero bueno, ya veremos. De momento quiero centrarme en conseguir asegurar la dirección comercial. Y está tan cerca. Casi puedo rozarlo con los dedos.

De repente, el avión traquetea con violencia y me llevo un susto de muerte, que me trae uno de esos pinchazos que no tenía hace mucho. Da unas cuantas sacudidas más, antes de que por megafonía pidan que nos pongamos los cinturones porque estamos atravesando una zona de turbulencias. Qué mal rollo me dan las turbulencias. La azafata llama a mi puerta para pedirme que ponga el asiento en posición vertical. Eso no me tranquiliza precisamente.

Incorporo el asiento y me agarro a los brazos del sillón mientras el aparato se zarandea arriba y abajo al ritmo del ruido que provocan los trastos que se mueven. Aprieto la cabeza contra el respaldo y

respiro hondo. Todo va bien, todo va bien, me repito. Odio hacer surf en el aire. Bueno, odio el surf en general. Pasa una de las azafatas e instintivamente la miro a la cara, buscando alguna señal que me confirme que vamos a caer al Pacífico para protagonizar la nueva temporada de *Perdidos*. Me sonríe. Parece que de momento no es nada grave. ¿O sí? Esta gente está entrenada para disimular ante el pasaje. ¡Dios mío, que deje de moverse, por favor! Siete sacudidas más tarde, tras una caída de esas que te suben el estómago hasta el paladar, el cielo tiene a bien darnos un respiro y la navegación se normaliza. Me quedo pegada al asiento unos instantes más, desconfiando de la tregua, hasta que la señal de abrocharse los cinturones se apaga. ¡Gracias a Dios! Respiro aliviada. Tumbo el asiento de nuevo hasta que queda totalmente horizontal y me bajo el antifaz. Me acurruco, intentando encontrar la posición más cómoda, pero de pronto el antiguo crujido de los hierros en mi espalda vuelve para protestar por la tensión acumulada, recordándome con su cruel *clonc* que sigo siendo frágil. Siento unas terribles ganas de llorar. ¿Qué coño?, me reprocho. Soy idiota. Tomo aire varias veces y consigo serenarme, pero estoy convencida de que, con la adrenalina bailando *stepdance* por mi cuerpo, no va a haber quien concilie el sueño. Creo que llevo Dormidina en el bolso. Necesito desconectarme un rato. Esto de estar sin hacer nada me resulta agotador.

18

Nada produce mayor placer
que lograr lo que todos creyeron
que nunca conseguirías.

Esas palmeras tienen que ir más atrás, ahí molestan el paso de los camareros. ¡Y añade más guirnaldas de luces! Presentamos un siete estrellas. Esto tiene que brillar, no es una cena romántica a la luz de las velas. Claro, más luces, anota. Hoy es el día. Solo faltan cuatro horas para que lleguen los primeros invitados. Estoy dando la última vuelta de reconocimiento al yate de lujo que hemos alquilado para la fiesta de presentación a los principales turoperadores del sector. A mi lado, la *product manager* de la empresa de eventos que he contratado para la ocasión. Detrás nos siguen su ayudante, mi asistente, el responsable de relaciones públicas, el jefe de prensa y el de grandes cuentas. Sé que me ven como la Reina de Corazones de Alicia de paseo por sus dominios. Y mi atemorizado séquito espera que de un momento a otro grite: ¡Que le corten la cabeza! Y lo cierto es que, como no hayan hecho lo que toca, no los voy a defraudar.

La idea de celebrar la presentación en un yate de lujo se me ocurrió enseguida. Era tan lógico. Si vamos a vender retiros ultra VIP en una isla privada, ¿qué mejor que celebrarlo en el mar rodeados de lujo y agua por todas partes? Lo difícil fue encontrar el barco perfecto, pero me recomendaron a un bróker que me hizo la vida mucho más fácil y me encontró esta joya color azul acero, de elegante diseño y ciento ochenta metros de eslora. ¡Es enorme!

Tiene el tamaño de casi dos campos de fútbol. Los cincuenta invitados estarán muy cómodos en la fiesta y los otros cincuenta del *staff* y la tripulación apenas molestarán. Hay seis cubiertas enormes, un helipuerto en la proa y una piscina estilo acuario en la popa más grande. He ubicado al presidente en la *suite* del piso superior, porque tiene una cubierta de uso exclusivo, para que mañana pueda reunirse en privado con cada uno de los veinte turoperadores invitados que pernoctarán en el barco. Al fin y al cabo, esto no es una fiesta entre amigos.

Tras revisar la decoración de la cubierta principal entramos en el salón comedor. He hecho desmontar la enorme mesa que ocupaba el centro de la estancia para que los invitados puedan circular libremente. Está precioso. Este barco es un museo flotante, con obras de arte auténticas en las paredes. Solo el seguro que he tenido que contratar para el evento ha costado una fortuna. Pero no hemos escatimado en gastos. El presidente quería entrar a lo grande en el sector del lujo y yo le he dado la Puerta de Brandemburgo. La verdad es que ha quedado espectacular. Recrea a la perfección el estilo de nuestro resort en Fiyi.

Quiero repasar el cronograma, digo saliendo a la cubierta de popa para ver cómo ha quedado el *beach club*. ¡Poned más cojines alrededor del *jacuzzi*, por favor!, ordeno a los operarios que ultiman los detalles decorativos. Nos sentamos en los comodísimos sofás blancos. ¡Qué gusto descansar la espalda! Aunque ya no me duele como antes, tanto rato en pie, arriba y abajo, me sigue pasando factura. Hace un día precioso. El sol de junio me da en los ojos y me bajo las gafas de sol que llevaba en la frente, a modo de diadema, mientras la *product manager* empieza a cantarme la escaleta.

A las seis llegarán los turoperadores, lee. Haremos el *check-in* a sus camarotes y tiempo libre para que se arreglen para la fiesta.

¿Han llegado ya todos a Barcelona?, pregunto. Sí, responde el de grandes cuentas. Ya están todos en nuestro hotel del centro. Bien. Confirma el horario de recogida de los coches, le ordeno, para que lleguen a tiempo al puerto. No quiero tener que esperar a nadie. Por supuesto, responde. Miro a la de la agencia y le hago un gesto con la mano para que siga. A las ocho, recepción del resto de los invitados y cóctel de bienvenida a bordo. ¿*Celebrities* confirmadas?, insisto. Todas, contesta. Nadie ha querido perderse el evento, añade. ¡Solo faltaría! Con la pasta que me he dejado en cachés, pienso. Alfombra roja y *photocall* para los medios frente a la pasarela. ¿Todo OK?, digo señalando al jefe de prensa. Sí, han aceptado todos. Bien. Sigue, por favor, le digo a la *product manager*.

A las ocho y media zarpamos. Nueve, discurso de bienvenida del presidente en el escenario de la cubierta principal. Nueve y cuarto, tu presentación del tour al resort en realidad virtual. Siento una punzada de nervios en el estómago. ¿Han llegado ya las gafas?, la interrumpo. Sí, responde el de eventos. Están todas en el auditorio de la cubierta dos. ¿Las habéis probado? Aún no, contesta. ¿Y a qué esperas? ¿A que todo el mundo las lleve puestas esta noche? Se levanta de un salto para dar órdenes por teléfono. Pongo los ojos en blanco. ¿Es que tengo que encargarme yo de todo?

Dale, le digo a la de la agencia para que continúe. Después de ti, el discurso del embajador de Fiyi y cierra el ministro de Turismo. Noto cómo se me tuerce el morro. Odio el peaje político, siempre tratando de chupar cámara y poniéndose medallas que pagan otros. ¡Qué asco! Diez menos cuarto, acaban los discursos y empezamos a pasar la cena, primero fríos y luego calientes. A las diez y media, empieza el show de Carl Cox. ¿Cuándo embarca?, me intereso. Llegará a las tres y media para la prueba final de sonido. Su equipo ya lo tiene todo preparado. Perfecto, lo recibiré yo personalmente,

indico. Que esté el fotógrafo para las redes, le digo a mi asistenta. ¿Su lista de exigencias cubierta? Sí, me confirma. Estupendo. Traer al mejor DJ del mundo para amenizar la fiesta ha tenido su qué. Yo creo que los tres tenores juntos tendrían menos antojos que uno solo de esta nueva camada de divos modernos. Mucho *disruptive*, pero el morro bien fino.

¿A qué hora volvemos a puerto?, sigo preguntando. Pasada medianoche. Desembarcan prensa, *celebrities* y autoridades, me explica. Entrega de *media kits* a la prensa y regalos a los asistentes. Los coches los esperan para devolverlos a su destino y nosotros volvemos a zarpar máximo doce y media. *Chill-out* en el *beach club* hasta las dos, para el que quiera alargar. Suspiro. A mí me tocará quedarme hasta las mil, me temo.

Día siguiente, continúa con tono profesional, a partir de las nueve desayuno bufete en el salón comedor de la cubierta dos, *pool party* en la piscina de la cubierta principal a partir de las once, y a las dos... ¿Han llegado los bañadores de regalo?, la interrumpo, levantando la mano derecha. Sí, los han traído esta mañana de Andrés Sardà y los dejaremos en el pack de bienvenida en cada camarote. Quiero ver el pack, ordeno. La *product manager* hace un gesto a su ayudante, que sale corriendo a traerme uno. ¿Qué más?, digo. Pues a las dos llegaremos a Aiguablava y atracaremos en Platja Fonda. Las lanchas nos llevarán hasta la playa, y allí almuerzo en la jaima con menú degustación del Celler de Can Roca.

Antes de que pueda hacerle la siguiente pregunta, se anticipa y me enseña un vídeo corto del montaje de la jaima. Cerrar la playa al público no ha sido fácil en pleno mes de junio pero, como dice el refrán, poderoso caballero es don Dinero. Quiero muchas flores blancas, no te olvides. Que den frescor. Sí, sí, todo previsto, no te preocupes, me tranquiliza. Me gusta esta chica. Muy eficiente. Ojalá

la tuviera en mi equipo. Igual le echo la caña. ¿Qué más?, le pido. A las cinco, volvemos al barco y atracaremos en Barcelona sobre las nueve. Desembarco, coches para devolverlos al hotel y fin del acto.

Llega el asistente con uno de los *welcome pack* que los turoperadores encontrarán en su camarote. *Amenities* de Hermés, un bañador diseñado a medida para cada invitado en función de sus gustos, el dosier del resort de Fiyi y un vídeo de bienvenida del presidente en un iPad. Todo en una caja preciosa forrada de tela negra, con el logo de NewStar y el eslogan del evento grabado en dorado en la tapa. Está bien. Gracias, le digo. Siento una punzada de orgullo por haber ideado esto.

Muy bien, chicos. Me levanto. Queda muy poco para empezar, les recuerdo. Revisad hasta el más mínimo detalle, ¿vale? No os confiéis. Nos jugamos mucho. Tened presente el *leitmotiv* de la fiesta: *The NewStar Concept of Paradise.* Y en el paraíso todo-es-perfecto, remarco las palabras. Quiero que hoy funcionemos como un reloj suizo, ¿estamos? Ni un solo fallo, ¿entendido? Todos asienten y yo doy por acabada la reunión.

¿Ha llegado el presidente?, le pregunto a mi asistenta. Sí, está arriba, en su camarote. Entro en el salón y subo al ático por una de las dos escaleras curvas que se despliegan a ambos lados de la estancia. Menos mal que ya no me cuesta tanto subir. Los italianos tienen razón: *Il tempo, gran dottore*. Lo encuentro en el sofá de su cubierta. Le queda bien el yate. Parece que haya navegado toda la vida.

Se levanta cuando me ve aparecer. ¡La mujer del momento!, dice riendo y abre los brazos. Me acerco alegre y me da dos besos en las mejillas. ¿Todo a su gusto, señor? Todo maravilloso, afirma. Mi mujer está encantada con el camarote. ¡Ahora quiere que nos compremos uno de estos para las vacaciones! Pone los ojos en blanco y se ríe.

Bueno, contesto riendo también, si Fiyi funciona como esperamos no creo que tarde usted mucho en darle el gusto. Vuelve a reír. Se le ve satisfecho. Ven, siéntate, me dice señalando el sofá. Quiero comentarte algo. No le veo los ojos tras las gafas de sol pero tiene un gesto amable, así que no debe ser nada malo. ¿Querrá hablar de lo que me imagino? Más que mariposas, en el estómago empiezo a sentir buitres leonados batiendo las alas. ¿Todo listo para esta noche? Todo a punto, señor. Va a ser un éxito, ya lo verá. Lo sé. Está todo precioso. Te felicito. Gracias, contesto. Has trabajado mucho, me reconoce, especialmente en el último año desde que te hiciste cargo del departamento comercial. Tiene razón, pero me callo. Queda feo darse autobombo. La negociación en Fiyi fue impecable, me felicita. El corazón me late muy rápido. ¡Ay, Dios! No me daría tanta coba si no fuera a... No me atrevo ni a pensarlo. Jugueteo con mi alianza para tener las manos ocupadas. Gracias, señor. Era mi trabajo y ha sido un placer. Me ofrece agua de la jarra que tiene delante. No, gracias. Ahora mismo, me cuesta tragar hasta el aire.

No me pediste nada cuando te pusiste al frente, me dice, sirviéndose él. Va a pasar... Lo presiento. No era el momento, señor. Es cierto, era algo transitorio, admite. Se calla un instante. ¡Por favor, que alguien pare ese corazón que va dando saltos por cubierta! ¡Es mío y lo necesito! ¿Y qué me dirías si te propusiera que lo hiciéramos definitivo? Siento como si se me llenara el cuerpo de burbujas. ¡Ay, Dios! ¡Está pasando! ¡Sí! Me noto sonriendo de oreja a oreja y en mi mente bailo como Carlton Banks en *El príncipe de Bel-Air*, pero intento mantener la calma. Pues que sería un honor, señor, le agradezco. Te lo has ganado, me devuelve la sonrisa. ¡Muchísimas gracias! El lunes ven a verme al despacho y ultimaremos los detalles, ¿de acuerdo? Pero ya te adelanto que estarás muy contenta, añade. Se baja las gafas hasta la punta de la

nariz, me guiña un ojo y me da un par de palmaditas en la rodilla. Seguro que sí, me río. Allí estaré, señor, gracias. ¡Perfecto! Pues entonces lo anunciaré esta noche en mi discurso. Casi se me para el corazón. ¡Joder! ¡Esto sí que no me lo esperaba! Me ratificará en el cargo delante de la flor y nata del sector, ante la prensa. Saldrá publicado. ¡Madre mía! Ahora mi Carlton está en pleno ataque epiléptico. No quepo en mí de orgullo. Lo he conseguido. Está sucediendo de verdad. ¡Por fin!

Mientras bajo la escalera hacia mi camarote la cabeza me da vueltas y me agarro a la barandilla un momento. ¡Tengo que llamar a mi madre para contárselo! ¡Aún no me lo puedo creer! Tendré que decir unas palabras, ¿no? Nada largo, no son los Óscar, pero sí dar las gracias. Sí, eso es. No voy a monopolizar el momento, lo importante es el lanzamiento del resort, pero si no digo nada voy a parecer una rancia. No quiero empezar con mal pie delante de la prensa. Algo corto y elegante. Saludo a los asistentes, doy las gracias al presidente por la confianza, hablo de lo orgullosa que estoy de pertenecer al grupo NewStar y desde ahí enlazo con el placer de presentar Fiyi. Un poco soso, ¿no? A ver, piensa. Dar las gracias bien, pero mejor añado algo tipo: «Estoy muy emocionada», o no, no, espera, algo tipo: «Acepto este desafiante reto y confío estar a la altura». Sí, eso queda bien. Tienes iniciativa, pero con modestia. Sí, exacto. Que no parezca prepotente. Llego a la cubierta tres, donde está mi camarote, y me quedo un instante fuera. Siento el sol en la cara, el aire salado, oigo las gaviotas. Miro hacia abajo y desde aquí, la cubierta principal realmente parece un pedazo del paraíso. Uno que he construido yo. No está nada mal para una chica de Badalona. Miro el reloj y aún tengo media hora antes de que llegue Carl Cox. Saco el teléfono y marco el número de casa de mis padres. Van a flipar con la noticia, aunque me juego lo que quieras a

que a mi madre lo que más ilusión le va a hacer es saber que, seguramente, la semana que viene me verá en el *Hola* con Isabel Preysler.

Quedan dos horas cuando por fin entro en mi camarote a arreglarme para la fiesta. Mi marido está en el pequeño balcón hablando por teléfono mientras mira al mar. Se gira al oírme entrar y baja la voz enseguida. Seguro que está hablando con ella. Noto una pequeña punzada en el pecho. No importa, me digo. No voy a dejar que nada me joda el momento. Me meto en el baño a darme una ducha antes de que llegue mi estilista. Cuando salgo, envuelta en el albornoz y con una toalla en la cabeza a lo Carmen Miranda, él ya ha colgado y está tumbado en la enorme cama del camarote, leyendo. Tengo una noticia, le digo, mientras me doy crema en las manos. ¿Ah sí? ¿Qué pasa?, dice sin bajar el libro. El presidente me ha confirmado que me dan la dirección comercial definitivamente. ¡Vaya! Enhorabuena. Ha dejado descansar el libro sobre su pecho pero no parece muy entusiasmado. ¡Gracias! Sonrío. Estoy muy contenta. Sí, ya me lo imagino, apenas musita volviendo a levantar el libro. A ti, en cambio, no parece que te haga mucha gracia, comento. No, claro que sí, me alegro por ti. Es lo que querías, ¿no? Sí, exacto, es lo que quería. Por fin me reconocen lo que valgo. El presidente lo anunciará públicamente esta noche y el lunes quiere que vaya a verlo para comentar mis nuevas condiciones, así que veo un buen aumento en el horizonte. Sonrío, dándole un golpecito cómplice en la pierna. Felicidades, repite con el entusiasmo de un dispensador automático de tabaco. ¡La madre que lo matriculó! Estoy a punto de soltarle una fresca cuando llaman a la puerta. Salvado por la campana, pienso mientras voy a abrir. Es mi estilista, que entra con la acreditación de

staff colgando del cuello y arrastrando un *trolley* por la moqueta del camarote que, por el tamaño, ha de contener todos los milagros creados por la industria cosmética para conseguir que esta noche yo luzca tanto o más que las estrellas de cine que hemos invitado al evento.

Está emocionadísimo. Hasta se ha decolorado el pelo a lo Lady Gaga para la ocasión. Nos conocemos desde hace mil años y me peina desde hace novecientos noventa y nueve. Me tiene calada a la perfección. Sabe lo que me gusta, lo que no soporto, lo que me queda y lo que no. Y esta noche es la noche, así que no podía confiar mi *look* a nadie más. ¡Cari, cari, cari, menuda barquichuela te has montado aquí!, me dice mientras entra en tromba, entusiasmado. Deja sus trastos y va de un lado al otro del camarote dando gritos de admiración con cada detalle. ¡Esto es lo más! Mi marido anuncia que va a ducharse. Creo que la exuberancia de mi estilista lo perturba. No hago ni caso. ¿Qué te parece, *amore*? Le digo riendo y girando sobre mí misma con los brazos abiertos. ¡Supertop! ¡Lo más! ¿A que sí?, le digo riendo. ¿Has visto cómo está todo abajo? ¡Huuuyyy! Casi me meo toda, nenita. ¡Está de cine! La próxima vez me tienes que invitar. Claro, cari, pero es que hoy es muy exclusivo. Sí, ya lo sé, tonta. Te lo digo en broma, contesta, aunque te aviso que como me cruce con Javier Bardem, ¡no respondo! Pone los ojos en blanco. No seas golfa, le digo dándole un cachete en el culo. Se ríe.

Bueno a ver, dice con su tono más profesional. ¿Qué vas a llevar al final? Pues mira, digo yendo al armario. He traído varias cosas, pero justo me acaban de dar un notición y ahora tengo que estar absolutamente maravillosa, sí o sí. Le cuento las novedades y casi le da un parraque de la emoción. Ya ves, con que mi marido hubiera mostrado la mitad de su entusiasmo me habría dado por satisfecha.

Así que creo que me voy a poner este, le cuento mientras saco del armario un vestido drapeado negro corto, en tafetán de seda, con una gran lazada en la cadera izquierda que cae hacia atrás en forma de cola hasta el suelo. Se echa las manos a la cara. ¡Ay, madre! ¿Es un Óscar de la Renta? Sí, señora, le digo, orgullosa. Se le escapa un gritito cuando se acerca a acariciar la tela de la cola con reverencia. ¡Divino! ¡Ponte este! ¡Vamos, ni te lo pienses! Alejo la percha para verlo mejor y sujeto la cola con la otra mano. Sí, es divino, pero con este vestido me tengo que poner tacones y no llevo zapato alto desde hace siglos. A ver, contesta él, llevar tacones es como ir en bicicleta, cari. Enséñamelos, venga, me dice en un alarde de paciencia. Saco de su caja una sandalia Lovella de Jimmy Choo de tacón de aguja y puntera abierta, que se cierra con correa en el tobillo y una hebilla en el lateral. Me la quita de las manos. ¡Monísima!, sentencia. La pone de perfil. Y tiene tacón medio, mujer, no es para tanto. Ay, ¿tú crees? Saco la otra de la caja y la observo. Solo son ocho centímetros. La verdad es que me muero por llevar tacones, le confieso.

En ese momento, mi marido sale del baño. Me mira con cara de asombro y me hace una señal para que me acerque. No irás a ponerte esos zapatos, ¿verdad?, me dice en voz baja. A pesar de que susurra, su tono me ofende. Pues sí, contesto en voz alta volviendo hacia la cama a devolver la sandalia a su caja. Él mira a mi estilista, que me devuelve el objeto de la discordia y se pone a montar sus trastos en el tocador para salir del fuego cruzado que se avecina. Mi marido duda antes de ponerse a discutir en público, pero parece que al final le puede más el cabreo que la intimidad. ¿Te has vuelto loca? ¡No te puedes poner tacones! Esta vez no cuchichea. ¿Ah, no? Pongo los brazos en jarra. ¿Y se puede saber por qué? ¿Me lo dices en serio?, contesta. Sí, te lo digo en serio, ¿por qué coño no

voy a poder llevar tacones esta noche? Suelta un ¡ja! de incredulidad llevándose las manos a la cabeza y a mí me dan ganas de tirarle la sandalia a la frente. Pues porque aún tienes mal la espalda y estar toda la noche de pie con esos... esos..., agita una mano al frente buscando una definición adecuada, pinchos mortales, no te hace ningún bien. ¡Qué sabrás tú lo que le hace bien o no a mi espalda! ¡Pues mejor que tú, por lo que parece! ¡Como si no fuera ya bastante malo todas las horas que trabajas o que te saltes el ejercicio día sí, día también!, me grita. Hasta que no vuelvas a operarte sigues en proceso de rehabilitación. ¡No puedes hacer estas locuras! Operarme otra vez... Me tenso ante la mención de la espada de Damocles que sigue ahí, suspendida sobre mi cabeza. Estoy más que harta. Todo el mundo da por hecho que voy a volver al quirófano cuando yo ni tan siquiera me he decidido aún. ¿Cómo coño voy a operarme ahora? Tal vez dentro de unos meses, cuando todo se normalice, pero ¿justo ahora? ¿Recién nombrada? ¿Estamos locos o qué? Mira, ya sé que a ti te da igual, le suelto, pero esta noche es muy importante para mí. Por fin he conseguido subir a otro nivel y no tengo la más mínima intención de parecer una puta abuela delante de toda esa gente. Voy al tocador, me siento y me quito la toalla de la cabeza. Con los pelos disparados parezco una loca. Díselo tú, le pido a mi estilista, que se ha puesto a desenredarme el revoltillo, a ver si a ti te entiende. Parece un poco sorprendido de que le haya dado vela en este entierro, pero se gira para mirarlo. Bueno, para presumir hay que sufrir, le dice con voz de pito señalándolo con el peine. ¡Joder! No sé yo si el concepto sufrimiento me va a ayudar mucho que digamos, pero parece que dos contra uno ya es demasiado y mi marido renuncia a seguir discutiendo. Haz lo que te dé la gana, allá tú. Va al armario, saca su esmoquin y se encierra en el baño dando un portazo. Miro a mi

estilista buscando hacer pandilla. Me pone una mano en el hombro. Te voy a poner una ampollita *flash*, cari. Ya verás qué bien te sienta. Por el espejo veo la caja de las sandalias de la discordia sobre la cama. Pongo mi mano sobre la suya. Eres un cielo, *amore*.

Hemos salido del puerto hace unos minutos con todo el mundo a bordo. El *photocall* ha sido un éxito. Creo que nunca me habían hecho tantas fotos. Pensé que me costaría más aguantar las ráfagas de *flashes* que se ven en las alfombras rojas de la tele. Las primeras sí deslumbran, pero luego se trata solo de seguir sonriendo e ir mirando de un lado a otro para cubrir todos los ángulos y que cada medio tenga su primer plano. Desde la barandilla de la segunda cubierta, busco con la mirada al presidente y lo localizo charlando animadamente con su mujer, el embajador de Fiyi y Penélope Cruz. Instintivamente miro a mi alrededor buscando a mi marido, y lo veo de cháchara con Vargas Llosa y la Presley. Me pregunto de qué hablarán. Un camarero me ofrece una copa de champán bien fría. Krug Vintage Brut del ochenta y ocho. A media fortuna la botella. Delicioso.

Mi marido bebe de su copa. Le queda bien el esmoquin. Nuestras miradas se cruzan y le sonrío, pero él gira la cara. Doy un trago largo. ¡Capullo! Estás muy elegante, jefa, me dicen de repente desde atrás. Me giro hacia la voz y veo al jefe de relaciones públicas, que me sonríe levantando su copa en un brindis imaginario. Le devuelvo el brindis y la sonrisa. Gracias, tú también. Bebemos. Todo está saliendo perfecto, me dice. Es cierto, pienso, pero no quiero que se relaje, que no estamos aquí de fiesta. Antes de que yo responda, vuelve a la carga acercándose un poco. ¿Estás sola? La pregunta me descoloca. ¿Está coqueteando conmigo? Eh, sí... bueno, no. Me

aparto un poco y le miro con ojo crítico. Es un trepa, pero debo reconocer que tiene muy buena planta. Si yo fuera tu marido no me atrevería a dejarte sola esta noche, añade. Sonríe y yo no puedo evitar sonrojarme un poco ante el cumplido. Vaya, parece que aún tengo tirón. Mi estilista ha hecho un buen trabajo. No sufras, que sé defenderme solita, le contesto dando un trago a mi copa. El jueguecito mola pero dejémoslo aquí. ¿Te importaría ir a asegurarte de que le ofrezcan al señor Gibson uno de los puros que tanto le gustan? Lo digo sonriendo, pero poniéndolo en su sitio. Claro, jefa. Lo pilla. Graciasss. Arrastro la palabra para quitarle hierro a la situación. Lo veo alejarse y suspiro. Bueno, sigues en el mercado, *baby*.

Miro el reloj. Las ocho y cuarto. Debo rescatar al presidente para llevarlo al escenario y empezar con los discursos. Bajo, me acerco a su grupo y aprovecho un pequeño silencio en la conversación para cogerlo del brazo y dirigirme a su audiencia. Lamento interrumpir, me disculpo con una sonrisa, pero me temo que debo robarles a nuestro presidente un momento. ¡El deber me llama!, bromea él, tendiéndole su copa a uno de los camareros. ¡No te vayas, querida!, le dice a Pe, que le ríe la gracia. Echamos a andar hacia el *backstage*. La *product manager* viene a nuestro encuentro. Venga por aquí, señor, y le pondremos el micro. Te mando a alguien a ti enseguida, me avisa. Desaparece tras las cortinas que protegen la mesa de control. Al instante se me acerca un técnico con una petaca y un micro de diadema. No, yo lo quiero de pinza, le digo. No voy a estropear el recogido postizo que me ha hecho mi estilista. Se va para cambiarlo. ¡Dios, los zapatos me están matando! Tengo los riñones sobrecargados de estar de plantón. Me dejo caer un poco hacia delante para relajarlos. Aparece el presidente, seguido del técnico con mi micro. Me incorporo rápidamente. Llegó el momento.

¿Prevenidos? Oigo decir al realizador. Odio los eventos. Da igual lo mucho que hayas trabajado preparándolos. Pueden pasar mil cosas que lo jodan todo. La incertidumbre del directo me mata. Empieza a sonar una sintonía a mayor volumen y se encienden las luces del escenario. La voz en *off* da la bienvenida al acto en varios idiomas y anuncia a nuestro presidente, que está a mi lado. Lo miro. Parece tranquilo. ¿Preparada?, me pregunta sonriendo. ¡Siempre!, le contesto. Sube con agilidad los cuatro escalones y sale a escena. Respiro hondo. ¡Vamos allá!

Desde donde estoy veo al público, que se ha acercado al escenario, y busco entre la gente a mi marido. *Este es un proyecto que nació de un sueño*... ¿Dónde coño está? Lo localizo al fondo y al verlo, en cierto modo, me tranquilizo un poco... *y los sueños no se cumplen, se trabajan*. Me pregunto si, a pesar de todo, aún estaríamos a tiempo de arreglar lo nuestro. *Hubo quien creyó que no lo conseguiríamos*... Cierro los ojos. No te distraigas. Concéntrate... *pero los retos nos obligan a crecer, a salir de nuestra zona de confort y a ser más competitivos.* Me agarro con una mano de la pequeña barandilla de la escalera. Levanto un pie y luego el otro para descansarlos un poco. El corazón me va a mil por hora. Tranquilízate. Respira. *En NewStar siempre hemos sido fieles a esa filosofía...* Echo el pie hacia atrás para levantarlo del suelo. Suelto el aire. Bajo la pierna y me aparto la cola del vestido para doblar la otra... *Eso nos ha impulsado para llegar a este momento...* Eso es. Cojo aire... *y presentarles con orgullo nuestro nuevo resort en Fiyi.* Lo suelto. *Un sueño hecho realidad.* Mejor. Abro los ojos. El presidente está terminando. Ya me toca. El corazón se me vuelve a desbocar. Miro hacia atrás y veo a las azafatas en fila preparadas con las gafas de realidad virtual que repartirán entre los asistentes para la visita al resort. ¡La madre que...! ¿Dónde va esa con el lazo

deshecho? Me acerco a la fila para decirle a la chica que se arregle el vestido. *Y ahora, demos la bienvenida a la mujer que ha hecho posible que hoy estemos disfrutando de esta fabulosa fiesta. ¡Nuestra nueva directora ejecutiva de* marketing *y ventas!* ¡Mierda! ¡Me toca! Oigo los aplausos. Me giro hacia el escenario y veo cómo el presidente ya va hacia el otro lado, saludando, para salir de escena. Echo la cola hacia atrás y ando deprisa, casi corriendo hacia la escalera. A cada paso los pies me matan, y aunque no me separa demasiada distancia, el camino se me hace eterno, como si los malditos escalones estuvieran cada vez más lejos. El tiempo se ralentiza. El corazón va a toda máquina. Por el rabillo del ojo veo al técnico, que me hace señas para que encienda el micro, señalándose la parte de atrás de la cintura donde me ha colocado la petaca agarrándola a la cola del vestido. Sigo avanzando y por fin alcanzo el primer escalón. Giro hacia atrás la cabeza, ¿dónde coño está el botón del puto micro?

Mi corazón resuena alto mientras repito por última vez mi discurso en la cabeza. Bum-bum. Quiero agradecer a nuestro presidente... Bum-bum. ¿Qué seguía? Bum-bum. El sonido metálico de mi tacón en el primer peldaño. Bum-bum... y a la junta directiva... Bum-bum. Consigo encender el micro. Bum-bum... su confianza. ¿Era así? El martilleo del tacón en el segundo peldaño. Bum-bum. Les prometo que daré lo mejor de mí. Bum-bum. Metal contra metal en el tercer escalón. El pie que se adelanta para pisar el escenario al fin. Bum-bum... para estar a la altura de este gran honor. La seda que se desgarra, la pierna que no se estira. El pie que nunca llega. Bum-bum-bum-bum. La ingravidez, el escenario que se aleja, mis manos que se aferran a la nada. Bum-bum-bum-bum. El golpe en la espalda, el chasquido interno, el dolor sordo... La cabeza rebotando

contra el suelo, la luz que se desvanece... bum... apagando mis sueños.

19

Cuanto más alto subes, desde más alto caes.
La gravedad sabe hacer su trabajo.

Tengo frío. Esa clase de frío que no tiene que ver con la temperatura. Ese frío que es aséptico, metálico. Ese frío que trae la soledad. Abro los ojos. Todo es blanco. Con el atisbo de conciencia, llega el dolor. Con el dolor, la vigilia. Con la vigilia, el miedo. Intento moverme, pero me disuade una punzada insoportable y angustiosamente familiar. Cierro los ojos y siento el calor de las lágrimas abriéndose paso hacia las orejas.

Tengo sed. Esa clase de sed que no tiene que ver con la boca seca. La aridez de la incertidumbre en la lengua. La aspereza que dejan las preguntas que martillean el alma buscando una salida. No puede ser verdad. Esto no es real. La angustia que reseca las entrañas. Abro la boca y trago aire, buscando una inexistente entereza.

Tengo sueño. Esa clase de sueño que no tiene que ver con el cansancio. Esa modorra extraña, que abotarga. El letargo de la realidad arrebatada en el que las imágenes se entremezclan con los recuerdos en un vaivén esperpéntico. ¿Dónde estoy? ¿Dónde están todos? Las arenas movedizas en las que me hundo. El torbellino que me arrastra a un sopor pesado, asfixiante.

Dos sombras aparecen en esta soledad. No logro distinguirlas. Imágenes difusas, sin bordes. Figuras borrosas, una en blanco y otra en negro. Se acercan. La forma en negro me habla. Palabras sin sentido, ideas que no logro comprender. Una voz que se pierde en el

fondo de mi mente. Parpadeo para escuchar mejor. Algo en esa negra silueta que me resulta familiar. Algo en esa voz que creo reconocer. ¿Dónde estoy? ¿Qué pasa? Cariño, estás en la clínica del barco. El doctor dice que van a evacuarte en helicóptero. Las palabras que lentamente se filtran en el sustrato de mi conciencia y, de nuevo, la oscuridad.

Me despierta la sensación de movimiento. Me envuelve un ruido intenso, mecánico, repetitivo. No me puedo mover. Siento la cabeza comprimida, el cuello sujeto, los brazos pegados al cuerpo. Me han puesto una vía. Por el rabillo del ojo veo a mi marido sentado a mi izquierda, en sentido opuesto al mío. ¿Dónde estamos?, pregunto en voz alta. No me escucha. Lleva unos auriculares que le cubren totalmente las orejas. Muevo los ojos a mi alrededor. Es de noche, parece un consultorio, pero se mueve. El helicóptero, recuerdo. La realidad se abre paso. El barco, la fiesta, la caída, el golpe. La ansiedad se pone al mando, el dolor entra al asalto de nuevo, la adrenalina pugna por vencer el sopor que aún me embota los sentidos. Y, por encima de todo, sobrevolando en círculos como un buitre que busca carroña, la culpa. La he cagado. Dios, ¿cómo he podido? Era mi momento, ¿y no se me ocurre otra cosa que caerme?

Me han cruzado las manos sobre el vientre y varias correas me sujetan por hombros, brazos y piernas. Oigo voces detrás de mí. Mañana llevaré a los niños a casa de su abuela. Mi mujer quiere pintar el recibidor. Me da un palo... Pues yo estoy muerto y pienso pasarme el día sobando. ¿Dónde vamos?, repito gritando. Intento mover las manos pero siguen pegadas al cuerpo. Ese pequeño gesto hace que mi marido me mire, por fin. Se separa el auricular de una oreja y se echa hacia delante para acercarse. Nos llevan a Can Ruti,

me dice poniéndome una mano sobre el hombro. La mención del hospital me sobrecoge, como si me llevaran a Alcatraz. No, no... Se me escapan las lágrimas. Veo aparecer la cara de una de las voces por encima de mi cabeza, del revés. Inyecta algo en el suero que cuelga a mi derecha. Me oigo protestar mientras todo se oscurece de nuevo.

La noche en urgencias es como volver a ver una mala película. No me gustó la primera vez y mucho menos la segunda. Las pruebas, la espera en el box. El anuncio de que mi médico me visitará mañana a primera hora. La subida a planta, la habitación que sigue necesitando una mano de pintura. Los calmantes que me mantienen toda la noche entrando y saliendo de la consciencia en un trance intermitente y angustioso. Las preguntas sin respuesta que inundan mi cabeza durante los momentos en que estoy despierta. ¿Quién habrá hecho mi presentación? ¿Cómo estará yendo la fiesta? Tengo que llamar al presidente, pero no sé dónde está mi teléfono. En la penumbra de las luces de emergencia del pasillo vislumbro a mi marido sentado en el mismo desvencijado sillón parduzco de hace año y medio, pero hoy, al verlo en esa habitación, con un esmoquin que desentona como un cura en un burdel, se me encoge el estómago ante la evidencia de que la vida es una espiral y que esta vuelta tal vez no me va a llevar tan arriba como yo creía.

Por la mañana, la anunciada aparición estelar de mi cirujano no es tan tranquilizadora como anhelaba. Nunca fue el alma de la fiesta, pero hoy trae cara de asesino serbio. En estas últimas horas, durante los momentos de conciencia me he aferrado a la esperanza

de que, una vez más, su consabida pericia me libraría de esta pesadilla. Pero ahora su reacción es muy diferente. Está enfadado. ¿Qué coño le pasa? Tenemos fractura vertebral múltiple, sentencia. Hay que volver a operarte, así que ya he solicitado quirófano. Estoy a la espera de confirmación, pero es posible que podamos intervenirte mañana porque para hoy ya hay programadas varias operaciones y... Entonces, ¿voy a volver a estar un año en rehabilitación?, le interrumpo. Por favor, otro año no, le ruego en silencio a quien sea que organice estas bromas de mal gusto ahí arriba. El doctor *Enola Gay* me mira con su habitual mezcla de reprobación y condescendencia antes de soltar sobre mi Hiroshima los trece kilotones de su propia *Little Boy*. No te equivoques, ese sería el escenario más optimista. Un año de rehabilitación es lo mejor que te podría pasar. Se me acelera el corazón y la espalda protesta como en los viejos tiempos. No sé qué decir. Miro a mi marido buscando algo de consuelo, pero su cara es una mezcla de estupor y rabia contenida. ¿Eso qué... qué significa?, me atrevo a preguntar al fin. Te dije que las fijaciones había que quitarlas. Sí, pero... Pero nada, me interrumpe mi marido. Déjale hablar. Me callo ante la reprimenda. Ahora, sigue el doctor, hablándole a mi marido, el daño es mayor y el proceso de corrección va a ser más complejo. ¿Y entonces?, le pregunta. Pues no sabremos el alcance de las lesiones hasta que no abramos. Las radiografías no son concluyentes, pero debéis ser conscientes de que la operación entraña muchos riesgos. Comprendo, dice él. Yo no comprendo nada, aunque desde mi puesto de convidada de piedra me esfuerzo por asimilar la información sin ningún éxito. Tengo la respiración acelerada, el pulso enloquecido y sudo como un pollo. No puede estar pasándome esto a mí. Otra vez no. Cierro los ojos e intento resistirme al remolino de pesimismo y pánico que me invade.

Necesito un abrazo, que alguien me diga que todo va a salir bien. Abro los ojos y, cuando miro a mi marido, comprendo que eso no va a ocurrir.

Desde que el doctor muerte se ha ido y nos hemos quedado a solas, mi marido se pasea de un lado al otro de la habitación. Lo veo deambular de izquierda a derecha a los pies de mi cama, como en el sinfín de una película sin presupuesto para decorados. ¿Quieres parar un poco?, le grito. Sus vaivenes me están poniendo aún más nerviosa. Me han quitado las sujeciones del traslado y no puedo evitar removerme, lo que me provoca un dolor agudo que ni la dosis de calmantes que han añadido al suero puede evitar. Me agarro a ambos lados de la cama, que he inclinado apenas unos grados para poder ver algo más que el puñetero techo, y respiro intentando calmarme. Necesito ocuparme con algo. No puedo seguir imaginándome lo peor. ¿Dónde está mi móvil?, le pregunto. Se detiene en seco sin mirarme y juraría que veo salir humo de su cabeza. Se gira hacia mí y tiene tal cara de cabreo que el doctor chungo se me antoja un dulce querubín en comparación con el diablo de Tasmania con esmoquin que tengo a los pies de la cama. ¿Para qué coño quieres el móvil?, me suelta a bocajarro. Tardo unos segundos en reaccionar. No estoy en mi mejor momento. Quiero... Bueno, quiero saber cómo va el evento, le digo con el tono de quien ha sido pillado en falta.

¿Te quieres poner a trabajar? ¿En serio? Es que estoy preocupada por... ¿Estás preocupada por el evento?, repite. ¡No me lo puedo creer! ¡Me cago en tu puto trabajo! ¿Me oyes? Agita los brazos delante de mí como uno de esos muñecos de aire que se zarandean en las ferias de coches de segunda mano. ¡Estás loca! ¿Me entiendes? ¡Loca! Vuelve a pasearse de un lado al otro de la habitación. ¡Te lo dije! ¡No te pongas tacones! Pero tú, nooo. Tú

sabes más que nadie, ¡como siempre! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Me cago en la puta! ¡Es culpa tuya!

Mi respiración vuelve a agitarse con ese repentino e inapropiado acceso de ira, y con la sensación de injusticia me sobreviene un inevitable torbellino de rabia que soy incapaz de controlar. ¡Basta!, grito a todo pulmón. ¡Bastaaa! ¿Cómo coño te atreves a hablarme así? ¡Vete a la puta mierda, cabronazo! Una enfermera aparece en la habitación asustada por mis gritos. Mi marido se deshace en disculpas mientras yo me echo a llorar de impotencia, con todas las lágrimas de frustración que me he prohibido derramar en el último año. Con la promesa de que todo está bien, consigue que la enfermera salga cerrando la puerta tras de sí.

Escucha, me dice con voz más tranquila acercándose a la cama. ¡Déjame en paz!, le digo sorbiéndome los mocos. Me acerca un pañuelo de la caja de *kleenex* que hay sobre la mesita. Escucha, repite. No puedo más. Lo siento, pero es la verdad. Todo esto ya no tiene ningún sentido. ¿Que tú no puedes más, pedazo de egoísta? ¿Y yo? ¿Crees que yo sí puedo más de toda esta mierda? ¿Te parece que quiero estar aquí en esta puta cama en vez de disfrutar del ascenso que me he currado durante todo este tiempo? No, no digo eso... ¿Ah, no? Entonces, ¿qué dices? ¿De qué no puedes más? ¡A ver, dime! No grites, me pide. ¡Grito si me sale del coño! Aprieta los labios. ¡Venga, va!, insisto. ¿Qué es lo que no puedes aguantar más? Cruzo los brazos bajo el pecho, como única forma de canalizar la frustración que siento por no poder levantarme y darle dos bofetadas. ¡Estoy harto!, dice al fin. Se encoge de hombros. No aguanto más. ¡Eso ya lo has dicho! Me mira apretando los dientes y respira antes de contestar. Te has pasado un año y medio trabajando de sol a sol, tú lo has dicho, poniendo el trabajo por encima de tu salud, de mí, de todo y de todos, y ¿para qué? Mírate, me dice.

Vuelves a estar donde empezaste, pero peor, porque ahora no sabes qué va a pasar. ¡Claro! Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? Tener que cargar conmigo si la operación no sale bien. ¿Es eso? Me oigo escupir veneno y me da igual. Estoy tan furiosa con él, con todos los que siempre me han juzgado por tener ambiciones, por perseguir mis sueños, que ha dejado de importarme lo que les parezca. ¡Panda de mediocres! ¡Os odio a todos!

¿Cómo puedes decirme algo así? Está ofendido. Durante todo este tiempo he estado haciéndome cargo de ti, cuidándote. ¡Pues no hace falta que me cuides más!, le suelto. ¡No te necesito para nada! Me las apañaba perfectamente antes de conocerte y puedo seguir haciéndolo sin ti. ¡Eres muy injusta!, protesta. He cumplido siempre con mi obligación. Me echo a reír. Con tu obligación, repito ¡Eres un falso, hijo de puta! ¿Cómo te atreves a venirme con esos aires de santurrón que todo lo hace bien, insinuando que yo soy la mala de esta historia? Me mira sin comprender. ¡Aquí el malo eres tú! ¿O es que te crees que no sé que te estás tirando a una pelirroja, pedazo de cabrón? Lo veo ponerse lívido ante mis ojos. No podré moverme, pero esa bofetada sí la ha sentido. ¡Vaya! Resulta que don Perfecto no mea colonia, digo para remover un poco en la llaga.

Se sienta en el sillón parduzco. No dice nada. Se mira las manos y le veo juguetear con su alianza. Siento que te hayas enterado, me dice. ¡Ya me lo imagino! Pero lo que deberías sentir es haberlo hecho, no que yo lo sepa. No pienso darle cuartel. ¿Desde cuándo lo sabes?, me pregunta. ¿Qué importa eso? A mí me importa, insiste. Desde hace un año. ¿Y por qué no me has dicho nada? Esta es una pregunta que no sé si quiero contestar. Quería darte la oportunidad de que me lo dijeras tú, le miento. Ya... Sigue jugando con su alianza. Pero era demasiado pedir, ¿verdad?, continúo. Supongo que no has encontrado el momento de comentármelo. Has estado

demasiado ocupado criticándome por querer mejorar en mi trabajo y ganar más dinero que, por cierto, luego me gasto contigo. Levanta la cara y me mira desde el sillón. Le ha dolido. Mejor. Quiero hacerle daño. Es un cerdo y se lo merece.

No me siento orgulloso de lo que he hecho, admite, pero las cosas han salido así. Claro, replico. No has podido evitarlo, ¿verdad? Se te tiró encima y fue sin querer, ¿a que sí? Se calla. Mira, sigo, no me interesa lo que pasó ni cómo. Y ahora mismo, si te soy sincera, me importa una mierda que te estés tirando a esa guarra, la verdad. Tengo otros problemas, como puedes ver. Pero haz el favor de dejar de hacerme sentir culpable por si trabajo o dejo de trabajar, porque tú y yo sabemos que a ti te ha venido de puta madre que estuviera tan ocupada todo este tiempo, para poder disfrutar de tu zorrita sin tener que dar demasiadas explicaciones. Que no sudas purpurina, chato.

Suelta media carcajada de resignación. Voy a hacer algo mejor, dice mientras se levanta del sillón y se acerca a la cabecera de mi cama. Si cree que vamos a hacer las paces tan fácilmente, va listo. Esto no va a quedar así, eso lo saben hasta los ratones de armario. Lo siento, me dice, dejando su alianza sobre la mesita. ¿Qué? Me voy. ¿Qué? No quiero seguir casado contigo. ¿Qué? Ya no te quiero, ni tú a mí, es evidente. ¿Y tú qué sabes?, protesto. Vamos, vuelve a reír sin alegría, sé sincera. Si me quisieras, no te habrías callado todo este tiempo. Pero... Se acabó, me interrumpe. Va hasta el sillón y coge la chaqueta de su esmoquin que había colgado del respaldo. Llamaré a tus padres para que vengan. No puedo articular palabra. Y así, sin más, lo veo irse de la habitación.

Esta va a ser una noche de mierda. Mis padres llegaron al poco de irse mi ¿ex? marido y me tocó aguantar los reproches de mi madre por no haberla avisado antes. Menudo susto me has dado, hija. Fue lo primero que me dijo. Como si mi objetivo en la vida fuera convertirla a ella en el centro de mi existencia. Me quiero morir. No puedo con esto. Y para más inri, mi marido ya les ha contado que se marcha. Al menos, queda claro que aquí el cabrón es él y yo he podido aplazar el drama con un «ahora no quiero hablar de esto, mamá». Claro, hija, lo entiendo. ¡Menudo canalla! Si es que no se puede fiar una de los hombres, ya te lo tengo dicho. Sí, mamá. Y hasta ahí. Por suerte, en mi familia estamos acostumbrados a profundizar lo mínimo imprescindible en según qué temas.

El tiempo se resiste a avanzar. Pienso en el futuro y siento vértigo. Mañana me operarán y no saber qué va a pasar me consume. Estoy enfadada con el mundo porque es injusto y con la vida porque es una puta resentida. Y quiero sentirme así, porque en un punto, ese cabreo es lo que evita que me resigne. Por mí se pueden ir todos a cagar. Pienso volver a salir de esta. Lo conseguí una vez y volveré a hacerlo. No necesito a mi marido. No necesito a nadie.

Después de la cena, si es que se puede llamar cena a esa bazofia insulsa de hospital, la enfermera entra para darme la dosis nocturna de calmantes, en los que deposito mis esperanzas para que me transporten lejos de aquí. Necesito dormir. Estoy muy cansada. Mi madre me arropa y me besa en la frente como si tuviera diez años y yo cierro los ojos para no tener que darle más conversación.

A los quince minutos, oigo a mi padre preguntarle en voz baja si se van, porque me he dormido. Ella le dice que se vaya él, que ella se queda. Pero cómo te vas a quedar, mujer, que no estás tú para dormir en este sillón toda la noche. Que te he dicho que yo me quedo. ¡Qué cabezona eres! Siempre están igual. No tengo cuerpo

para sus discusiones, así que me mantengo en silencio, fingiendo dormir. Si se despierta por cualquier cosa, están las enfermeras, insiste mi padre. Y mañana a las ocho ya estamos aquí otra vez. ¡Que no pienso irme!, cuchichea fuerte mi madre. No la voy a dejar sola a la pobre y menos después de... ¿Tú te crees? Mi padre calla. Menos mal. Solo me faltaba que le contara lo de la pelirroja. Como si no fuera ya suficiente humillación que mi marido se haya ido justo en este momento. ¡Pedazo de mierda! Tenía que haberle dejado yo cuando me enteré de que me ponía los cuernos. ¡He sido una idiota! ¿Qué voy a decir en el trabajo ahora? ¡Qué vergüenza! No me va el papel de víctima y menos el de víctima abandonada. Así que voy a tener que pensar en algo. ¡Joder! ¡Qué inoportuno ha sido siempre este hombre! ¿Te ha dicho a qué hora la operan mañana?, pregunta mi padre. Por la tarde, pero no saben la hora. Oye, añade mi madre, vamos a tener que acondicionar la casa, porque si se va a venir tenemos que cambiarle la habitación. Un momento, ¿qué? No pienso irme a casa de mis padres, ¿es que se ha vuelto loca? ¿Y ella va a querer venirse con nosotros?, comenta mi padre. ¡Se vendrá quiera o no!, contesta mi madre. No está en condiciones de decidir nada ahora mismo. ¿Será posible? Mi madre lo flipa. ¡No pienso moverme de mi casa! ¿De quién habrá sido la idea? Porque si mi marido se cree que voy a mudarme yo, para que él retoce con la puta pelirroja en mi propia habitación, ¡va listo! No pienso irme a ningún lado, ¡y no hay más que hablar! Ya me encargaré mañana de que quede bien claro. Menuda la que se nos viene encima, oigo que dice mi padre. Mi madre se calla, pero la oigo sorber. ¿Está llorando? ¡Mierda! No quiero pensar en mañana. Me da mucho miedo. Seguro que el doctor ha exagerado. Siempre lo hacen. Se ponen en lo peor y así, cuando todo sale bien, quedan como héroes. Y si la cosa se tuerce, pues ya te lo habían dicho. Así siempre caen de pie. No

puedo evitar que la angustia de la incertidumbre me revuelva el estómago. Va a salir bien, me digo. Tiene que salir bien. No llores, mujer, susurra mi padre. Es que... ¿cómo ha podido pasarle otra vez?, dice mi madre entre sollozos ahogados. Le iba todo tan bien. Estaba tan contenta cuando me llamó esta mañana para contarme lo del ascenso. Solloza. ¡Si es que va siempre como una loca para arriba y para abajo! Seguro que andaba con el móvil, sin mirar dónde pisaba. ¡Mira que se lo he dicho veces! Un día te vas a caer. Pero es que no hace caso de nadie. ¡Ay, Dios! ¿Y qué vamos a hacer ahora? Su pregunta se instala en mi cabeza. Cuando se fue mi marido, llamé a mi jefe. No hablamos mucho porque estaban en el barco, volviendo de Aiguablava. Me contó que el evento había salido bien y que pasaría a verme mañana. Tendré que organizarme, a ver cuándo puedo empezar a hacer algunas cosas. Mañana llamaré a mi asistenta para ponerme al día. ¿Pues qué vamos a hacer, mujer?, dice mi padre. Son cosas que pasan. Seguro que salimos de esta, tú no te preocupes. ¡Cómo no me voy a preocupar!, protesta mi madre. El médico ha dicho que no sabe lo que se va a encontrar cuando la opere, el cobarde de su marido se ha largado y ahora a ver qué hace con el trabajo. ¿Y tú me dices que no me preocupe? ¿En qué mundo vives?, lo regaña. Mi padre se calla, como siempre, y yo, de repente, siento mucha pena. De mí, de él y de mi madre.

¡No sabes cuantísimo lo siento!, le digo a mi jefe en cuanto asoma por la puerta con un enorme ramo de flores. Lo último que quería era estropear el evento. Me sabe fatal. No digas eso, por favor, me contesta acercándose a la cama y cogiéndome la mano. ¿Cómo te encuentras? ¡Bien, bien! Tienes buena cara, me dice sonriendo. ¡Gracias! Por supuesto, me he maquillado y arreglado el pelo para la

visita. Lo último que necesito es que parezca que estoy en mi lecho de muerte. Mamá, te acuerdas de mi jefe, ¿verdad? ¡Sí, claro! ¿Cómo está? Por favor, ¿podrías encargarte de ponerlas en agua y dejarnos solos un momento?, le digo señalando el ramo. Claro, hija, dice acercándose para cogerlo y sonriéndole. Un placer verla de nuevo, señora. Igualmente, contesta mi madre, antes de salir de la habitación con las flores.

Bueno, ¿qué te ha dicho el médico? ¡Huy! Ya sabes, los médicos siempre con su jerga, no hay quien los entienda, digo sonriendo en un intento de quitarle gravedad a la situación. Lo último que quiero es hacer un drama y liar más las cosas. ¿Te han dicho lo que tienes? Sí, sí. Parece que hay una fractura, confieso, aunque por razones obvias no menciono lo de múltiple. Entonces, ¿te tienen que operar de nuevo? Sí, esta tarde. Vaya, lo siento, me dice. Sonrío con resignación. ¿Y te han dicho cómo va a ir la cosa? Pues no, pero supongo que irá más o menos como la última vez, aunque no me han dado muchos detalles. No decir toda la verdad no es mentir, me digo a mí misma. Pero al final, oye, ellos son los profesionales y saben lo que hacen, ¿no? Además, mi médico es buenísimo, así que estoy muy tranquila, le miento. ¡Qué bien, me alegro de oír eso!, contesta.

¡Venga, cuéntame algún cotilleo de la fiesta, porfi! Intento cambiar de tema, sonar normal. Se encoge de hombros. Nada fuera de lo esperado. Bueno, más allá del momentazo de tu salida en helicóptero, ¡claro!, se ríe. ¡Tierra, trágame! ¡Qué vergüenza! ¡Ay, no me digas eso, por favor!, le pido. Dile al presidente que lo lamento muchísimo, insisto. Fue un accidente, no te preocupes. Porque supongo que no lo hiciste adrede, ¿verdad?, me guiña un ojo. No, desde luego que no. Nos reímos. Entonces, si es como la otra vez, no podrás volver al trabajo más o menos, hasta dentro de unos seis

o siete meses, ¿me equivoco? El corazón me da un vuelco y un mal presentimiento me sube por la espalda. Pues es posible que a la oficina no, aunque aún no es seguro, claro, pero en cuanto salga del hospital ya podré trabajar *online*, me apresuro a decir. No te preocupes, que ni vais a notar que no estoy, le digo sonriendo y dándole un golpecito en la mano con la que se agarra a la barandilla de mi cama. Ya, bueno, lo importante ahora es que te recuperes bien. No me mira a los ojos y el mal presentimiento se transforma en una sirena antiaérea. Sí, por supuesto, pero eso no impide que pueda trabajar desde casa. Lo tengo muy por la mano, ya lo sabes, y me vendrá bien estar ocupada. Sí, claro, pero el caso es que... ¡Ay, no! Odio los «esques». Nunca traen nada bueno. Me pongo tensa y la espalda se queja con contundencia. Aprieto los dientes. No quiero que lo note. El caso es que me temo que esta vez la situación es algo diferente. ¿Diferente? ¿Qué quieres decir? Bueno, ahora diriges los dos departamentos que generan ingresos para la compañía y en estos momentos, con el nuevo resort de Fiyi, necesitamos asegurar el flujo de entrada de dinero que garantice los planes de tesorería. Sí, lo sé, pero ¿qué tiene eso que ver? Pues verás... lo noto muy incómodo y empiezo a ponerme muy nerviosa. Ayer estuve hablando con el presidente durante el viaje de vuelta y creemos que esta vez, lo de trabajar *online* no va a funcionar. Cierro un momento los ojos porque el dolor ahora me empieza a resultar insoportable. ¿Por qué no?, insisto. Funcionó la última vez. Porque ahora no es lo mismo, ya lo sabes. Tienes mucha más responsabilidad y la empresa está en un momento muy delicado. Depende más que nunca de las ventas. Además, añade, no olvides que, durante tu ausencia, la directora comercial se hizo cargo del día a día de tu departamento. ¿Cómo olvidarlo? Descubro que el resquemor de esa vieja rencilla sigue escociendo a pesar del tiempo y de la venganza. Ahora no nos

podemos permitir ese lujo, así que... duda un instante antes de continuar, me temo que vamos a tener que sustituirte. Creo que el corazón me ha dejado de latir. ¿Qué coño está diciendo? Perdona, ¿cómo dices? Debo haberlo escuchado mal.

Siento decírtelo ahora. Sé que no es un buen momento, pero he preferido que lo supieras cuanto antes. Ya sabes que las noticias vuelan y no quería que te enteraras por otra persona. No doy crédito. ¿Me estás...? No atino. ¿Me estás despidiendo? Bueno, despedir es una palabra muy fea. Pero el presidente me dijo que el cargo era mío, protesto. ¡Si hasta lo anunció en la fiesta! Sí, esa era la idea, pero ahora es más complicado. No es nada personal, tu trabajo ha sido impecable en todo este tiempo, pero... Es demasiado. Oigo un clic en mi cabeza. ¿Impecable?, me oigo gritarle. ¡Claro! ¿Y por eso me despedís? ¿Porque he hecho un trabajo «impecable»? Dibujo dos comillas en el aire con los dedos. ¡Me cago en todo! Carraspea antes de hablar de nuevo. Tienes derecho a enfadarte, sé que no es el momento ideal. ¡Ahórrate los melindres!, me escucho gritar desde fuera. ¿Qué estoy haciendo? Es como si el espíritu de la niña del exorcista se hubiera apoderado de mi voluntad. ¿Acaso os importa una mierda lo que me pase? Sigo en barrena y no puedo parar. Después de todo lo que he hecho por la empresa, ¿así me lo pagáis? ¡Sois unos desgraciados! Se calla y aguanta el chaparrón. He trabajado como una posesa para sacar adelante el proyecto. Me hice cargo de todo, ¡hasta le salvé el culo al presidente! ¡Y sin pedir nada a cambio! Se remueve incómodo. ¿Y ahora queréis libraros de mí porque ya no os sirvo? ¡Cabrones desagradecidos! ¡Os voy a meter una demanda que os vais a cagar! Bueno, no te pongas así, me dice. ¡Me pongo como me da la gana! Creo que no ha sido una buena idea comentarte esto ahora. Mejor lo hablamos en otro momento. Hace el amago de empezar a andar

hacia la puerta cuando entra mi madre, seguramente alertada por mis gritos. ¿Qué pasa?, pregunta nerviosa. ¡Pasa que este cabrón ya se marcha! Discúlpeme, señora, dice esquivándola para salir de la habitación ante el estupor de mi madre, que no atina a cerrar la boca. Pero, hija, ¿cómo le hablas así a tu jefe? Ese no es mi jefe, mamá, es solo el recadero. Zorrón estaba en lo cierto. El presidente es demasiado cobarde para dar la cara. Y, ante esa certeza, solo alcanzo a maldecir al puto karma antes de echarme a llorar.

Los camilleros me meten en el quirófano. El mismo ajetreo de la otra vez, las mismas conversaciones banales, la misma normalidad intrascendente. Nadie me hace caso. Soy el centro de todas las atenciones, el sol alrededor del cual orbita esa maquinaria, pero mientras todos revolotean en torno a mí haciéndome mil cosas, en realidad, nadie me ve. Cierro los ojos. ¿Y quién soy yo? No tengo respuesta a esa pregunta. Hace dos días lo tenía todo y ahora, lo único que me queda es un futuro incierto. Lloro en silencio. Alguien pone una mano sobre mi brazo derecho y abro los ojos. Parpadeo para limpiar las lágrimas. Es el mismo anestesista de la otra vez. Me sonríe. No estés asustada, cielo, me dice. Todo va a salir bien. Sé que esa es una promesa que no está en su mano cumplir, pero le agradezco la intención. No te acuerdas de mí, ¿verdad?, le pregunto mientras me inyecta la anestesia en la vía. Me mira con ojos dulces. No, bonita, lo siento. ¿Cómo te llamas?

20

Nada nuevo puede caber
en algo que ya está lleno.

Un olor demasiado parecido a comida que se pega me reclama desde la cocina. ¡Ay, no! Destapo la cacerola y remuevo con energía la salsa que estoy preparando. Boloñesa cien por cien *made in Italy*. Una receta tradicional que aprendí de una amiga que vivió varios años en Roma. Pruebo un poco. Está bien, ¡menos mal! Ya me veía pidiendo algo para llevar, y aunque la idea es cenar italiano, Telepizza no me encaja en el menú. Añado un poco de agua, vuelvo a remover y bajo el fuego para evitar más sustos. Abro el cajón de los cubiertos. Saco cuchillos y tenedores antes de volver al salón para terminar de preparar la mesa. Esta noche seremos tres.

Siempre me ha gustado que todo esté preparado cuando llegan los invitados. Es una manía de mis tiempos de organizar eventos. La mesa está preciosa. El mantel turquesa y la vajilla crema, sobre unos bajoplatos de cerámica azul marino que compré en Holanda y que me moría por estrenar. He puesto en el centro unas velas bajas. Dan un ambiente agradable. Coloco los cubiertos y echo un vistazo rápido al salón. Adoro mi casa. ¡Qué diferente de la anterior! Los tonos tierra y azules, los cuadros de flores, los cojines bien mulliditos y los muebles justos, en una personal combinación de Ikea y piezas de anticuario que ya tenía. Nada de diseño zen, a la última moda, y con bastantes menos lujos que la anterior, pero mucho más acogedora.

No veo a mi fisio desde su boda y tengo muchas ganas de que llegue. Se fue a Canadá hace cuatro veranos para seguir un programa de gestión del dolor organizado por la *Canadian Pain Society*, y allí conoció a una catalana afincada en Toronto. Fue un flechazo en toda regla, así que se quedó y se casaron hace dos años. Me alegré mucho por ella, claro, y aunque hemos seguido en contacto todo este tiempo, la echo mucho de menos.

Después de operarme por segunda vez, ella me asistió en las primeras fases de la rehabilitación. Fue una época muy dura. Yo me sentía derrotada, lo había perdido todo. No creía tener nada por lo que seguir luchando. Pero ella me obligó a enfrentarme a mis miedos, a adaptarme a mi nueva vida y a aceptar que los cambios, por mucho que cuesten, son una oportunidad para aprender algo. Me costó mucho entenderlo. Muchísimo.

Hay gente que pasa por experiencias traumáticas y después habla de ellas como si hubieran sido tocados por el mismísimo dedo de Dios. No es mi caso. Yo tuve una primera oportunidad y no supe ver la luz. No viví momentos de epifanía, ni bajó un arcángel del cielo entre coros celestiales para hacerme comprender lo mala que había sido mi vida antes del primer accidente y cómo debía cambiarla. Por el contrario, me empeciné en olvidar lo ocurrido y en seguir igual, dejándome absorber en una espiral absurda hasta que, como un Ícaro desmemoriado, me acerqué demasiado al sol de aquello que creí desear y me quemé bien quemada.

Vuelvo a la cocina y apago el fuego. A la cena aún le falta, aunque lo gordo está hecho. La acabaremos cuando ya estén aquí. Recojo los cuatro trastos y los meto en el lavavajillas. Me gusta tener la cocina ordenada. He abierto una botella de *chardonnay*. Me sirvo una copa y me acerco al ventanal de la cocina que da al jardín. Abro la corredera y salgo. Adoro las tardes de junio con su temperatura

agradable, la luz que se alarga y las flores en su apogeo. Cierro los ojos y respiro el olor a jazmín. Me siento feliz. La gata de mi vecina me reclama con un maullido largo. ¿Qué haces ahí subida? Esta gata debió ser funambulista en otra vida por la habilidad de pasearse sobre la valla que separa nuestras terrazas. ¡Anda, ven! La culpa es mía. La tengo muy mimada a base de galletitas de esas de salmón que le encantan y que viene a reclamar cada tarde. Es una monada de raza somalí, con ojos verde esmeralda y el pelo castaño, corto y suave. Tres chuches y dos carantoñas después, mi gata adoptiva desaparece con la misma agilidad con la que llegó. Suspiro. Mi vecina me ha prometido un cachorrito cuando críe.

Tras la segunda caída, hace ya cinco años, tampoco me iluminé milagrosamente. Por el contrario, me sumí en una profunda oscuridad, tuve una depresión, quise morirme muchas veces y pensé que mi vida jamás recuperaría su sentido. Pero mi fisio me ayudó a no tirar la toalla. Nos hicimos más amigas y fue un gran apoyo para mí. Me animó a empezar a ir a terapia y, aunque hay días en los que aún me pillo preguntándome por qué tuvo que pasarme a mí esta mierda, hoy soy capaz de ver las cosas de otra manera.

No diré que agradezco mi desgracia. Mentiría si no confesara que desearía volver atrás y que ninguna de esas caídas hubiera ocurrido. Lo pienso cada día, cuando hago mis ejercicios, cuando descubro lo mucho que todavía me cuesta hacer algo o cuando me enfrento a un obstáculo que simplemente no puedo superar. Pero también he aprendido a aceptar que hay cosas que no van a cambiar, a tenerme más compasión, a ser más paciente con los demás y, sobre todo, conmigo misma. Cuando lo pienso, suelo llegar a la conclusión de que tal vez esa fuera la única forma que encontró la vida para enseñarme que es mucho más terca que yo, que el control es una ilusión absurda, que necesitaba parar y descubrir otras posibilidades

más allá del trabajo. ¿Cambiaría mi situación? Definitivamente, sí. ¿Volvería a mi vida anterior? Definitivamente, no.

Cuando suena el timbre, me da un vuelco el corazón. ¡Qué alegría! Abro la puerta y ahí está. Lleva el pelo más largo y está un poco más delgada, pero sigue teniendo esa misma expresión de veinteañera aunque acaba de cumplir los treinta. ¡Cho! ¡Qué bien estás!, me dice abrazándome. ¡Me alegro mucho de verte! ¡Y yo a ti!, le respondo devolviéndole el abrazo. Pasa, por favor. Estás en tu casa. ¡Agüita! ¡Menudo choso! Me río. Tantos años fuera y sigue más canaria que el mojo picón. ¿Cuánto hace que te mudaste? Pues... unos tres años ya, digo. ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Y estás bien aquí? ¡De cine! Ya sabes que a mí no me gustaba Badalona, así que en cuanto vendimos el piso me vine para el Maresme. ¡Qué bonita has puesto la mesa!, dice al entrar en el salón. Ven, que te enseño la casa, le digo. Es una casita unifamiliar de una sola planta, no demasiado grande, tiene justitos los cien metros, pero está muy bien distribuida. La planta es cuadrada, casi no tiene pasillo, las dos habitaciones son muy cómodas, sobre todo la mía, que, además, tiene un baño tipo *suite*. El comedor es amplio y con acceso directo a la cocina, que está equipada con todo lo que necesito. Y, lo mejor de todo, el precioso jardín con porche, al que se accede desde el amplio ventanal que hace las veces de pared de la cocina y el salón, y que llena la casa de luz. He puesto fuera unos sillones y una mesa de ratán y me paso ahí todo el tiempo que puedo rodeada de mis queridas flores y plantas.

¿Qué quieres tomar?, le pregunto. ¿Tienes cerveza? ¡Claro! Me sigue hasta la cocina. Abro el cajón de la nevera para coger una Heineken y saco del congelador una jarra helada. He metido unas cuantas para que estén bien frías, le digo. ¡Tú sí que sabes! Yo me sirvo otra copa de vino y, allí mismo, brindamos por el reencuentro.

¿Qué tal tu espalda?, pregunta. Ahí detrás, digo yo riéndome. No, en serio. Va bien, le aseguro. ¿Haces ejercicio? Cada día, como un reloj, mi capitán. Mira qué brazos se me han puesto, le digo levantando los puños como un forzudo de feria. ¡Ya veo, ya!, se ríe.

¿A qué hora llegará tu mujer?, pregunto. A las ocho y media. Miro el reloj de la cocina. Tenemos algo más de una hora. Bueno, cuéntame, digo. ¿Cómo va todo? Da un trago largo a su cerveza. Pues bien. ¡Huy! La conozco. Algo le pasa. ¿Vamos al salón?, le propongo. Mejor fuera, me contesta giñándome un ojo y sacando un porro del bolsillo de la camisa. ¡Ay, madre! Me río. Solo fumo hierba contigo, ¿te das cuenta? ¡Me llevas por el mal camino!, protesto sin mucha convicción. Anda, tira, se ríe ella. Es solo por los viejos tiempos. Salimos al jardín y se acomoda en uno de los sillones del porche. Me coloco a su lado. Enciende el canuto, da un par de caladas y me lo ofrece.

¿Qué te pasa?, le pregunto tras soltar el humo. Se lo devuelvo. Ella lo coge y se queda mirando la punta del cigarro. Sopla con delicadeza y la brasa resplandece un instante. Yo enciendo las velas de citronela que tengo sobre la mesa, y espero su respuesta. Fuma y deja ir el humo con lentitud. Voy a ser mamá, me suelta. ¡Vaya! ¿Estás embarazada? No, yo no, mi mujer. ¡Enhorabuena! Me mira. ¿O no?, pregunto. ¿Qué ocurre? ¿Es que no estás contenta? Sí, claro que lo estoy, dice. ¿Entonces? ¿A qué viene esa cara? Se deja caer hacia atrás en el sillón y da un trago a su cerveza. ¡Pues que estoy acojonada viva!, me dice pasándose una mano por el pelo. Me da la risa, esa risa tonta de la marihuana que se le contagia. Parecemos idiotas. ¡Ay, cariño!, digo cuando consigo serenarme un poco. ¡Eso es lo más normal del mundo! Dime qué padres primerizos no los tienen por corbata, a ver. ¡Ño! Ya lo sé, pero es que me pongo a imaginar lo que puede pasar y me entra un agobio... Pues no te

imagines nada. Pásamelo, anda, le digo señalando el canuto. ¿No eras tú la que me decía que dejara de intentar controlarlo todo? Me río de nuevo. ¡Pues aplícate el cuento, *baby*! Bebe de su cerveza. Sí, tienes razón, pero no lo puedo evitar. Ahora me preocupo por todo. Por el embarazo, por el parto, por los enchufes, por los escalones, por las esquinas de los muebles... Se me escapan las carcajadas y ella me mira frunciendo el ceño. ¡Lo... lo siento!, le digo intentando serenarme. Es que nunca me imaginé que tendríamos esta conversación. Yo tampoco, reconoce sonriendo. ¿De cuánto está? De diecisiete semanas. ¿Y se encuentra bien? Sí, ¡está radiante, la tía! Bueno, pues entonces ve paso a paso, le aconsejo. Aún te queda mucho para tener que agobiarte por enchufes y muebles. ¿Qué es lo que te preocupa, en realidad? Juguetea arrancando la etiqueta de su botella de cerveza. ¿Y si no estoy preparada? ¿Y si soy una madre de mierda? Bebo de mi copa. Pues te echará la culpa hasta del agujero de la capa de ozono y tendrá que gastarse una fortuna en terapia, como hemos hecho todos. Le guiño un ojo. ¡Menudo panorama!, me dice riendo.

Cuando salí del hospital, mi madre se volvió loca del todo. Bueno, en realidad ella siempre fue así, pero yo lo reconocí entonces. Se obsesionó con que me fuera a vivir a su casa, no me dejaba hacer nada, se anticipaba a todo y se volvió tan protectora que consiguió hacerme sentir como una verdadera inútil. Llegó a asfixiarme tanto que no pude soportarlo más, así que exploté y tuvimos una de esas broncas dignas del argumento de un culebrón latinoamericano. Después de eso, no quise tener contacto con ella durante un buen tiempo. No me siento orgullosa de aquella época, lo confieso. Sé que fui injusta, pero por aquel entonces aún veía incongruente que mi madre me hubiera grabado a sangre la idea de ser independiente y

que pretendiera convertirme ahora en alguien incapaz de decidir sobre su propia vida. Con el tiempo he comprendido que ella estaba tan asustada como yo, y que esa era su forma de protegerme. Pero yo aún no estaba lista para asumir mi propia responsabilidad y me irritaba que se empeñara en cuidar de mí como si fuera una niña, mientras me empujaba a recuperar una vida que no sabía si quería, una vida que me había llevado a perseguir unos sueños que ya empezaba a no reconocer como propios.

La gata de mi vecina vuelve a aparecer sobre la valla pero se queda allí, observando, al ver que no estoy sola. Maúlla reclamando más chuches, pero no se atreve a saltar a mi jardín. Golosa, pero tímida. Creo que le da corte porque no te conoce, le digo a mi fisio. Coge esa lata de ahí encima y enséñasela. Señalo la mesa que hay al lado del sofá. Se levanta y se le acerca agitando la lata. ¡Ven, bonitaaa...! ¡Mira lo que tengooo! La gata vuelve a maullar y, al final, decide saltar y se acerca con cuidado a recoger la galleta que le ofrece su nueva amiga. ¡Será vendida, la muy...! Me río. Al final todos tenemos un precio.

Mientras todo a mi alrededor se desmoronaba yo me sentía estafada. Siempre me dijeron que, si me esforzaba, conseguiría lo que me propusiera. Y obedecí. Me esforcé. Mucho. Pero el resultado fue una verdadera mierda. Me sentía engañada, como el experimento fallido de un científico inexperto. Lo había sacrificado todo por triunfar. Había asumido que nada era más importante. Ni el amor, ni los hijos ni tan siquiera yo misma. Siempre creí que, si triunfaba, estaría a salvo de todo lo malo. A salvo de la soledad, de

la traición, del dolor, de la frustración. Pero el éxito es un escudo de papel. No garantiza nada. Aunque la peor caída fue darme de bruces con una verdad ya ineludible: ¿era eso lo que quería? ¿De verdad era ese mi sueño? ¿O había decidido solo obedecer y cumplir con la tarea de terminar lo que mis padres no pudieron conseguir por culpa de sus propias circunstancias? Analizar mi vida desde esa perspectiva me reveló el contrato oculto que había dominado mi vida, sustentado por una falsa sensación de independencia pero que escondía la obligación de ser leal. Eso me llenó de resentimiento. Me pareció tan injusto tener que pagar los platos rotos de los sueños incumplidos de otros que me pasé al otro extremo. Les eché a mis padres la culpa de lo que me había ocurrido. A mi madre por inculcarme esa idea enfermiza de la desconfianza hacia los hombres, y a mi padre por transmitirme su profundo miedo al fracaso, que, en realidad, no existe. Tardé un par de años y mucha terapia en aceptar que, en realidad, yo fui la responsable de mi destino. Había construido mi vida tan obsesionada por no cometer los mismos errores que mis padres que acabé siendo como ellos. ¡Qué ironía! Pero la verdad es que siempre pude decidir otra cosa, y no lo hice. La que se lanzó a la caza de poder, la que se conformó con un hombre que la engañó, la que se vendió a sí misma la idea de lo que era triunfar no fue la niña asustada que aprendió que debía ser dura para que no le hicieran daño y que la única forma de ser libre era no depender de nadie. Fue una mujer adulta que siempre pudo tomar otro camino, hacer las cosas de forma diferente, pero que, aun así, decidió cumplir con su parte del contrato familiar.

A ver, en serio, le digo cuando vuelve a sentarse a mi lado, no puedes preocuparte ahora por lo que le pasará a tu hijo dentro de

varios años. Ya irás capeando el temporal según vengan las cosas. Mira a tu madre. Tanto miedo que te daba contarle que eres lesbiana y ¿qué? En tu boda estaba más feliz que unas castañuelas. Sí, es verdad, reconoce. Y seguro que ahora, con la idea de que va a ser abuela, está como loca. ¿O me equivoco? Calla, calla... ¡Ya me tiene la cuna, la canastilla y no sé cuántas cosas más! ¿Lo ves? No te agobies, le digo. Lo harás muy bien, estoy segura. Tú quiérele, respétale y, sobre todo, intenta no pasarle tus mierdas. Todo lo demás será lo que tenga que ser. Me tiende una mano y se la cojo. Gracias, me dice. Brindamos. Oye, ¿y cómo llevas tú lo de tu madre?, pregunta. Pues mejor, la verdad. Vamos despacio, pero al menos vamos.

Ser capaz de reconocer mi parte de culpa y asumir mi responsabilidad fue muy liberador. Para todos. Mi ejemplo animó a mi padre a plantarle cara a mi madre, para discrepar y reivindicar su desacuerdo por encima de su sentimiento de culpa. Después de tantos años, por fin se atrevió a romper las reglas que se establecieron el día que mi madre descubrió su infidelidad. Por supuesto, ella intentó resistirse a ese cambio. No iba a dejar el poder tan fácilmente, así que la cosa se tensó tanto que, al final, se separaron. Ojalá lo hubieran hecho antes. Tal vez nuestras vidas habrían sido distintas. Pero las cosas pasan cuando tienen que pasar, así que, aunque parezca raro, yo me alegré por ambos cuando me enteré.

Me lo contó mi padre. Mi madre aún estaba muy dolida por nuestra pelea, claro. Ese orgullo suyo tan mal entendido. Fue una conversación difícil, pero me alegré de poder hablar con él desde el corazón, de poder contarle cómo me sentí traicionada primero y

abandonada después, cuando permitió que mi madre llenara el vacío que él dejó, obligándome a tomar partido y convirtiéndome en su personal proyecto de reivindicación vital. No creo que entendiera en toda su profundidad cómo yo permití que su infidelidad transformara mi vida pero para mí resultó muy sanador poder decírselo.

Lo de mi madre fue más complicado. Tras enterarme de la separación, retomé el contacto, y aunque tardó su tiempo en dejar de estar enfadada, poco a poco se ha ido relajando la tensión. Hemos tenido muchas conversaciones y todavía tengo que seguir alerta para que no traspase los límites, pero hemos llegado a una especie de acuerdo de no intervención bastante aceptable. Desde hace poco sé que han empezado a verse de nuevo. Quedan para cenar, van al cine. Parece que la separación les ha permitido sentirse libres de decidir estar uno con el otro. Solo necesitaban eso.

Pues me alegro, contesta mi fisio acabando su cerveza. ¡Madres! Menos mal que dicen que no hay más que una, ¿verdad?, dice poniendo los ojos en blanco. Bueeenooo... me río. En vuestro caso, el bebé va a tener ración doble. ¡Pobre criaturita!, dice tapándose la cara con las manos. Más risas. Da una última calada y apaga el porro. Voy a buscar otra, dice cogiendo su botella y levantándose. Ve mi copa casi vacía. ¿Más vino? No, gracias. De momento estoy bien. Cuando vuelve con su bebida mi teléfono empieza a sonar. Miro de reojo el móvil y reconozco el número. Contesta, no te preocupes, dice sentándose. No, no, tranquila. Es del trabajo. Ya dejarán un mensaje. ¿Quién eres y qué le has hecho a mi amiga?, me pregunta abriendo como platos sus ojazos verdes. ¿Tú no atendiendo una llamada de curro? ¡Que alguien llame a un cura!, grita. ¡Esta mujer está poseída! Me río. ¡Calla! ¡No seas boba!, protesto. Si no hubiera

aprendido algo, mal iríamos, ¿no crees? Le doy un puñetazo de broma en el brazo. Se ríe. ¿Cómo va el negocio? Pues va muy bien, la verdad, contesto. Estoy muy contenta. ¡Cuánto me alegro! ¡Brindo por eso! ¡Venga!

Con la más que generosa indemnización de NewsStar, compré y reformé esta casa y monté una pequeña agencia de viajes. Nos hemos especializado en vacaciones para personas con necesidades especiales de movilidad, un nicho muy en auge. Mi padre quería que invirtiera el dinero y viviera de rentas, pero eso no es para mí. Por fin tenía ganas de tener mi proyecto y descubrir cómo sería ser mi propia jefa fue un incentivo extra, así que, cuando ya estuve bien, abrí el negocio. Me encanta el turismo, tengo mucha experiencia en el sector, puedo viajar y lo cierto es que se me dan muy bien los negocios. No pretendo convertirme en la empresaria del año ni me obsesiona que el negocio crezca hasta cotizar en bolsa. Para nada. Solo quiero sentirme feliz con lo que hago y la verdad es que me va muy bien. He aprendido que el trabajo es solo lo que hago, no lo que soy. Le doy su espacio, porque es parte de mí, pero he descubierto que no es la única parte.

¿Y qué tal con tu holandés errante, perrilla?, me pregunta, con tono picarón. Me río. ¡Bufff! ¡Pues divinamente! ¡Cho! Cuéntame, anda. ¿Cómo lo conociste? ¿Tienes una foto? ¿Le has visto hace poco? ¡Respira!, le pido. ¡Paso a paso! A ver, nos vimos la semana pasada. Vino a verme el finde. Y yo me escaparé dentro de quince días a Holanda para pasar una semana en su hotelito. Cojo el móvil para buscar una foto y se la enseño. ¡Qué guapo! ¿A que sí? Me devuelve el teléfono y miro la foto con una sonrisa, y hasta yo noto que se me

pone cara de idiota. Es el típico holandés alto, rubio y de ojos claros. Tiene cincuenta años pero que muy bien llevados. ¡Me tiene absolutamente *in love*! Lo conocí hace nueve meses, le cuento, en un *fam trip* organizado por la Oficina de Turismo holandesa. Nos invitaron a varias agencias especializadas en diferentes segmentos porque estaban en campaña de promoción del turismo rural. Durante la semana visitamos diferentes casas por todo el país y la suya era una de ellas. Estuvimos alojados allí dos días y la cosa, bueno, se puso interesante. Se ríe. Después seguimos en contacto y, al final, el tema cuajó. ¿Cuánto lleváis ya? Pues, siete meses, contesto. Me gusta un montón, le confieso. Es sexi, gracioso y como buen holandés, es directo como un balazo entre ceja y ceja. Eso es lo que más me gusta. No deja que me escape si me da la neura y podemos hablar de cualquier cosa. Además, estamos en esa fase, ya sabes... Se ríe, y yo también. Mmm... ¿quién dijo que en el norte de Europa las cosas son frías? ¡Amén, hermana!, digo alzando mi copa.

Reconozco que a veces aún siento algo de miedo de que las cosas se tuerzan. Una relación a distancia no es lo más sencillo de mantener, especialmente si el engaño ha sido un tema en tu vida. Amor de lejos, amor de pendejos, dicen los mexicanos. La vida sigue siendo muy graciosa con sus pruebas. Volver a estar dispuesta a tener algo romántico me ha llevado mi tiempo. No estaba segura de poder confiar en un hombre, principalmente porque no estaba segura de poder confiar en mí misma. Tenía mucho que pensar y que sentir antes de estar preparada. Pero lo que sí he tenido muy claro fue que, si iba a querer a alguien, tenía que ser con una relación sincera y sana. Y que para eso, la primera que tenía que ser sincera, sanar sus heridas y empezar a quererse era yo. Algo que nunca había hecho antes.

No mantengo ningún contacto con mi exmarido. La última vez que lo vi fue en el juzgado cuando fuimos a ratificar el divorcio. Supongo que sigue enfadado conmigo y en parte, tiene razón. Fui una egoísta, y aunque él no estuvo en su mejor momento al engañarme, lo cierto es que nuestro matrimonio no se aguantaba por ningún lado. Me he preguntado muchas veces si realmente lo quise. Creo que sí, aunque solo a la manera en que podía quererlo entonces, de puntillas. Ahora, cuando me asaltan las dudas, me obligo a recordar que, si algo he aprendido, es que lo que nos pasa es una proyección de lo que somos. No somos vícitmas de nada. Vivir bajo el mismo techo no evitó que mi marido y yo nos distanciáramos. La cercanía con alguien no la da la distancia física, sino lo accesible que seas capaz de mantener tu corazón para el otro.

Y si la cosa va a mayores, ¿qué vas a hacer?, me pregunta. Pues, si te soy sincera, lo hemos hablado alguna vez. ¿En serio? ¡Mírate! Haciendo planes con un señor... Pero, ¡qué tonta eres!, protesto. Si la cosa sigue así, acabaré mudándome a Holanda a vivir con él. ¡Agüita! ¿Lo dejarías todo para irte allí? Bebo un trago de vino. ¿Y por qué no? La agencia funciona sola, ya me cuidé yo de organizarla para que no dependiera de mí, así que puedo trabajar desde cualquier sitio. En cambio, él tiene su trabajo y a sus hijos allí. Yo podría mantener esta casa para venir una vez al mes y ¿quién sabe? Igual, cuando se retire, podríamos trasladarnos aquí. ¡Le encanta España! Pues parece un plan estupendo, me dice. Bueno, contesto, ya veremos cómo fluye todo.

Y lo de sus hijos, ¿cómo lo llevas? Se me hace un poco raro, confieso. Nunca había salido con un hombre que tuviera hijos y ya

sabes que nunca fui el paradigma de la maternidad. ¡Eso es verdad!, me reconoce. A ver, los chavales viven con su madre y solo los he visto un par de veces. Ya son mayores y sus padres llevan mucho tiempo divorciados. ¿Qué edad tienen? Uno diecisiete y el otro veinte. ¡Cho! ¡Esos ya están criados! Sí, ¡gracias a Dios! ¡Imagíname a mí cambiando pañales y dando papillas! Calla, calla, me pide. ¡No me recuerdes la que se me viene encima! Nos da la risa floja, como siempre. De todas formas, aunque se me hace extraño, también te digo que no me desagrada, añado. No es que quiera convertirme en su madre, entiéndeme, pero me resulta agradable la idea de las reuniones familiares de más de dos. Y, oye, lo de acabar siendo abuela algún día me hace gracia. Pues sí, dice ella. Se hace un momento de silencio. Cómo es la vida, ¿verdad?, dice al fin. Quién nos iba a decir, hace unos años, que hoy estaríamos aquí. ¡Yo a punto de tener un bebé y tú pensando en ser abuela! Otro ataque de risa.

El sonido del timbre se encarama por encima de nuestras carcajadas. ¡Ya está aquí! Se levanta de un salto y yo intento darme la vuelta para seguirla, pero tropiezo con el sillón. ¡No me convencerás para fumar nunca más!, protesto sin ninguna credibilidad. Espera, dice riendo, déjame echarte una mano. ¡Ay sí, por favor! ¡Cho! ¡Hasta has aprendido a dejar que te ayuden! ¡Pues claro! ¿Qué te crees? ¡Chica lista!, me felicita. Echo la cabeza hacia atrás para guiñarle un ojo. ¿A que sí? ¡Venga, agárrate, que nos vamos! Y así, gritando y riendo como dos locas, me mete a toda velocidad en el salón, empujando mi silla de ruedas hacia la entrada.

EPÍLOGO

Queridos papá y mamá:

Por la presente, deseo poner en vuestro conocimiento mi intención de dar por rescindido, a todos los efectos, el contrato firmado entre nosotros en la fecha de mi concepción, debido a que los términos recogidos en el mismo han quedado obsoletos y no me permiten desarrollarme como una persona adulta, responsable de mis decisiones, independiente y emocionalmente sana.

La resolución del contrato es irrevocable y, por tanto, no está sujeta a ninguna renegociación total o parcial de sus términos en ningún ámbito de aplicación ni bajo ninguna circunstancia.

Quiero aprovechar la ocasión para agradeceros las experiencias y enseñanzas que este acuerdo me ha ofrecido durante su tiempo de vigencia. He podido entender que vuestra intención al firmarlo era protegerme y que la mía era ser aceptada y querida. Hoy soy la persona que soy también gracias a eso.

Sin más por el momento, confío en que seamos capaces de establecer una nueva forma de relacionarnos, sin los condicionamientos de nuestro acuerdo anterior.

Con amor,

Vuestra hija

AGRADECIMIENTOS

Dicen que escribir es una vocación muy solitaria y es verdad, aunque no del todo. Yo he tenido la suerte de tener mucha gente a mi lado durante el proceso de creación y reconozco que, sin su apoyo, seguramente no hubiera podido llevar este proyecto a buen puerto.

En primer lugar, doy las gracias a mis padres, que han entendido mi necesidad de escribir esta historia y me han animado a publicarla. A mi hermana, que me pedía los capítulos con ansiedad y me obligó a mantener un buen ritmo de producción. A Rosa Ana, mi Pepito Grillo de la «descomificación» y el perifrástico, compañera inseparable de retiros de escritura, antes muy glamurosos y hoy algo más modestos, pero siempre increíblemente fructíferos (además de calóricos y muy divertidos).

A mis amigos Carla y Marcos, compañeros de fatigas literarias, de acertadísimas correcciones y de grandes aportaciones creativas en nuestros talleres virtuales de novela durante el confinamiento, a horas casi siempre intempestivas. A Cesc, que montó un evento a la altura de la marca, y a Juanma, que vistió a la protagonista como merecía la ocasión. A Marisa, mi profesora de tarot, que se aseguró de que las cartas contaran lo que tenían que contar.

A mi exsocia Amancay, que en aquel entonces me dio el espacio y el tiempo que necesité para poder escribir esta historia, y a Kris, que

dedicó parte del poco tiempo que le dejaban sus dos hijos para leerme, siempre con una copa de vino al lado.

A Eva, mi *coach*, que me hizo profundizar en los personajes, me puso retos que me parecían imposibles y siempre me animó a seguir adelante. A Isabel, mi agente, que apostó por esta historia y ha hecho realidad mi sueño de verla publicada; y a mi editora, Rosa (y a su equipo), por confiar en esta primera obra y por haber sido tan respetuosa con mis opiniones durante todo el proceso de publicación.

A todos los que, de un modo u otro, han creído en mí más que yo misma durante este proceso. Gracias. De todo corazón.

Te juro que estoy bien
Claudia Romera Moya

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la cubierta: © Alejandra Caballero

© Claudia Romera Moya, 2026
Autora representada por IMC, Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-670-7986-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta